



EMERGENCY DOOR
SEE INSTRUCTIONS BELOW

EL VESTIDO DE GALA

GEMMA GARCÍA VEIGA

El vestido de Gala

Gemma García Veiga

A mis hijos

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTO](#)

Prólogo

Sergio Fernández, teniente de la Guardia Civil desde hace diez años, no vio con buenos ojos la imposición del teniente coronel. Tras negarse cuatro veces recibió una orden indiscutible, la doctora Navarro formaría parte de su equipo. «Comprender el comportamiento humano, los entresijos de la personalidad y los procedimientos que encierra el cerebro; poder por una vez anticiparse a los criminales, es el deseo de todo inspector. Para eso, qué mejor que una mujer que entiende de rarezas», argumentó el teniente coronel, un discurso extraño para alguien que era más de: *¡Hostias, porque lo digo yo, y a tomar por el culo!*, pensó Sergio en aquel momento. Pero aquello cobraría sentido años más tarde.

Después de cuatro años, donde la relación ha sido un tira y afloja, allí está Natalia, como quiere que le llame, vadeando el temporal sin que una sola gota le salpique. Toda una proeza para alguien como ella, tímida e introvertida. Aunque ante las cámaras y los periodistas, es la doctora Navarro quien contesta cada pregunta, con su manera peculiar de pensar y ver la vida; con un lenguaje poco usual, cargado de tecnicismos, teorías y estudios recientes; con esa descoordinación de movimientos que tanto llamó la atención del teniente, pero con esa inteligencia que sobresale por encima de la media y descoloca a más de uno; la doctora muestra dificultad en aprender métodos

rudimentarios, le cuesta mantener la atención y tiene un orden caótico que solo ella encuentra lógica. *La excepción confirma la regla*, es la explicación que daría Sergio sobre ella, le costó ver y entender, por qué era tan diferente de cualquier otro psiquiatra. Estudió tal carrera porque su padre era psiquiatra, no fue obligada, ella le idolatraba y pensó que seguir sus pasos le haría feliz.

Natalia era dos personas en una, y hasta que Sergio no llegó a aquel razonamiento, no empezó a apreciar y valorar sus aportaciones. La versión más familiar, aquella que cogía en los momentos distendidos, era incapaz de verse a sí misma y a los demás como una mente más allá de la «simple conducta», lo que hacía que no tuviera una comprensión del mundo que la rodeaba, le faltaba una identidad; todo aquello, le sometía a presión, al exponerse ante los demás era consciente de sus diferencias. Tenía dificultad para anticiparse y explicar las intenciones de otros, se angustiaba. Por eso, si la mirabas desde este prisma, no comprendías cómo se dedicaba a los entresijos de la mente, a los enigmas del comportamiento humano, un ser que no entendía al resto de sus congéneres. Para proteger esa parte de ella, un mundo que sentía constantemente amenazado, levantó barreras, y a su alrededor construyó una fortaleza reglamentada, se hizo una eminencia en aquello que menos comprendía, una paradoja más de la vida. Desde el razonamiento y con un conocimiento vasto de los trastornos y enfermedades mentales, la doctora Navarro consiguió una identidad en este mundo. Ese

aislamientos y distanciamientos de los otros, aumento la autoestima y la sintonía con eso «yo interior» reprimido.

Sergio justifica el carácter de Natalia, y el peculiar patrón de pensamiento que la rodea, y aunque nadie lo vea, sabe que será la mejor criminóloga que haya existido. Pero ahora tiene que acudir en su ayuda, ella mantendría las formas, aunque la angustia y los sentimientos de inseguridad llegasen al nivel rojo. La prensa no suelta tan rápido un trofeo y en estos momentos su imagen llena las páginas de periódicos y revistas, informativos y programas sensacionalistas haciendo subir los niveles de audiencia, obtener una entrevista es un triunfo asegurado. El caso del vestido de novia está en todos los titulares, aunque para ellos siempre será «El vestido de Gala».

Mientras camina hacia el grupo de pirañas que la rodean, recuerda aquella mujer aislada en su piso, convertido a la vez en consulta. El teniente no soportaba la presencia de la doctora, muy a su pesar reconoce que él creó aquel ambiente crispado del grupo hacia ella; se le antojó arrogante, aquella seguridad que muestra sentenciando cada palabra. Ella no sabe actuar de una forma natural, ahora es consciente, por muy trivial que sea la conversación todo lo lleva al campo de la psiquiatría, donde se siente segura. La analizó como a un sospechoso, por eso cuando la observó caminar con la vista clavada al suelo, que jamás le sostenía la mirada, la desviaba hacia cualquier punto lejano, su primera reacción fue de rechazo. Sergio encontró las pautas

de un mentiroso o un criminal cualquiera, no buscó otras respuestas.

Siente cierta ternura por ella, en esos momentos, donde no es capaz de manejar la situación, saliendo a la luz su vulnerabilidad. El resto del tiempo irrita, aunque sepa por qué es como es, resulta compleja y desespera.

Sergio cargará toda su vida con la culpa, los prejuicios que tuvo con la doctora Navarro le sumieron un año en la oscuridad más absoluta. Rechazó su petición de colaboración, pero antes escuchó todo lo que tenía que decirle, porque le obligaron a ello, y evaluó los pros y contras, más para la galería que por tener otro punto de vista. Aquel día fue un punto de inflexión en su carrera. Durante los minutos que duró aquella pantomima, paseó la mirada por la consulta, intentando descubrir por qué el teniente coronel estaba tan interesado en ella, cuando tenían decenas de psiquiatra y psicólogos dentro de la Guardia Civil. Al mirarla vio miedo en sus ojos que desvió a la esquina más alejada del cuarto. Así es Natalia, escurridiza cuando se siente evaluada. Pero las últimas palabras antes de cerrar la puerta de la consulta fueron claras, «Sergio. La conducta del informante es confusa», *Ella se atrevía a mencionar que no había claridad, ni orden lógico en el comportamiento de un tipo que nunca le fallaba.*

Javier Carvallo era el compañero de Sergio, ocho años trabajando «codo con codo». Les unía un vínculo de afecto como un lazo invisible,

construido cada día a base de esfuerzo, compañerismo y dedicación mutua. Se confiaban la vida, pero también los secretos que ninguno revelaba a sus respectivas parejas. «La sangre nos hace parientes, la lealtad nos convierte en familia», decían mientras se colocaban el chaleco antibalas. Un nudo apretó la boca del estómago de Sergio, *si hubiese escuchado con más interés y apreciado los consejos de Natalia, quizá todo hubiera sido diferente.*

Eran tiempos complicados para la Guardia Civil, los medios de comunicación que estaban al servicio de políticos corruptos, descalificaban sus aportaciones en causas judiciales para esclarecer presuntos delitos de malversación, sedición de cargos y representantes públicos. Las difamaciones constantes y la fustigación diaria los llevó a una carrera de fondo donde se buscaba llegar los primeros sin mirar a los lados ni evaluar los riesgos. La situación era demostrar su valía y profesionalidad al coste que fuese, nadie pensó en las vidas puestas en juego ni siquiera ellos, solo Natalia.

Por eso se encontraron aquella mañana de enero, Javier y él, en una encrucijada. Un confidente les aseguró que podría con algo tan sencillo. Dos tipos armados con simples escopetas vigilaban a un grupo de chicas que acababan de llegar de Nigeria como esclavas sexuales. No evaluó, como superior, la situación ni prestó atención a los detalles. En el fondo todo fue culpa suya, aunque durante un año señaló a Natalia como responsable.

Sergio se colocó en el lado opuesto a Javier, en un almacén del distrito de Valdemoro, tenía una visión perfecta de su compañero. Dos tipos entraron por la puerta lateral, iban armados, inmediatamente se confiaron, el confidente tenía razón, era sencillo, excesivamente sencillo, pero no pensó en ello. El grupo de élite que comandaba apuntó a los dos hombres, momento que aprovecharon los que estaban ocultos tras las cajas para disparar. Observó un leve movimiento por el rabillo del ojo, el brillo de la pistola hizo saltar la alarma, solo tuvo tiempo de gritar, «¡Emboscada!», las balas llovieron de todos los francos. Vio como la primera rozó el brazo de Javier, este continuó disparando; la segunda, le atravesó el cráneo lesionando el lóbulo frontal de ambos lados. Tenía entonces treinta años, era un chico fuerte, rubio, con penetrantes ojos azules, gozaba de un envidiable sentido del humor, disfrutaba de la confianza de todos los compañeros, era eficaz y resolutivo en el trabajo y tenía sólidos principios morales. Lo poseía todo para llegar lejos dentro de la unidad. Siempre dispuesto a ayudar y cumplir con el deber, por eso no le importó el doble turno de aquel día.

Ni siquiera con la perspectiva de los años veía claro aquel asalto. Tenía en su escritorio el informe forense y cada poco lo leía, como si el tiempo pudiese dar respuestas a las dudas.

El proyectil de la AK-47 con calibre 7.62mm fue disparado camino de su mejilla izquierda, atravesando totalmente la órbita ocular de ese lado,

saliendo por la parte frontal para acabar incrustándose en una columna a 20 metros de distancia. Cayó de una altura de tres metros donde se encontraba parapetado disparando hacia la parte baja. El sujeto sobrevivió a la caída. Parece estar ileso, incluso asegura encontrarse en perfecto estado. Puede moverse, ver, sentir y no está paralizado.

Era un milagro y no pudo evitar que las lágrimas asaltasen sus ojos al comprobar que Javier seguía haciendo gala de su buen humor. Rieron por la buena fortuna mientras añadía apretando el pañuelo contra la mejilla, «¡Para haberme matado!».

Los compañeros alabaron su buena suerte cuando le visitaron en el hospital, todos menos Natalia. Ella vio las semejanzas que existía con Phineas P. Gage, un joven de veinticinco años, que en 1848 sufrió un accidente muy semejante. Fue como el pájaro de mal agüero que revolotea anunciando la llegada de la muerte, por eso y por otros cientos de emociones que no pudo controlar, Sergio la apartó de la unidad y la culpó de lo que estaba a punto de suceder.

Natalia intentó persuadirle, contando la historia del trabajador del ferrocarril, pero por aquel entonces la relación estaba cimentada en pilares de humo, ni le caían bien ni comprendían su forma de hilvanar los hechos. No creía en los dones adivinatorios de nadie, siempre eran manipulaciones que

escondían intereses egoístas, por mucha base científica que proyectase su largo discurso. Decir la verdad nunca fue tan complicado para la doctora Navarro, tampoco él se lo puso fácil, y la echó de la habitación a empujones.

Sentía tanta rabia, tanta frustración por dentro, estaba contento por su amigo que se recuperaba satisfactoriamente, en contra de todo pronóstico, pero había un «pero», molesto. Su sexto sentido le decía que nada de todo aquello duraría, que la muerte no deja testigos de sus errores, antes o después regresaría a concluir el trabajo.

A medida que los meses fueron sucediéndose, los cambios en Javier eran visibles. Aquel hombre alegre, que inspiraba confianza, responsable y profesional, se convirtió en un blasfemo, irreverente, mujeriego y dejó de respetar las normas, leyes o cualquier tipo de orden. Comenzó a frecuentar malas compañías, a beber y consumir drogas. Perdió el trabajo y a su prometida, despilfarró el dinero ahorrado y cuando este se acabó comenzó a delinquir.

Casi un año después sufría de convulsiones y ataques de ira, en uno de ellos mató a sus padres por la programación televisiva, un absurdo que nadie comprendió. El día más doloroso para Sergio fue cuando tuvo que poner las esposas a su compañero y amigo; y enterrar a los padres de este en la más absoluta soledad, aunque le pareció ver en la distancia la figura delgada y

cohibida de Natalia.

Los restantes meses fueron una tortura que le sumió en la amargura, que acabó con su matrimonio y le llevó durante un tiempo a buscar alivio en el fondo de cualquier botella con alto grado de alcohol.

«El bien y el mal para muchos es una cuestión de filosofía, depende del punto de vista con el que lo juzguemos», con estas palabras tan poco acertadas comenzó su alegato el abogado de Javier en el juicio. Para todos los presentes era culpable y por mucho que Natalia intentó explicar, como experta en el campo de la neurología, «las lesiones sufridas afectan a su capacidad de planificar el futuro, la razón y a la dimensión social», ni jueces, ni jurado, ni público, llegaron a comprender la magnitud de sus palabras. Fue condenado a setenta años de cárcel. Sergio estaba seguro que si en aquella sala se hubiese hablado de demonios, posesiones y exorcismos, la figura de su compañero hubiese despertado más lástima.

Durante mucho tiempo no visitó el penal de Alcalá Meco, no podía ver la figura decadente ni aquella maldad intrínseca en Javier. Era un ser detestable, mantenía una constante agresividad física y verbal, que en dos ocasiones le ocasionó aislamiento total durante veinticuatro horas. Metido en peleas con otros reclusos, sufrió más de una cuchillada. La última le marcó el rostro para el resto de su vida, aunque parecía indiferente ante aquella cicatriz

que alguien cosió con cierta urgencia; convertida en un hilo grueso de cordón que iba del párpado inferior derecho hasta el cuello, cruzando toda la mejilla.

La primera visita se resolvió con la intervención de los funcionarios, cuando Javier se lanzó por encima de la mesa con la intención de romper la crisma de Sergio, al que responsabilizaba de todo lo sucedido y de la muerte de sus padres. Él también lo hacía, por eso no se resistió en ninguno de los golpes que recibió.

A la salida coincidió con la doctora Navarro, algo en ella era diferente, vestía de riguroso negro y en sus ojos se marcaban las ojeras, ya no llevaba el pelo suelto ni iba maquillada, mostraba una estirada cola de caballo y quizá un suave color en las mejillas de un tono rosa artificial. Era la imagen de la tristeza. Por unos segundos se sintió feliz de verla tan decaída.

Mantuvo un silencio gélido mientras la miraba, deseaba que se sintiera incómoda, sabía cómo hacerlo. Natalia tragó saliva y encontró fuerzas para articular una sencilla explicación de por qué estaba allí, como si a él le importase algo qué era de su vida y dónde iba, «Soy su psiquiatra y cada quince días le visitó». En otro tiempo aquellas palabras hubiesen ablandado su determinación, pero sin saber cómo, se volvió frío. Sentía rencor hacia ella y a todo el mundo. No podían volver a trabajar juntos por mucho que sus superiores le amenazasen con expulsarle de la unidad.

Nada volvería a ser como antes, él había cambiado por necesidad, para mantener las distancias con el resto de la gente, por supervivencia. Pero el mundo da infinidad de vueltas, y lo que hoy es negro, mañana se ve blanco.

Prefacio

Barrio de Hortaleza, Madrid, 2017.

Miguel Tóldalo iba de un lado a otro de su laboratorio fotográfico recogiendo rollos de película gastados, el papel de revelar desechado, y los botes de líquido químico vacíos. Hoy le daba igual el reciclado y los productos peligrosos para el medio ambiente, ya compensaría la naturaleza ese desastre con una bacteria o gusano o mosca, y si no, *¡A joderse todos!*, pensó malhumorado al escuchar por décima vez el claxon del coche. «Si sigues metiéndome prisa, ¡te mato!», gritó como si el conductor del Seat Ibiza, descolorido y lleno de abollones, pudiese escucharle. Miró por última vez las fotografías antes de arrojarlas a la bolsa de basura negra. Algunas imágenes tenían poca nitidez, se habían emborronado en el último momento por la precipitación y nerviosismo con las huellas de sus dedos. En la esquina inferior se veía el rostro de aquel hombre que en una noche había cambiado su vida, inexpresivo y distante, *¿cómo dijo que se llamaba el muy capullo? Un prepotente, sabelotodo*. No recordaba su nombre, si el apellido: Nevado, *el hijo de puta se presentó como el señor Nevado*. No estaba convencido que fuera «un golpe de suerte» conocer aquel tipo en el bar, como dijo Antonio Fernández al abandonar el piso de la muchacha, que yacía envuelto en una cortina con estampados florales.

Tenía el estómago encogido. Nunca había pasado tanto miedo y a la vez estar tan excitado, con una mujer, esa era la clave. Desde que entró en la adolescencia y supo que era diferente al resto de compañeros, descubrió que ver el mundo a través de aquella vieja cámara, que le regaló su padre, era la mejor coraza que podía llevar. Le permitía participar en todo, pero sin comprometerse en nada. Hubiese roto aquella réflex semiautomática, era un

soborno para que mantuviese la boca cerrada y no le delatase a su madre, enferma de cáncer; pero él no podía hacerlo, porque todo lo que sucedía, cada dos noches, era culpa suya y de nadie más. «Un querubín hermoso del que no puedes apartar la mirada. Una tentación que puso el demonio en mi casa», decía cada vez que le tocaba.

Al principio observó tras la lente. Proporciona cierto distanciamiento, es una barrera infranqueable que le permite estar allí sin sentirse culpable, se vuelve invisible, un elemento más dentro del mecanismo de la máquina, ¿quién puede culpar a la cámara por fotografiar la barbarie que cometen otros? Pero al final miró directamente aquellos ojos que se apagaban, no dijo nada, no levantó la mano para impedir que Antonio siguiera estrangulando a la muchacha. Tenía los pies pegados al suelo y el cuerpo paralizado.

Disfrutó viendo como el último aliento se escapó por su boca entreabierta, a la vez que su amigo llegó al clímax y cayó exhausto sobre ella. Antonio no fue consciente de que la había matado hasta que la zarandeó. Se quedó lívido, miró a Miguel sin comprender, entonces el señor Nevado, hasta ese momento un mero espectador, rompió aquella atmósfera tensa con su risa. «Acabamos de comenzar una relación muy fructífera para los tres», dijo mientras se acercaba a la muchacha y la contemplaba sin emoción alguna.

Miguel se sentía confuso, necesitaba tomar distancia con lo sucedido, valorar si todo aquello que le producía emociones encontradas, era como dijo «el sabelotodo», *un mundo nuevo por explorar*. Tanta excitación como miedo, le tenía la cabeza embotada, no lograba pensar con claridad, pero algo le producía un resquemor, y no era el cadáver en el maletero del Ibiza. Le ponía nervioso la ausencia de culpa que tenía el señor Nevado al hablar. «¡Era su novio! Y no se alteró al verla muerta», le dijo a Antonio cuando bajaban a la muerta en el ascensor. Ahora que lo pensaba, todo aquello estaba

más cerca de un sueño que de la realidad. Desconfía, pues parecía saber que todo aquello iba a suceder.

El señor Nevado, incomoda cuando mira, conocía los secretos que guarda en lo más profundo de su cabeza, ni siquiera se los confesó a Antonio, que piensa que es un gay reprimido con miedo a salir del armario; pero como acercase y decir, «Soy pedófilo y me gustan los niños de a partir... cinco años». Ya recibió el rechazo social en el instituto cuando en tercero de BUP le pillaron en el baño enjabonando a un compañero del que no recuerda ni el físico ni el nombre, solo su curso, séptimo de EGB. Un estigma que le persiguió hasta COU, momento en el que abandonó Segovia para venir al anonimato de Madrid a estudiar fotografía. Fue marginado cuando solo cometió un acto pueril e inocente; ¿estaba excitado mientras acariciaba con la esponja la espalda del muchacho?, sí, pero se lo pidió él y no hizo nada. Le sacaron de las duchas desnudo y le exhibieron por los pasillos al grito de «¡Pedófilo!». Muchos no sabían qué significaba la palabra, mas la coreaban igual o con más alegría que los otros, hasta que el director dio fin a tal castigo, o eso pensó Miguel en aquel momento, porque le expulsó tres semanas con una carta donde relataba, con una imaginación desbordante, la poca moral de Miguel y el estado psicológico quebrado del pobre muchacho de séptimo. Luego llegaron los corrillos fuera del instituto, en el barrio y en la carnicería de Don Luis, hombre poco dado al chismorreo, como reconocían con ironía todos los clientes. «A mí no me gusta hablar», así empezaba y todos los contertulios se arremolinaban en el mostrador. No callaba, parecía que le quemaba dentro y tenía que escupirlo a borbotones, una fuente inagotable de cotilleos.

Volvió a escuchar el claxon nervioso del Seat Ibiza, comprendía el estado de ánimo de Antonio, sentado en su coche con un cadáver en el maletero. Cerró la bolsa de basura; cogió un sobre grueso marrón que contenía

las fotos y los negativos, «quiero todo el material. No inteste jugármela, lo sabré», le exigió el señor Nevado. Pero desconfía de él, Miguel guarda un salvoconducto por si las cosas se tuercen.

Salió precipitadamente de la casa. Tenían a partir de ese momento unas ordenes claras que seguir. Conducir hasta un complejo de viviendas en construcción cerca de un pueblo llamado Boadilla del Monte, tirar el cadáver dentro de los contenedores y alejarse. El resto sería cosas del destino. Según Nevado, nadie repararía en el cuerpo, allí se arrojaba todo tipo de material de desecho, era la última parada de una ruta larga. El conductor del camión de basuras llega siempre somnoliento, muchas veces se salta los contenedores y la basura se acumula sin llamar la atención, porque a nadie preocupa ni importa, no viven cerca los que acuden allí para arrojar muebles, televisores o garrafas de aceite de coche. Las casas habitadas están a casi tres kilómetros y tienen otro punto de recogida, una ruta y un conductor distinto.

«Está cansado y solo quiere regresar a casa, darse un baño para eliminar el olor a basura, meterse en la cama y olvidarse de todo durante cuatro horas; al día siguiente, madruga, es fontanero de chapuzas. Por no complicarse la vida, mira hacia otro lado, prefiere ignorar lo que la gente mete dentro de cajas y bolsas; un día encontró un cajón de madera, de esos de frutas, con seis cachorros de mastín, y un acto noble le complicó la existencia con la mujer. En un piso de sesenta metros cuadrados, era imposible tenerlos, por mucho que sus hijos de diez y seis años los cuidaran; y ninguna asociación se quiso hacer cargo, todas estaban saturadas, nunca era un buen momento; pero justo en ese, con el verano en marcha, estaban saturados. Dos semanas más tarde los abandonó cerca del polígono industrial del Ventorro del Cano. No es un mal tipo, simplemente está cansado de su suerte», dijo el señor Nevado como si el basurero fuese un amigo íntimo, o un vecino del que conoces las costumbres, aunque nunca haya hablado con él.

Miguel no cree que nada de lo que suceda a partir de este momento sea el resultado del azar, ni fuera casualidad que «el sabelotodo» estuviera en el bar precisamente esa noche. No sabe cuál es el juego que se trae entre manos, pero tiene claro que todos son títeres que se van a mover a su antojo. La muchacha, de la que desconoce el nombre, ahora está sepultada bajo toneladas de basura; él, un fotógrafo con una doble vida, atrapado como cómplice de un delito de sangre; y su amigo, Antonio, que disfruta azotando a las mujeres mientras las penetra, convertido en asesino involuntario; no podemos olvidarnos del basurero que desea llegar a casa sin complicarse la vida, ¿hubiese podido evitar los sucesos futuros de una mente perversa si hubiese mostrado interés en la cortina de flores? Se quedó enganchada en la tapa y si en lugar de sacudir varias veces el contenedor, con el riesgo de romper los dos brazos mecánicos, hubiera bajado y liberado el mecanismo como dice el manual, esta historia no tendría palabras para narrarse, pues parte del cadáver asomaba al exterior. Nunca lo sabremos con certeza, quizá, el señor Nevado tuviese previsto tal contratiempo.

Capítulo 1

Barrio del Pilar, Madrid, 2019.

Natalia sostiene la taza de té mientras ve alejarse a Sonia Santos protegida por el abrazo de su madre, Clementina Prieto. No está segura si es la figura desvalida de su paciente o la fragilidad que muestra una mujer que carga con el peso de las malas decisiones, lo que hace que sus ojos acuosos emborronen la escena. Ella no es de lagrimeos ni sentimentalismos, pero últimamente se siente extraña. Apoya la frente sobre el cristal frío para ahuyentar el torrente de sensaciones que invaden su cuerpo, no le gusta sentirse vulnerable ante las emociones que sus pacientes vuelcan en ella, pero todo está cambiando tan aprisa que es incapaz de asimilar el giro que su vida toma.

Aurora García, más que una secretaria, entra para informar de la cancelación de la siguiente cita. Es una mujer de casi sesenta años: menuda, vivaz y alegre, con una mirada cándida. Una mañana, diez años atrás, llamó a su puerta para solicitar el puesto de secretaria. Natalia, insegura ante la apuesta arriesgada que suponía abrir una consulta en su propio domicilio, se debatía entre colocar las cajas de libros para cubrir las estanterías desnudas, o cerrarlas y guardarlas en el trastero, olvidando tal empresa. Aquella mujer segura de sí misma, llegó en el momento indicado, y puso orden en tiempos de

caos.

Natalia está agotada de las cuatro horas de consulta. Agradece que la cita de las cinco de la tarde se haya cancelado, pero así es Julia Rubio y su ausencia de realidad, siempre retrasando las sesiones, postergando todo para otro momento. *¡No necesito una loquera!*, dice cada vez que se ven a modo de saludo. Ella puede solucionarlo, está convencida, y en parte tiene razón. Le da lo mismo que cientos como la doctora Navarro le digan que tras el ictus todo ha cambiado, que es diferente porque no siente la mitad del cuerpo. No es una mujer que se oculte, cual avestruz negando la evidencia, simplemente no es consciente del déficit funcional neurológico que padece, para ella esos miembros se mueven, su cerebro no le avisa de la desconexión. El brazo y la pierna derecha están inertes, pero se obceca en seguir realizando las tareas cotidianas. Regresó al trabajo, al registro de Documento Nacional de Identidad en la comisaría de Móstoles, cargando a sus compañeros con cientos de incidencias por datos mal informatizados, cruce de documentación y un largo etcétera que la enfrentó a todos. Puso en peligro su vida y la de su familia cuando retomó la afición por la cocina, al hacerse cargo de la agenda de sus hijos, cogiendo el coche y estrellándolo contra la puerta del garaje.

La sutilidad con Julia no funciona. *¡Déjame ayudarte en la cocina!*, *sabes que me encanta estar contigo...* le dijo Diego, su marido, que sigue al pie de la letra cada una de las pautas de la doctora Navarro. Si no se hubiese

agachado a tiempo, ahora tendría una brecha en la cabeza, no dudó ni un segundo en lanzarle la sartén con su mano izquierda tras escuchar lo que sonó en su cabeza como, *Ya no sirves para nada*. Porque Julia ha compensado esa falta de movilidad con *mala leche*. Cambió las pautas enfrentándola a sus minusvalías, de ahí las largas ausencias y constantes excusas.

Es frustrante no avanzar, pero con Julia no pierde la paciencia ni la positividad, con Sonia que desaparece de su visión tras girar la esquina al final de la calle, se desespera. Sobre la cabeza de su paciente pende la espada de Damocles y es cuestión de tiempo. *La muerte no deja testigos*.

Ahora la prioridad es recuperar a la profesional replegada tras los miedos de Sonia y de su madre. Se coloca un mechón rebelde que sale de la estirada coleta y se pellizca las mejillas para dar un poco de vida a su rostro. Lejana queda aquella mujer que dedicaba una hora cada mañana a peinar el cabello con esmero y maquillar una cara poco llamativa al natural, a pesar de los grandes ojos verdes, las largas pestañas y la nariz respingona que forman el conjunto, no resulta atractiva. Natalia siempre pasó desapercibida hasta descubrir el rímel, la sombra de ojos y el perfilador; supo sacarlos partido, y se introdujo en ciertos círculos, hasta entonces cerrados; no es que fuera de vital importancia pertenecer a ellos, pero sentía curiosidad por saber en qué invertían las chicas de su edad el tiempo, cuando no estaban sobre los libros. Era más una investigación científica que un tema social.

Lo suyo fue una adolescencia tardía, quizá el proteccionismo de sus padres o el poco interés en el mundo que la rodeaba hizo que no se integrara ni tuviese curiosidad hasta casi los dieciocho años. Los cambios más bruscos los pasó en la soledad de su cuarto, rodeada de libros y en la compañía de sus padres y abuelos, nadie sufrió esa etapa odiosa de egocentrismo que todos los seres humanos padecen, por lo tanto, el impacto social fue menor. No se iba de casa, no cargó a nadie con la ansiedad del dónde o con quién, ni regresó a altas horas en estado de embriaguez. Dedicó mucho tiempo a pensar: en los compañeros de clase, en la ausencia de amigos y esa invisibilidad que la rodeaba; prefirió observar en lugar de experimentar. Hasta que una mañana cambió su atuendo, se retocó sutilmente con el maquillaje de su madre y empezó a pensar en el futuro, quería tener a alguien con quién poder conversar, ir al cine o comentar un libro. Se fascinó por el comportamiento humano, descubrió su vocación.

Pero la vida es cíclica, las etapas van y vienen. Con cuarenta años busca la protección de aquellas cuatro paredes, su consulta, no necesita salir al exterior. Ya no se esmera en su imagen, no necesita pasear por la calle por el placer de caminar, ni entablar conversaciones infructuosas, ni busca una relación estable con ningún hombre para formar una familia, quiere la compañía de sus pacientes. Todos aquellos cambios fueron necesarios para encontrarse a sí misma, para desarrollar un carácter cargado de barreras,

corazas y defensas.

Vive momentos revueltos, han aflorado capacidades ocultas, inhibidas o ignoradas porque antes no fueron útiles. Parece escuchar la voz de su padre, *Siempre hay cambios y no se puede vivir ajeno a esa realidad*. Cuánto añora sus consejos. Por eso, cuando cuatro años antes sonó el timbre de la puerta, el destino había puesto en marcha una serie de acontecimientos de los que no podía escapar. Nunca hubiera imaginado los efectos devastadores que aquel hombre: moreno, alto, bien parecido, con el semblante serio y la mirada inquisitiva, tendría en su vida. A pesar de ello, con la perspectiva que da el tiempo, seguiría abriendo la puerta al teniente Fernández.

—Busco a la doctora Navarro. —Natalia dio un paso atrás asintiendo mientras traga el último bocado del sándwich—. Lamento presentarme sin avisar. Pertenezco a U.C.O., Unidad Central Operativa, de la Guardia Civil. Investigamos crímenes organizados, delincuencia, un largo etcétera. Necesitamos su ayuda en un caso.

Dos días fue el tiempo necesario para solventar su lucha interior; después, decidió acompañarle sin preguntar quién dio su nombre y por qué ella entre cientos de buenos profesionales. No tuvo tiempo a reclamar explicaciones, los acontecimientos se precipitaron y Sergio amargado por el desenlace de Javier la apartó de todo.

Natalia conocía sus límites, pero jamás imaginó que se pusieran a prueba. «Nunca se sabe hasta dónde estás dispuesto a aguantar. La capacidad del ser humano para soportar el sufrimiento puede resultar inmensa», le decía su padre cuando la veía desfallecer.

Su vida profesional, segura y perfecta, se tambaleó con brusquedad en esos momentos de incertidumbre, lo único que siempre le aportó confianza y autoestima se desquebrajaba. No estaba cómoda en la unidad de la Guardia Civil, los intentos por ayudar con discretas aportaciones eran ignorados, se sentía que valía poco. Sabía que todo era consecuencia de las proyecciones negativas del teniente Fernández en el grupo.

Tomó decisiones desesperadas e irracionales como ofrecerse para testificar por parte de la defensa en concepto de experta en el campo de la neurología, vagos conocimientos y mucho interés en la materia era lo que respaldaba esa afirmación. No estaba segura, si lo hizo para cambiar la pésima opinión sobre sí misma o demostrarle al teniente que todo lo que pensaba de ella no era cierto; era una profesional y sabía de lo que hablaba. Un fracaso más que añadir a su lista. Nadie entendió las explicaciones documentadas y en lugar de llevar a Javier a un sanatorio mental, fue encerrado en una celda donde se incrementaron sus males, convirtiéndole en un perfecto demonio.

Aquel círculo vicioso de lamentaciones en el que entró y del que sola parecía imposible salir, se transformó en una caída libre a un pozo oscuro y sin fondo con la muerte de su padre y la ruptura sentimental con su novio. Ninguna separación es agradable, sin embargo, estaba segura que si no hubiesen coincidido, aquel cambio civil de prometida a soltera sin compromiso no se contaría como un drama, sino una modificación de la agenda y la rutina. Unos días rumiando la traición y el enfado, y todo quedaría en una anécdota más para narrar. Pero no fue así, resultó ser un año cargado de amargura.

Natalia seguía superando el duelo, no el del novio sino el del padre, cuando Sergio llamó de nuevo a su puerta. No fue un caso lo que trajo en las manos, sino una orden de su superior. «Cuatro sesiones con la doctora Navarro, o una suspensión indefinida. Tú eliges». Al teniente le mosqueaba tanta insistencia con aquella doctora, pero se dejó llevar.

Lo primero fue mantener la calma delante de él. Le retuvo en el umbral de la puerta mientras decidía si dejarle entrar o echarle. No fue una forma de humillación, más bien indecisión. Le concedió el beneficio de la duda.

Nunca imaginó que sentados en su despacho consiguieran cada uno de ellos una terapia tan provechosa. Abordaron el problema desde puntos de vista opuestos. No eran dos amigos dando consejo, era un inspector y una psiquiatra resolviendo un instante del tiempo que permanecía congelado.

Como la doctora Navarro hacía con sus pacientes, no ofreció las respuestas, cada uno de ellos las halló por sí solos. El inspector Fernández le dejó preguntas que no se planteó en ningún momento. Aliviaron aquel malestar que cargaban. Ella visualizó mejor cómo había llevado su vida desde entonces, profundizó en los miedos y se dio cuenta que necesitaba salir de la zona cómoda y segura. Él descubrió que la doctora le aclaraba la mente, ofuscado una y otra vez en los mismos errores se anclaba más en el fondo, ella le liberaba de ese peso.

La doctora Navarro regresó a la unidad con el miedo de volver al estado inicial. Pero los términos de su relación habían cambiado, estaba dispuesta a dejar su burbuja de seguridad, pero no a ser un miembro activo del equipo, no estaba preparada para eso, sería una experta externa para consultas. Seis meses después de aquel acuerdo, el teniente Fernández la colocó delante de un reto que daría un cambio en su vida.

Natalia distraída por los derroteros que toman sus pensamientos algo nostálgicos, decide que es hora de dejar de mirar por la ventana y seguir trabajando. Coloca la taza de té sobre la mesa y coge sin ganas el informe que el teniente Fernández le entregó la noche anterior. Algo de la vida de Sonia Santos no encaja, necesita saber qué le oculta detrás de la mirada perdida.

Capítulo 2

Sonia apareció vagando por la Gran Vía de Madrid con un vestido de gala que impresionó tanto a hombres como a mujeres. No fue el motivo por el que todos grabaron con sus móviles su paso lento y vacilante, tampoco la ausencia de zapatos, fueron sus brazos y manos manchados de sangre, su rostro sin vida, la mirada perdida y el pelo alborotado lo que causó estupor entre los transeúntes. El coche de policía se detuvo a su lado, pero no atendió a su ofrecimiento de auxilio, ni al roce de la mano del agente que intentó detenerla, ella seguía caminando con la mirada fija al frente, como cumpliendo una orden incuestionable. *¿De dónde venía?*, nadie lo sabía, simplemente surgió allí. Su cuerpo no mostraba signos de agresión, ni cortes, ni golpes, ni abusos sexuales, a primera vista *¿De quién era la sangre?* El SAMUR la trasladó al hospital Clínico San Carlos y allí la conoció la doctora Navarro.

La llamada de Sergio pidiendo su colaboración la pilló almorzando con su madre. «¿Te interesa una mujer ensangrentada, catatónica, caminando con un vestido de gala, por el centro de Madrid? Este caso no nos corresponde, pero alguien de arriba ha hecho una llamada y nos la han colado», dijo el teniente al otro lado de la línea. No quiso preguntar qué significaba «catatónica», usaba la jerga psiquiátrica como Dios le daba a entender, todos eran psicópatas o dementes, y aunque la doctora malgastaba

horas de enseñanza, seguía siendo un desastre como alumno.

La prensa era implacable, ya estaban apostados en la puerta del hospital buscando carnaza y especulando sobre su procedencia. En las redes circulaban los vídeos de la muchacha y alguien empezaba a imitarla. *Un mundo falto de cordura*. Se había convertido en una noticia viral en pocas horas. La doctora se preguntaba hasta qué punto todo aquello favorecía el trabajo de la Guardia Civil. Facebook y Twitter hicieron eco de la dramática historia, todos opinaban y cientos de suposiciones corrían de perfil en perfil.

Nada más llegar pasó a una sala donde estaba reunido el teniente con otros agentes revisando lo que tenían hasta el momento; pruebas obtenidas por los médicos forenses, que en ese momento no eran nada esclarecedoras; imágenes y vídeos, de todos aquellos que paseaban con la Gran Vía. Entre aquel grupo concurrido se encontraba Marta Garrido, cabo de la Guardia Civil y compañera de Sergio, con la que Navarro no terminaba de encajar. Ambas mujeres mantenían un trato cordial, pero ninguna se soportaba más de cinco minutos.

Se retiró a un discreto rincón y escuchó detalles de la mujer apodada la «novia». Desconocían quién era, no portaba documentación alguna, ni existía una denuncia por desaparición que encajase en su físico. El curioso nombre se lo debía al vestido que colgaba embolsado sobre el riel de la

cortina de la ventana. Se acercó a admirar lo hermoso que era, no entendía mucho de moda, pero no parecía una prenda barata. El vestido de color blanco se ceñía al cuerpo con varias aplicaciones tipo brocado en color plateado, llegando hasta el cuello con un detalle bordado en lentejuelas. Para la doctora era una ostentación, pero reconocía su elegancia. Le gustaba el cinturón plateado con una diminuta ornamentación de flores, de donde se desprendía una falda con capas de tul, al lado derecho se completaba el conjunto con una cola que superaba el largo inferior elaborado con el mismo tejido en dos tonos, blanco y plateado.

—Creemos que es de algún diseñador de prestigio, no tiene etiqueta que nos diga quién lo confeccionó: está cosido a mano, y las telas son de una calidad única —dijo Sergio cuando disolvió la reunión y se unió a ella para contemplar el vestido.

—Un diseño exclusivo, estás hablándome de alta costura, realizado para una sola persona. Algo como esto, —Cogió con delicadeza la esquina de la bolsa— requiere horas de trabajo, mucha gente para crearlo; en una palabra, dinero, no puede ser tan difícil averiguar su nombre.

—Es nuestra Cenicienta, pero sin zapatitos de cristal. Quizá puedas averiguar algo de ella, no ha dicho ni una palabra, solo se mece y solloza.

Pero de aquel primer contacto no salió nada. Dos días después los

avances eran mínimos. Conocían su nombre, Sonia Santos Prieto, pero no por las sesiones con la doctora, que resultaron infructuosas, ya que seguía en un estado de trance del que despertaba despacio repitiendo una y otra vez las mismas cosas sin sentido, y sin dejar de gimotear. Seguía sumida en un shock postraumático. Tampoco ayudaron las numerosas pistas falsas que siguieron de Facebook y Twitter, todos callejones sin salida. Lo que hizo saltar las alarmas de la unidad de la Guardia Civil fue la denuncia de Clementina buscando a su hija. La foto de Sonia que introdujo el Policía Nacional en el sistema cumplía con los parámetros de búsqueda.

La madre declaró angustiada que no respondía a sus llamadas, que siempre estaba apagado o fuera de cobertura. Sonia se marchó por motivos de trabajo seis meses a Sudamérica, en este tiempo, solo las primeras semanas se comunicaron a través de breves textos de wasap, luego nada. Estaba acostumbrada a esos comportamientos despegados, por eso no denunció su desaparición con antelación. Tenía que llegar a Madrid el 24 de octubre y tampoco le extrañó que no llamase nada más aterrizar, por eso esperó dos días. No conocía el fenómeno mediático que era su hija, no veía apenas la televisión y menos aún seguía las redes. Marta no encontró registro alguno que demostrase tal viaje, lo cual planteó más preguntas, *¿dónde estuvo todo ese tiempo?*

Pero el drama verdadero se reveló cuando Natalia realizó un escáner

cerebral. Sin dejar de observar la pantalla del ordenador que le mostró el descubrimiento más espeluznante, marcó el número del teniente. Dos tonos fue el tiempo que tardó en contestar.

—Tengo algo muy inquietante —dijo mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla.

—Yo tengo también un panorama bastante impresionante. El piso de Sonia está vacío, pintado, acuchillado y desinfectado. Pensaba encontrar droga o algo por el estilo —Aquella información sorprendió a Natalia—. Los dos policías que la localizaron en la Gran Vía iban acompañados por un can de antidrogas, nuevo protocolo del ayuntamiento. Se puso como un loco. Analizamos el vestido y tiene restos de cocaína.

El teniente se acercó a la ventana desde donde veía el principio de la Dehesa de la Villa. Un enorme parque que mantenía su condición de bosque, con lugares ajardinados en las zonas colindantes a los espacios urbanos; observó los enormes cedros, altos pinos, sabía que había almendros amargos. Hubo un tiempo que le gustaba correr y llegó a conocer el lugar como la palma de su mano, perdiéndose por sus caminos de arena, una época donde el trabajo no absorbía su vida.

—Pues más o menos tengo yo lo mismo. El escáner cerebral que le hemos realizado nos ofrece tanto luz como oscuridad. Le han extirpado dos

tercios del hipocampo, la amígdala, y una parte del córtex entorrinal.

—Traduce —dijo molesto Sergio.

—Pensé que la amnesia que sufría era como consecuencia del hecho traumático. Pero no recuerda ni mi cara ni mi nombre, cuando treinta minutos antes nos hemos presentado por sexta vez en cuarenta y ocho horas, porque no puede. No puede acordarse ni lo hará nunca, alguien hizo algo horrible a un nivel aterrador. Sufre una amnesia anterógrada severa, no consigue memorizar cosas nuevas, olvida tan rápido como suceden. El tiempo no avanza para ella, por eso me dice una y otra vez la misma fecha. Hace seis meses salió de su casa, tomó un taxi y se presentó en unas oficinas que no terminan de aclararse en su mente, ni dónde están ni lo que sucedió después.

—¿Entonces?

—De ella no vas a sacar nada de información. Se la han robado.

Capítulo 3

La vibración del móvil sobresaltó a Natalia que regresa al momento presente, aquel donde Sonia termina de abandonar la consulta. Comprende el agotamiento físico y mental que sufre Clementina, asimilar que su hija nunca vivirá un día después del 24 de mayo es duro. Sonia olvida cada noche su trastorno mental, al despertar escucha de los labios de su madre, con más o menos detalle, dependiendo del estado de ánimo de ésta, aquella parte de su historia que nunca grabará en la memoria.

—¿Cuánto aburrimiento tienes en el cuerpo? —pregunta, Sergio, con cierto tono de broma; que va al grano por desquiciante que resulte.

—¡Buenas tardes! Desde que te conozco he olvidado el significado de esa palabra. —La risa de Sergio, sonoras carcajadas, con la boca abierta, era contagiosa y demostraba un positivismo que Natalia siempre agradece.

—Te paso a buscar en diez minutos. Soy el tío, en el Citroën C3 negro, con cristales tintados.

Quince minutos más tardes Sergio sorteando el tráfico de Madrid. Natalia no soporta el sonido estridente de la sirena, y frunce el ceño por lo innecesaria que es, lo que divierte a Sergio. Sabe que le molesta, pero no consigue enfadarla, jamás le pide que la apague. Controla la respuesta, ninguna de sus

provocaciones hace que pierda los papeles, pero ha descubierto dos personalidades: una inquebrantable, que ni siquiera arrugaría la frente; y otra, la de hoy, sentada como copiloto, culpable por dejarse llevar ante la actitud infantil de Sergio.

—¿Qué hacemos aquí? —Natalia observa el trasiego de gente entrando y saliendo por la puerta acristalada de la comisaría de Tetuán.

—Marta encontró una cámara de seguridad en una tienda de comida china, que nos muestra a Sonia el día que desapareció. Nadie la acompaña, aparentemente no hay nada anormal, pero queremos que mires las grabaciones con tu ojo crítico.

Natalia no pregunta por qué una tienda de alimentación tiene cámaras grabando al exterior ni la razón de conservar tales imágenes. Se limita a seguir a Sergio que busca entre el alboroto de la comisaria la figura de alguien en concreto. No tarda mucho en reconocer la voz de Marta, muy aguda y elevada, su tono da un sentido consciente e inconsciente de agresividad al mensaje, que pone los pelos de punta a Natalia.

—¡Gentuza depravada! —se la oye decir.

Marta está con un policía nacional que toma las huellas a dos hombres vestidos con albornoces de color blanco. Cruzan el pasillo sin echar cuenta de su presencia, lo que alivia a Natalia al dejarla atrás con su parloteo incesante.

Y continúan recto. Se sienten invisible ante tanta actividad; afanados en papeles, llamadas, denuncias y detenciones. Atraviesan una puerta y entran en una habitación llena de ordenadores.

—Sé lo que piensas de ella, pero es un gran agente. Quizá tenga que pulir sus maneras, en eso te doy la razón. —Sergio la amonesta por el pensamiento negativo que cruza su mente y se dibuja en su rostro. No es una buena jugadora de póker, sobre todo los días que Natalia se siente ella misma, su cara es el reflejo del alma.

—¡No he abierto la boca! —añade casi ofendida.

—Te conozco... —Marta interrumpe como lo haría un elefante en una cristalería.

—Un guarro mirón y un restregón.

—Son dos trastornos del deseo sexual: el primero conocido como «voyeurismo» y el segundo como «froteurismo» —apunta Natalia. No soporta los ojos saltones de Marta clavados en ella y desvía la mirada, molesta consigo misma cuando ve en su cara la expresión de triunfo, *Doctora, cero; yo, uno*—. Ambos sujetos potencian la excitación en la posibilidad de ser descubiertos.

—Lo que tú digas. Es una perversión y un delito sexual.

Marta se aleja de ellos con los puños cerrados y la sonrisa forzada,

Natalia está segura que de sus labios apretados en un arco descendente la palabra «Petulante» ha sonado clara. Está dispuesta a buscar la réplica cuando la mano de Sergio la sostiene por el brazo.

—No padezco complejo de superioridad, ni tengo un desprecio delirante hacia ella, pero no soporto que alguien que ostenta un poder como el vuestro, no se exprese con corrección.

—Entiendo tu postura como profesional, tú ves al enfermo mental, a esa persona que no puede controlar sus instintos más básicos, que no respeta las normas morales o sociales porque no tiene capacidad para ello. Nosotros tratamos con la víctima, nuestro deber es proteger y garantizar al resto de la sociedad que nadie, enmascarado o no detrás de una esquizofrenia, locura transitoria o trastorno del que sea, campará a sus anchas. —La invita a tomar asiento junto a un ordenador que muestra la imagen fija de una calle—. Atrapamos a decenas de personas con trastornos sexuales que por motivos de salud mental no son imputables, se les condena a ingresar en un centro psiquiátrico. Salen peor de lo que entran y cometen un delito mayor que el primero.

Natalia está dispuesta a refutar aquella última frase, pero Sergio levanta la mano dando por finalizada la conversación, como tantas otras veces, no quiere apoyar su postura o quizá como Marta es su compañera, la antepone.

Fuera lo que fuese, deja aparcada el tema que intenta defender y se centra en la imagen que se pone en movimiento cuando Sergio pulsa «intro».

Capítulo 4

La cámara de vídeo abarca un gran ángulo de la calle: se ve ambas aceras incluso el segundo piso del edificio de enfrente, la tienda de ultramarinos de la esquina y la zapatería que está pegada, el resto es fachada y entrada de portales. Ambos lados de la calle tienen coches aparcados y la gente pasa con dificultad entre ellos; es estrecha y ligeramente en curva, lo normal en los barrios viejos de Madrid.

Natalia sigue dando vueltas a la necesidad de tal sistema de vigilancia. La calidad de la grabación demuestra que no es un aparato de seguridad rudimentario como el que instaló ella en casa de su madre, Rosa Llorente. Compró la cámara en Amazon por cuarenta euros, se parecía a una GoPro, algo más grande y vasta. La colocó en un rincón estratégico del tendedero para visualizar la ventana y todas las cuerdas, con la intención de pillar al que robaba la ropa interior de una señora de setenta y dos años.

Descubrió que aquella imagen tenía un retardo, tiempo suficiente para que el encapuchado cogiera la prenda y saliera corriendo. Su madre reconoció al vecino del quinto por su vestimenta y su brazo en cabestrillo. El hombre no negó lo evidente cuando le dio alcance en la escalera, el bulto que mostraba sus pantalones y las bragas que apretaba en su mano cerrada fueron prueba suficiente para Natalia. Nunca había mostrado tanta determinación y arrojo

persiguiendo a alguien como si le fuera la vida.

»—¡Santo del amor hermoso! Y ahora cómo miro yo a este hombre con el que llevo veinte años compartiendo comunidad. Es de esos que se restriega la ropa por la nariz mientras hace cosas indecentes.

»—Mientras se masturba. Se llama «Fetichismo». —La madre meneó la cabeza apenada.

—¡Natalia, me estás escuchando! —Insiste Sergio zarandeando el brazo de Natalia.

—Recordaba cuando instalé una cámara de vigilancia a mi madre. No sé qué me pasa, sufro constantes regresiones al pasado. —Llevaba tiempo durmiendo cuatro horas como mucho y nunca seguidas.

—Está inquieta... —Natalia mira de nuevo la pantalla del ordenador, perdiendo las palabras de Sergio en la lejanía.

Sonia camina de un lado a otro de la calle, arrastrando su trolley y un bolso de mano. Sus movimientos son nerviosos como si esperase a alguien que llega excesivamente tarde. Pero en ella no está la impaciencia de la hora, pues en ningún momento mira el reloj de muñeca o la pantalla del móvil que sobresale en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Entonces se queda quieta ante el escaparate, lo que permite ver con más detalle su rostro maquillado con esmero. Su vista fija en algo o alguien de la tienda capta

totalmente su interés. Un cambio sutil se muestra en su expresión, no es miedo, tal vez disimulo. Unos instantes de inactividad seguidos de un rápido parpadeo, el ahuyento de una mosca algo persistente con su mano derecha y la precipitación del paso, haciéndola desaparecer por el mismo camino por el que llegó.

—¿Miedo o sorpresa? —pregunta Sergio— ¿Qué crees tú?

—El miedo hace que se realcen los ojos, se abran las cejas, también los párpados y se tensan los labios, se entreabre la boca ligeramente. En la sorpresa se alzan las cejas en posición circular, los párpados se elevan y la mandíbula desciende...—Va señalando con el dedo índice de su mano derecha cada rasgo del rostro de Sonia—. Aquí hay una falta de expresión emocional. No me necesitas para que te diga lo que tú ya sabes.

Natalia siente el aliento de Sergio sobre su mejilla. *La boca de un hombre revelaba la personalidad*, tras aquel pensamiento sus ojos se centran en los labios gruesos que descubren al teniente como un hombre romántico, sensible, intuitivo, y perceptivo; a pesar de la sonrisa malévola que esboza en ese momento.

—¿Qué me ocultas?

Los dedos de este se mueven rápidamente por el teclado, la pantalla se divide en seis ventanas, cada una de ellas con un día de la semana y una hora

que señala un reloj en el margen derecho.

—Acabamos de ver a Sonia saliendo de su casa el lunes por la mañana, algo nerviosa. El resto de la semana hizo exactamente lo mismo hasta el día 24 de mayo, sábado, cuando un coche para y la recoge. —Levanta la mano para evitar que le interrumpen—. La matrícula sale emborronada en la imagen, suelen rociarlas con laca para no ser detectadas por los radares.

Natalia va pulsando cada una de las ventanas. Valora con minuciosidad: los movimientos, gestos y el comportamiento de su paciente. Seguía alterada, desesperada caminaba arriba y abajo mirando a un lado y otro de la calle con su trolley y su bolso de mano. Todo igual, la misma ropa, calzado y los mismos bultos como equipaje, pero iban apreciándose cambios sutiles. Su maquillaje cada día menos esmerado, el rímel corrido y el lápiz de labios emborronado, se notaba el temblor en la mano que en los últimos días escondía dentro del bolsillo de su chaqueta. Su peinado estaba descuidado hasta llegar al sábado donde se veía desgredado y sucio.

—Está claro que estaba chalada. —Natalia cierra con fuerza los ojos cuando escucha la voz de Marta sobre su hombro—. Te necesito. —Se dirige a Sergio con una sonrisa quebrada—. ¿Puedes dejar unos segundos a nuestra experta en el comportamiento humano?

Todo en ella desquicia el carácter tranquilo y pausado de Natalia, sabe

que cada una de sus palabras va dirigida como un dardo hacia ella, no comprende muy bien de dónde nace esa antipatía. Tras la zalamería de los primeros días. Entonces llegó a incomodarla su conducta «seductora», no quiso sentirse demasiado elogiada, pero a las semanas aquellos primeros halagos que inundaban cualquiera de las conversaciones, por muy cotidianas que fueran, se transformaron en desprecio y echó en falta la primera versión de Marta, esta segunda era antipática y grosera. Decidió mantener un criterio de prudencia y responsabilidad como la profesional que era. Pero no soporta, como en aquel momento, el uso de términos peyorativos para una persona que nunca recuperará la memoria, que ha sido mutilada, en contra de su voluntad, es una víctima y se merece un respeto y no el calificativo de «chalada».

Pero en aquellas imágenes de su paciente con una ausencia de higiene bastante palpable, le da un indicio de un problema subyacente.

—¿Qué sucede Marta? —pregunta Sergio fastidiado, o eso quiso captar en el tono de voz Natalia, una proyección de su propio deseo.

—Han encontrado otra mujer vestida con elegancia, caminando por los jardines del Palacio Real.

No duda ni cinco segundos en ponerse en pie, coger su chaqueta y empezar a dar órdenes a dos policías que custodian la puerta. Natalia toma su abrigo y su bolso del respaldo de la silla mientras echa un rápido vistazo a la

imagen congelada de Sonia en la pantalla del ordenador. Algo de ese rostro le es familiar.

—¿Puedo llevarme una copia? —pregunta señalando la pantalla.

—Por supuesto, te la entregarán en un momento. Tengo que irme. Te llevará a casa este agente.

—¿Necesitas mi ayuda? —pregunta Natalia.

—No —dijo Sergio—. Pediré un escáner cerebral, si encontramos lo mismo que con Sonia, o, mejor dicho, si no hallamos el cerebro completo, te lo haré saber.

Suena aterrador imaginar que alguien anda suelto quitando partes de la cabeza de jóvenes. Hay que ser cauteloso con los comentarios y las conjeturas, no precipitarse. De nuestro trabajo depende la vida de mucha gente. Son las últimas palabras que llegan a Natalia de Sergio, hablando a su equipo; a grandes zancadas recorren el pasillo camino del aparcamiento.

—¿Nos vamos a casa, Señora?

Que mal suena aquella palabra para sus oídos, «señora». Es hora de una ducha fría para abrir la mente y no hace esperar al policía nacional que le sostiene el bolso.

Capítulo 5

Después de una noche infructuosa, donde el sueño no acompañó más de dos horas; tras visionar los vídeos de la cámara de seguridad, que no aportaron nada nuevo; tampoco ayudó ver las noticias sobre la muchacha que asaltó los jardines Reales; ni la última ojeada al Twitter antes de acostarse, inundado con cientos de vídeos de la misma joven caminando sin alma. Decidió seguir el consejo de su padre, *A quien madruga, Dios ayuda*.

La última paciente de la mañana, que estaba siendo larga y somnolienta, fue anunciada por Aurora antes de ir a comer. Disimulando un bostezo, la doctora coloca el cuaderno sobre los labios, mientras observa como Marina López restriega las manos contra su ropa impoluta. El silencio de aquella madre cargado de culpabilidad y pesar se disipó con débiles monosílabos. Una buena mujer que personifica la inocencia, con la mirada franca y la sonrisa honesta, pero el corazón, como ella asegura, esconde un secreto maligno. Quiere ocultar la inseguridad, el nerviosismo, a través de aquella fricción desesperada. Hacer desaparecer la suciedad que persiste en las manos de la madre que se niega a coger en brazos a su bebé recién nacido.

—No me une ningún lazo a ese niño, le veo como un extraño... Y eso me parte por dentro, debería amarlo, sentir que mi mundo se desmorona si él no está... Pero no es así, alivio, alivio...—confiesa Marina con lágrimas en

los ojos—. No tengo ilusión, solo ganas de llorar. He perdido el apetito y el sueño.

—Las primeras semanas después del parto es normal que las madres se sientan vulnerables, es habitual el miedo. Son muchas emociones y no debes asustarte si todas no son del todo positivas.

El sonido suave del reloj de pared marca el final de la sesión. Marina pendiente de aquellas débiles campanadas se pone en pie y sale sin despedirse. No corre tras ella como en otras ocasiones, su marido aguarda en el portal fumando. Desesperado por el silencio de su esposa abandonó la sesión dejando a Marina ensimismada con una ficticia arruga de su immaculada falda que se niega a desaparecer.

Cuando la puerta se cierra de golpe y se queda sola en la consulta, Natalia suspira, expulsando la presión que agarrota su pecho. No puede permitir que los problemas de los pacientes se carguen en su espalda, ya tiene suficiente con los casos que le ofrece el teniente Fernández. Mira hacia la puerta cerrada, siente muchas veces el impulso de sacudir a Marina y hablar como lo haría una hermana mayor, *Ese hombre que te espera fumando en el portal está a punto de tirar la toalla para siempre. Pero entonces piensa, ¿qué mal comete ella estando deprimida, no es la perjudicada en todo esto, no se merece toda la ayuda posible y el tiempo necesario? La vida no es*

idílica, no es perfecta como en un cuento, está llena de altibajos.

Natalia sufrió en sus propias carnes lo que sucede cuando transitas por un infierno y el único apoyo que tienes te abandona. La mañana en que su padre murió envió un breve mensaje a su prometido «Mi padre ha fallecido», aquel que creía el amor de su vida respondió «¡Cuándo más te necesitaba, no estabas!». Mientras leía incrédula aquellas palabras, carentes de aliento, apretó con más fuerza el brazo de su madre. Sostenía en la mano el móvil que se deslizó hasta caer al suelo rompiéndose la pantalla en una única grieta. No era una mujer de sentimentalismos, simplemente la respuesta no encajaba dentro de las respuestas lógicas.

Su novio, quince minutos antes de recibir el mensaje de ella, miró indignado la lista de los resultados de la oposición. *¡Suspendí!*, pensó con una expresión entre incrédula y airada, viendo la alegría de los que festejaban el aprobado se sintió aún más irritado. Se dio cuenta que estaba solo, nadie le compadecía en un pasillo repleto de gente, y aquello le frustró todavía más.

Tras el tiempo recorrido, Natalia reconoce que aquel novio sufría de «yoísmo». Todo giraba a su alrededor, solo hablaba de él mismo y era un experto en dar la vuelta a la tortilla cuando otra persona interactuaba, pudiendo eclipsar su luz. Ella siempre se iba a casa con la sensación de que no aportaba nada a la relación. Tuvo que morir su padre para darse cuenta lo

absurdo que era mantener tal compromiso. Aprendió que idealizaba a las personas para que se ajustasen a su realidad, lo hizo con aquel novio narcisista, con un compañero y un profesor de facultad, los consideró especiales y luego se dio cuenta que no eran nadie. *Nunca más*, dijo cerrando aquel capítulo.

El móvil vibra dentro del bolso, rompiendo esa constante regresión a momentos concretos de su vida, era como realizar un balance. *Todo es un ciclo y hay que aprender a mantener y dejar ir. Como ese amor que creías verdadero y eterno pero lo que sí tenía era una fecha de caducidad grande y clara*, la voz de su padre asalta su cabeza mientras busca desesperada el móvil. *El tiempo es el mejor maestro, nadie nos enseña a vivir. Los acontecimientos significativos dejan huellas profundas, muestran las emociones que nos ayudarán a subsistir: la tristeza, ante una dolorosa separación; la rabia, ante el egoísmo de un novio narcisista; aprender a dejar ir. A valorar lo que merece la pena, el amor de una madre, la recompensa del paciente que con alegría te da las gracias tras ver la luz al final del túnel, mantener lo que nos hace ser felices o estar en paz con nosotros mismos. Nadie llora por lo que no ama, Natalia.*

—¿Dónde te metes? —La impaciencia en la voz de Sergio no era un buen presagio—. ¿Viste las noticias?

—Me estoy volviendo una criatura nostálgica —responde—, haciendo recuento de todos los fracasos de mi ayer y alguno del presente. ¿Qué sucede?

—Acaba de morir. La muchacha que apareció en los jardines, falleció esta madrugada. No te llamé antes porque quería saber las primeras valoraciones del forense. —Un silencio incómodo se levanta entre ellos.

Trascurren los segundos, Natalia intenta asumir la información que recibe sin implicación emocional, siente que ese vaso interior está a punto de desbordarse.

—Belén García —continúa Sergio en un tono frío y distante—, era su nombre, de veinticuatro años, natural de Sevilla. Le extirparon: la parte del lóbulo frontal, amígdala... lo mismo que a Sonia. —Natalia imagina a Sergio mirando al cielo buscando respuesta—. La vistieron con un traje de noche rojo y la abandonaron a una suerte ya marcada.

—¿Por qué dices «marcada»?

—El forense asegura que la intervención se realizó hace una semana y una bacteria infectó el cerebro. —Sergio traga saliva antes de continuar, su garganta está áspera y seca—. Tras el parloteo médico que soltó, apunté: «células cerebrales contagiadas y los glóbulos blancos, los hongos vivos y muertos, se han acumulado en una parte», o algo por el estilo, tampoco creo que tenga mucha importancia todo esto para pillar al cabrón. Tenía fiebre,

rigidez en la nuca, dolor de cabeza... pero no pudieron hacer nada por ella, entró en el hospital convulsionando y murió. ¿Crees que es un médico chiflado, algún doctor Frankenstein? El forense cree que con esto se inhibe el miedo, ¿El perfecto soldado? No sé qué pensar.

—Cuando la amígdala de ambos hemisferios se ve dañada, se han dado casos donde el paciente deja de mostrar miedo, pero nace un interés y afán desbordante por explorar. Tuve un paciente que, como consecuencia de una enfermedad genética, sufrió estos síntomas, podemos llamarla Juana sin Miedo, recordando un poco al cuento infantil. Juana era extrovertida, amable y le encantaba conocer gente. El problema es que conocía a malas personas, pero no aprendía, tuvo cuatro relaciones con hombres que la pegaban y abusaban de ella, pero no sentía temor y no aprendía. Uno de ellos la agredió con un cuchillo, pero no padeció ansiedad ni estrés; tropezaba una y otra vez en la misma piedra. No respetaba el espacio personal, no se consideraba incómoda ante la proximidad de otras personas. Es literatura barata, la idea del soldado perfecto aquel que carece de miedo; sin él somos vulnerables a todo tipo de peligros —Natalia se pone en pie y camina para relajar la tensión.

—Cuando sepamos por qué las extirpa parte del cerebro, tendremos una pista.

—¿Puedes averiguar si Belén sufrió de epilepsia? —pregunta al recordar la enfermedad infantil que sufrió Sonia.

—¿Qué tienes en mente?

—No puedo romper el secreto profesional que me une con mi paciente.

—Tenía que estar prohibida tales prácticas —añade Sergio molesto.

—Estoy intentando buscar un patrón médico. —Carraspea nerviosa. Un acto irracional cuando apunta algo con poca seguridad—. Habéis investigado el tema de los vestidos...

—Fue lo primero. Sabemos quién los diseñó y confeccionó, Prieto Aaron —dijo en un tono solemne y petulante—, modisto de Albacete. El nombre que figura en la partida de nacimiento es Antonio Fernández. Alega que le robaron quince diseños exclusivos hace siete meses, que no lo denunció por evitar pérdida de tiempo y papeleo innecesario, que si encontramos los vestidos se los devolvamos, aunque carecen de valor, ahora que han estado expuestos a ojos indiscretos, manoseados y manipulados. Aterra pensar que quedan trece chicas, suponiendo que siga el mismo patrón. He prohibido que se divulgue en los medios esta información, no quiero dar notoriedad a este gilipollas, parece entusiasmado con la noticia de que su vestido fue el que dio nombre a la víctima número uno. Ya le he dicho que, si veo publicado en los medios su nombre como diseñador, le acusaré de obstrucción a la justicia y le

empapelaré de por vida.

Capítulo 6

Natalia resolvió la tarde con las visitas a sus pacientes en la planta de psiquiatría del hospital de la Paz. El desasosiego que sentía cuando se quitaba la bata, era el mismo que le invadía los viernes por la tarde, sensación de pesar. No deseaba analizarse, pero era el resultado firme de la soledad que la invadía. Fuera del ámbito profesional no era feliz, estaba insatisfecha con su estilo de vida. Al contrario de lo que sucedía al resto de los mortales cuando llegaba el domingo, a ella le asaltaba un estado parecido a la euforia, regresar a la tarea rutinaria y cotidiana, *monotonía igual a seguridad*.

Para abandonar este momento depresivo y plantearse una perspectiva más halagüeña, se marcaba varios objetivos el fin de semana, una lista de sueños que cumplir, sin faltar a la cita con su madre, la comida de los domingos. Sorprendentemente el sábado ya se rozaba con los dedos y no tenía nada programado. Tampoco había acudido a recoger las últimas novedades literarias que guardaba su amigo Luis, dueño de la librería Mayo, su rincón preferido en momentos de decaimiento. No sabía si se celebraba algún congreso de psiquiatría o neurología. En una palabra, estaba perdiendo los muros de su fortificación.

El colmo de un psiquiatra, es estar loco por su trabajo, piensa mientras desciende por las escaleras de emergencia del hospital camino del

aparcamiento. *En esta profesión se recoge mucha carga negativa.* Natalia aprendió a empatizar con los problemas de los pacientes sin que influenciaran en su vida, pero con el tiempo aquellas barreras parecen diluirse. Los manuales de texto de la Universidad tenían escrito en letra negrita, «No se es un buen profesional si no existe interés por el paciente, si de alguna forma no hay comprensión hacia la otra persona». Empezaba a tener demasiado de todo.

—¡No doy crédito a lo que ven mis ojos! —Inés Soto arrastra las palabras, así como los pies al caminar—. Mi queridísima doctora Navarro. ¡Joder, qué suerte la mía!

Inés traía en la cabeza una especie de vendaje sanguinolento que con certeza ella misma se había colocado. Aquella mujer llegó a la consulta de la doctora después de sufrir una crisis de ansiedad, no venía buscando ayuda, ni consejo, ni consuelo, solo deseaba salir de allí con las manos llenas de recetas que le permitieran seguir en ese estado de nirvana en el que vivía desde hacía un año. A su negativa sostenida ante las súplicas y rabieta posterior, llegó una ola de insultos, blasfemias e improperios.

—Me voy a saltar nuestra próxima reunión, pero le mandaré por fax lo último que escribí para usted.

—No soy tu agente literario. Te dije que escribieras un diario para ti;

la escritura terapéutica puede ayudar a expresar y canalizar las emociones, esas que tienes bloqueadas o desbordadas. Por la noche...

—¡Uff! Imposible, tiene que ser por la mañana cuando me despierto, por la noche caigo catatónica del agotamiento. —Natalia mira con pesar, *¿cómo se habrá abierto la crisma?*

—Quiero verte en nuestra siguiente cita, y no vengas con excusas baratas o llamaré a alguna de tus amigas.

—¡Deje de joderme la vida, frígida de mierda! Por su culpa no me hablan, les fue con el cuento, yo no tengo un problema de alcohol, lo puedo dejar cuando quiera. Bebo para relajarme, mi trabajo conlleva mucha responsabilidad, estrés, pero que va a saber una charlatana loquera —grita mientras se aleja moviendo las manos con aspavientos que desequilibran su cuerpo delgado.

Natalia siente lastima por ella, Inés no es consciente de su deterioro. Se sube al coche mientras la ve desaparecer dentro del hospital.

Conduce por la Avenida de la Ilustración camino de su casa, mientras la mente no deja de pensar en esa paciente tozuda. Una mujer hermosa cargada de éxitos profesionales, con amigas como hermanas y una vida social activa. Pero todo aquello desapareció, su reputación se hundió y fue duramente criticada por todos los profesionales del sector del videojuego, quedando su

carrera enterrada y cementada. El comportamiento errático, la falta de pudor en reuniones con colegas, la habían etiquetado de alcohólica y ninfómana. Su talento se había evaporado.

El alcohol sacaba de ella una personalidad antagónica. Era como una posesión, una pérdida de la propia personalidad, sustituida por otra totalmente desconocida y distinta. La educación y los buenos modales, así como su corrección al hablar y el trato con los demás, desaparecían cuando estaba influenciada por el alcohol y las drogas. Se volvía amoral, blasfema, se maquillaba y vestía con tonos exageradamente llamativos y ropa muy provocadora. Pero sobre todo nacía en su interior una adicción al sexo que la llevaba a despertar junto a hombres que no conocía en lugares poco recomendables. No era placer lo que buscaba en todas aquellas relaciones esporádicas, intentaba aliviar la tensión emocional y el malestar que sentía, era una válvula de escape.

Natalia sabe que el problema es difícil de solucionar, pues Inés tiene que dar el primer paso para salir del pozo y ahora se alimenta de la culpa y el autocastigo, no está preparada. Una persona que necesita sufrir para sentirse viva. Su pasado saturado de malos momentos y circunstancias que escapan a su alcance; el nacimiento del hijo de Tere, Daniel, con autismo; el divorcio de Fishler, su amiga de la infancia; la parálisis del marido de Cristina, soporte importante en su vida; la muerte de Alvi, el hijo de cuatro años de Leo; todas

sus amigas tienen un drama en su vida del que se apropia para justificar su adicción. Tres años después el informe de Inés sigue teniendo el mismo encabezado: «Carga con una pena que no es suya, se ha vuelto oscura y triste, no desea abrir los ojos al mundo. Está repleta de inseguridad, todo escapa de su control».

El sonido del móvil vuelve a salvarla de caer en fracasos del pasado que le martirizan este incierto presente.

—Sufría de epilepsia, —La voz de Sergio le llega entrecortada. El hecho de conocer ese dato no arroja luz sobre la intervención—, según su madre la medicación funcionaba y jamás se hubiese sometido a ninguna intervención de ese tipo. ¿Dónde nos deja eso, doctora?

—No lo sé, ni siquiera puede decir que sea relevante. Pero no podemos descartar que las dos tienen la misma edad, son modelos, hermosas, y sufrían de epilepsia.

—Son de comunidades diferentes, no tenían el mismo círculo de amigos, ni se movían por los mismos lugares. Una vivía aquí, y la otra, vino a un casting acompañada por su madre.

—¿Cómo desapareció?

—La madre se levantó con una migraña tremenda y no pudo acompañarla, pero recuerda la dirección. —Hizo una pausa para ordenar que

cerraran la puerta de su despacho, tiempo que Natalia tiene para pararse en el arcén a tomar notas, no se fía de su memoria en estos momentos de bajón—. Fue Belén la que contactó con la agencia de modelos. Existe y hemos estado allí, pero no tienen constancia de nadie con ese nombre, ni que responda a esa descripción física. Callejón sin salida.

—Me siento tan inútil, sin ninguna idea. Me niego a caer en la rutina del petulante que dice: psicópata. Hay algo más. Anoche estuve hasta las tantas viendo los vídeos de Sonia, tengo un runrún. Mi subconsciente me envía señales, pero no termino de captarlo.

—¿Hay algo que te incomoda?

—Cuando esto me sucede es por algo personal. También está lo otro, desde que trato a Sonia todo son regresiones al pasado. —Su explicación es atropellada y torpe, teme que Sergio no comprenda su aprensión, que su ineptitud ralentice la investigación—. En la inconsciencia enterramos miedos muy profundos, cerca de la fobia; contenidos que hemos reprimido por el carácter traumático o deseos no cumplidos que causan frustración y dolor. Algo de esas imágenes hace saltar mis alarmas personales.

—Pero eso no afecta al caso. Tener miedo a que te suceda lo mismo es humano.

—No es algo tan evidente, es más sutil. Aquí el cerebro bloquea el

malestar, obligando a mirar, pero no ver, lo que hace que el subconsciente se moleste y revele. Si lo averiguo quizá pueda darte un hilo del que tirar, o tal vez sea otro callejón sin salida, no lo sé.

—Es como tener el enemigo en casa. Busca lo que te inquieta y dame un punto de partida. El tiempo se acaba y son trece chicas las que podemos salvar.

—No me ayudas de esa forma, yo no trabajo bien bajo presión, no olvides que soy una simple psiquiatra. ¿Has buscado entre desaparecidas que encajen en ese perfil?

—Eres mucho más que eso, eres mi compañera —Sergio emite lo que parece una carcajada. *Haré de ti, con el tiempo, una impresionante investigadora criminal*—. En España, sin exagerar, desaparecen 2275 personas al año, es una aguja en un pajar, si conociera el nexo de unión de Sonia y Belén, sería algo más fácil.

La conversación termina en un punto que deja el corazón de Natalia encogido. *Desconocer el paradero del ser querido es desolador, ¿está vivo o muerto?, un martirio diario. Algunas personas ante tal incertidumbre prefieren creer que nunca más regresará a su lado porque falleció, pero se enfrentan a la tortura de si sufrió o no, ya que no tener respuestas aumenta la ansiedad. Es complicado mantener la esperanza cuando los días se van*

alargando en el tiempo y las respuestas nunca llegan. Los familiares se quedan congelados en el día de la desaparición, sumidos en un drama muy distinto a la tragedia del que tiene constancia del fallecimiento del ser querido. La muerte tiene su propio duelo, un lugar al que ir a llorar; en definitiva, respuestas. Estas fueron las notas que Natalia con trazo rápido y nervioso apunta en el cuaderno antes de que unos golpes en la ventanilla de su coche la saquen de su ensimismamiento.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó un policía nacional de tráfico.

Se disculpa por permanecer más tiempo del necesario aparcada en el arcén e inicia el regreso a su casa sin dejar que la mente le lleve por derroteros poco halagüeños.

Un gato negro se cruza en su camino antes de entrar en el garaje, no es supersticiosa, pero el pelaje oscuro y los ojos achinados le recuerdan a la muerte caminando sin prisa, con elegancia y determinación hacia su nuevo destino. No sabe hasta qué punto el pensamiento que por unos segundos le invadió, va a condicionar las próximas horas, marcando un nuevo giro.

Capítulo 7

Tumbada en el sofá sostiene una copa de vino blanco mientras le llega lejana la voz de su padre. Es su segunda botella, y le espera una tercera en la nevera, por una vez quiere ahogar la pena en el alcohol, pero este parece no acallar las voces de su cabeza, ese dialogo interior.

—*¿Cuál es la frase más dura que has escuchado de un paciente?* — dice su padre.

—*«Me voy a ir de este mundo sin saber lo que se siente cuando te aman»*. En aquella primera sesión y única, vi lo aislada y sola que se sentía una mujer que rellenó el formulario con mentiras. Nombre, teléfono y dirección, todo falso, aunque esto no lo descubrí hasta una semana más tarde. Engañaba a todo el mundo diciendo lo bien que se encontraba, cuando por dentro estaba destrozada. —Bebe un gran trago de vino y se llena de nuevo la copa—. Tenía veintiséis años, su mirada trasmitía tanta pena que me resultó inquietante que nadie se percatara. Ella deseaba abandonar una vida que la consideraba difícil, insoportable, necesitaba el valor suficiente para dar el paso, pero no hablo de suicidio, sino de borrón y cuenta nueva. Recuerdo que se acariciaba el vientre con esperanza, pero entonces una sombra oscura se posó sobre su rostro ahuyentando la ilusión y convirtiéndola en amargura.

»»Le animé a volver, pero imagino que, en su hogar, no le esperaba más que la soledad. Y esas sombras que la envolvían se hicieron más fuertes.

—Vacía de nuevo la copa.

»»Dos días después, un hombre se presentó en la consulta, supongo que el marido. Se sentó en el sofá. Observé sus ropas elegantes que contrastaban con el tatuaje chabacano de una soga que asomaba alrededor del cuello. Esa marca en la piel podía ser por un delito o una deuda pendiente o simbolizar la esclavitud de la persona.

»»Me tendió una hoja de papel estrujada, con letras emborronadas por el exceso de tinta. Eran las últimas palabras de aquella mujer, lo supe por las horas que miré su formulario cargado de mentiras, la misma letra. Más o menos venía a decir que dejaba este mundo entre lágrimas, pedía perdón a sus padres por el dolor que les iba a producir, y a su hermano. Del marido ni una mención hasta casi el final, «Fui una Julieta, que amó toda su vida con la pasión de la adolescencia, buscando un Romeo que me prometió la luna y las estrellas, pero me entregó un sol abrasador en la arena de las dunas del desierto. No reconozco al hombre con el que me casé, nada tiene que ver con aquel muchacho que me buscaba a la salida del Instituto. Siempre he creído que un demonio acabó con su vida y se vistió con su piel»». Doblé la nota con delicadeza y se la tendí con la máxima frialdad que pude, si buscaba aliviar la pena, salió de la consulta señalado

con un dedo índice imaginario que le pesaría como una losa.

»No fue el primer suicidio que traté, seguro no será el último. —Se incorpora para mirar a su alrededor, la quietud y el silencio de su piso, era a veces desquiciantes—. ¡Ojalá estuvieras aquí papá! Te necesito tanto.

Unos golpes en la puerta, seguidos de un fuerte timbrazo, no era un buen presagio a esas horas de la noche. Se ajusta el nudo de la bata y camina despacio hacia la puerta, deja la copa de vino sobre el taquillón y mira por la mirilla.

Sergio camina de un lado a otro del rellano, el nerviosismo que solía formar parte de su personalidad adquiere una dimensión algo alarmante, parece un animal acorralado. Natalia abre la puerta. Entra sin decir nada y por un segundo se debate entre la consulta o el salón al final del pasillo, un conflicto entre lo profesional y lo personal. Ella se da cuenta que gana la amistad, si a lo suyo se le puede catalogar como tal. Antes de seguir tras él, su mirada se posa en la mesa vacía de Aurora; una punzada de dolor le recorre por dentro, *qué será de mí sin ti.*

—El único patrón que tengo no me lleva a ningún sitio. —Huele a alcohol. *Ninguno de los dos tuvo un buen día,* piensa Natalia al escuchar aquello.

Sergio parece atormentado, si por unos segundos valora la posibilidad

de contarle que Aurora ha muerto de una forma repentina y prematura, la descarta al momento.

—Creo que lo mejor será acudir a un neurocirujano, puede arrojar una perspectiva diferente sobre el caso. Por mucho que me interese, estudie, investigue, estoy muy lejos de ser una experta en esta materia —dice Natalia mientras llena una copa de vino a Sergio, aunque no parece muy buena idea viendo el estado de embriaguez que calza—. Tengo un viejo compañero de facultad, que trabaja junto con una eminencia en España, Paco Caballero y es la mano derecha de Vicente Serrano. Mañana le llamo y concierdo una cita. Podemos exponerle el caso y ver qué se le ocurre.

Sergio relaja las facciones. Deja vagar la mirada por una estancia elegante, sobria y luminosa, mientras toma sorbos pequeños de la copa de vino. Aquel salón está decorado con pocos elementos, es puramente funcional, minimalista como dirían los expertos. Él tiene en el suyo decenas de adornos y recuerdos, un espacio más reducido que aquel.

—Lo importante no es lo material. —Natalia ve la necesidad de aclarar lo que tanto parece inquietar de su estilo decorativo—. Adquirimos cientos de cosas, las guardamos porque immortalizan tiempos pasados, como si los objetos almacenaran recuerdos. Hay fuertes razones emocionales por las que llenamos las estanterías de cachivaches. Los recuerdos están aquí —dice

golpeándose con el dedo índice la cabeza—, cuando olvide el significado de ese abrecartas, desaparecerá su valor. Mi padre me lo regaló cuando terminé la carrera, están grabadas mis iniciales y la fecha de la graduación. —La expresión de Sergio se vuelve fría, intenta quitar hierro al asunto, pues aquello parece afectarle—. Además, ahorro tiempo, tardo menos en pasar el plumero.

—Tiene razón Marta, eres prepotente cuando hablas, todo lo ajustas a un pensamiento razonado y bien definido, nada para ti es blanco porque te gusta, sino por ser más puro, luminoso e higiénico, como seguro certifican cientos de estudios de grandes Universidades. —Es una bofetada que no se espera, sin sentido, que la ataque en su propia casa, cuando se ofrece a ayudar sin pedir nada a cambio. Duele.

Sergio se levanta y desanda a paso rápido el pasillo, sale de su casa con un fuerte portazo y sin despedirse. Natalia bebe de un trago el vino que aguarda en el taquillón de la entrada y cierra la puerta con llave. Llena por segunda vez la copa, y una tercera, mientras recoge la cocina, sigue dando vueltas a la extraña actitud de Sergio.

Comprendo que el alcohol altere profundamente el funcionamiento del cerebro, y por mucho que la sociedad acepte su consumo, no significa que no sea nocivo para el organismo más sensible a los cambios corporales o para las personas que, como yo, están inestable en este momento, por lo

tanto, si bebes ve a joder a otra. Lanza la copa de él a la pared. «¡También tengo problemas!»», grita limpiando con la manga de su pijama las lágrimas que caen por la mejilla. *Yo misma lo usé para desinhibirme, para parecer más sociable y extrovertida en aquellos años de acné y hormonas revueltas, porque altera los sentidos, emociones y comportamientos; ahora me sirve como un potente somnífero.* Recoge los cristales rotos del suelo y piensa en la conversación mental que ha mantenido los últimos cinco minutos, ¿se refiere a eso, a esa forma de analizar todo en su vida?

El cerebro nunca descansa, maldice al despertarse por enésima vez. Ni todo el vino ingerido le ayuda a conciliar el sueño. Las últimas noches las recuerda con detalle, cargadas de pesadillas: muchachas caminando por calles solitarias con los pies descalzos y las manos ensangrentadas. Ahora Aurora se muestra en ellos, como una transeúnte más. Se despierta con el desasosiego en el pecho, la figura nítida de su secretaria, amiga y confidente, se presenta ante ella sonriente con ambas manos extendidas. ¿Es una premonición de que la espera al otro lado o tal vez un aviso? *Cuando la mente se niega a dar respiro, lo mejor es incorporarse, buscar una postura relajada y pensar en otra cosa,* da la luz de la mesilla ahuyentando las sombras de la noche.

Las últimas palabras pronunciadas por Sergio regresan a su cabeza. Si ella le parece prepotente, iba a conocer a la persona que mejor encaja en la definición. Paco Caballero escondía una personalidad débil e insegura. Era

excesivamente competitivo, incluso con ella que buscaba siempre pasar inadvertida. Veía como una amenaza cualquier logro por pequeño que fuera o reconocimiento público hacia otra persona. Estaba casi segura de que dejó la psiquiatría para dedicarse a la neurología por el interés que ella mostró.

Paco siempre pendiente de los demás, vio a los alumnos siguiendo a Vicente Serrano por los pasillos, al rector de la facultad llevando su portátil mientras este firmaba su último ensayo sobre los enigmas del cerebro. Aquel Mercedes recién sacado de fábrica con su olor inconfundible y su nivel social bien acentuado, llamó su atención, como la luz hace con las polillas. Buscaba todo aquello y mucho más. Natalia observó cómo se le ensanchaban las fosas nasales y se dilataban sus pupilas, la codicia, que parecía tener oculta, salió a la luz.

Conocía sus artes para conseguir sus propósitos, pero no comprendía cómo alguien que poseía una inteligencia superior a la media, cómo revelaban los estudios e investigaciones de Vicente, cayó tan fácilmente en las redes. Le convirtió no sólo en su ayudante, sin haber terminado la carrera, sino que fue su mecenas en cada uno de sus proyectos de la facultad, lo que le aseguró una nota alta en cualquier trabajo por muy malo que fuese; el sello del Doctor Serrano abrió todas las puertas.

Entre el reducido círculo de amigos que mantuvo para presumir de los

logros, nació la idea de que, entre Vicente y Paco, había algo más que un interés académico. Natalia sobre aquello no se pronunció pues los secretos de alcoba poco le importaban. Desconocía si el doctor Serrano era o no homosexual, pero de buena tinta sabía que su viejo compañero se metía bajo las faldas de cualquier muchacha que se lo permitiese. Por lo tanto, no dio crédito a rumores maliciosos. Pero con el tiempo descubrió que Paco disfrutaba de todo aquello y los fomentaba con miraditas, gestos y ciertas situaciones comprometidas.

Su relación se fue desdibujando, llegando a saludarse con un ligero movimiento de cabeza, durante mucho tiempo. Hasta que en el último congreso al que asistió, hacía un año, Paco le salió al paso con una sonrisa forzada y un gesto altanero. Después de treinta minutos escuchando las maravillas de la nueva vida que tenía, los viajes constantes por el mundo, la negativa a que su nombre fuera manoseado por cualquiera que quisiera notoriedad en el campo de la ciencia, o los cientos de peticiones para asistir a reuniones neurológicas, más las que rechazaba porque tenía que priorizar, ya que su tiempo era oro y limitado; llegó el verdadero motivo de tanta charla.

Capítulo 8

Paco Caballero se ofreció a colaborar con el teniente Fernández en todo momento, su secretaria le pasaría al despacho sin hacerle esperar, así quedó zanjada una conversación telefónica que a Natalia se le indigestó con tanto ego que derrochó su viejo compañero. Pero tres cuartos de hora más tarde, el doctor Serrano les recibía en su consulta. Natalia no estaba segura del todo si existió maldad o no por parte del teniente, o fue culpa de una secretaria poco avispada, pero con bonitas caderas y generosos pechos. Allí estaban sentados Marta, Sergio y ella, repasando con Vicente cada uno de los detalles del informe forense y las fotos de ambas víctimas, cuando Paco entra seguido por la secretaria, contrariado por la situación. Ahora Natalia ve claro que sigue siendo un segundón, que no es su consulta, ni su prestigio el que llena la sala de espera, sino la del doctor Serrano.

Un año antes en aquel congreso, Paco la detuvo para poner al día sus vidas, según le confesó en un momento de la conversación. Pero en realidad los motivos fueron otros. Aquellos asesinatos que impactaron a la opinión pública por la agresividad y cuyo ejecutor se desveló delante de cientos de cámaras de televisión. Llevaron el rostro de la doctora Navarro a las portadas de los periódicos nacionales, bautizada como la nueva Holmes de la psiquiatría. Dos días más tarde, esos mismos medios de comunicación se

inundaron con la imagen de Aylan, olvidando a la doctora, pero no su viejo compañero que guardaba aquel periódico en el cajón de su escritorio. Un reconocimiento que él no tenía, todavía.

—Se me ocurren cientos de enfermedades que se pueden tratar con una cirugía de este tipo, entre ellas la epilepsia, pero como último recurso cuando los fármacos no funcionan. —Concluyó el doctor Serrano tras la primera ojeada a las fotografías que le tendía Marta. Parecía desconcertado, lo que llama la atención de los agentes, pero saben que guardar silencio y esperar da más frutos que desviar el hilo de pensamientos con preguntas poco acertadas.

Si terminaban resolviendo el caso con las hipótesis de aquel neurocirujano que parece carecer de espíritu, ya que echaba fugaces miradas a Paco buscando su aprobación, la imagen que llenará los telediarios y las portadas de los periódicos será la de él y no la de Paco, que desea un reconocimiento como ese desde hace meses. Eso carcomería por dentro al excompañero de Natalia que muestra desagrado ante la notoriedad dada a su jefe. Vicente zanja el mutismo de Paco, que no tiene otro modo de boicotear el momento sin montar una escena, más que con su silencio y las miradas hostiles.

—Veamos qué opina mi colega y amigo el «doctor» Caballero.

Pero antes de alejarse de la secretaria, la mira con desprecio y de sus

labios contraído por la rabia se escucha nítidamente «¡A estas alturas deberías saber quién es el doctor!». Aquella mujer de redondeadas caderas y generosos pechos se siente atacada y abandona a toda prisa el despacho. El teniente mira con desagrado a Paco cuando pasa por delante de él y coge los papeles de la mano tendida de Vicente. *El reproche es una queja disfrazada de palabras*, Natalia valora lo sucedido y sin perder detalle de todo lo ocurrido. Aunque en aquel caso suena a amenaza.

—Pero nada justifica tal atrocidad realizada en los cerebros de estas jóvenes —añadió Vicente, desviando la atención sobre lo sucedido.

—La única forma que tenemos para lograr los avances científicos, prolongando la vida o dando una calidad a esta, es por el sacrificio de unos pocos. Hasta ahora sólo existe la prueba y el error, no valen los programas informáticos con simulación. —Un frío gélido cae sobre la consulta. Marta muestra desprecio ante las palabras de Paco, mientras que Natalia y Sergio parecen estatuas de hielo, sin expresión.

—Pero los ensayos se deben hacer con pacientes que se ajusten al programa, que lo acepten, y, sobre todo, que padezcan la enfermedad y estén de acuerdo en colaborar a esos niveles, no estamos hablando de tomar un nuevo medicamento y ver las contraindicaciones, estamos hablando de una cirugía irreversible.

—El camino de la investigación está lleno de prejuicios e hipocresía. Preferimos no saber cómo, pero cuando enfermamos bien que extendemos la mano exigiendo la pastilla milagrosa. —El pestañeo de Paco es excesivo y notorio; el nerviosismo, palpable. Hace una pausa en tan sorprendente discurso para mirar directamente a los ojos al teniente—. ¿Comprobaron las cuentas bancarias? Muchos de ellos reciben cuantiosas cantidades de dinero por ofrecerse a ser conejillos de indias.

—¡Está prohibido! —Vicente entrecierra los ojos, controlando sus actos. Se pone en pie con tanta brusquedad que la silla está a punto de caer al suelo. La mirada de Paco la elude mientras hablaba. Está bastante alterado emocionalmente—. Cualquier depravado se aprovecharía de los más desfavorecidos.

—No hay ningún ingreso, ni en sus cuentas, ni en la de familiares o amigos cercanos. Además, eso no explica por qué las viste de gala y las deja caminando ensangrentadas por lugares tan emblemáticos. Si es algún tipo de científico, no lo muestra con ese acto de exhibicionismo. —En ningún momento Sergio rompe el contacto visual con Paco, incomodando a este para debilitar su prepotencia.

¿Es un don innato o lo enseñan en la academia? No, es inherente. —
Natalia desvía su mirada hacia Marta—. *Tú suspendiste con honores. Marta*

muestra el desprecio sin disimulo, mientras que él sostiene una conversación visual donde el poder se pone en juego. Envía mensajes conscientes e inconscientes, ejerciendo una influencia y poniendo nerviosa al interlocutor. Es sutil y contundente. Su mirada fija y sin desvíos, intimidante.

—Me voy con una sensación desagradable en el estómago —dice Marta antes de despedirse en la calle—. Si estos son los médicos que cuidan de nuestra salud, más valdría que estuviesen encerrados. Te veo en la oficina. ¡Adiós doctora, curiosos amigos!

Paco, antes de irse, les mostró sus dominios, la ostentación que exhibe entre aquellas cuatro paredes tiene a Natalia abstraída: sus títulos académicos, que no han perdido el color, el suyo parece descolorido; ejemplares de las primeras impresiones de grandes: psicólogos y psiquiatras de todos los tiempos; los muebles; los cuadros y hasta las telas de las cortinas y las lámparas.

—Quiero disculparme por lo que hice anoche. Tengo los recuerdos algo borrosos, sé que me presenté en tu casa y por la tensión de esta mañana cuando me has visto deduzco que no fui del todo un caballero. —Natalia levanta la cabeza confusa.

—No pasó nada entre nosotros. —El alivio se refleja en el rostro de Sergio—. Sólo me abriste los ojos. Puedo hacerte una pregunta muy personal.

—Te lo debo después de mi comportamiento.

—Si te digo la palabra olvidar, ¿qué te sugiere? —Las carcajadas de éste rompen el silencio del garaje en la calle Velázquez.

—No tendrás muchos amigos sino dejas de ser psiquiatra las veinticuatro horas del día. —Toman asiento dentro del vehículo y espera la respuesta mientras se abrocha el cinturón, sin perder de vista la mirada ausente de Sergio buscando la respuesta sin alterar las emociones—. Padre. Murió hace tres años. Fue la situación más complicada de toda mi vida, no el día en concreto, ese sentí un profundo alivio, y luego, más tarde un inmenso malestar por sentirme así. Cuando le diagnosticaron alzhéimer, me costó asimilarlo, tampoco sabía muy bien en qué consistía. Sabes por encima la teoría, pero no conoces el alcance de esta.

»El deterioro fue progresivo, su comportamiento cambió y se hizo más dependiente de mí. Fue devastador cada día que vivimos, la confusión y la profunda depresión en los momentos lúcidos ensombrecieron nuestros últimos años juntos. Pensé que podía con la ausencia de memoria, eran periodos muy cortos; con la desorientación, pero aquello era solo el principio. Luego llegó su agresividad y lo más doloroso, el olvido. —Recuesta la cabeza en el asiento—. Mi madre murió siendo yo niño, y desde entonces, siempre nos tuvimos el uno al otro. Un gran padre, el mejor ejerciendo ambas funciones.

Nunca pensó en volver a casarse ni le conocí pareja alguna, éramos él y yo. Por eso cuando me preguntaba quién era... —La voz se quiebra y la última palabra se atraganta. Natalia extiende la mano y aprieta con fuerza la de él—. Eres buena abriendo heridas.

Natalia quiere disculparse, pero no encuentra las palabras correctas. Tras la visita de la noche anterior, su curiosidad se ha incrementado, existe un profundo dolor dentro de él que encierra y mantiene alejado. Nunca se abre, ni revela nada de su vida personal, y ella siente cierto interés ante la figura de un hombre que parece indestructible.

Ya sola en su consulta, anota en el dossier de Sergio la dura enfermedad que padeció con su padre. *El miedo que siente ante esos sentimientos es totalmente normal; por un lado, el alivio, y por otro, el sufrimiento ante la muerte. Si no se enfrenta a ellos, no van a desaparecer, por el contrario, se harán más fuertes.* Mira distraída por la ventana, cansada de observar cómo la sociedad acepta el miedo, pero no termina de enfrentarse a él, *enseña a prevenirlo*, fue su último pensamiento antes de cerrar el dossier y guardarlo en el cajón.

Capítulo 9

Sergio sentado en la sala de espera mira a la nueva secretaria de Natalia mientras escucha inquieto la voz colérica que proviene de dentro de la consulta. Aquel hombre lleva más de quince minutos gritando, «¡Supongo que no comprende la gravedad de lo que estoy contándole!»». La nueva secretaria, una veinteañera que juguetea con un mechón rebelde mientras mordisquea el capuchón del bolígrafo, echa fugaces miradas hacia la puerta cuando el tono de la disputa sube de nivel.

—¿Es muy habitual este tipo de sesiones? —pregunta Sergio para romper la atmosfera tensa.

—Llevo un par de días trabajando aquí, pero siempre viene alguno más nervioso que otro. —Valora salir de allí corriendo sin reclamar el finiquito y dejar la carrera de psicología si ese es el día a día que la espera.

—¿Dónde está Aurora?

—Según me dijo el portero murió mientras dormía. Un infarto cerebral, creo. La doctora le dijo que necesitaba a alguien urgentemente y yo vivo en el segundo y buscaba un trabajo. —Él esboza una sonrisa triste ante el descubrimiento de la muerte de Aurora—, Me llamo Loreto Cortes.

Sergio conoce la incomodidad que siente Natalia cuando se trata de

temas personales, para él no resulta un problema porque le gusta ir al grano y dejarse de banalidades que no conducen a nada y de sentimentalismos absurdos. Pero le duele que no acudiese a él buscando consuelo o simplemente se lo dijese.

La puerta de la consulta de Natalia se abre de golpe y la figura de un hombre temperamental sale como si el demonio le diese alcance. A Sergio aquella hostilidad no le gusta, le muestra una imagen que hasta ese momento nunca ha valorado, lo desprotegida que está en sus sesiones a puerta cerrada con los pacientes.

—¿Un mal día, doctora? —Entra sin llamar y la ve recostada en el sillón con la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados.

—Uno de tantos —dice recomponiendo su aspecto abatido—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Tengo que preocuparme de algo? —Señala la puerta.

—No, tranquilo. Es el hermano de una paciente. Culpar a alguien de los problemas es una forma sencilla de eludir las responsabilidades. Quiere ser víctima, de esta manera no hace nada, para que los demás le resuelvan la papeleta. —Se incorpora para recoger unas hojas esparcidos por el suelo.

Sabe lo que escribió allí y las notas añadidas en los márgenes. «David Solano, es el hermano de Alba, ella sufre de asperger». La frase de cabecera

la hace suspirar, aliviando una presión que se agarra al pecho. Natalia imagina a David, llegando a su hotel, con la misma sensación de vacío con la que se ha ido. Comprende el shock que sufrió al llegar a casa de su madre y descubrir que su hermana se deshizo de todas las propiedades, pertenencias, incluso le privó de un lugar donde ir a llorar su muerte, de la que supo por la vecina cuando llamó a su puerta para preguntar. «Tú hermana actuó como se espera de alguien que sufre este tipo de autismo», le dijo la doctora Navarro. *Alba valora la vida y piensa de una forma diferente al resto de los mortales.*

David sabe que toda la culpa es suya, no bastaba con una llamada semanal preguntando por el estado de una madre que se consumía en vida, rodeada de tinieblas. La demencia senil estaba en su fase final y no quería que el torrente emocional le arrastrase, delegó todo en manos de su hermana concediéndola poderes absolutos.

Canadá le llamaba alto y claro, su carrera profesional, en auge, y tenía que irse sin perder tiempo. Ya no reconocía en aquel ser consumido a la mujer que fue su madre, ahora era colérica y con delirios, ya no sabía ni quién era él. Por eso se autoengañó, podía irse sin pena, ella no le echaría de menos.

David piensa en su hermana mientras espera al ascensor. Alba es independiente, tiene un trabajo, una pareja y un hijo. Nunca tuvo mucha fe en que saliera adelante. De niña resultó torpe socialmente, tan ingenua o crédula

que fue el blanco fácil de sus amigos y hasta de él mismo. Desarrolló un interés en el arte que sorprendió ante la dificultad que planteaba el resto de las materias. Con los años todo se acentuó. Alba no comprendía bien las emociones de los demás y memorizó ciertas respuestas ante los sentimientos, lo que le permitió conocer a su marido y tener un hijo.

David se autoengañó por un interés egoísta, *Ella es una persona rara sin más*, dijo mientras subía al avión rumbo a Canadá. Las últimas palabras de la doctora Navarro resonaban en su cabeza, aquellas que no quiso escuchar. *La muerte de vuestra madre rompió su rutina, lo que la sumió en una alteración nerviosa. Buscó la forma más rápida, que no supusiera ningún quebradero de cabeza, para recuperar su automatismo, uno nuevo. El futuro se presentaba angustioso, un ir y venir con papeles, conversaciones, obligaciones y peticiones que no comprendía. Donó todo a la ciencia y a varias ONG. Con dos firmas recuperó su vida.* A Alba no se le pasó por la cabeza avisar a su hermano, él le dijo claramente antes de coger el avión, «Todo lo dejo en tus manos, llámame si no sabes cómo solucionarlo». Ella tomó una decisión.

Natalia se da cuenta que lleva quince minutos mirando aquellas hojas.

—¡Perdón! ¿Cuéntame?, soy todo oídos. —Anima a Sergio a tomar asiento.

—Voy a ir al grano y sin tapujos. —No espera menos viniendo de él—. No me gustó en absoluto tu amigo Paco, me puso los pelos del cogote de punta y eso es muy mala señal. —A Natalia tampoco le llegaron buenas vibraciones, no es que tuvieran buen filin en otro tiempo, pero no le recordaba tan mezquino—. Vicente estuvo casado. Ella es una cirujana de las más prestigiosas en el campo de la neurocirugía. Tienen un hijo en común de cinco años. Fue un matrimonio sólido hasta que tu amigo se metió por medio, entonces empezaron las desavenencias. Ella se quedó con la custodia y consiguió, después de mucho trasiego por los juzgados, una pensión cuantiosa. El hijo, aquí vienen los redobles de tambores, sufre de epilepsia, pero parece ser que de la complicada. ¿Qué te dice eso? —Sergio sonrío satisfecho, es un hilo grueso del que tirar—. Su madre le instaló hace menos de un año un electrodo bajo la piel del cuello...

—Eso es porque ningún fármaco funciona.

—Ya lo sé, ¡no interrumpas! Esto lo hizo sin el consentimiento del padre y tiene una denuncia puesta en el juzgado por esta razón. El hijo, en el colegio es el rarito y no goza de muy buena popularidad. La madre, a su vez, denunció al colegio y a los profesores cuando padeció un ataque y a consecuencia de las convulsiones sufrió un traumatismo en la cabeza. —Sergio acorta la distancia entre ellos—. Lo del chip no debe resultar del todo. Por eso creo que uno de ellos está experimentando para realizar una cirugía con

éxito, son prácticas con seres humanos reales como nos dijo Paco, y no cogen a niños, como sería lo ideal, porque el efecto mediático sería devastador y le caería encima cientos de agente buscando su rastro. No son tontos.

—¿Esa es tu teoría? Me resulta muy cinematográfica, es un argumento barato de una novela negra sin calidad ni ingenio. No dudo que no tiene base y motivos, pero no me veo a unos padres... bueno sí me los puedo imaginar, pero para qué la puesta en escena de las chicas y los trajes. No resulta creíble.

—Sobre lo del vestido. Para despistar, ningún cerebritito haría eso, los enterraría en lugares inhóspitos donde nadie diera con ellos y si apareciesen los cadáveres sería cualquier psicópata. —Un silencio tenso—. Pero tu amigo Paco quiere notoriedad, ¿no le crees capaz de esa escenografía para que, si la cosa sale mal, y les pillan, se hable de él en toda la prensa e incluso en los libros de texto de psiquiatría? Pasaría a la historia.

—Tiene su lógica, pero tengo mis dudas.

—¿Qué no haría un padre por su hijo? Si alguna vez alguien toca un cabello de alguien que me importe, le meto un tiro entre ceja y ceja. Luego pagaré mi deuda con la sociedad, por lo pronto, libraré a la calle de un malnacido.

—Eso sería venganza, sin llegar a comprender, puedo justificarlo, no es el tema que nos ocupa. —Sergio no puede por menos que sonreír ante tan

locuaz aclaración—. Ahora, ¿toca esperar a que cometan un error?, ¿y si habéis olvidado mirar en otros lugares? Dar por hecho que es Paco lo veo arriesgado.

—Yo sigo dando vueltas al diseñador. El muy cabrón filtró la noticia ayer y hoy ya tiene su primera entrevista para un programa de la Cinco y concertado otra para Antena Tres —dice Sergio—. ¿Qué razones tenía el asesino para robar esa ropa? ¿Cómo conocía a este muerto de hambre? No me gusta la gente que saca tajada del dolor de los demás, no suelen ser víctimas fortuitas, como alegan al principio, y formar parte del engaño, tengo que encontrar qué une a todos estos.

»Y otro punto destacado por el forense y los médicos del hospital que trataron a ambas; quién lo hizo no es un matasanos, tiene conocimientos, pero sobre todo dispone de medios y destreza. Estas operaciones requieren áreas de restricción a fuentes de contaminación bacteriana; no creo que se realicen en un hospital público demasiados ojos, pero una clínica privada, es otro cantar. Nuestros tres amigos no tienen tales propiedades. Algo me dice que no vamos mal encaminados.

Capítulo 10

A primera hora de la mañana, Loreto dejó sobre la mesa de la consulta un sobre sin remitente que Natalia mira con interés. ¿Quién puede enviarle lo que parece, por el tacto, un montón de folios? Pensó en Inés Soto, pero sería la primera vez que usara ese método, es más de saturar la bandeja del correo electrónico o bloquear el fax. Una forma de recordar a la doctora que sigue en lo más profundo del pozo.

Fue una desagradable sorpresa descubrir lo que oculta el sobre, nunca imaginó que todo acabase de aquella forma, esperaba que por una vez las fuerzas divinas acudieran en la ayuda de uno de sus pacientes. No todo puede solucionarlo el hombre con su ciencia y no venía mal acudir con la súplica en los labios y la mirada al cielo pidiendo la salvación, como ella hizo la última vez que vio a Cristina Suarez, aunque todo el mundo la conocía como 1324. Era el nombre que la puso su esposo en una de sus tantas vidas, él, de nombre Gregorio Martín, solo respondía cuando le llamaban El Greñas.

Natalia se sienta con los folios en la mano y cierra los ojos lo que parece un instante. Conoció a Cristina casi un año después de ser rescatada de una aldea remota en el sur de África. Sufría estrés postraumático. Los cascos azules encontraron su cuerpo desnudo y maltrecho, la dieron por muerta, sus constantes eran tan débiles que el tacto con los dedos no reveló latido alguno.

El orificio de entrada que tenía en su cabeza, las muestras de abuso sexual y maltrato, corroboraron aquella primera evaluación, pero ella era una luchadora, y un leve movimiento de un dedo la salvó.

La bala nunca fue extraída, no corría su vida ningún riesgo, sacarla era otra historia. La vida volvió a sonreír a la feliz pareja, Cristina salió del hospital cargada de entusiasmo, no parecía arrastrar los miedos lógicos a todo lo que padeció. No hablaba de ello, pero tenía ganas de volver al trabajo, de viajar, de hacer sus reportajes fotográficos que mostraban al mundo el sufrimiento de los que no alzan la voz, de colaborar con la protectora y los rescates de galgos de su marido, incluso de regresar a la ONG que ayudaba a los niños albinos a sobrevivir. Era ella, alegre, divertida, cargada de ilusiones y esperanzas, y siempre dispuesta a ayudar al prójimo. Pero, siempre hay un, pero. Las noches se hicieron eternas, perdió el apetito, y las ganas de hablar con la gente. Se despertaba empapada en sudor, con el frío del cañón de una escopeta sobre su sien, un pronóstico de muerte asaltaba su alma, y después escuchaba el disparo que rompía el silencio. La sangre cubría sus manos, su pecho desnudo, teñía la tarima de rojo y caía por las paredes de su dormitorio cual río desbordado. La vida ya no fue la misma, aquello fue el principio de una tormenta que no tenía fin.

Los sueños inconexos se volvieron recurrentes; un perro de pelo blanco corría por el desierto con un pañuelo rojo atado al cuello, tras la duna

una ciudad forrada de periódicos con la imagen de una pareja besándose, el sabor a traición invadió su boca, y se distinguía entre la gente con rostros lánguidos arrastrando su maleta por un aeropuerto sin final. Con cada sueño la sensación de abandono y soledad se acentuaba en su espíritu, desencadenando un intenso malestar psicológico.

Cuando entró en la consulta acompañado por Gregorio, los recuerdos angustiosos eran cada vez más recurrentes, tenía constantes flashback, y como consecuencia de todo aquello, dejó de vivir. *Las heridas que no se curan, siguen sangrando por muchas tiritas que coloquemos sobre ellas, estas terminan siendo parches*, fue lo primero que le vino a la cabeza a la doctora Navarro cuando conoció el caso. Todas las noches revivía una y otra vez los últimos minutos antes de la detonación, después el vacío que deja la inconsciencia. *Es una maldición*, repetía mientras se balanceaba cogiéndose con fuerza las rodillas. Su delgadez era extrema, sufría de náuseas, mareos y dolores de cabeza. Navarro estudió esos síntomas en soldados que regresan de los conflictos bélicos y la situación de aquella mujer no era muy diferente.

El escáner cerebral que realizó a Cristina reveló una elevada actividad en su amígdala. Cientos de estímulos afectaban diariamente a su memoria, los cuales recreaban el suceso sin descanso. Y entonces llegó la amnesia disociativa, empezó a olvidar. Aquella experiencia traumática estaba afectando a su vida. «Su cuerpo se autodestruye incapaz de soportar toda esa

carga emocional, es un mecanismo de defensa para agarrarse al mundo», con esas palabras intentó explicar a Gregorio por qué Cristina cada mañana era diferente. *Lo que oculta en lo más profundo de su mente conduce hacia la muerte. Tiene que perdonarse*, fue la conclusión a la que llegó la doctora.

Aquella fuga de la realidad que llevó a Cristina a olvidar lo sucedido en África, la recordó otros episodios de su vida traumáticos, de un plumazo borró el tiempo que tuvo para superarlos y se hicieron latentes como recién vividos. Pero su mente emprendió una cuenta atrás sin retorno y suprimió todo aquello que marcó su existencia con dolor. Su profesión jugó un papel devastador dentro de todo aquel episodio, estudió periodismo y fue corresponsal de guerra para el periódico de su primer marido, viajó por todo el mundo viendo todo tipo de horrores.

Quería escapar de ella misma. Cada mañana se levantaba sin un pedacito de su memoria, creando una identidad nueva, con una familia casi diferente y un nuevo trabajo. En aquella nueva versión de Cristina, no existía Gregorio, ni sus amigas de la protectora, así como su familia política que la adoraba, desaparecieron. Amanecía en un lugar desconocido, no sabía cómo había llegado allí. Su vida se le antojaba ajena, como si aquel no fuera su sitio, faltaba alguien. Gregorio.

Natalia envidiaba su historia de amor, dos personas cuyas

personalidades conectan, una perfecta sintonía, como si alguien hubiese fragmentado por error su alma introduciéndola en dos cuerpos diferentes. Nunca creyó que los estudios de Raymond Knee, que hablaban de almas gemelas, tuviesen una base científica hasta que los conoció.

Cristina siempre buscaba a Gregorio, le encontraba y se enamoraba ciegamente, pero un nuevo recuerdo la volvía a replegarse en su interior, borrando todo el dolor y con él la nueva historia de amor. Y en todo ese peregrinaje seguía su marido cerca, pendiente y cuidándola.

Hasta que dejó de asistir a las sesiones, convirtiéndose en 1324, la última de sus versiones, más intuitiva y cabezota, deslenguada y osada, parecida a su primer yo. El Greñas creyó que sería su oportunidad para recuperar al amor de su vida, y acotó el cerco, desoyó los consejos de Navarro que aseguraron que no estaba preparada para asimilar de golpe quién era ella en realidad.

Natalia leía las notas escritas de puño y letra por Cristina, aquellos folios, enviados por correo, revelaron que al final recordó su vida. No fue la violación múltiple, ni siquiera el sonido del proyectil perforando su cráneo lo que atormentó su cabeza. Traicionó a su amiga que se ocultó en un zulo excavado bajo tierra con los niños de la aldea, aquellos que por ser albinos se los considera mágicos, y sus miembros se venden a precio de oro en el

mercado negro. Sobre su conciencia descansaban los cadáveres de todos los que juró proteger. Esa era la carga. Los delató para que terminase su tortura.

Capítulo 11

Natalia no puede retroceder en el tiempo y evitar concertar la cita con Paco, no quiere asumir que el pensamiento del teniente sea correcto. No puede poner el contador a cero, por eso tiene que encontrar la calma. Le angustia pensar que su compañero de facultad es un asesino despiadado. Pero está de acuerdo que eso le daría el poder absoluto y total que siempre quiso.

Los días de lluvia siempre la deprimen y esta mañana los nubarrones oscuros presagian un mal cercano. Mira la agenda, *mi subconsciente avisa de algún paciente algo problemático*, pero tras repasar con el dedo índice, comprueba que todos será sosiego, no tiene explicación para tanta agitación. Deja la vista descansar en un punto lejano y se mece suavemente con el balanceo de la silla. El sonido del móvil rompe la quietud que conseguía poniendo la mente en blanco.

—¡Buenos días, colega! —Un «colega» desprovisto de igualdad. La desconfianza que siente ante la voz amistosa de Paco se extiende y se vuelve invasiva. Sergio ha sembrado la semilla—. Ayer por la tarde estuve en tu consulta, pasaba por allí, —*Del barrio de Salamanca al Barrio del Pilar, había un largo «pasaba por allí»*, pero Natalia escucha y lee entre líneas— y cuál fue mi sorpresa cuando la hallé cerrada.

—Cuanto lo lamento. Estaba indispuesta y me fui a casa de mi madre

—*¿Qué necesidad existe para dar tanta información?*, se golpea la frente.

—Yo no puedo permitirme ni un segundo tales lujos: tengo una agenda apretada, clientes de mucho dinero que reclaman mi atención y un sinfín de actos que solicitan mi presencia. Me das envidia, sigues manteniendo tu vida sencilla y cómoda. —*Si tan larga es tu lista de pacientes, ¿qué hacías merodeando mi puerta?*—. Quería invitarte a tomar una copa. El otro día me di cuenta el tiempo que ha pasado sin que tengamos una conversación que no se limite a un saludo formal. Hoy a las ocho, ¿paso a recogerte?

—Tengo mucho trabajo. Como bien sabes, ayer no hice mis deberes y hoy se acumulan sobre mi mesa. —*Y sinceramente, me recuerdas demasiado al doctor Frankenstein jugando a ser Dios.*

—Sin excusas. A las ocho en tu puerta. Serán solo unas copas.

Duda si informar al teniente sobre la cita con Paco. El riesgo que corre estando sola con él quizá merezca la pena si averigua algo. Pero la seguridad se desvanece según imagina la escena. *Un micro y un pinganillo*, es la solución. El teniente puede ir dictando las preguntas en su oído. Se pondrá algo provocador, aunque no cree que el interés de Paco sea de carácter sexual, ni hable más de la cuenta con tan pobre señuelo. Y las horas van cayendo, los pacientes pasan por el sillón y no recuerda ni lo que hablaron ni los consejos que les dio, si es que los hubo.

Un grito sordo sale de su garganta reseca; tras cambiarse tres veces sigue manteniendo una discusión interna que la vuelve loca. «¡Déjalo ya!», dice con el dedo índice amenazando a la imagen del espejo. Toda la tarde conjeturando escenas rocambolescas donde Paco intenta secuestrarla. Delirante. Desvariando y perdiendo la realidad, *Paco será culpable cuando encuentren algo incriminatorio*, con aquellas palabras pone punto y final a tanto monólogo.

Antes de salir de casa, sin embargo, envía un breve mensaje al teniente: *Paco Caballero. Copas*. Si desaparece siempre tendría por dónde empezar a buscar. Es increíble cómo la sospecha sobre la figura de su viejo compañero ha calado hondo en ella. Saca el móvil y graba un audio sobre los pensamientos que la invaden. *La sugestión es un fenómeno interesante dentro de la mente humana. Me considero una persona racional, lógica y poco dada a fantasear. Tengo miedo*. Lo envía a su ordenador.

En el portal busca a Paco, que, tras media hora de espera, imagina enfurruñado y desesperado. Le ve apearse de un Volvo blanco impresionante, excesivamente grande, tan exagerado como su propio ego. Un coche que ella no se puede permitir ni siquiera pagando en cómodos plazos. Intenta disimular el asombro que Paco espera y provoca, se alimenta de aquellas reacciones.

—Bonito coche. —Natalia relaja la tensión que carga con un poco de

coba—. Y no soy la única que piensa lo mismo.

La vecina del primero es arrastrada por su galgo de un lado a otro del coche. La palidez de Paco al ver al animal ir de una rueda a otra, del maletero a los faros antiniebla, para regresar al guardabarros y a los neumáticos, le resulta una escena cómica a Natalia. Después de una larga retahíla de disculpas por parte de la vecina, ambos entran en el vehículo. Le ve mirar con disimulo por el espejo retrovisor al perro que sigue olfateando desesperado, solo cuando el animal desaparece dentro del portal recupera la compostura y el color regresa a su rostro.

—No me extraña que se volviera loco. —Natalia coge aire con fuerza, huele a nuevo—. Es el sentido más sutil. Nos transmite sensaciones agradables, momentos especiales, una emoción placentera; las pequeñas cosas que nos gustan, el olor de los libros nuevos.

Paco se enmascara con el encanto forzado. Natalia ve en el halago un medio para conseguir un fin.

La primera hora versó toda en los logros de él, ella se limitó en ser una buena animadora agitando los pompones: con cada una de sus virtudes, coreando lo increíble que era, lo apasionante de su vida, y lo mucho que le admiraba. No se reconocía a sí misma detrás de tanta zalamería, no comprendía cómo Paco no se daba cuenta de tanta farsa, parecía encantado del

elogio barato. En un momento de la conversación, se dio cuenta del giro que había tomado y volvió a prestarle atención. Paco se sentía amargado por el error que cometió la secretaria, «no teníais que entrar en el despacho de Vicente», dice molesto. La perfección, eficacia y endiosamiento, choca con la torpeza de los que le rodean, «no soporto este tipo de errores y la despedí diez minutos después de iros», aclara petulante. El teniente confundió a la secretaria, está casi seguro de ello, pero aun así no perdona. Natalia no dice nada al respecto, ninguno de los dos hombres se llevó una buena impresión del otro. Paco quiere dulcificar su imagen y le narra que el doctor Serrano lleva un tiempo algo preocupado por sus problemas familiares. No duda en relatar con todo tipo de detalles los pormenores de la vida de su colega: su divorcio, la enfermedad de su hijo, las amenazas entre su exmujer y él, y el afán por investigar y descubrir una cura o paliar los efectos. El perfecto sospechoso, tras escuchar todo aquello, pero el teniente señaló a Paco, que aparte de su narcisismo, no tiene más motivo.

«Solo quería proteger a Vicente, por eso no quise inmiscuirle», dice tras un rato de silencio calculado. La lealtad que asegura poseer, se desvanece tras un velo inculpatario bien dirigido.

El sonido del móvil de Paco fue la excusa perfecta para que ella se ausentara al baño, necesitaba pensar. Pero es imposible aclarar las ideas en un baño que huele a orines, sudor y otros aromas igual de nauseabundos.

—Nos cambiamos de local. Mis amigos están muy cerca y nos invitan a unas copas, ¡Te van a encantar! —dice y sin dar tiempo a terminar la consumición salen de allí.

Natalia no es una mujer de caer con facilidad en los juicios de valor, por su experiencia profesional, sabe que hay que arañar la superficie para conocer la verdad. Una trampa muy común es completar con la imaginación las lagunas sobre los demás y en infinidad de ocasiones obrar en consecuencia. Pero en ese momento, sentada con los tres amigos de Paco, una sensación de vulnerabilidad le invade. Se siente como la cobaya en un laboratorio experimental. Necesita tener el control sobre la situación, clasificar: cada respuesta, broma, y comentario; dentro de los grupos: bueno o malo. En definitiva, necesita a la doctora Navarro.

Manolo, es el típico hombre guapo que lo sabe, de portada de revista de moda y de pasarela. Su presentación es escueta y vaga, *soy lo que ves*, y le guiña un ojo mientras le tiende una mano con una perfecta manicura. Nada de su físico llama la atención de la doctora Navarro; pero sí la cantidad de veces que se queja de la poca suerte que tiene con las mujeres. Esas que cuando pasan a su lado lo miran con desdén; podría decirse que es «un adonis»: alto, un pelo color azabache lacio, con unos penetrantes ojos verdes, enmarcados en unas largas y negras pestañas, tiene un cierto aire árabe, que, con aquella barbita de tres días, algo descuidada, le da ese aspecto exótico,

rodeado con aura de misterio. Por lo tanto, no omite de sus notas mentales la atracción que despierta en el mundo femenino, al que él tampoco es indiferente, pues mira a todas y cada una de ellas con un brillo en los ojos, y un gesto obsceno con la lengua.

No es psicóloga de parejas ni sexóloga, pero empezar con una actitud lastimera seguida de la frase, «no es suficiente tener un cuerpo bendecido por los dioses», es una pésima tarjeta de presentación. Manolo carece de labia y aburre hasta los muertos. Cuando termina de agotar ese hilo atormentado, pasa a las frases cliché totalmente anticuadas y en desuso: «¿Vienes mucho por aquí?, ¿tienes pareja?». A su negativa responde, «cómo me enteré que no te trata como a una reina», ella solo puede esbozar una sonrisa tensa y forzada. Por último, llega el dichoso tema que llena los incómodos silencios: el tiempo.

La primera valoración sobre Manolo es sencilla y solo con escuchar, cualquiera llegaría a la misma conclusión: infantil. Es un inmaduro. Cuando los amigos se cansan de asistir a los desafortunados métodos de conquista, toman el relevo. *Nota sobre el sujeto: solo tiene las manos sobre la mesa cuando coge la bebida, el resto del tiempo las esconde entre sus piernas.*

Antonio con una presentación teatral, desvía su atención. Un hombre muy pendiente de la posé, representando un papel novelesco, con un gesto

refinado y arcaico. Si algo destaca de él, es la vestimenta con un equilibrio perfecto entre lo elegante y casual. Natalia no recuerda donde ha leído que vestir bien es una habilidad que se adquiere con la práctica, ella no está de acuerdo. *Combinar tejidos y armonizar tonos, requiere de una sensibilidad,* no deja de observarle. Antonio, vestido con un suéter beige crudo de cuello alto de cachemira, sorprende combinándolo con un sencillo pantalón vaquero, conjuntado todo ello con unas zapatillas de Ermenegildo Zegna. *No se limita a tapar sus vergüenzas. Es su sello personal,* medita mientras repara en el resto del look: pelo perfectamente cortado y peinado, barba cuidada y cejas arregladas. *Físicamente es el tipo de hombres que no te paras a mirar dos veces, sino fuera por su imponente vestuario, y entonces te preguntas, ¿a qué se dedica?*

Es un tipo descarado, mira de arriba abajo a Natalia, perdiendo todo interés en ella cuando sus ojos se centran en los zapatos planos complementando un vestido de punto negro muy socorrido para todo tipo de ocasión.

Antonio tiene una trastienda que carece de la distinción del escaparate, con rincones polvorientos y oscuros, da una imagen de puritano y señor de la ley, pero esconde un hombre de dudosa moral, enmascarado tras aquel refinamiento. Sin modestia, no conoce la humildad, y aquella forma de vestir se asemeja a la armadura pesada de los Caballeros, tanta parafernalia

marcando un poder y autoridad, que no dispone. *Delirios de grandeza*.

Agustín, el tercero y último de los amigos. Un hombre agradable, que gusta no por el físico: enjuto y alto como una vara de bambú; sino por la labia y el saber estar. No encaja en aquel cuadro de prepotencia, narcisismo y melomanía. Es un tipo divertido, ingenioso y que en décimas de segundo argumenta con cientos de razonamientos y conceptos cualquier tema. Tiene un cociente intelectual muy por encima de la media. Sí que es cierto, por lo poco que puede captar Navarro, entre líneas de unos y otros, que no alcanza los objetivos que se propuso en la vida, a pesar de ir sobrado. Lo cual no extraña, se reconoce en él el manual básico de psicología: «los sobredotados intelectualmente son personas muy creativas, con cientos de ideas, pero no siempre logran concretar una respuesta».

Curiosos grupo, es la valoración final de una noche que termina a las tres de la madrugada.

Capítulo 12

—¿Qué tal tu cita? —dice Sergio cuando ve entrar a Natalia en el portal.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunta.

—Hora y media, más o menos. Estaba ocupándome de nuestra nueva víctima, cuando me entró tu mensaje, no pude acudir antes; pero veo que fue una falsa alarma, estás sana y salva. —Natalia se cubre la boca con la mano ahogando un grito, *¡Ay, Dios mío!* hace oídos sordos al ligero tono de reproche en la voz de Sergio—. Una nueva muchacha vestida con un traje de noche de lentejuelas plateado, descalza por el paseo del Prado y con las manos ensangrentadas. Está bajo los cuidados médicos. Su cráneo muestra una intervención reciente. Con la misma desorientación y amnesia que Sonia.

—Estuve toda la noche con Paco, no le perdí de vista. —La ceja derecha de Sergio se eleva exageradamente—. Hablemos en mi casa.

—Pudo dejarla sedada en cualquier esquina y cuando se despejó, se puso a caminar sin rumbo. Tampoco olvidemos a sus dos socios. En esta gran ciudad nadie mira ni ve nada, todo van a lo suyo, ajenos al sufrimiento del prójimo. —El ascensor se vuelve asfixiante y estrecho.

Sergio se sienta malhumorado en el sofá, revisando las notas de su

cuaderno, mientras Natalia cambia su vestido negro por un chándal desgastado y descolorido, y unas viejas pantuflas. Le da el tiempo necesario para que los pensamientos desajustados que le han llevado a ese estado de ánimo de enfado se disipen.

Él no está molesto con ella, es una válvula de escape para la tensión acumulada. Otra joven con la vida destrozada, con la cabeza abierta y el cerebro extirpado, y sin pistas, porque todo lo que tiene son conjeturas que no se sostendrán ante ningún jurado. La presión mediática que llena horas de la programación emitiendo la noticia sobre «La novia», con idénticas imágenes, testigos y comentarios, le hacen sentir anclado en el mismo lugar acumulando víctimas. El Teniente Coronel exige resultados para acabar con la coacción política, nerviosos ante la opinión pública reclamando el nombre del psicópata.

—¿Has escuchado alguna vez ese refrán que dice, «Dios los cría y ellos se juntan»? Con cierta ironía nos apunta que las personas con el mismo temperamento suelen unirse. — Sergio levanta la cabeza de los apuntes al escuchar a Natalia—. Es muy sorprendente que sean amigos tres narcisistas y un superdotado. Siguiendo esta pauta de refranes, «No cantan dos gallos en un gallinero». Imagínate cuatro.

—No podrías hablar de una forma normal. —Un silencio incómodo se

interpone entre ellos.

—Paco me llevó a tomar unas copas con sus amigos. La conversación fue paradójica. Las frases tenían un doble sentido, como dardos envenenados, pero respondían con una indiferencia divertida. El «Tú sabrás», resonó casi como una muletilla en todos ellos, el significado va mucho más allá de la aprobación, es una autoridad, aunque no lo parezca, encabezando una carrera de poder o de ver quién es el más listo, astuto. Me he sentido a prueba, observada por un microscopio.

—Dame sus nombres. —Abre de nuevo la libreta con los bordes arrugados y doblados.

—Antonio, Agustín y Manolo. —Natalia se siente inútil, solo tenía tres nombres comunes. La frustración se dibuja en el rostro de Sergio—. No me dijeron sus apellidos. Era una velada entre amigos, algo informal, no vas dando apellidos ni logros profesionales. —Se observan durante unos segundos—. Manolo es modelo. Antonio debe trabajar en lo mismo, va vestido como un pincel, pero no es nada agraciado, por eso dudo que sea modelo, pero comparten muchas experiencias y anécdotas, quizá sea maquillador, fotógrafo... no sé. Agustín no desveló a qué se dedica.

—Con eso poco puedo hacer. ¿Por qué dices que estabas a prueba?

—Cualquier persona hubiera preguntado: *sabéis algo más*, Paco no lo

hizo, ni sus amigos; y toda esta historia levanta mucho morbo, soy lo más cercano a la fuente. Por el contrario, estaba interesado en que conociera a sus amigos, y estos no dejaban de estudiarme.

—Curioso.

Los pitidos avisan de un mensaje entrante en el móvil de Sergio, alejando una idea de la cabeza de Natalia. Lee con avidez y el triunfo se dibuja en su rostro.

—Vanessa González nuestra tercera víctima. Al introducir su imagen en la base de desaparecidos hemos encontrado una coincidencia. Una denuncia de hace ocho meses puesta por una amiga. Según consta, acudió al hospital 12 de Octubre con un fuerte dolor abdominal, la dejó en la entrada de urgencia y fue a aparcar el coche, cuando regresó, no había señales de ella.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Por qué la han retenido?

—Por aquel entonces uno de los neurólogos del hospital era nuestro querido Vicente, seguro que Paco no andaría muy lejos. También pasa en este hospital consulta la exmujer. —Se levanta y se coloca la chaqueta que muestra las mismas horas de trabajo que el teniente—. Según el médico que atiende a Vanessa, la cirugía es de hace unos seis meses, más o menos. Creo que soltarla ha sido un grave error, lo presiento. —Sergio con su mano derecha toca suavemente el hombro de Natalia—. No vuelvas a salir con ese tipejo, no es

trigo limpio. ¡Hasta mañana, doctora!

La recomendación era sencilla de seguir y estaba dispuesta, pero el destino no lo manejan nuestros deseos. El viernes amaneció lluvioso, y aquello no mejoró el dolor de cabeza de la doctora Navarro, ansiaba cerrar la consulta para darse un baño relajante y meterse en la cama. Cinco minutos antes de alcanzar tan ansiado deseo, Loreto avisa de una visita inesperada que aguarda en la sala de espera, *Agustín a secas, me ha dicho que sabes quién es*. El estupor se dibuja en la cara de Natalia.

—Siento presentarme sin avisar, pero trabajo muy cerca de aquí y me animé a visitarte. —Vestido de motorista, con un traje de cuero negro ajustado que marcaba aún más su extrema delgadez. Deja el casco sobre el sofá y se desliza la cremallera de su cazadora muy despacio, dilatando el tiempo mientras decide qué hacer. Todo aquello es un acto impulsivo, como tantos otros que responden al aburrimiento.

Pasea la mirada por la consulta, fijándose en los detalles, en los títulos que cubren las paredes, en las pocas fotos que decoran la sala y en la estantería repleta de libros. Ella le sigue con la mirada.

—Nunca me imaginé visitando a una psicóloga. —Va a corregirle, pero hoy tiene un algo diferente—. No tengo muy claro cuál es vuestro trabajo, ni en qué consiste una terapia. —dice desde una falsa ignorancia. La noche

anterior demostró ser un hombre con una mente inquieta en busca de respuestas, y ahora un ignorante sin curiosidad.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunta Natalia.

Los pacientes que acuden a la consulta lo hacen porque se sienten mal, pero no son capaces de explicar las razones de su tristeza, ansiedad o estrés. Navarro pone nombre a ese malestar, sonsacando a quién no quiere hablar y en muchos casos buscando la aguja en un pajar inmenso. Cómo analizar cada emoción y trabajar con pautas es a grandes rasgos el cometido que tiene. Todo eso lo sabe Agustín, convencido que, para ser psicólogo o psiquiatra, es necesario poder ver dentro de las personas, leer entre líneas e interpretar los silencios. Aquella visita no es más que una prueba. Él miró dentro de ella la noche anterior y vio a una mujer inteligente, independiente, cuya felicidad la volcaba en la responsabilidad profesional, desterrando el matrimonio y la maternidad, dependiendo de ella misma y no de terceros. *¿Fue voluntad propia o te empujaron a esta vida de castidad y soledad?*, pensó Agustín.

—Supongo que, si me tumbo en este sofá, encontrarás muchos traumas que ni yo mismo conozco, pero han condicionado mi persona y como tal mis decisiones en la vida, convirtiéndome en quien soy. —Navarro no sabe si definir aquellas palabras como interesante o inquietantes—. ¿Qué se sientes cuando fracasas?

Todas las personas de una forma u otra intentan manipular, influenciar o controlar. Ella lo ve en cientos de consultas, pero Agustín lleva todo aquello a otro nivel. Busca la aguja, aquello que infringe dolor y paraliza a la persona en un punto de la vida. *La culpa, el primer mecanismo de control para las mentes perturbadas. ¿Eso quieres encontrar? Saber qué carcome y vulnera mi mente. Y me hace actuar de forma visceral*, Navarro le sostiene la mirada mientras piensa la respuesta. No está dispuesta a contar a nadie qué carga a su espalda, ni qué causa su insomnio.

—No creo que estés aquí para hablar de mí, ¿En qué puedo ayudarte?
—repite la pregunta. Natalia con su inseguridad desplaza lentamente a Navarro.

—Se te ve descolocada con mi visita. —Ignora de nuevo la pregunta para regresar al ataque. *¿Ahora atacas a mi seguridad?*, cavila Navarro.

Agustín intenta intimidar, una manipulación indirecta que como resultado pretende amenazar. Tres golpes en la puerta relajan la tensión en el ambiente.

—Disculpen que moleste, pero me tengo que ir. —Loreto jamás será como Aurora, que aguardaba hasta que el último paciente salía por la puerta. Daba igual la hora o el día de la semana, esperaba. Aunque hoy Natalia agradece la interrupción, pues la presión a la que está sometida por Agustín es insostenible por más tiempo.

—Váyase tranquila, pero antes hágame un favor, dígale al inspector Fernández que bajo en un segundo. —Loreto se desvanece por miedo a que la retenga más tiempo. En el rostro de Agustín se dibuja el disgusto

—También me voy. Te robé suficiente tiempo.

—Sigo sin saber qué te trajo a mi consulta.

—Un interés morboso, saber si eras capaz de averiguar qué locura escondo, solo con mirar a los ojos. —Agustín se convence de que Natalia no es rival, que la astucia que vio la otra noche fue el efecto del alcohol o las luces del local.

—Todas las personas tenemos algún rasgo en nuestra personalidad que podemos confundir con un trastorno. —«La ventaja de ser inteligente es que se puede fingir ser tonto. Lleva esto a cualquier campo y tendrás una estrategia», el primer consejo que recibió Natalia de su padre.

—¡Venga, arriégate, dime lo primero que pienses!

—Eres temerario, te gusta la velocidad y los deportes de riesgo. Creo que intentas llenar un vacío interior, pero por más conductas impulsivas que tomas, necesitas una constante estimulación, porque esa sensación vuelve una y otra vez, jamás desaparece.

—Y eso, ¿qué te dice, doctora? —Levanta la mano interrumpiéndola —. No rompas ese misterio que nos une, nos quedamos en este punto. Te debó

una taza de té kombucha.

Siente alivio cuando ve alejarse la moto de Agustín. Espera unos segundos para recuperar la calma y busca con la mirada a Sergio que espera apoyado en el capó de su coche, al otro lado de la calle.

—Doctora, ¿por qué no le gusta su nuevo paciente?

—No es mi paciente, es el amigo de Paco, aquel que te dije que era superdotado.

—La matrícula de la moto pertenece a José Crespo, militar destinado en Afganistán. — toman asiento dentro del coche sin dejar de mirar por donde se fue Agustín—. Loreto me comunicó tu mensaje y en un tono algo molesta me dijo que se presentó sin cita. Me describió al sujeto, la única moto que hay aparcada en esta calle está delante de tu portal. Me aburría un poco y miré en nuestra base de datos; bueno, hice alguna llamada.

—Cuando dije tu nombre, en su mirada vi reconocimiento. Sabe quién eres, supongo que Paco le habrá contado.

—Es bueno que hablen, que se cuenten cosas y se informen. —Hace una pausa larga—. Pero ahora nos ocupa otro asunto. ¿Nos vamos a ver a nuestra nueva víctima? Seguimos dando palos de ciego.

—Estuve dando vueltas a todo, ¿has buscado un médico poco ortodoxo, con reclamaciones por mala praxis, con ideas descabelladas

expuestas en congresos? Incluso alguien con conocimientos, pero sin licenciatura. — Natalia no pretende eximir a Paco, pero piensa que Sergio se arriesga al no investigar otras posibilidades—. Un enfermero que goce de confianza puede moverse a sus anchas en cualquier clínica privada y tener acceso al quirófano, medicamentos; se nos olvida que este tipo de intervenciones requieren de muchos fármacos.

—Esto no me sirve de nada sin una pista por dónde empezar. Pero pondré a mi gente a trabajar.

Capítulo 13

Vanesa mostraba un cuadro médico diferente a Sonia. Antes de extraer su amígdala, habían cortado las conexiones de los dos lóbulos frontales, quedando separada del resto del cerebro. El doctor de Vanesa, explicó en pocas palabras que fue lobotomizada, que sea cual fuese su mal, seguro mostró una mejoría los primeros días, pero luego presentó un retroceso cognitivo en las facultades.

—¿Quiere decir que en un principio se curó? —pregunta Sergio, observando a través del cristal a Vanesa. Se escapaba un hilillo de baba entre su boca entreabierta. Natalia negó ligeramente con la cabeza.

—Este tipo de prácticas no se lleva a cabo para curar al paciente de una enfermedad mental, sino para calmar los síntomas. Se realizó en pacientes depresivos con riesgo de suicidio, personas con ansiedad o con desórdenes obsesivos compulsivos, y sobre todo en esquizofrénicos. —dijo el médico. Jamás esperó encontrar un caso como aquel en toda su carrera.

Una enfermera reclamó su atención y tras una disculpa precipitada dejó a Sergio con la pregunta en el aire.

—¿Ya no someten a nadie a esta cirugía? —Su pregunta requería una respuesta y miró suplicante a Natalia.

—Desde que se inventó el primer antipsicótico, conocido por aquel entonces como «lobotomía química», cayó en desuso esta práctica. En los años 70 se prohibió. ¿Conoces el caso de Rosemary Kennedy? —Sergio no está muy convencido de querer saber nada de esa mujer con apellido de presidente, pero Navarro parece ajena a su muesca de hastío—. Hermana del famoso presidente John F. Kennedy. Se deduce por los escritos que era «disléxica» o quizá «borderline», es una inestabilidad en los estados de ánimo, comportamiento y relaciones interpersonales. La menos brillante de todos los miembros de la familia. Según fue creciendo su actitud desafiante, protestona, y las fuertes peleas aumentaron.

»Rosemary empezó a tener una larga lista de novios, y su reputación ponía en entredicho los valores morales de una familia como los Kennedy. Joe Kennedy, padre de la muchacha, se puso en contacto con Walter Freeman, propulsor de estos métodos. Tenía veinte tres años cuando la sometieron a la lobotomización, según dicen, fue tan salvaje, que, al día siguiente, la enfermera jefa abandonó su trabajo sin mirar atrás. El padre buscaba que su cociente intelectual se igualara al de sus hermanos, en su lugar, su hija regresó a la edad de tres años. Viendo el resultado, la familia optó por hacerla desaparecer. Primero contaron que estaba de institutriz, no recuerdo dónde, más tarde que enfermó. En realidad, estuvo encerrada en un convento, creo que se escapó con cincuenta y siete años, entonces la vida de esta pobre mujer

salió a la luz salpicando a los Kennedy.

»También está el caso de Frances Farmer, una mujer osada, con carácter, que reclamó papeles que no destacara solo su belleza, sino con contenido...

—Doctora, entiendo tu pasión en estos temas, pero yo tengo un límite de tolerancia, si no ayuda al caso, no quiero saberlo —dice Sergio, golpeando la culata de su pistola, que descansa en su cadera, con la palma de la mano. No es un acto agresivo, se lo ha visto hacer cientos de veces, su arma representa un amuleto de protección, como el que toca la pata de conejo para atraer la buena suerte—. Ahora estoy convencido que tenemos entre manos a un psicópata que se cree un científico. No sacaremos nada de ella —dijo mientras extendía la mano tocando el cristal que separa a Vanesa del resto del mundo—. Y ahora, ¿qué?

Natalia comprende la impaciencia de Sergio, cada segundo corre en su contra, parece tan lejos la solución, dar con el asesino o con la pista clave, es tan sencillo en las series de detectives que la frustración aumenta ante la impotencia de no saber qué camino tomar. La irritación constante es una tónica en la personalidad del inspector, Natalia tiene miedo a que toda esa tensión termine en un acto impulsivo como detener a Paco acusándole de todos aquellos crímenes horrendos. Se resiste a pensar en su compañero de facultad

como en un asesino despiadado. Los nervios hacen que se medite menos lo que se dice o hace, actuando a la desesperada, *la situación lleva a ello, es cierto, pero cuando cometa el error no servirá con retractarse. Acabará con su carrera.* La presión mediática reclama un culpable, pone en tela de juicio el trabajo de la Guardia Civil y muestran las imágenes más descolocadas del teniente, lo que incendia las redes, aumentando la violencia verbal, bajo la máscara de la libertad de expresión a través de simples opiniones.

—«Muchas personas con rasgos oscuros entablan amistades a corto plazo con razones estratégicas», dijo el perfilista. Según él, nuestro sujeto es un hombre de treinta y cinco, cuarenta y tantos, con una buena posición social, con carisma y grandes deseos de sobresalir. —Chasquea la lengua—. Tu amigo Paco encaja como un guante, y sus nuevos amigos, todavía más.

El sonido del móvil de Sergio suena por todo el vehículo.

»»—Hemos localizado a la compañera de piso de Vanesa González, se llamaba Raquel Bustos. Ella puso la denuncia cuando desapareció. —La frustración marca el timbre de voz de Marta.

—¿Cómo que se «llamaba»?

»»—Lleva muerta seis meses. —Marta lleva un ritmo de trabajo desquiciante. Lo que aumenta la irascibilidad—. Encontraron su cadáver en el vertedero de Madrid. Leo las notas del forense que llevó el caso: «Con

severo traumatismo craneoencefálico que provocó una parada cardiorrespiratoria. No presenta ninguna herida en manos ni brazos que indiquen que se defendió o luchó. Varias fracturas en la cara, rompieron la nariz, así como los maxilares y los pómulos. Muestra golpes en tórax y abdomen, con un objeto contundente rombo». Según el forense, murió cuatro días después de los hechos, pues en las fosas nasales se encontraron restos de la basura que se acumulaba a su alrededor. Vestía: con un mono negro con diseño de esmoquin, confeccionado en suave cady con detalles brillantes de raso, lleva solapas de punta clásica con tachuelas plateadas.

—Le golpearon en la cabeza dejándola inconsciente y luego la desfiguraron. — Sergio se frota el pelo buscando respuestas.

»—Fue posible dar con ella por una prótesis de clavícula; una intervención que le realizaron cuando tenía diecisiete años por un accidente de moto. —Marta es meticulosa y concienzuda, a pesar de todas sus diferencias, Natalia admira su profesionalidad—. Quizá conocía al secuestrador o sospechaba de alguien en particular. Voy a visitar a sus padres, viven en Alcalá de Henares.

—¿Nadie vio la relación que existía entre su denuncia y su muerte?

»—No. Ni sospecharon de nadie y paso de preguntar por qué tan poco interés en ella. —Carraspea intentando quitar de su garganta ese sabor a bilis

que le sube del estómago—. He reclamado el caso, no creo que tengamos problemas para que nos envíen todo lo que tengan los compañeros que llevaron la muerte de Raquel.

—Es un principio, no sé dónde nos lleva, pero tenemos algo para empezar a tirar. Gracias Marta. —Y colgó sin esperar respuesta—. ¿Qué te parece?

—Hace ocho meses desaparece Vanesa, dos meses después es operada, en la misma fecha que Sonia, a la vez muere Raquel. Belén no cuadra.

—Porque no tenemos todas las piezas del puzle. Supongamos que es un científico loco buscando la cura de una enfermedad. Está recreando la realidad, ¿cuántos sujetos necesita?

—En los ensayos clínicos en seres humanos se reclutan entre diez y treinta personas, todos con la enfermedad que quiere ser tratada; son conejillos de indias profesionales. Esto requiere un gran capital, inversores, casi siempre farmacéuticas. Piensa en los enormes costes: medios humanos para su control y cuidados, una supervisión constante, un espacio amplio donde se cuide la higiene: limpio de bacterias. Teniendo en cuenta el carácter clandestino e ilegal, es muy difícil guardar las apariencias y esconderse de fisgones, ¡son muchas las víctimas! Creo que todo es a menor escala y con

recursos propios, lo que limita mucho la acción.

—¿Qué sucede cuando un sujeto fallece?

—Si cuentas con medios económicos, buscas otro que se adapte a los parámetros del estudio. — Natalia reflexiona sobre esta idea —. Creo que tienes el cadáver de una chica en algún sitio, Belén ocupó su lugar, algo precipitado que salió mal. —Suspira profundamente, intentando liberar, sin éxito, la presión en su pecho—. La novela que Mary Shelley escribió, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, no solo cautivó a lectores ávidos de las historias de terror; también a perversos científicos que vieron posible experimentar con seres humanos. Están los dichosos remilgos éticos de la gente, como insinuó Paco, pero ¿qué no soluciona el dinero?

—Por eso no leo, doctora. Tengo suficiente con la realidad.

Capítulo 14

«José Luis Borges escribió: *Fumes el memorioso*, un cuento que relata la historia de un hombre que no puede dormir y no olvida nada, padece de hipermnnesia. Marisa debes leerla», aconsejó la doctora Navarro en anteriores sesiones. Marisa Fuentes ha leído esa y otras tantas historias recomendadas, pero seguía viendo todo aquello como una maldición, y lo era. Se sentía como una enciclopedia o un ordenador. La memoria de Marisa no tenía descanso, una capacidad anormal para recordar, la información siempre dispuesta, lo que hacía complicado una conversación o seguir una serie en televisión, en definitiva, mantener una vida. El día a día planteaba infinidad de problemas y por eso una tarde del mes de mayo, dos años antes, se presentó en la consulta de la doctora.

Marisa estudió derecho, no le costó menos que al resto de sus compañeros, a pesar de que recordaba las juergas con la tuna, las orgias en la facultad de medicina, como si estuviesen sucediendo en ese instante. Las mismas sensaciones y los pormenores más insustanciales los recordaba al detalle. Con el paso del tiempo, descubrió que cada vez olvidaba menos, todo lo que aprendía lo retenía, recordaba con todo lujo de detalles lo hechos vividos, por muy absurdo que fuese.

—¿Sabe que yo era una persona normal? —pregunta a bocajarro nada

más entrar. Navarro asiente—. Fue a raíz del accidente que mi vida se convirtió en un infierno. Rehúyo de la gente porque mantener una conversación por muy banal que sea, requiere de un esfuerzo que ya no logro conseguir. Con cada palabra me vienen a la cabeza cientos de recuerdos; no comprendo las pequeñas historias que me cuentan, escucho y mi mente evoca cientos de vivencias, no sé si son del presente o del pasado; y como se mezclen olores o sonidos, es insoportable, un bombardeo sin descanso... —Se cubre la cabeza con las manos—. Estoy aquí, doctora, y recuerdo la primera vez que nos vimos, la segunda, la tercera... cada cosa que dijo, la ropa que vestía... me cuesta mantener mi propio hilo de conversación. —Cierra los ojos con fuerza—. He vuelto a cambiar de trabajo, uno más anodino y monótono. Dicen que me distraigo con facilidad, si ellos supieran que para lavarme los dientes necesito casi diez minutos para organizarme mentalmente. No he tomado yo la decisión, si no seguiría dando vueltas, me cuesta tanto discernir lo necesario de lo circunstancial. Me despidieron.

—¿Has intentado relacionarte con compañeros?

—No puedo. Eso está zanjado, no quiero nada con nadie. Todavía siento culpa por abandonar a Tomás sin una carta siquiera. Sé que lo suyo fue un beso inocente con su secretaria y que tenía dos copas de más, pero ver como comía la boca a aquella mujer de pechos de silicona en nuestro portal, fue una traición que me partió el alma. Y cuando algo me recuerda a él, siento

de nuevo ese dolor, y la culpa por irme sin una despedida. Esos dos días los tengo grabados a fuego, aquí —dijo golpeándose la frente con el dedo índice—, no estoy dispuesta a seguir acumulando otros momentos como aquel. Cuatro años después arrastro este duelo, ¿sabe lo que significa no poder olvidar nada? No me diga que sí, no menosprecie mi sufrimiento diciendo que se lo imagina, porque no es lo mismo. ¿No puede extirparme algo del cerebro?

Aquella pregunta retórica abrió la mente de Natalia. *Aprender a manipular el cerebro. ¿Y si no se tratase de corregir una dolencia o sanar un cuerpo de una enfermedad mental concreta? Estaban valorando la posibilidad de una investigación sobre la epilepsia, pero en realidad podía tratarse de controlar el comportamiento humano.*

Marisa abandona la consulta con el estado alicaído. No hay cura, ni nada que mitigue el dolor, como mucho, creer que apuntando en un papel los recuerdos que desea olvidar y quemándolos hasta que sean solo ceniza, estos desaparecerán de su cabeza, tal y como hizo Salomón Shereshvsky, aunque nunca confesó que aquello sirviera para algo.

Navarro marca precipitadamente el número de Sergio que no se hizo de rogar.

—Estoy convencida de que son varios médicos. Un verdadero científico buscaría sujetos enfermos, pero también una muestra muy variada,

en cuanto a sexo, edad, clase social... es importante analizar los factores medioambientales que rodean a los pacientes, cómo influye en ellos. Ellas tienen controlada la enfermedad con los fármacos, son jóvenes y hermosas, dos de ellas modelos...

—Todas eran modelos, lo terminamos de confirmar. Raquel trabajó para la Agencia Beautiful Face, consta en los registros, pero se despidió hace catorce meses. La llamaron para varios trabajos: anuncios, eventos y desfiles de moda. Tuvo pequeños papeles en series de televisión y en el cine. Su madre nos ha contado que alguien abordó a Raquel en la calle con grandes promesas. Se presentó como representante de modelos y conocía el potencial de las personas nada más verlas. Raquel guardó la tarjeta en un cajón del escritorio de su habitación. Pone *Agencia Manant*, un teléfono móvil y en el reverso tiene apuntada una dirección. Es un local que se alquila por horas, se pagó en efectivo y el nombre que se dio falso como Judas. También tiene una fecha escrita a mano, 13 de diciembre del año pasado. Según dijo a sus padres, había unas veinte chicas y por la apariencia de su nuevo representante, llegaría lejos. —Natalia saca un post-it de su primer cajón para apuntar el nombre de la agencia—. Cuando decidió trabajar para ellos, tuvo que hacer una serie de pruebas médicas en una clínica privada de Boadilla del Monte, estamos esperando la orden judicial para saber quién pagó todo aquello y cuántas chicas entraron en el paquete del falso representante. De Vanesa, la madre de

Raquel sabe más bien poco, la vio en contadas ocasiones, «una niña mona con la cabeza llena de pájaros, como mi niña». Se conocieron en un casting, su hija disponía de una habitación libre y se la alquiló.

—Ya tienes de dónde tirar.

—Tengo humo, doctora. No soy pesimista ni mucho menos, pero ya me he topado con lugares donde el registro de facturas se archiva en la «P de papelería», donde todo es un galimatías sin sentido. —Su experiencia le lleva a pensar en negativo, aunque mantiene una llama de esperanza. Un mecanismo de defensa, para anticiparse a una realidad desagradable.

—13 de diciembre del 2018. —Repite más para ella que para Sergio. Abre su agenda electrónica y mira la fecha—. Ese día tuve un congreso, coincidí con Paco, fue cuando retomamos el contacto.

—¿De qué trató?

—No lo recuerdo, tengo que buscar. Siempre tomo notas.

—Doctora ya tiene trabajo y apremia.

Si de algo está orgullosa es de su meticuloso orden, no le llevó ni dos minutos dar con las anotaciones de aquel congreso. El regocijo fue inmenso cuando examinó lo fructífera que resultó la charla, los folios estaban repletos de notas en los márgenes.

«Se cura la epilepsia en ratones con un trasplante de un tipo específico de células. Controlaron las convulsiones en los sujetos que no respondían al tratamiento con fármacos. Lóbulo temporal mesial. Hipocampo. Probaron con células MEG en la amígdala, pero no detuvieron las convulsiones. Los resultados en las pruebas cognitivas mostraron mejores valores».

No podía soltar sobre la mesa del teniente aquellas notas sin más, eran inculpatorias, un aviso a los cuatro vientos de lo que estaban dispuestos a hacer en los próximos meses, y no cuadraba. Necesitaban pacientes enfermos de epilepsia como el hijo del doctor Serrano. Para comprobar que, tras la implantación de las células, cesaban las convulsiones; corroborar que la cirugía invasiva era un éxito, antes de realizarla en el niño. Natalia tenía que pensar como el doctor Frankenstein, romper con la ética, la moral y todos esos prejuicios que la ataban. Intentar ser como el asesino.

Pero lo primero era mandar un wasap a Paco para que le proporcionase el número de teléfono de Manolo, seguro había oído hablar de Manant, él se movía en ese mundillo.

»—¿Qué tal todo? Me podrías pasar el número de tu amigo el modelo.

Duda si parecer interesada en un sentido físico *¿sería excesivo?* Descarta al instante tal idea, al recordar que Manolo es un adicto al sexo. Natalia tiene tal juicio de valor por las conversaciones de la noche de copas,

cuando él narró que sus relaciones eran esporádicas, que de ninguna guardaba un buen recuerdo y de todas terminó insatisfecho, lo cual en ese tipo de trastornos es normal. Cuando el alcohol fue tan elevado que la lengua se hizo lenta pero letal, no tuvieron vergüenza en contar las noches cerrando burdeles, de cómo Manolo tuvo tantos encuentros sexuales en cuatro horas que se ganó el apodo de «el semental». «Preferíamos pagarle las furcias, aunque nosotros nos quedásemos sentados. Verle salir con el culo al aire y el manubrio listo de una habitación a otra, era todo un descojone», aseguraron entre risas. Entre bromas añadían, «Salía de los burdeles empitonado y mirando vídeos porno por el móvil».

Tres pitidos avisaron de un mensaje entrante.

»—Me dejas perplejo. Ahora mismo te paso el contacto. ¿Sabes que sufre de satiriasis?

No sabe si tomarse sus palabras como una advertencia a una amiga o el desprecio hacia otra colega que ve menos avispada. Como nunca tuvo mucha confianza en él se inclinó por la segunda opción.

»—Mi interés es solo en su profesión. No pretendo ser modelo, ni mucho menos, quiero preguntarle si conoce a una agencia llamada Manant.

»—Entonces es tu hombre. Se mueve en ese mundo desde los dos años. Nos vemos pronto.

Y ahí está el contacto, pero ahora no encuentra las palabras adecuadas. La inseguridad personal, paralizada por las eternas dudas, *mandar o no el mensaje*, Natalia sonríe al pensar que tendría que ir a terapia para resolver esa falta de confianza. *Si la información no es fiable y desvió la atención de Sergio, apareciendo otra chica, será solo culpa mía.*

Su móvil vuelve a emitir los tres tonos que avisan de otro mensaje. No conoce el número.

»—Me termina de llamar Paco. Estoy a tu eterna disposición. Encantado de que cenemos. Hoy mismo. Tú y yo. Paso a buscarte a las 20h.

Es Manolo. La mente de Natalia desata en un torbellino de imágenes mostrando los peores escenarios posibles, *si me hace preguntas incómodas, ¿Cómo respondo? ¿Qué excusa doy?* Ella solo pretendía obtener información por wasap, un medio distante e impersonal, quizá, como mucho un café, pero una cena tiene otras connotaciones. No es nada creativa, se quedará en blanco delatando su doble juego, con la mirada perdida. Teme que Manolo piense que todo aquello es un pretexto para volver a verle.

Natalia se quiebra ante pensamientos catastróficos. La incertidumbre. Toma aire con fuerza hasta llenar los pulmones, después lo deja escapar lentamente. Los rostros de Sonia, Belén, Vanesa y Raquel aparecen ante ella, aportando el valor que le falta. *Por vosotras.* Coge el móvil y manda un

escueto mensaje, «Maravilloso». Después lo apaga. No quiere arrepentimientos, ni recibir contestación, ni saber por unos minutos nada del mundo exterior.

Capítulo 15

Vestida cual monja de clausura sin hábito, sale de casa sin maquillaje, con el pelo recogido en una estirada cola de caballo, ni siquiera se pone las lentillas. Buscó las gafas de reserva, aquellas de pasta negra que le dan una apariencia a rata de biblioteca.

Pero su plan, tan bien trazado, no tiene el resultado previsto cuando observa el pantalón abultado y las pupilas dilatadas de Manolo. En ese momento, ella representa una fantasía sexual. Dos suaves besos en las mejillas, sin apenas rozar los labios, dilatando en el oído derecho el contacto. Natalia siente el aliento cálido y húmedo. «Siempre me han gustado las institutrices, tan rectas y estrictas, pero tan dóciles en la cama». Si lo que pretendía era no excitar la libido de un hombre con trastorno, su vestimenta sobria y oscura ha despertado un juego muy peligroso, el de la imaginación.

Manolo conduce un Lexus negro descapotable, que Natalia observa con la misma curiosidad que los transeúntes cuando para en los semáforos. Él parece inmune a tal admiración, está relajado y la mente ausente, extraño en un narcisista. Una sensación placentera embarga el cuerpo de él. Natalia siente un nerviosismo incómodo ante tanto placer, y analiza la situación, como lo haría la doctora Navarro en su consulta. Capta la forma de rozar las piernas al cambiar las marchas y de acariciar el volante, el disfrute del cerebro que se

extiende hasta los genitales, *El poder de la imaginación*. Manolo se está excitando y ella entra en pánico. No logra que Navarro tome las riendas.

Manipula disimuladamente el móvil dentro del bolso. Envía un rápido mensaje a la única persona que sabe que acudirá. «Llama». Dos segundos, que se hacen horas, fue lo que tardó en sonar su móvil. Contesta sin dar una excusa, tampoco sabe cuál. Natalia observa la incomodidad de Manolo con la llamada.

—Si no hay más remedio iré. Me pillas con un amigo. Íbamos a cenar al Restaurante Fairuz. —Baja el sonido del móvil al mínimo, teme que Manolo escuche la voz irritada y los insultos soeces que la dedica—. Me recoges en la puerta entonces. De acuerdo.

Cuelga y con un temblor, más que evidente, regresa el móvil al interior del bolso.

—Siento mucho tener que postergar nuestra cita. El inspector Fernández necesita de mis servicios como psiquiatra. —*Las dichas aclaraciones*—. Pero no me gustaría irme sin que me digas qué sabes de Manant. —*Al grano sin sutileza*.

—En realidad poco o nada, pero quería volver a verte. Me impresionaste la otra noche. Además, conocer a alguien que hace sombra a Paco y que le saca de sus casillas, siempre es reconfortante. —*El ratón*

cazado por el gato astuto. La manipulación emocional invisible, la ve cientos de veces en los pacientes—. Durante unos meses se habló de una agencia nueva que buscaba a chicas: de veintitantos años, con las medidas habituales, caucásicas, que les gustase la música, el arte, la naturaleza, interesadas por los problemas sociales, que practicasen deporte, y no recuerdo que más chorradas.

Manolo aparca en doble fila en la calle Orense. Natalia mira inquieta a derecha e izquierda buscando un coche negro con la sirena puesta.

—Estás nerviosa. —Era una afirmación, no una pregunta buscando un motivo, ni siquiera demandaba una explicación.

Manolo saluda a un hombre alto y moreno. Aquel extraño intercambia una mirada cargada de interés con ella, pero no dilata el tiempo, muestra cierto recelo a ser reconocido, se baja el gorro de lana negro y aprieta el paso hasta la puerta del restaurante Fairuz.

—El tiempo es oro y ahora precisamente corre en nuestra contra — dice Natalia desviando la mirada del hombre del gorro de lana. No quiere desvelar el interés que despierta en ella las amistades de Manolo.

—¡Ya! Pues siento decir que va a dar lo mismo. —Suelta aquellas palabras con una sonrisa que Natalia es incapaz de interpretar.

La figura alta de Sergio sorteja los coches ante el atasco que un autobús

está formando, ha dejado sobre la acera el coche, tres calles más abajo. Natalia se apea y se aproxima hacia él seguida por Manolo.

—Siento llegar tarde. —Sergio mira la vestimenta de Natalia—. Soy el teniente Fernández.

—Manolo. —Con el brazo rígido toma la mano que mantiene Sergio extendida. *Un apretón revela mucho de una persona*, piensa. Pretende ser agresivo, demostrar que controla la situación y a la gente, pero en realidad le falta contundencia, y aquella postura, fría y segura, está estudiada y ensayada, pero carece de perfección.

Al teniente no se le escapa el detalle de que no revela el apellido, pero tiene apuntada la matrícula y hará las oportunas averiguaciones. Toma de la mano a Natalia y se despiden con una formalidad que raya la diplomacia más fría.

La piel callosa de la mano del teniente siente el ritmo cardiaco acelerado de la doctora, el sudor frío del recelo. *El miedo, es importante reconocerlo, para que no enmascare la mentira*, piensa Sergio, *comerciantes que están en shock tras ser encañonados por una pistola mientras desvalijan su tienda, son capaces de dar pelos y señales del asaltante. La víctima de un crimen, focaliza su atención en el arma, jamás en el agresor. Accidentes de carretera. Conductores con amnesia, con los nervios alterados, no*

recuerdan nada de lo sucedido, pero escriben su dirección, teléfono y DNI, sin errar en un número y sin vacilación en el trazo.

—¿Qué ha sucedido en ese coche? ¿Quién es él?

—Es Manolo, el amigo de Paco...

—Cuando dije que no te acercaras a Paco, se sobreentendía la extensión de la orden a sus amigos.

—En realidad no hizo nada. Tenía miedo antes de subir al coche, infundado por supuesto.

—Yo a eso lo llamo sexto sentido. Hay ocasiones que desconfías de las personas sin conocerlas. Un grito en tu cabeza, *¡Aléjate!* Nos anticipamos al peligro, mi querida doctora, eso mejor que nadie deberías saberlo. — Sergio suaviza la voz en un intento de relajar la atmosfera tensa que Natalia trae consigo—. Hace años fui con mi exmujer a la consulta de un médico, uno de fertilidad. Un hombre apuesto con el pelo relamido por una vaca y un exceso de colonia. Cuando me estrechó la mano, sentí un escalofrío, por mucho que sonrió y el tono cordial al hablar, no se desvaneció el resquemor. No me gustó como bromeaba con ella, como la miraba, o la tocaba el hombro, no eran celos, algo en él me hacía rechinar los dientes. Cambiamos de clínica ante mi insistencia.

—¿Qué descubriste?

—Muchos años después le acusaron de abusos sexuales con una paciente, pero no se demostró nada. — Natalia mira con interés—. Cuando tenía pocos años, dos tipos nos asaltaron en el portal. Uno de ellos rompió a mi madre un brazo. A pesar de darle nuestras últimas mil pesetas, no dudó en golpearnos. Aquel hombre tenía el mismo peinado, la misma sonrisa e idéntico tono de voz, «Todo saldrá bien, si colaboráis», dijo. Confío en mi instinto. — Arranca el coche adentrándose en el tráfico de Madrid—. ¿Por qué tienes miedo?

—Sufre de satiriasis. — Sergio arquea una ceja—. La versión masculina de ninfomanía. —Él rompe en estruendosas carcajadas, que contagian a la doctora, *no es profesional reírse*—. Se excitó, a pesar de todos mis esfuerzos por parecer anodina. No supe cómo afrontar la situación. Me invadió una vorágine de temores. Pensé en ti.

—Comprendo. — Él sabe que toda reacción es por un efecto. Algo del pasado alcanzó a Natalia en ese vehículo y no supo gestionar la situación. A quién necesitó la doctora en ese momento: ¿a él o al teniente?— ¿Averiguaste algo?

—Sí. La agencia de modelos era una tapadera para buscar chicas caucásicas con un hipocampo desarrollado, así como la amígdala.

—¿Las hicieron un escáner cerebral?

—No. Fueron las aficiones que requerían, las que me dan la pista. La práctica de un deporte está demostrado que aumenta el hipocampo. Las personas que no aprecian la música, el arte, o que les importa poco el mundo que les rodea, suelen sufrir ansiedad, estrés o depresión, y esto reduce la amígdala.

—¿Por qué caucásicas?

—No lo sé. La otra noche, Manolo me puso los pelos de punta cuando habló de mujeres. Es racista, diría que lo son todos, pero esta es una opinión un poco ligera. Científicamente sí puedo afirmar, que las pruebas realizadas a sujetos de diferentes étnicas arrojaron unos valores cefalométricos distintos. Pero también hay enormes discrepancias con los patrones neuronales dependiendo de la cultura en la que se críe el sujeto. En una palabra, a nuestro cerebro todo le afecta, pero en este caso buscaban un gran tamaño.

—Marta tuvo una idea y está dando sus resultados. Raquel tenía una vida muy activa en las redes sociales, una muchacha que dejó constancia de todos sus actos con instantáneas en Instagram. Tenemos una foto de grupo en la puerta del local que se alquiló para el montaje fotográfico de la agencia Manant; son dieciocho chicas, algunas están etiquetadas, entre ellas Sonia, con otro nombre «@Unicornio», y Belén, su cuenta es privada, pero no supone un gran problema; hemos reconocido a Vanesa. Seguiremos sus vidas en esta

aplicación y veremos hasta dónde nos conduce.

—¿Entonces ya tienes el nombre de todas las muchachas? —Esa era una gran noticia, la mejor.

—Eso mismo pensamos nosotros. Pero creo doctora que no hace falta recordar que todos falsificamos la realidad en el anonimato. —Natalia afirma con tristeza—. «Las mentiras en las redes sociales se hacen de forma habitual», son tus palabras. «El anonimato ampara el dudoso civismo y la falsa moral». No vuelco las esperanzas de resolver el caso en este descubrimiento.

»»Todas tienen una vida virtual falsa. Se muestran como grandes modelos, con miles de seguidores. Ninguna filtra lo que expone a la galería, es una ventana abierta a su vida privada, con quién comen, qué crema usan, dónde van; eso me demuestra que, para Sonia, Belén, Raquel y Vanesa, todo el mundo era igual. Conocemos los riesgos que suponen este tipo de páginas, por lo tanto, concluyo que solo buscaban los dichosos «me gusta», sacrificando por ello los valores.

—¿Entre sus seguidores puede esconderse los asesinos?

—Hay miles. Cientos de desconocidos con falsas identidad. No eliminaban usuarios, aunque mantuvieran algún intercambio de mensajes algo soeces y subidos de tonos, con proposiciones rayando el acoso. También hay

muchos con los que no tienen ninguna relación, pero suman y no se bloquean.

»Ni una foto que muestre descontento con personas o grupos, todos son caras sonrientes y mensajes breves diciendo que están rodeadas de grandes amigos, «postureo». Tenemos humo, doctora.

Capítulo 16

Un lunes como cualquier otro, piensa al saludar a su primer paciente.

—Doctora Navarro, se lo explicará usted a mis hijos. Les dirá que todo lo hice por ellos, que los quiero más que a nadie en este mundo. —Alicia Hernández se enjuga las lágrimas en un pañuelo de papel retorcido y desgastado.

—No me gusta el tono de nuestra conversación. —*No es conveniente usar la negación con los pacientes*, se recuerda justo después—. ¿Qué ves cuando te miras en el espejo?

—Hace años que no lo hago. Quité todas las fotos mías que tenía en casa. Soy un borrón de lo que fui, sin belleza ni fuerza. Estoy vacía por dentro, arrastro el desánimo. Todo es amargo, donde esa voz crítica se alza desde lo más profundo y me recuerda que no valgo nada.

—Busca compañía en el día a día, un familiar, una amiga. Que te de la valentía para seguir. El ser humano no es un ser solitario, es social y alegre...

—Alicia no tiene amigos a los que acudir. Cuando las humillaciones se hicieron públicas, su marido las enmascaraba con tanta sutileza que solo ella las apreciaba, y si alguien lo intuía, él era capaz de voltear la tortilla mostrándose como un hombre paciente y bueno.

—Lo perdí todo, mis logros y mis sueños, puse mi vida al servicio de otros. ¿Cómo la casa que alquilas?, me la devolvieron destrozada. Él dice que carga con mi inutilidad. —*El hombre que sufre las consecuencias de la torpeza de su mujer. Mártires que saben argumentar su papel, consiguiendo el eco que cimienta su postura*, la rabia invade a la doctora.

—Terminarás creyendo que no vales nada. Ese pensamiento destructivo te arrastrará si no le pones freno. —No es un lunes como cualquier otro, Natalia no está siendo profesional. Empezó sintiendo al despertar una leve irritación, pero se transforma en furia con cada minuto que pasa.

—Llevo años así, ¿por qué me angustio después de tanto tiempo? Nada es distinto. —Alicia juega distraída con un mechón de su cabello. «Falta absoluta de confianza en sí misma acompañado todo ello de inseguridad», escribe Navarro en el margen del informe en un trazo negro y apretado.

—Tienes una necesidad no satisfecha, tu mente se revela, avisa de que necesita un cambio, ¿es rabia, decepción, o miedo?

—Él dice que no valgo ni el dinero que gasta en mantenerme. —Alicia no muestra miedo en los ojos, siente la presión en el pecho y el vacío del alma, pero sin dolor.

—No mendigues el amor, no te conformes con las migajas, no supliques un «te quiero», ni reclames un beso o una caricia. —Alicia solloza

en silencio. Está cansada de caminar de puntillas, aguantando el aliento para que el manto de menosprecio no roce su piel desnuda—. «Ni tú vales tanto, ni yo tan poco», recuerda esta frase. Son seres infelices, que pocas veces tienen sentimientos verdaderos.

Alicia entró en el maltrato psicológico sin darse cuenta. En sus primeras sesiones le narró las discusiones sin gritos, los reproches sin base, y terminó asumiendo la personalidad del marido. Le justificaba con un «ya le conocía y nunca me faltará nada», «porque así ama él». Pero con el tiempo se dio cuenta que carecía de lo más importante, de lo que veía en otras familias. «No está bien adaptar la vida, incluso la persona, a los caprichos de otro», fueron las primeras palabras que pronunció Navarro. Meses después seguía anclada en el mismo puerto.

Los hijos fueron la esperanza de un marco de felicidad que jamás llegó, proyectó en ellos la dicha que no tenía, y todo fue peor. Empezó a replegarse en sí misma, no quería discusiones, no deseaba enfrentamientos, ni malas caras, nada de aquello era la imagen que Alicia tenía de la familia feliz. Los ataques de ira aumentaron, patadas a los muebles, objetos contra el suelo, los prolongados silencios, el gesto de desprecio, la palabra hiriente, y ella, ante la imagen de aquel extraño, optó por desaparecer en algún rincón de la mente. Dejó de trabajar, porque su sueldo era miserable, su horario destrozaba a una familia bastante fragmentada y se sentía culpable, más carga

sobre una espalda que jamás tuvo que aguantar tanto peso.

«Hay heridas que nunca curan», Alicia repetía aquella frase una y otra vez. Seguía luchando por su familia feliz, colocando parches sobre las lesiones que no dejaban de sangrar. Hasta que llegó la crisis de ansiedad que la llevó a las puertas de la muerte. Una noche de octubre llegó al centro médico con un dolor agudo en el pecho, salió con una receta de un antidepresivo, halló el móvil de su marido desconectado, la luz de su casa apagada, y en la acera mirando hacia el portal se planteó su vida por primera vez. Alcanzó con paso lento su habitación y le encontró en la cama semidormido, dudó en meterse sin hacer ruido, pero se sentía sola, y preguntó: «¿Por qué no me has esperado?», él, molesto, contestó: «Tenías el fijo si necesitabas algo», y siguió durmiendo. Dos días después pidió cita con la doctora Navarro.

Sergio sostuvo la puerta para dejar salir a Alicia que esbozó una tímida sonrisa sin levantar la vista del suelo.

—Una mujer maltratada, hijos de puta, los colgaría de los huevos y les sacudiría con un bate de beisbol cual piñata. —*Habla el niño pequeño que no pudo defender a su madre*, se admira de que reconozca las señales—. ¿Por qué?

—Envidia. —Natalia no entiende de preguntas retóricas, poco le

importan las razones a Sergio—, son personas alegres, carismáticas, que llaman la atención de estos depredadores. Ellos por sí solos no tienen esa aureola, se pegan como parásitos para brillar, son personas tóxicas que consumen energía. Conoce los puntos vulnerables de la víctima, se aprovecha de su confianza, ya sabes, «No hace daño el que quiere sino el que puede». Pero no sigamos hablando de mi paciente, estoy agotada y furiosa. ¿Qué te trae a mi consulta?

—¿Tú estás furiosa? —Natalia agita la mano, no quiere ahondar en sentimientos propios—. A lo largo de mi carrera he aprendido que la gente es predecible una vez que conoces sus motivos. Puedo entender que el doctor Serrano y su exmujer quieran ayudar a su hijo y que esto sea un ensayo clínico para lograr corregir la epilepsia grave que padece, es una buena razón, pero nada les relaciona con nuestras víctimas. Ninguno de los dos tiene contacto con una clínica privada con quirófano. —Sergio pisa el suelo repetidas veces en el mismo sitio. *Impaciente, nervioso e intranquilo*, valora Navarro. Es como una olla a presión a punto de estallar.

—Entonces, ¿son inocentes?

—Te señalo que no tengo nada. —Frota su cabello con fuerza—. Hablando de nada. No vine para hablar del buen doctor y su ex, sino de tu amigo Manolo y el coche que llevaba. —Se sienta ante ella con las piernas

unidas en paralelo, como pegadas con pegamento. *Hasta los gestos denotan su personalidad ordenada y cuidada*, nunca le ha mirado con un ojo profesional—. El coche está a nombre de Javier Gutiérrez, padre de familia, trabajador de Bankia y hombre con muy poco espíritu. —La doctora frunce el ceño, no comprende aquella sencilla expresión—. Un tipo que da todo por perdido, sin ilusión, sin motivación, con una rayita de energía en una batería que pierde fuelle. —Una risa contenida sale de la garganta de ella—. ¡No sería doctora! Casi dos horas esperando una respuesta de un ser humano cuya foto debería acompañar en el diccionario la definición de «decepción». El Lexus, un «truño» que no deja de dar problemas desde que lo sacó del concesionario. Tiene un ruido molesto y desquiciante que solo él escucha, porque su mujer allí presente, no dejó de mirar al suelo con los ojos en blanco y resoplando.

»Está amargado, no ha cruzado la línea que lo siente en tu diván, pero le queda un paso para llegar. El desgraciado, tiene un cúmulo de historias negativas que no ha superado y que aburren hasta los necios. Da igual lo que haga, porque nada se va a solucionar, la prueba la tiene en que yo me he presentado en su casa para cargarle con más problemas. «Voy por un puñetero ruidito en el ventilador y alguien sustrae mi coche del taller para cometer un delito». —Se recuesta en el asiento—. Por una hora fui como tú, y solo tuve ganas de inflarle a puñetazos para que despertase de ese letargo. —Natalia va

a hacer una observación cuando Sergio levanta la mano. La palabra «desesperanza» quema en la punta de la lengua de la doctora, *ese pobre hombre tiene un síntoma de la depresión grave*—. No me interrumpa doctora, que pierdo el hilo. La moto de Agustín, salió del mismo taller, comprobado. El padre del militar la dejó el lunes, perdía aceite.

—Podía indagar si Paco tiene un amigo con un taller y averiguar el apellido de todos ellos. Sin ponerme en riesgo. —Sergio niega—. Por cierto, el otro día vino a buscarme con un increíble Volvo blanco. Me dejó tan impresionada como al perro de mi vecina. Es un galgo, parecía que dentro se ocultaba una liebre. —Sergio inclina su cabeza mientras la mira fijamente—. No recuerdo el modelo, soy pésima para esas cosas, pero creo que dijo que llevaba dos semanas en el mercado.

—Este taller dispone de compra venta de vehículos. Un lugar pijo de cojones, una sala de espera que ya la quisiera yo en mi casa, una moqueta de color perla sin una sola mancha cubriendo todo el suelo. En cuanto a mobiliario: tres sofás de cuero negro y una mesa de madera de olivo, una televisión panorámica, cafetera Nespresso, botellas de agua y brik de leche de todas las clases: desnatada, semi y entera; pastas y sándwiches, de todas las variedades. Fue la primera vez que me molestó que no me hiciesen esperar. Ese coche seguro salió de ese garaje.

—Quedaré con Paco con cualquier excusa y conseguiré un nombre.

—Doctora no hace falta, para eso están los registros de la propiedad.

Los sistemas informáticos de la Guardia Civil, son como el Gran Hermano: acceso a todo. Estoy casi seguro de que tu viejo compañero es mi hombre. —

Quería que Paco sintiera cerrarse el cerco, que supiera que está detrás, su aliento rozando el cogote. Un solo paso en falso y caería sobre él y sus amigos

—. Pero no sé dónde están las chicas, tampoco, si retiene a más.

Capítulo 17

Sergio aclara las ideas cuando las pone voz ante Natalia. Se puede expresar con libertad, sin disimular la furia o la tensión y sin justificar el pensar de una manera u otra, o no tener respuestas. Si ese era el efecto que tenía en los pacientes, comprendía que la consulta siempre estuviese ocupada, reconforta hablar con ella, no da soluciones, simplemente escucha y está ahí: sin juzgar, sin menospreciar.

Mientras esperan al ascensor la observa colocarse el abrigo. Sujeta con los dientes el bolso, en otras mujeres aquella habilidad básica parte de la motricidad natural, pero ella carece de esa destreza, lucha con las mangas del abrigo a la vez que recoloca una y otra vez el bolso. Sergio se ofrece sostenerlo, pero se niega a recibir ayuda. Acaba de cruzar el dintel de la puerta y parece otra, más insegura y torpe. Es una mujer solitaria, con un análisis diferente sobre los demás y una gran soltura para las decisiones profesionales, no así para el ámbito personal. Nunca pide nada a cambio. Lo que todavía no ha descubierto es si ese aislamiento responde a la voluntad propia o por culpa de algún tercero. A pesar de todo el hermetismo y reclusión, cuando es la doctora Navarro, es una mujer con una sonrisa en los labios como presentación, tremendamente cercana quizá por la empatía de la que hace gala, sabe cuándo se la necesita, igual que deja espacio en el

momento preciso y está seguro, que en eso reside todo el éxito.

Cuando la puerta del ascensor se abre, una mujer madura se echa a sus brazos. Parecía llorar sin lágrimas.

—¡Gracias a Dios que no te has ido! Le pillé, me engaña de nuevo. — Se aprieta el pecho como si el corazón se le estuviese rompiendo en mil pedazos y el dolor fuese insoportable—. Hice lo que me dijo: no controlé, ni seguí, ni prohibí que saliese a desayunar con sus compañeras de trabajo; pero él persiste en mentir.

—Chelo, ¿cómo sabes que te engaña?

—¡Doctora! —Chelo camina tan erguida como una lanza hacia ella, aunque tropieza en dos ocasiones con un desnivel inexistente—. Soy perra vieja. —Entonces parece reparar en Sergio—. ¡Hola, soy Chelo Moreno!

—Encantado. Soy el teniente Fernández.

—¿Policía? Si le doy la matrícula del coche de mi marido me puede decir dónde va cuando me cuenta la milonga del caos que tiene.

—El teniente no puede seguir a alguien sin motivos.

—Esto tiene que ser algún tipo de maltrato... Psicológicamente estoy muy mal. ¡Usted misma dice que debo buscar la paz! —Muestra sus palmas con un ligero temblor. Navarro sabe que no miente—. Cambió las claves de

acceso de su correo y de la cuenta de Movistar, ya no puedo revisar las facturas. —Mira directamente a Sergio—. Antes controlaba las llamadas desde su móvil, cuando me pilló, empezó a borrar el registro. Tenía conversaciones de cuarenta y cinco minutos con un compañero que hacía dos años que no veía, ni mencionaba. Descubrí por una novela que muchos infieles ponen en el contacto de la furcia que se tiran el nombre de algún colega, para que la mujer no sospeche de las llamadas a extrañas fuera de hora, ni de los mensajes constantes.

»Sé que me engaña, porque está más alejado de mí, y no hablo en el plan sexual... creo que soy virgen de nuevo —dice en un susurro llevándose la mano a la entrepierna—. Cuando hemos tenido algún encuentro se le nota que está a disgusto con la situación. — Suspira. Sergio la cataloga como una mujer a punto de explotar: irritada, rozando la locura—. Pone excesivas excusas con el trabajo. Le vino a ver Dios con la puñetera fusión, ahora todo es un jaleo por el cambio de CIF y más sandeces.

—Debes tranquilizarte. Estás muy delgada, tu rostro muestra señales de insomnio, tienes ciertas dificultades al andar, temblores en las manos. Todo está relacionado. La falta de horas de sueño conduce a la disminución de las capacidades motoras, provoca temblores, incluso nuestra toma de decisión se ve afectada, también la concentración, así como pensar con claridad. — Chelo levanta lentamente la cabeza cuyo rostro ha adquirido un tono rojo bermellón,

le cuesta respirar.

—Tiene razón. Se le olvidó la fatiga y este sabor en la boca que seguro es la bilis que me sube. —Se coge con una mano crispada el jersey a la altura de las tripas—. Pero no vengo a que me diga lo que ya sé, que me estoy autodestruyendo con estos pensamientos y este sin vivir que tengo por dentro, lo que quiero es quitarme de la cabeza a ese hijo puta y a su zorra.

—¡Chelo, espera! —Natalia intenta en vano detenerla.

Entre protestas e insultos se despide con un movimiento obsceno con los dedos de la mano y baja por la escalera a trompicones. Sergio sale corriendo tras ella.

—¿Dónde está? — pregunta Natalia cuando alcanza el portal sin resuello.

—¿Crees que tiene razón? — Señala un taxi que se aleja calle abajo.

—No sé si su marido la engaña. Lo que puedo asegurarte, es que no se toma la medicación que le prescribí, teme que el marido la manipule y envenene. Son lucubraciones bien cimentadas, hacen dudar a todo el que las escucha.

—¡Doctora!, he prometido invitarla a cenar para mantener una conversación lejos de nuestros respectivos campos, distanciarnos de víctimas y pacientes. Pero como no soy inmune a esa mirada preocupada por una

paciente celosa, he dado orden que se pasen por su casa para averiguar si llegó sana y salva.

—Es cierto que muestra los rasgos de una mujer celosa, pero en ella hay una paranoia algo extraña, esa desconfianza en su marido y ese constante recelo me rechinan los dientes. —Sergio empieza a ver semejanzas entre ambas profesiones.

El silencio se adueña de ellos, sumidos en una vorágine de opiniones, pensamientos y decisiones, ninguno es capaz de romper ese momento de concentración, un tiempo para ordenar las ideas que perecen en el desván de la mente: un lugar cerrado e ignorado.

—¿En qué piensa, doctora?

—Ponía en orden los detalles antes de encerrarlos. En mi cerebro, como en el de todo el mundo, —Sergio por un segundo se siente tentado en hacerla callar, pero Natalia no sabe relacionarse de otra forma con sus semejantes. Todo lo racionaliza. Es hora de reconocer que no va a cambiar y debe aceptarla como es—, hay una habitación donde cada cierto tiempo abro la puerta y arrojo dentro lo que soy incapaz de solucionar, quizá se trate de aceptar la situación y yo me niego a ello. Hay pacientes que han llegado a obsesionarme, impidiendo que vea más allá. Nada de lo que todos los manuales de psiquiatría dicen que funciona ha dado resultado. Entonces pongo

distancia, los guardo en ese lugar y busco otro enfoque para abordarlo. — Sergio asiente, él no los encierra porque el tiempo juega en su contra, pero los mira desde diferente perspectiva—. Al final se convierte en un lugar polvoriento al que temes entrar, pero de tenerlos guardados en cajas durante tanto tiempo se vuelven perniciosos y cuando los abres tienen más poder sobre ti que el día que los encerraste.

—¿A quién escondes en ese desván aterrador?

—A cuatro pacientes; aunque una de ellas, 1324, se quitó la vida hace poco tiempo. —Un nudo aprieta la boca del estómago de la doctora.

—¿Lo lamento mucho! —Estira su mano, pero no llega a rozarla—. Son como los casos abiertos que yo reviso cada cierto tiempo buscando una pista que me ayude a dar paz a los muertos. ¿Chelo es una de esas cajas?

—No. Inés Soto, que la vi hace unos días entrando en el hospital con una brecha en la cabeza y oliendo como una destilería. —Hace una pausa prolongada para recuperar la distancia con las emociones que Jainis, como la llaman sus amigas, desata en ella.

—¿Alcohólica?

—Tiene embriaguez patológica. Inés ama de tal forma a las personas que la rodean que asume como suyas: las penas, desdichas y dolores. Carga su vida con tanto sufrimiento que no sabe vivir de otra forma, necesita esas

emociones para continuar. Un día, el vaso se desbordó, fue el primero de muchos. Decidió encerrarse en sí misma, mirando desde una profundidad aterradora; en pocas palabras, quiso dejar de sentir. Se niega a enamorarse, no busca la felicidad porque llega acompañada de tragedia y pérdida, lo ha vivido con sus amigas, sin darse cuenta que aquella no es su historia, es la de Cristina, Tere, Tricya, Fishler y Ana. —Natalia mira por la ventanilla mientras el coche atraviesa el tráfico concurrido—. Se escondió en un pozo profundo, alejándose de todo el que la quería, pero esa distancia la causó más dolor. Se refugió en las pastillas y en el alcohol.

»Después de mucha terapia, encontramos un momento de su infancia crucial. Una alianza inquebrantable con sus amigas, más allá del pacto de sangre. —Suspira profundamente—. En un momento donde los niños establecen los vínculos de seguridad, afecto y cuidado, ella descubrió que no todos los progenitores cumplen con ese papel protector y amoroso, algunos son chacales despiadados, y asumió un rol que no le correspondía.

—¿Chacales?

—El padre de Cristina la golpeaba hasta que la niña perdía el conocimiento. —*Joder!*, Sergio aprieta los labios—. Para Inés nada mejoró con la edad, en su primera relación sentimental fue engañada, traicionada y el final, una ruptura traumática.

—¡Doctora, no envidio tu trabajo! Pero he de reconocer que me resulta interesante. — Aparca en una plaza de garaje algo estrecha con una maestría que Natalia alaga con un ligero aplauso rompiendo su estado algo abatido—. ¿Quién es su otro gran reto?

—Se llama Iris, apareció sin documentación en la escalinata de los Jerónimos. —Entonces repara en el restaurante al que se dirigen—. ¿Por qué has elegido este sitio?

—Tengo algo que confesar: es una cita medio profesional. —Natalia arquea una ceja—. Paco y sus amigos tienen reserva para cenar aquí: el restaurante Fairuz.

Capítulo 18

Natalia carece de una vida social activa, no necesita pasar tiempo con amigos para ser feliz, que, por otra parte, no tiene. En algún congreso coincide con colegas y asiste obligada a aquellas tediosas cenas de ego, pero nunca nada tan íntimo como la cena de esa noche. El restaurante Fairuz muestra el estilo árabe, dando protagonismo al misterio y a lo exótico, sin abandonar la elegancia, dotando el ambiente de un carácter íntimo. Durante los minutos que tardan en acomodarse, Natalia aprecia la sala, los mosaicos, las telas de colores y las lámparas.

Tras mirar la carta y hacer la elección de los platos, observan durante unos segundos a su alrededor. Sergio muestra interés en las personas que comparten local con ellos, los evalúa y saca algún tipo de conjetura, ella conoce esa mirada. Natalia saca un solo juicio de valor: la dependencia al móvil. Parejas mandando constantes mensajes, imagina que a las redes sociales anunciando a bombo y platillo la velada tan maravillosa que están disfrutando: *#restaurante*, *#amoreterno*, *#Fairuz*, *#inolvidable*, pero allí hay engaños, rupturas, amantes, cada mesa cuenta una historia.

Llegó el primer plato, Arayes kafta jebne, tortas de pan de pica rellena de carne picada y queso. Una comida emplatada con un refinado gusto. Natalia quiere inmortalizar el plato en una foto para enviar a su madre, al final no

encuentra sentido a tal cosa, nunca la convencerá para salir a comer fuera de su casa.

—Doctora, ¿de qué se ríe? Van dos veces que la pillo.

—La adicción al móvil no está tipificada como un trastorno. —Sergio sonríe benevolente, *ella es así*—. Eso también sucede con la compra compulsiva.

—¿Adictos al móvil?

—A las aplicaciones que nos ofrecen. Un teléfono que solo sirve para recibir y emitir llamadas, en estos momentos estaría en el bolsillo de cualquiera de nosotros. Se ha demostrado que nuestro cerebro segrega dopamina, — Natalia cree ver duda en los ojos de él—, neurotransmisor vinculado al placer.

—Terminamos mirándolo compulsivamente para estimularnos... — añade Sergio, pero se interrumpe cuando la figura de Paco entra en el local seguida de sus amigos.

Natalia se había olvidado la verdadera razón por la que estaban allí. Le invade el miedo, finge limpiarse los labios y se cubre con la servilleta.

—¡Tranquila! Somos dos amigos cenando y conversando de trivialidades.

—Estoy nerviosa, y ¿si nos ven?

—Eso espero. ¿Cuénteme algo de esa misteriosa mujer llamada Iris?
Olvídese de nuestros amigos — dice Sergio.

—Parecen tener una relación más consolidada —apunta al escuchar las bromas y risas entre ellos—. Hay uno que no sé quién es.

—Será el dueño del taller. —Sergio deja el tenedor en el borde del plato—. Son socios peligrosos, están confiados, se creen intocables, porque no hay pruebas ni pistas que nos lleven a ellos. —Toma un sorbo de vino mientras observa el espejo que tiene a la espalda Natalia. Una visión perfecta del local—. Cuando todos guardamos un secreto inconfesable de otro, nos da poder, una falsa seguridad de tenerle agarrado por los huevos y nos sentimos protegidos. Ninguno confesará porque todos caerían como las fichas de un dominó. Buscamos al más débil del grupo, el que tiene dudas morales, aunque sean pocas y de vez en cuando.

—Entonces, ¿son ellos? —Sergio asiente— ¿Qué necesitas de mí?

—Que me cuentes la historia de Iris mientras observas a nuestros amigos, como has hecho con el resto de los comensales, sacando tus propias conclusiones sobre sus vidas. Especula, inventa, esto es solo un juego. Dime todo lo que te pase por la cabeza por muy absurdo que parezca.

—Una enfermera la bautizó con ese nombre por el color de sus ojos:

violeta. La policía no averiguó nada, sus huellas no figuran en ninguna base de datos, su rostro no se encuentra entre los miles que figuran como desaparecidos y ella no recuerda ni quién es ni de dónde vino. Un enigma. — Su mirada se centra en el tercer plato que acaban de servir: kebbeh, croquetas de carne con piñones y especias; no quiere fijarse en la mesa donde están Paco y sus amigos—. Cuando la conocí sufría lo que se conoce como el síndrome del cautiverio, es una parálisis casi total, la conciencia y la función mental no están afectadas, podía mover los ojos. — Sergio frunce los labios como suele hacer cuando Natalia usa un lenguaje no adecuado para el vulgo—. El cerebro sigue funcionando perfectamente, capta el dolor, la temperatura, hasta el hambre, pero ha roto sus relaciones con el cuerpo. Lo curioso de todo esto, fue que cuando realizamos el escáner cerebral, no había una trombosis basilar. Todo lo que cabía esperar era que se adaptase a su nueva vida pues las posibilidades de mejorar eran imposibles. Pero no, una mañana la encontraron sentada dibujando paisajes del norte de Europa en las paredes de su habitación. Pintaba los fiordos noruegos, para ser más concretos. Después llegaron los retratos de un muchacho vestido con pieles y con el torso descubierto.

»Yo siempre pido a mis pacientes que usen la escritura para liberar los sentimientos, es una forma de desahogo. El dibujo es otro gran aliado para abrir la mente, pintar sin pensar. Nos ayuda a descubrir lo que no sabemos de

nosotros mismos, tiene grandes efectos terapéuticos; tengo una colega que trabaja con niños en este tema y obra milagros.

»Si lo hubiésemos dejado aquí, todo habría quedado en el plano anecdótico digno de estudio para la ciencia. Con cada dibujo un fragmento de una vida que no terminó de hilvanarse por su imposibilidad: hombres a caballo cazando con hachar y arcos, naves cruzando los mares a la conquista de nuevas tierras. Su hipocampo mostró una gran actividad, lugar donde residen nuestros recuerdos, y entonces hice lo más descabellado que puede hacer un profesional con un paciente. La creí.

»Investigué cada dibujo. —Sergio no pierde detalle de aquella historia—. Encontré un pueblo marinero de finales del siglo VIII, en Escandinavia. Las litografías de aquel asentamiento eran idénticas a las pinturas de Iris. Eran comerciantes, exploradores y guerreros. Descubrí unos libros, en la biblioteca de Oslo, donde mezclan las leyendas con la realidad. Existió un clan conocido por su brutalidad, cuyo jefe se ganó el apodo del «Sanguinario», no solo con enemigos y la gente de su pueblo, también con el único hijo varón que tenía. Mi sorpresa llegó cuando la historiadora de culturas vikingas que me ayudó en la biblioteca, me entrega los retratos de un joven idéntico al pintado cientos de veces por Iris.

—Está claro que esa mujer tan misteriosa es: historiadora o

arqueóloga.

—A esa conclusión llegué. —Hace una larga pausa para saciar la sed.

—¡Siga doctora!

—El mismo día que regresé de Oslo, con tan increíble descubrimiento, entró en coma. No pude hablar con ella. Han pasado seis años. Los escáneres cerebrales que realizo regularmente a Iris muestran una actividad como la tuya y la mía en este momento. Un enigma.

—¿Qué conjetura tiene? Pero la verdadera.

—Si esto fuera una novela y buscara un buen argumento, te diría que Iris cruzó algún tipo de puerta que la trajo a nuestro tiempo. Conoce lugares; momentos de la historia demasiados lejanos, con todo lujo de detalles; dibujó poblados, con una precisión abismal, donde hoy en día solo hay cimientos. Describe sentimientos muy intensos como para ser todo producto de sus sueños. Como mujer, la creo; como profesional de la psiquiatría fui incapaz de ayudarla. — Sacude las migas de su falda evitando la mirada de Sergio—. Pero no hablemos más de mí, cuéntame algo de ti. No sabía que estuviste casado.

—Directa al grano. — Natalia se atraganta al darse cuenta que la pregunta salió directa por sus labios sin pasar por los respectivos filtros de prudencia y discreción—. No te preocupes doctora, está superado. Me engañó

con otro y estuve en un tris de perdonar la infidelidad por mantener mi vida personal sin altibajos, ya tengo suficiente estrés en mi carrera. Es la historia de siempre, faltaba emoción en nuestra vida de pareja, la monotonía y la rutina se adueñó de los días, los meses y los años.

—¡Doctora! —Sergio tensa los músculos al escuchar la voz de Agustín — ¡Qué maravillosa coincidencia! ¿Se quedó con ganas de comer en este lugar el otro día?

—Permíteme que te presente al teniente Fernández. —Agustín da un apretón de manos tan fuerte que se escuchan crujir los nudillos.

—Tengo una vaga imagen de ti, del otro día, cuando visité a nuestra psiquiatra preferida. Eres el tipo del portal —dice Agustín cuyos labios esbozan una sonrisa rígida, donde los pómulos no se alzaron y los músculos de los ojos quedan congelados en un gesto helado.

A pesar de esa falsa muestra de alegría, detrás existe una intimidación velada. Natalia siente un escalofrío, quizá fuese el tono o la mueca forzada más cerca de la amenaza que de la confraternización. «Visité» y «preferida», dos palabras que suenan más fuerte que las anteriores, remarcando su importancia, la sensación de soledad y vulnerabilidad se vislumbró entre líneas. Agustín quiere que Sergio se dé cuenta que tiene a su merced a Natalia, mientras el teniente estaba apoyado en el coche patrulla, con la placa y la

pistola, desconocía lo que tres plantas por encima de su cabeza estaba sucediendo. Ella es una víctima, consciente de que está siendo manipulada y nada puede hacer. Mantiene la compostura, es un duelo entre ellos, donde es una mera observadora.

Cuatro frases breves y concisas, claras y con alguna disculpa, incluso cumplido, necesita Sergio para tomar el control de la conversación con calma. Manejando el miedo que parece instalarse en su mirada ante la imagen de ella sola en su consulta. Emplea un tono más firme en su voz y recuerda a Agustín, sutilmente, que sabe quiénes eran y lo que hacen, que su plan no es tan perfecto cuando ha llamado la atención de un teniente mediocre. Todo aquello transmite el duelo de miradas y la conversación cordial llena de sonrisas y bromas, cualquiera que les observe pensaría que son viejos colegas y no dos hombres sosteniendo un pulso.

Agustín intenta interrumpir, pero Sergio le ignora con un «Lo sé», que muestra anticipación, nada al azar, ni fortuito, *conozco tus movimientos antes de tú pensarlos*, se traducirían aquellas dos breves palabras. Con una respiración lenta y rítmica. Una puesta en escena de un profesional, como es el teniente, que lleva años lidiando con tipos que se creen más listos que él por esa apariencia descolocada e inquieta. Dio por terminada la conversación, sin saber Natalia muy bien cómo. Agustín se despide sin la arrogancia del principio y regresa a la mesa mascullando la derrota.

Paco levanta su copa hacia ellos cuando las miradas se cruzan, pero no se acerca como era de esperar. Agustín ha intentado atacar y humillar a Sergio, le considera inferior, un intento irreverente de desacreditar a un teniente que no es contrincante para él, pues va tres pasos por detrás y sin pistas para atrapar a ninguno de ellos.

—Mejor de lo esperado —dice Sergio frotándose las manos—. Cuando alguien a tus ideas responde con falacias intentando desviar tu atención, es que vas por buen camino.

—*Falacia ad hominem*, desacreditar al oponente. Hazle vulnerable, dile que se confunde, menosprecia su trabajo. —La sonrisa burlona de Sergio demuestra satisfacción.

Capítulo 19

Natalia mira de reojo a Paco y sus amigos, cada vez más convencida de las conjeturas de Sergio. Ese grupo que bromea y disfruta de la cena encierra a unas muchachas en algún lugar y las somete a cirugía invasiva, con pretexto científico: por el bien de la humanidad.

—Son ellos. — Sergio asiente. El miedo es una emoción desagradable que Natalia no llega a controlar. Domina a sus pacientes y lo combate en cada sesión, *hace vulnerables a las personas*, piensa mientras lo siente dentro de ella. Un mecanismo de defensa del cerebro que convierte a este en el peor enemigo de uno mismo—. ¿No puedes hacer nada?

—Hasta ahora no teníamos el rostro de los amigos de Paco, solo los nombres —dice Sergio—. Pudimos pinchar el teléfono de su consulta y el de su domicilio. El móvil resultó imposible clonarlo. Desde esas dos líneas no realiza ninguna llamada personal, excepto esta cita.

—Eso demuestra que quería que estuvieses aquí. Está jugando contigo.

—Conocer al resto de los miembros de la partida aumenta la apuesta. —Bebe otro sorbo de vino—. Además, todo fue gracias a ti, lo cual me hizo ver que eres una pieza importante en todo este embrollo. —Natalia se señala con el dedo índice—. Tenía todos los sentidos puestos en el doctor Serrano y

su ex, pero cuando me hablaste del resto de amigos vi las similitudes entre Antonio y Prieto Aaton, ahora sé que son la misma persona. Podía haberte mostrado una fotografía, pero esto es más teatral.

—¿Fingió el robo y luego se lo dijo a la prensa?

—Sí. Está en todos los programas de televisión y radio. Han aumentado las ventas de sus diseños. Lo curioso es que hace unos días se le escapó que esos diseños tienen ya unos cuantos años.

—¿Me estás diciendo que quizá el motivo de todo esto no sea algo científico, sino económico? —La angustia se apodera del pecho de Natalia, no justifica la muerte de ninguna muchacha, pero morir para nada, resulta desmoralizador.

—Yo diría que cada uno de ellos tiene un fin para todo esto.

El móvil de Sergio pita durante unos segundos, mira la pantalla y una mueca de satisfacción se dibuja en su rostro. Pide la cuenta, paga en efectivo y salen del local sin despedirse.

—Doctora, esta noche dormirás en casa de tu madre. Estamos instalando cámaras y micrófonos en la consulta y sala de espera.

—En la consulta, no. Tengo un pacto de confidencialidad con mis pacientes.

—¡Tengo que protegerla! Por alguna razón que no logro comprender, Paco desea que sigas dentro de la partida. Tiene algo pendiente, quizá solo él o puede que todos.

—En la consulta, no. ¿Paco y yo? Hasta hace un año no sabía nada de él... y fue cuando empezó... —Se le había olvidado.

—Cuando le viste en aquel congreso, ¿qué fue lo que marcó la conversación?

—Mi aparición en todas las portadas de periódicos y revistas de ciencia. Que me llamasen la nueva «Holmes», dije que fue un capricho insensato de un periodista que buscaba notoriedad, *mi labor no fue tan destacable*, pero estaba molesto.

—¿Cómo fue vuestra relación en la facultad?

—Dicen que hay cinco tipos de estudiantes. Yo era la tensa, —Natalia ríe nerviosa. Sergio reconoce que tiene una risa alegre y tímida, uno de sus encantos, que esconde y reprime siempre con el afán de no llamar la atención —, siempre mirando mis apuntes, nunca estaba segura de nada, no confiaba en aprobar porque siempre había algo que se atragantaba y temía que justo eso cayese. No encontraba la paz, ni en la prueba más sencilla.

—Una empollona, me lo imaginaba —dice Sergio guiñando un ojo.

—«Rata de biblioteca», me llamaba Paco. Él por el contrario sabía lo

que sucedía en todo momento, como un vidente. Confiaba en su capacidad y en las habilidades que nada tenían que ver con hincar el codo, las cueles le sacaban con maestría de cientos de enredos. Antes de acabar la carrera, fue ayudante de la cátedra de Psicología II, luego la mano derecha del doctor Serrano, y todo por esa seguridad tan aplastante que demostraba sin apenas conocimientos.

—¿Labia? —pregunta Sergio. Natalia se encoge de hombros—, le falta carisma. Los tipos que ascienden tan rápido suelen guardarse ases bajo la manga, ¿crees que conocía secretos cuestionables de otros?

—Podía ser, pero no lo puedo asegurar.

—Creo, mi querida doctora, que siempre has hecho sombra a tu amigo Paco y te has convertido en una espinita clavada en el dedo gordo del pie. Van pasando los años y está convencido que es un tipo con éxito. Vive de los logros de Vicente, pero parece no ser consciente de ello, tiene una película en la cabeza... ¿no te diste cuenta que su despacho era el primero, la suya la puerta más llamativa y la decoración más cara y elegante? Para mí es sencillo hacer el perfil.

»Una mañana se levanta, abre la prensa, enciende la televisión y la cara de su vieja compañera está por donde mire. Todos alaban, admiran, a la doctora Navarro. Es tu nombre el que destaca en letras negritas. — Sergio

hace un redoble de tambor sobre el volante—. Y se desata de nuevo el infierno, por unos momentos ve la realidad, lo patética que es su vida. Vuelves a ensombrecer al mediocre Paco Caballero. Ya no son las notas lo que marcan la diferencia, es toda una carrera profesional. Creo que en ese momento se decidió todo, quizá ya tenía localizado a este grupito de psicópatas, no lo sé con certeza, pero fue cuando quiso que su nombre apareciera en los grandes titulares.

—¡Señor!

Natalia se siente culpable por algo que nunca quiso, no deseó tal publicidad que durante unos días volvió su vida del revés. La consulta era una locura con cientos de personas pidiendo cita, entre ellos periodistas con intenciones no muy claras. Todo acabó tan rápido como empezó, estuvo dispuesta a abandonar la ciudad y cambiar de nombre. Maldijo haberse dejado enredar por Sergio en tal aventura. Ella no es una mujer de riesgo, ni le gusta el misterio ni la intriga, odia jugar al ratón y al gato, y ahora, sumergida de lleno en una novela policiaca con tintes dramáticos.

Paco vive la vida a medias, la mitad se la apropia de los demás, esa es la conclusión a la que llega Sergio después de todo lo dicho y visto. ¿Cómo se fraguó una amistad sin nada en común?, pregunta que da vueltas en la cabeza de Natalia. Tiene que remontarse a la segunda mitad de primero de

carrera. Cuando sus resultados en los exámenes destacaron por encima de todos los demás, los compañeros buscaron su ayuda, pidiendo notas y apuntes. La rodeaban a la salida de cada clase, la abordaban en la puerta de la facultad, incluso en el andén del tren. De entre todo aquel tumulto surgió la figura de un valedor en el que no había reparado hasta ese momento. Natalia caminaba por el límite de la educación y los buenos modales, después de semanas de acoso, estaba dispuesta a usar el insulto si todo aquello no terminaba de inmediato. Aquel muchacho, que se presentó como Paco, a secas, aconsejó que no era buena idea crear animadversión con los compañeros, él pasaría a limpio los apuntes y notas, sería un intermediario. Se convirtió en una sombra silenciosa y pendiente del objetivo. Fue un vínculo desigual, se llevó las palmadas, los halagos y los agradecimientos que le correspondían a ella. Un año antes de acabar la carrera y comenzar el MIR, sus caminos se separan. Hasta que llegó la portada que volvió a unirlos.

—¿Doctora? Tranquila, no tiene usted la culpa de nada.

—De repente me veo como decenas de mis pacientes que niegan la realidad: la omiten. —*la culpa, ¿por qué siento que lo es?*—. El ego de Paco tiene que estar constantemente alimentándose, carece de humildad y le arrastra a la soberbia. No ha cambiado, a pesar de los años transcurridos. Lo que sucedió fue que toleré su compañía porque me quitó de encima a la gente, yo seguía dentro de mi burbuja y era un mal menor tenerle cerca. Pero desde mi

posición segura, vi el cambio. Engañó la realidad. Todos olvidaron con rapidez que era yo la que estaba detrás de los apuntes que él vendía por dinero o canjeaba por favores. Cuando dejé de serle útil, buscó a otro, y ese fue el doctor Serrano.

—Doctora, te voy a dar algo en lo que pensar esta noche, mi pequeño perfil sobre nuestros amigos. Paco: busca destacar en el campo de la psiquiatría; ¿cómo?, lo desconozco, pero quiere que su nombre salga impreso en letras de oro en todos los medios de comunicación; imagino, pero solo especulando, que descubrir algo que pueda bautizar con su nombre, como sucedió con la enfermedad de Crohn, de Alzheimer, etcétera, sería el sueño de cualquier médico. —Natalia está de acuerdo—. Del diseñador ya hemos hablado y le vemos muy cómodo en su papel de modisto de víctimas. Agustín Nevado, ya tiene apellido, —Una exclamación de admiración se escapa de la boca entreabierta de ella—, no es mérito mío, es de cuatro compañeros que estaban sentados junto a nosotros. Fotografiaron el rostro de los cuatro amigos y pasaron las imágenes por la base de datos.

»Agustín, me lo describiste como superdotado, lo es. Lo que no sabes es que le expulsaron de la facultad de medicina por mala praxis, ideas poco ortodoxas y algún enfrentamiento con catedráticos y con el rector, al que cuestionó en público. Se matriculó en enfermería, empezó con igual talante, pero hizo honor de ese cociente, se tragó los comentarios mordaces sobre los

profesores y terminó los estudios. Está colocado en una clínica privada, «El Despertar», donde goza de muy buena reputación y libertad total de movimientos. Marta está solicitando una orden judicial para registrar el lugar, no sé si la conseguirá, porque no tenemos una base sólida, solo una intuición.

»Manolo Sánchez, el modelo, tenía una agencia con un amigo, y conocido de nuestra base de datos, fotógrafo y pederasta, Miguel Tóldalo. Se suicidó hace seis meses. —Chasquea la lengua. Unos segundos después retoma la palabra—. Estaba pensando en la madre de Raquel, es una mujer que se fija en los detalles, que mantenía una estrecha relación con su hija, quizá esta pudo describirle a alguno de ellos.

Capítulo 20

La culpa es una prisión donde habita Clementina Prieto desde hace seis meses. La alegría de saber que Sonia vive dio paso a una emoción que ahoga, no escapa porque no se perdona así misma. La decisión que tomó llevó a su hija a la situación en la que está. Jamás regresará la muchacha alegre, ni vivaz, llena de ilusiones que iluminaba cada mañana con su parloteo incesante. Vivirá eternamente el 24 de mayo del 2018, y cuando ella ya no esté para cuidarla, cada día sufrirá el mismo espantoso dolor al saber que se ha quedado sola, sin el apoyo de una madre que no supo hacerlo mejor.

Ahora que los medios de comunicación asaltan su intimidad a cualquier hora del día, esperando una exclusiva sensacionalista, Clementina está convencida que su hija jamás señalará a su agresor y esa tortura no terminará nunca. No puede seguir engañándose, Sonia es una muerte viviente. Es consciente del incierto futuro.

—Clementina debe perdonarse en algún momento. Lo sucedido no es por su culpa. El proceso será largo, pero juntas podemos conseguirlo. Necesito que me cuente qué es lo que tanto le atormenta. Enfréntese a sus miedos, sea honesta con usted misma, yo estaré a su lado en todo el camino — dice Navarro.

No acierta a saber muy bien qué, pero no ve los hombros tensos, ni la

espalda encorvada, es un posición más recta y resuelta, la que tiene esa mañana Clementina en la sesión. *Quizá está dispuesta a colaborar*, Navarro no está muy segura.

—Se envistió juez, jurado y verdugo, es una gran carga para cualquier ser humano. En estos momentos Sonia la necesita muchísimo, debemos de trabajar. —Clementina calla con la vista fija en la puerta. Al otro lado, en la sala de espera, aguarda Sonia.

—Cuando nació Sonia mi vida tomó sentido. Hasta ese momento estaba vacía. Siempre quise ser madre, hay mujeres que sueñan con viajar, descubrir cosas o llenar su vida de reconocimientos, yo solo quería ser madre. Después de seis largos años de intentos fallidos, de visitar médicos y especialistas que terminaban los informes con *todo es normal*, nació mi niña. —El rostro de Clementina se ilumina— Todo cambió, mi vida, mi tiempo, hasta la forma de ver el mundo. No hay amor más verdadero que ese, lo descubrí cuando me la entregaron en los brazos y juré protegerla hasta que la muerte me separase de ella, pero, incluso entonces desde el cielo velaré siempre por mi pequeña Sonia. —Hace una pausa prolongada—. Nació enferma pero un médico nos ayudó y aquella pesadilla desapareció.

No parecía estar muy interesada en revelar más de aquel misterioso médico. Natalia conocía lo importante de sesiones anteriores, sufrió de

epilepsia y fue tratada durante los primeros años hasta que los síntomas remitieron. Prefería no romper aquel primer hilo de conversación que establece con Clementina con preguntas que sumieran a esta en el mutismo.

—Siempre tuve una desazón al verla crecer, sentía nostalgia de cada cosa que íbamos dejando atrás, momentos que no se recuperan, y llegaría el día que la viera marchar de mi lado. — Su mirada se llena de dolor y a sus ojos acuden las lágrimas que retiene con esfuerzo—. Mi pensamiento es solo ella.

—Las madres se sienten responsables de los problemas de los hijos. Cargan en sus espaldas un peso que no les corresponde. Cada ser humano se compromete con sus decisiones y cada uno aprende de sus propios errores. Es ley de vida, Clementina.

—Sonia no fue una niña muy inteligente, le costó aprender a leer y escribir: «dislexia». El colegio fue el peor trago al que nos enfrentamos. Dimos con todo tipo de maestros: el que está dispuesto a colaborar y el que pone todo tipo de trabas. Estos últimos decían que su retraso era bastante severo para continuar en una clase de niños normales. —Navarro se frota la frente con fuerza, enrojeciendo la piel bajo sus uñas, indignada por la ignorancia de los que deben saber tratar un trastorno del aprendizaje—. Pero parece que todo aquello, Dios lo quiso compensar con una dulzura fuera de lo

normal, y una belleza casi angelical.

»»Con el tiempo comprobé que era una maldición. Según crecía, las miradas de los hombres eran insanas y me di cuenta del peligro que corría, ¿qué podía hacer? A duras penas terminó EGB, sabía que nunca llegaría a estudiar una carrera, por lo que la animé a sacarse una Formación Profesional. Hizo secretariado en una escuela privada. —Traga saliva con dificultad, el miedo acartona la garganta—. Cada día era más hermosa, profundos ojos azules enmarcados en unas largas pestañas, labios carnosos y rojos, mejillas siempre arreboladas. Al desarrollar ese cuerpo espigado se transformó en bonitas curvas y pechos generosos. —Clementina levanta la mirada de sus manos entrelazadas que descansan en las rodillas—. Mis amistades me decían que la niña tenía madera de modelo, que ganaría mucho dinero si la presentaba a los castings, y me dejé seducir por la idea de verla en todas las revistas, consiguiendo los lujos que nunca tendría en el pueblo. Todas esas chicas monas que se casan con futbolista, cantantes y actores, quería que nunca más se tuviese que preocupar del significado de las palabras, ni de aprender idiomas, ella a golpe de talonario lograría llegar lejos.

»»Los primeros años fueron muy buenos, la llamaron para cientos de pases de modelos y sesiones de fotos en revistas de patrones. Me sentía como la madre de la Piquer cargando con sus maletas y vigilando a los moscones. — El tono de su voz vibra en un sollozo contenido, algo tenía enterrado en lo más

profundo de su alma—. Pero supongo que en algún momento perdí de vista la tierra y caminé por las nubes. Algo en aquellos dos hombres no era trigo limpio, me lo decía mi sexto sentido, pero los coches caros, las ropas lujosas y aquel despacho del Barrio de Salamanca... me cegaron.

—Sé que realizaron pruebas médicas a Sonia. —Navarro está cada vez más cerca—, ¿recuerda la clínica?

—¡Nunca lo podré olvidar! Recuerdo absolutamente todo lo que sucedió en esas últimas semanas. Estaba repleta de famosos que iban a retocarse las patas de gallo, la papada, quitarse alguna arruga, y más de una ponerse buenas tetas y subirse el culo. Vi a periodistas, actrices, modelos... Me convencí del todo; lo que tanto llevaba soñando por fin lo teníamos al alcance de la mano. —Se limpia con la palma una lágrima que escapa de sus ojos entreabiertos. *Desesperación, ¿quién pudiese predecir el futuro, sobre todo cuando es tan amargo?*—. Está situada en la N-I, Clínica El Despertar. —Se suena los mocos y alza la mirada para enfrentarse a los ojos escrutadores de Navarro—. ¿Por qué estamos obligados a ser felices? Intentar lograr esa felicidad que todos reclaman y que parece que si tú no buscas vas contra natura, es una dictadura impuesta que ahoga. Estoy agotada de decidir qué es lo mejor, ya lo hice y fracasé, ¿qué será diferente ahora? Solo deseo no sufrir, ni ver a mi hija perdida cada mañana en un vacío que nunca se llena, no aguanto más. Las cámaras y los flashes esperando tras mi puerta, ésta no es la

fama que buscaba para ella.

—El teniente Fernández tiene la fotografía de cuatros sospechosos, quizá reconozca a los hombres que engañaron a Sonia con mentiras. Ellos son los culpables de lo sucedido y no usted. — Clementina tiene la mirada vacía, no muestra entusiasmo al saber que están cerca de atrapar a los que mutilaron el cerebro de su hija.

Clementina ha tomado una decisión, tan loable como la de muchos otros que buscan la felicidad a costa de lo que sea, incluso de la propia salud. Ella se dejará llevar, una manera como otra cualquier de escapar de una situación. El tiempo no curará las heridas, pero Natalia comprende que omitir el miedo ayudará a Clementina a levantarse cada mañana.

No era el primer paso que esperaba ver en Clementina, viuda desde muy joven en un mundo rural de hombres, como descubrieron Sergio y Marta en las primeras pesquisas de la investigación, aquellas que guarda en el primer cajón de su mesa.

La gente de los pueblos es recelosa, pero la idea de hablar a una periodista, como fingió ser Marta, del programa de Telecinco, Sálvame de Luxe, desató más de una lengua. «Muchos familiares y amigos ofrecieron su ayuda ante el féretro abierto de su marido, pero todo era mentira, querían quitarla lo que por derecho le pertenecía», le contó una mujer que salía de

misa con prisa. Durante unos minutos dudó si preguntar al párroco, pero Sergio señaló un banco de piedra situado en la plaza y tres mujeres sentadas con la mirada puesta en ellos. Dejó que su compañera se acercara, mientras él fingía interés en la iglesia de estilo barroco. «Se negó a arrendar las tierras, porque es muy soberbia, creía que podía con todo. Y con una niña de dos meses, poco puedes hacer más que cargar con ella al pecho», dijo la más joven de las tres, Polonia. «Entonces, dos mozos que trabajaban para el marido muerto se fueron a las tierras del cuñado, dejándola sola», añadió Segunda, con algo menos de malicia que la primera, como observó Marta. «Se negó a casarse con el hermano mayor de su esposo», Polonia uso un tono de incredulidad rozando la envidia. «En realidad, él solo quería las tierras que heredó su hermano del padre de ambos», Segunda no quería que Marta creyese en las bondades del cuñado. «Valían mucho y eran las mejores», puntualizó Polonia ofendida por la acusación. «La pareja triplicó su valor por la astucia de ella y el sudor de él. Pero las mejores tierras son las que heredó tu marido», tras estas últimas palabras, Marta comprendió el tono de odio que destilaba Polonia, era la cuñada de Clementina.

Es una mujer luchadora, que solo conoce la superación y el trabajo duro, fue su valoración tras leer el extenso informe. Esta nueva faceta de dejarse llevar por la corriente choca tanto. Natalia no puede imaginar lo que sucede en la cabeza de la madre, el tormento al que está sometida. Clementina

animó a Sonia a presentarse, la convenció para aceptar ese último trabajo del 24 de mayo, porque en sesiones anteriores, la joven confesó a la doctora que estaba agotada de aquel mundo despiadado. Contó entre lágrimas que muchas veces tenía que dejarse tocar, seducir, incluso fotografiar por hombres adinerados para conseguir anuncios o un puesto en las pasarelas. Deseaba volver al pueblo con su madre, dejar aquella locura de ser millonaria casándose con un futbolista o empresario. *¿Era consciente de los abusos que soportaba su hija?, ¿por eso la culpa?*

Clementina coge con fuerza la mano de su hija mientras caminan hacia casa con paso decidido. Se aferró a un sueño donde Sonia lo tenía todo, un futuro en el que todas las piezas tenían que encajar. Por eso desoyó a su subconsciente cuando le advertía que todo aquel despliegue de lujo no era más que una ilusión, tras las ropas caras, los coches lujosos y los escenarios millonarios, había dos embaucadores. Como lo fue su cuñado que habló de amor mientras miraba las tierras y los rebaños cuantificando las ganancias con la venta.

Despertó de golpe de aquel sueño cuando el teléfono de su niña, día tras día, daba el mismo mensaje mortecino, «El número marcado ya no está disponible». Volvió sobre sus pasos en busca de su pequeña, encontró un local vacío y en aquel lujoso despacho del Barrio de Salamanca no halló a un agente de modelos de nombre Manolo, ni siquiera a aquel fotógrafo que la

engatusó con cuatro fotos, sino al doctor Caballero que dejó un sabor amargo en la boca cuando insinuó que todo era codicia. No confesó al teniente toda la verdad, porque ella era culpable de lo sucedido.

Natalia escribe notas al pie de página del informe: «Desesperación, dificultad para tomar decisiones, pérdida de interés...». La pluma queda en el aire enfocando la vista en la última palabra y dando forma a una idea. Ahoga un grito apretando los labios mientras con la mano busca el móvil entre el revoltijo de papeles. Teclea cada número de Sergio con fuerza, pero está apagado o fuera de cobertura, igual que el de Marta. Se levanta con furia dejando caer la silla, sabe lo que va a suceder. El teléfono de la oficina de Sergio da señal, pero nadie responde, insiste por cuarta vez mientras coge el bolso y el abrigo. Una mujer contesta con desaire: «no sé dónde está el teniente. No soy su secretaria». Natalia suplica que tome nota y se la haga llegar: «es urgente, Clementina va a terminar con todo».

Sale corriendo de su despacho pidiendo a Loreto que localice a Sergio y le informe que se dirige hacia la casa de Sonia Santos, no se fía de esa mujer desganada que respondió al teléfono. Mientras baja las escaleras de dos en dos, rebusca en el bolsillo las llaves del coche. Repite una y otra vez la dirección que tiene en el informe, «calle Aguilar de Campoo».

Los últimos peldaños los salta sin prestar atención al individuo que

espera el ascensor enviando mensajes desde el móvil. Él repara en Natalia al instante, y cambia de planes, el día se presentaba aburrido pero la agitación de la doctora, le resulta inquietante. Observa desde el portal el temblor de las manos de ella, *eres como el ratón buscando la salida cuando está atrapado en el laberinto. Todavía no hay miedo en tus ojos, no sabes lo cerca que tienes al gato.*

Natalia abre y cierra desesperada las cremalleras del abrigo y del bolso, buscando las llaves del Toyota Yaris plateado manchado de excrementos de paloma en el techo descolorido. Da patadas a las ruedas y golpea la cerradura, está frustrada de tanta impotencia ante el destino desfavorable. Agustín ha sacado conclusiones del estado nervioso una mujer de apariencia templada, pero necesita averiguar cuál de todas es la correcta.

—¡Doctora, puedo ayudar!

—Necesito localizar un taxi —dice sin identificar a Agustín.

—Yo la acerco. —Natalia mira la dirección que señala. Un Audi Q8 azul eléctrico, aparcado a dos plazas del suyo.

—Gracias. —No puede perder más tiempo, la vida de dos mujeres está en juego.

Cuando el vehículo arranca y se incorpora a la calzada repara en el conductor. La sangre se le hiela en las venas.

—¿Dónde vamos? —dice Agustín—. Doctora, perdone mi atrevimiento. Tres de los botones de su camisa están desabrochados, no es que no me guste mirarle los pechos, pero, ¿se puede cubrir?

La vergüenza asalta a Natalia. Agustín podía haberse callado, pero las interrupciones groseras, el sarcasmo para herir y la humillación pública, es una diversión difícil de resistir.

—Necesito llegar cuanto antes a casa de Sonia Santos— Es un hilo de voz el que sale por su garganta.—. Corre un gran peligro. —Agustín incrédulo arquea una ceja.

Capítulo 21

Natalia continúa con los brazos sobre el pecho. Pendiente del móvil. Ninguno de los mensajes pertenece a Sergio, todos relacionados con citas, pidiendo o anulando. Pacientes que aseguran estar perfectos tras un fin de semana de copas con amigos anulan la cita, jamás cancela esas sesiones porque sabe que, pasadas las horas de resaca, regresan las depresiones con más fuerza.

Agustín desde niño aprendió a manipular a los demás, actuaban según sus necesidades, gustos y expectativas. Primero usó el engaño, después con pataletas, rabieta y golpes de ira, imponía su voluntad sin tener en cuenta la de nadie más, pero esto a la larga le ocasionaba problemas. Siempre aparecía algún adulto que creía que la edad era suficiente motivo para el respeto, y terminaba castigándole. Fue a los catorce años, viendo un espectáculo de títeres, cuando descubrió cómo funciona el mundo. Las riendas de la mente en manos de otro.

Tendría dieciséis años cuando la familia de Agustín se muda desde Barcelona hasta Madrid, son recuerdos lejanos, pero los revive y siente la desgana que le inundaba cada mañana al observar esta ciudad, le aburre sobre manera. Conoció a Teresa, la vecina del tercero, muy parecida a su madre. Parapetada detrás de unas gafas de pasta gruesa, con el pelo peinado en una

cola de caballo estirada y el rostro sin maquillaje. Seguía desanimado a pesar de estar sumergido de lleno en las tareas del instituto, sin saber en qué matar el tiempo cuando concluía las clases y los deberes. Teresa iba a su clase, no sentía ninguna atracción sexual pero no lograba quitársela de la cabeza. Descubrió que observarla como a una hormiga en un terrario, insignificante, vulnerable y a merced de los caprichos del que mira, producía placer. Encontró sus debilidades, y en cada una de ellas tejió un hilo fino que manejó a su antojo. Teresa se acomplejaba de su cuerpo rechoncho y los pechos caídos para su edad. Agustín se transformó en un seductor, un joven irresistible que la colmó de atenciones, un confidente que comprendió a la perfección sus inseguridades. Llegó el sexo, un amante entregado, complaciente y ella se rindió. De un día para otro, él desapareció de su vida, no respondía a las llamadas, ni a los mensajes, ni le daba explicaciones. Entonces comenzaron los trastornos para Teresa: pensamientos obsesivos, afecto patológico, insomnio, falta de apetito y concentración. Un mes después se tiró por la ventana de su cuarto. Agustín asistió al entierro compungido y dando el pésame a los afligidos padres.

En tiempos donde la libertad sexual está tan desatada y se puede hablar sin tapujos, incluso exponer los deseos más oscuros sin escandalizar a nadie, Agustín descubrió que aquellas mujeres que llevan en el monedero un par de preservativos por si la noche resulta favorable, no son su tipo. Natalia le

recuerda a Teresa y a su madre. Las personas introvertidas aman a escondidas. Abren despacio el corazón.

La doctora le fascina, hay en ella una contradicción. *En ocasiones se muestra como una adulta sin experiencia sexual, lo que hace que se sienta menos atractiva. Y otras como una víctima de violación.* El pecho de Natalia sigue cubierto por su mano, la respiración sube y baja agitada. Agustín recuerda el sujetador liso color carne, sin adornos ni encajes. *También puede ser que fueses educada por una madre restrictiva que condena el sexo.* «El intercambio de fluidos es sucio, despreciable e inmoral si no es para concebir como manda la Santa Madre Iglesia», eso decía su abuela.

Se imagina a la doctora desnuda, hacía tiempo que no disfrutaba con esa idea, desde que Mamen Gutiérrez mancilló el juego con mentiras. Recuerda su cuerpo desnudo cubierto con una sábana suplicando perdón.

»»—¡Me juraste que eras virgen! Y no eres más que una puta que ve un coche caro y un tío bien vestido y se baja las bragas. —Agustín paseó desnudo de un lado a otro de la habitación mientras se limpia con la mano los restos vaginales de ella—. No has engañado en los orgasmos, ¡zorra! Está claro que has estado con muchos, pero ninguno supo cómo darte lo tuyo. —Aquella mujer le fastidiaba con su llanto—. No tienes ni idea de lo que has hecho, a lo que me obligas hacer.

»—¡Lo siento mucho! No te enfades conmigo. —Se puso en el borde de la cama de rodillas y le atrajo hacia ella—. Algo habrá que quieras hacer que ningún tío me haya hecho antes. Has sido tan cariñoso conmigo, tan romántico, tan comprensivo y tierno...

»—Señor, ¡cómo me la has colado! —Reconoció aquella sensación: la falta de interés, la insatisfacción, el tiempo que no transcurre. Se aburría—. Hay algo que no hice jamás con una tía. ¡Dúchate!, ahora vuelvo.

Hizo una breve llamada a dos tipos que conoció la noche de antes en un bar. Llevaba un tiempo dando vueltas a una idea. Hasta ese momento, más o menos, había mantenido a raya el aburrimiento, los días pasaban con fastidio y los meses se sucedían sin novedad. La rutina se apoderaba de su ser, la monotonía era invariable, nada destacable digno de mencionar.

¿Para qué levantarse cada mañana cuando sabes lo que te depara el resto del día? Necesitaba que sucediera algo. Y entonces aparecieron aquellos dos borrachos hablando de mujeres: uno de ellos disfrutaba y se excitaba con el dolor ajeno; el otro con una sexualidad repugnante que ocultaba tras una sonrisa angelical. Los cazó al vuelo. Agustín estaba cansado de manipular a mujeres sin autoestima y deprimidas. Ya no se animaba al leer en el apartado de sucesos de los periódicos digitales el aumento de suicidios de mujeres entre veinte y treinta años, ¿Qué merito tiene cuando nadie más lo sabe?

Necesitaba adrenalina, sentir amenaza, la frustración del que lo descubre y nada puede hacer. Sentado junto a ellos, en aquella barra de bar mugrienta, se le ocurrió un plan que mostró una visión de sí mismo más cerca de dios que de maestro. Un desafío que estaba dispuesto a correr para salir de su hastío.

—Creo doctora, que llega tarde por segunda vez —dice Agustín cuando aparca sobre la acera.

¿Cómo por segunda vez?, Natalia levanta la mirada del móvil. Un gran despliegue policial se extiende por toda la calle. Un cordón blanco y azul delimita el paso a curiosos. Natalia sorte a la gente hasta llegar a la altura de un policía que habla por un walkie, espera paciente hasta que este termine, «¿Sabe si el teniente Fernández está aquí?» El hombre se encoge de hombros y se aleja dos metros.

—Tu amigo está a la derecha. —Natalia dirige su atención hacia donde Agustín indica y allí apoyado en la puerta de un coche patrulla Sergio y Marta mantienen una conversación acalorada.

Natalia mueve los brazos captando la atención de Sergio que grita una orden al policía que custodia el cordón.

—Llega tarde, doctora. —Las palabras de Marta no acusan, se pronuncian con el propósito de herir.

—¿Cómo fue? —pregunta Natalia.

—En el té echó todos los ansiolíticos y antidepresivos. Tenían un hilo de vida cuando llegó la policía y los paramédicos, nada se pudo hacer —dice Sergio. Natalia lleva las manos al pecho, el mundo se viene encima, no quiere imaginar tal escena—. No te culpes. Tú has dicho cientos de veces que cuando está decidido, lo intentan una y otra vez hasta lograrlo.

—Sinceramente, Sonia ya estaba muerta el día que la encontraron paseando por la Gran Vía. —El aplomo de las palabras de Agustín muestra una arrogancia casi insultante. No mide el efecto que causa aquella frase en Sergio y en Marta, le culpabilizan más de los hechos, pero él se siente seguro, menosprecia la capacidad del teniente Fernández para atraparlo—. Era una mujer muy hermosa, con una mirada cándida que revelaba una ternura casi infantil. Junto a una mujer como esa, envejeces más lentamente; sí lo sé, es solo una percepción, pero cuando no existe el elixir de la juventud, esto es lo más parecido. —Actúa con un macabro orgullo, cargado de presuntuosidad y arrogancia—. Cuando uno se rodea de mujeres jóvenes y hermosas que le demuestran todo tipo de atenciones, el resto de los amigos lo ven con mejores ojos.

—Me estás diciendo que Sonia se prostituía con vejestorios. —La voz de Marta denota la irritabilidad mal contenida preámbulo de la agresión.

—¡Qué vulgaridad, claro que no! Ella buscaba seguridad, una

protección paternal que nunca conoció y que su madre sin quererlo le inculcó desde niña. La experiencia de un hombre entrado en años, que tome las decisiones, que guíe su vida; no se trataba de sexo, aunque seguro hasta en ese detalle ganaría nuestro vejistorio. El joven impulsivo y apresurado, de eso ya tuvo mucho en los castings que realizó y en las fiestas a las que acudía tras las famosas pasarelas. ¿Qué opina usted teniente?

A la misma conclusión ha llegado Natalia tras la última sesión, aunque de la figura de ese hombre maduro no tenía idea.

—¿Parece que la conocía? —dice Sergio.

—Es como si hubiéramos estado juntos en cientos de ocasiones. Es increíble lo que consiguen los periodistas cuando rebuscan en la basura las miserias de lo demás. Hay que saber leer entre líneas, apreciar los detalles, entender los silencios, y entonces, tienes ante ti la vida de una pobre criatura que no encontró su lugar en esta gran ciudad y que añoraba la tranquilidad del pueblo. —La seguridad que derrocha su discurso, en ese despliegue de conocimientos sobre la vida y pensamientos de Sonia, coloca una soga en el cuello de Agustín, aunque parece divertido con la idea de verse como sospechoso—. Debo confesar, que muchas cosas las conozco por Manolo, que compartió algún que otro evento con ella. —Con una sonrisa de superioridad suelta la bomba—. Natalia, tengo una cita ineludible, ¿te llevo a casa? Aquí no

necesitan tus servicios.

—No se preocupe por la doctora, yo la acercaré —añade rápidamente Sergio mientras posa su mano sobre el hombro de ésta.

Agustín deposita un beso en la mejilla de Natalia, después tiende la mano a Sergio y se marcha.

—Acaba de confesarlo todo —dice Natalia—. Además, me trajo sin que yo le proporcionase la dirección.

—¡Doctora!, no ha dicho nada que no sepa cualquier mindundi viendo el *Sálvame*—respondió Marta.

—No tiene la culpa que no encontremos nada con lo que empapelar a ese tipejo y sus amigos. Es nuestro trabajo hallar algo sólido que un juez no tire por tierra— puntualiza Sergio. *Una actuación magistral, ensayada durante mucho tiempo, porque quien no sabe representar el papel de su vida, es apartado de él.*

Los dos cuerpos embolsados en sacos negros salen del portal en dirección al furgón del anatómico forense. La difícil realidad que Natalia tiene que asumir, es que no pudo evitar tal desgracia. Ya conoce ese duelo con otros pacientes, un camino largo y duro de transitar, pero con Clementina y Sonia había un vínculo especial, quizá fuese el horror vivido, no lo sabe, pero su muerte pesa más que otras. Siente rabia ante la madre que ha tirado la toalla,

aunque siendo honesta consigo misma, encuentra la explicación de por qué lo hizo y en el fondo la perdona, como si Clementina necesitase su perdón.

Capítulo 22

Natalia va dilatando el regreso a la consulta en pensamientos circulares que no llevan a ningún lado, no solucionan los problemas ni arrojan luz en un caso oscuro y cada día más atroz. Toda la mañana pendiente de la hora, obsesionada con el reloj y agobiada con la organización cronológica de la agenda. *Qué es la percepción del tiempo*, piensa mientras mira el movimiento lento de las manecillas, *ni los científicos han logrado descifrar*. Para ella descubrirlo parece de vital importancia.

Nuestro cerebro tiene tres relojes: el primero, el biológico que responde a un ritmo circadiano, afecta directamente al hipotálamo, el día y la noche. Lo tengo mal ajustado. Desde hace semanas las noches las pasa en vela, en una actividad frenética y el día atormentada por no encontrar la respuesta que parece tan al alcance de la mano. El siguiente controla los segundos. Este me atormenta. Un reloj que permite analizar al detalle las palabras de Agustín, cada fonema: la entonación, los gestos que acompañan cada sílaba, golpea la frente con la mano abierta, no quiere caer de nuevo en la misma espiral de pensamientos que llenaron las horas de sueño. El último reloj, el cognitivo, entra en juego las emociones y vivencias que marcan el paso de los años, son como muescas en nuestra memoria. El reloj más flexible de todos, con su pro y su contra, podemos ponerlo en marcha a

nuestro antojo, pero la percepción del tiempo es muy subjetiva, una actividad absorbente hace que nuestras manecillas vuelen por la esfera, pero si nos centramos en ellas, se paran, como ahora mismo.

—Doctora, ¿qué sucede? —dice Sergio—. Llevo unos minutos observándola. Quería ver cómo se encuentra después de lo sucedido ayer, y creo que no muy bien.

—Malgastaba mi tiempo en mi propia trampa mental —dice esbozando una sonrisa forzada y triste—. No ayuda nada contar las horas, ni dejar vagar al cerebro por pensamientos disfuncionales.

—Forzar las cosas nunca lleva a buen puerto.

—Ayer me di cuenta que Clementina conocía a los que dañaron a Sonia, pero pensé que tenía tiempo, me puse a redactar el informe y no te llamé. —Natalia se carcome con tal idea—. Agustín me dijo que llegaba tarde por segunda vez, no hago más que dar vuelta a esta idea. —Frota sus manos como queriendo quitar una mancha persistente—. He repasado el listado de pacientes desde que empecé con la consulta privada, incluso los que trato en el hospital, no figura su nombre.

—Este tío no da puntada sin hilo. Tiene un cerebro privilegiado que lo ha destinado al mal. Su primer psicópata, doctora. —La mirada escurridiza de ella, le revela que no es el primero al que se enfrentaba—. ¡No me fastidies!

¿Un paciente, un amigo o algún familiar?

—Mi profesor de psicopatología, guio mi tesis doctoral. Versó sobre cómo se puede modelar el cerebro. —Carraspea nerviosa—. El año pasado se suicidó con cianuro cuando la Guardia Civil le acusó del asesinato de veintiuna mujeres.

—¿Alberth Levitt, detenido por Alejandra Casado? —Para en seco—. Siempre creí que la profesión de psiquiatra era la mar de aburrida, desde que te conozco estoy cada vez más convencido que debo enseñarte a disparar.

—Llevar una pistola sería ir disfrazada con un blindaje que distorsiona la realidad —dice Natalia. Sergio pone los ojos en blanco, *ahora llega el elocuente despliegue de estudios que demuestran tal observación*— Cuando el hombre se enfrenta a sus miedos, antes visualiza cientos de escenarios posibles para salir airoso, con esto aumenta el control sobre el entorno. Yo dejaría de aprender, simplemente tendría que empuñar mi arma y disparar, sin valoración, estoy protegida por un trozo de metal. Es solo una ilusión que me sumirá en un pozo oscuro. Podría ir matando gente sin preguntarme si son o no una amenaza...

Sergio lleva unos segundos sin escucharla, pendiente de un hombre en estado de embriaguez que camina hacia su portal. Natalia ve algo familiar en aquel joven desaliñado y sucio, con la melena suelta y desordenada, la camisa

arrugada por dormir varios días con ella y los pantalones manchados de vómitos y restos de comida.

—¡Dios santos, es el Greñas! —dice al reconocer la figura de Gregorio caído en el suelo sollozando.

—¿Amigo tuyo?

—No, el marido de una paciente que se suicidó. Creo que te lo mencioné hace unos días. Se llama Gregorio.

—Pues Gregorio, tienes una buena curda, —El Greñas extiende la mano y acaricia la mejilla de Sergio con una sonrisa bobalicona—. ¿Qué hacemos con él?

—Subámoslo a mi casa, allí le daremos café y que se asee un poco. Luego llamaré a su hermana.

Un pésimo día para que apareciera alguien del pasado. Mientras el Greñas toma su segunda taza de café bien cargado y recupera algo de cordura, Sergio sigue anotando en su cuaderno ideas que le vienen a la cabeza tras leer el informe detallado de Navarro sobre Sonia y su madre.

—No has dormido mucho esta noche —dice Sergio tras examinar el grosor de la carpeta.

—Estuve poniendo en orden mis ideas. Hablar con Agustín fue

bastante revelador. Es imposible que todo lo que contó saliera de un programa de televisión sensacionalista, la conocía y muy bien. Dudo que sintiera lástima por ella, quizá ese aspecto infantil despertó en él algún recuerdo... —Acaricia la barbilla pensativa—. Alguien del grupo estuvo encaprichado con ella.

—A nuestro amigo le gustan tímidas, ingenuas. —Natalia le observa interesada—. Cada una de nuestras profesiones nos obliga a detectar las claves, esenciales para resolver los acertijos. El cuerpo de Sonia tenía restos de maltrato, pequeños roces, magulladuras, cortes y moratones, también desvelaron las radiografías huesos con viejas fracturas. ¿Quién encaja como maltratador o sadomasoquista? Nuestro diseñador.

—Hace unos meses un estudio reveló que el dominador cuando más lo sea y practique, menos neurótico será y más extrovertido. Le importará menos sufrir el rechazo de los demás.

—Antonio es un hombre poco agraciado, con un humor detestable y encaja francamente mal las críticas. No sé si son razones suficientes.

—Creo que visto tan aislado, no, pero el mal carácter que derrochó la noche que le conocí sí responde a esa tensión emocional no descargada. ¿Aceptemos que tenía una relación con Sonia? El vestido blanco que lució era, de todos, el más caro y hermoso. —Deja la mente focalizada en un punto, la noche de las copas—. Puede ser... aunque esto es inventivo...

—Doctora, nosotros especulamos el noventa por cien de las veces para dar con la verdad.

—Se asegura que los borrachos siempre dicen la verdad. Es un tópico. Lo que sí doy fe, es que cuando estamos embriagados somos más atrevidos, nos da igual ciertas conversaciones sociales, como la otra noche, cuando Paco me presentó a sus amigos. Todos llevaban más de cinco copas, y contaron detalles de sus vidas sin importar el riesgo que corrían. Aisladas esas historias no son reveladoras, pero según ves el conjunto, cobran sentido. — Natalia, a un nivel psicológico, empieza a comprender—. El alcohol hace que la persona sea menos empática e infravalore las consecuencias. Antonio contó que comenzó de aprendiz en el taller de la hermana de su madre cuando tenía catorce años. Que dejó todo y vino a Madrid, con dieciocho años recién cumplidos, cansado de complacer los caprichos de una mujer gorda y tosca. Después trabajó con un modisto «gay», remarcó la sexualidad de aquel hombre con desprecio. No creo que sea homófobo, era rabia consigo mismo, asco hacia lo que hizo por ocupar aquel puesto.

»El tiempo pasa y conoce a Sonia. Antonio ve en ella su propio reflejo, una joven vulnerable e ingenua, con ilusiones y sueños, como él cuando entró en el taller de su tía o cuando se dejó seducir por aquel famoso modisto. Todas las frustraciones que acumula las vuelca en ella, pero no es a Sonia a la que ve, sino al adolescente Antonio que no busca ayuda y se deja

hacer. Odia al niño que fue por convertirlo en el adulto que es. Se considera un monstruo, por eso se esconde en esa fachada perfecta, impoluta y puritana.

—Natalia se sienta junto a Sergio—. Y Sonia se convierte en un recuerdo constante de la maldad intrínseca en él. Si se libra de ella, cesa el tormento.

—Los bocetos que requisamos a Antonio muestran a la misma modelo, Sonia. El estudio tiene la imagen de ella en todos los dibujos, una obsesión. — Sergio cierra su cuaderno y lo guarda en el bolsillo de la chaqueta—. Cuando le mostramos las fotos tomadas a Sonia con el vestido, vi odio en su rostro.

—Del amor al odio hay un paso. En el fondo siempre se odia cuando amamos. Antonio no es paciente mío, y la valoración es de una noche donde el alcohol hizo acto de presencia. No tomes al pie de la letra mis observaciones.

—Sergio sabe que la doctora es una mujer inteligente y perspicaz—. Es un hombre atormentado por su propio yo, se golpearía a sí mismo, pero no es de esos, buscó a alguien que fuera como él. Necesitaba a Sonia. En ella descargaba la rabia. Seguramente cuando exigía cubrir esa necesidad no estaba ni cercana ni disponible, lo que aumentaba la ira. Se desvanecía en cuanto la tenía a su merced. Sin embargo, aquello traía más tormento pues en el fondo era consciente de que nada de todo aquello era ni justo ni bueno para Sonia.

—Pero ¿se la entregó a un loco que abrió su cabeza y la extirpó medio

cerebro?

—Sopeso: tormento o ira.

Dos golpes suaves en la puerta de la cocina desvían la atención de una historia que empieza a tomar cuerpo, para centrarse en un hombre que es la viva imagen de la desolación.

—Lo siento mucho, doctora Navarro, nunca fue mi intención venir a su consulta en tan lamentable estado —dice Gregorio—. Siento un enorme vacío. Estoy solo. Ya no hay más versiones del amor de mi vida, nunca más escucharé su voz... la necesito a ella y nunca más la volveré a tener.

Sergio se pone en pie y abandona en silencio la cocina mientras Gregorio recibe palabras de consuelo. No está preparado para escuchar más historias trágicas. Compadece a la doctora, un cubo en el que se vuelcan todos los sentimientos negativos con la ilusión de repartir una carga pesada y dolorosa.

—El duelo mortifica. Tú has tenido que vivir decenas, pero siempre en el fondo estaba la esperanza de que ella regresara de nuevo. Esta es la definitiva. Es un desafío al que te enfrenta la vida —dice Navarro.

—Me falta un apoyo importante. Pero lo peor es la opresión del pecho, la sensación de culpa no desaparece. Tendría que haber escapado con Cristina, no enfrentarla una y otra vez a los recuerdos. Aceptar a la nueva mujer que

Dios me ofrecía. Mi maravillosa 1324 —llora de nuevo.

—No podías romper con la familia. La añoranza por los seres queridos siempre la hizo regresar. La ausencia de sus padres hubiese llenado vuestra convivencia de recelo, de preguntas cuyas respuestas os dejarían en el punto de partida.

—Habría deshecho los lazos que nos unían a este sitio: amigos, familiares, profesiones, incluso sueños. ¡Quiero una última oportunidad para hacerlo bien! —Se destroza en pensamientos imposibles—. Fui cobarde, no quise enfrentarme solo a todo lo que Cristina arrastraba a sus espaldas.

—No hubiese servido. Una noticia en la televisión, una luz cegadora o un simple fuego artificial, cualquier estímulo que se pareciese al que originó su estrés postraumático la llevaría a revivir el suceso, y con él llegaría la amnesia disociativa.

—Estoy tan cansado de tanto luchar, de batallar conmigo mismo. — Natalia toma la mano de Gregorio entre las suyas.

—La vida continúa, no puedes anclarte en los recuerdos y menos castigarte. —*Vago consejo para un hombre desesperado.*

Media hora después Gregorio sale acompañado de la consulta por su hermana y su cuñada. Diez años ha durado aquel calvario. Natalia abre el tercer cajón del escritorio y busca los folios que Gregorio envió por correo

unos días antes. Coge el primero y lee en voz alta: «Caminar entre sombras lo hacemos todos, salir del laberinto unos pocos, tener conciencia que la vida es una prueba, nadie». Aquellas eran las primeras líneas de la autobiografía de Cristina Suarez, conocida como 1324.

Capítulo 23

El teléfono móvil suena lejano. Natalia escucha los pitidos bajo el chorro de agua caliente que cae por la espalda, quitando las caricias y besos inexistente de la noche. La mañana de ese viernes empieza con un fuerte dolor de cabeza. La tensión de los últimos días llega a un punto culminante a las dos de la madrugada cuando despierta sumida en el pánico tras una pesadilla. Horas antes dejó caer la cabeza en la almohada dando vueltas a las preocupaciones, incapaz de desconectar, la ansiedad nocturna dominó el sueño.

Obligó a la mente a mecerse en los brazos de Morfeo, sin estar relajada, y estos se convirtieron en las manos grandes y fuertes de Agustín que desvestía a Natalia presa en una cama con un gran dosel. Los botones de aquella camisa blanca, que arrojó al contenedor tras la vergüenza sufrida, se abren al paso del dedo índice de este sin presión ni resistencia. Como un experto amante, él deslizó la camisa por los brazos tensos de ella, centrando la atención en los tirantes del sujetador que dejó caer hacia los codos. La mirada lasciva se detuvo en los pezones erizados, ella cerró con fuerza los ojos, consciente de que todo era un sueño del que no podía despertar. Bajo el chorro de agua caliente, siente real el peso del cuerpo de Agustín. La piel enrojecida le recuerda la angustia, el roce de la barba de tres días por el vientre desnudo,

y no el guante de crin que frota sin descanso.

Entreabre los párpados. Ya no está el alicatado blanco y sobrio, es la lengua de Agustín que se acerca hacia aquel pecho que se alza provocador. Lame la piel alrededor del pezón, después clava los dientes, succiona con fuerza hasta hacerla gritar. Natalia escucha un gemido que no es suyo. Le ve forcejear con la bragueta. Ella aprieta los párpados. Siente de nuevo el chorro caliente sobre la cabeza, y escucha su llanto a través de la cortina de agua. Golpea con la frente el azulejo frío. Está de nuevo en la ducha y no en la cama con dosel. Confunde el momento presente con el sueño, lo siente tan real.

Recuerda las manos de Agustín, nerviosas y torpes, romper la costura de la falda y la tira fina del tanga. «Relájate, esto te va a gustar», dijo. De la bragueta entreabierta salió una serpiente que rectó por su tobillo, dejando un sendero húmedo y frío. La cabeza desaparece por entre sus piernas rígidas y abiertas. Una cueva oscura fue el último pensamiento antes de despertar. Después, silencio.

Sumida en la parálisis sintió el cuerpo empapada en sudor. Tenía las piernas desnudas y los dedos de la mano derecha dentro de ella.

Natalia se recrimina ese miedo injustificado, nadie la forzó, pero sigue enredada en la angustia de la pesadilla. *Los sueños, la voz de nuestra inconsciencia.* Necesita guardar a la mujer asustada en ese desván

desordenado y polvoriento, y sacar a la profesional. Busca en los libros de psicología memorizados durante años la teoría de los terrores nocturnos y las manifestaciones. *No son emociones reprimidas, ni pensamientos. Un mensaje: algo pasa por alto.* Ella sabe que para el psicoanálisis estas representaciones mentales de imágenes tienen significado, pero hay que distinguir entre la historia y los símbolos, está dispuesta al examen minucioso del sueño, por mucho que la paralice recordar las horas atadas a esa cama con dosel.

Apoya la frente en el azulejo y se relaja un instante antes de comenzar. *Fue perturbador, doloroso y desagradable: algo pendiente de solucionar. Una pesadilla, tengo que mirar en mis miedos, inseguridades.* Aquello va a afectarle todo el día.

La serpiente significa alerta, aunque también puede ser que haya visto este animal en algún sitio, (Dios, ¡qué difícil es todo esto!) un tatuaje, una cazadora con este bordado... ¿qué? La cueva, este símbolo va relacionado con ocultar. ¿Me siento en peligro, perseguida y observada?, ¿debo buscar un lugar seguro?

La figura de Agustín no tiene ningún doble sentido. Se acostó pensando en él. Al amparo de la oscuridad creció la obsesión convirtiendo la imagen de este en el ejecutor de la pesadilla. La escena de la camisa desabrochada era un

reproche que la avergonzó y la mente volvió a recrearla.

Por segunda vez el sonido del móvil la trajo al presente. Envuelta en su toalla salva la distancia en dos zancadas.

—¡Doctora, coño! ¿Dónde se mete? Llevo llamando más de cuarenta y cinco minutos —dice Sergio.

—Lo siento, estaba en la ducha —*¿Cómo había pasado el tiempo tan deprisa?*

—Ayer me dijo que de la conversación con Agustín dos puntos llamaron su atención. Solo me explicó uno, ¿cuál fue el otro?

—No recuerdo muy bien a qué me refería. —Mentir no es habitual en ella, pero la pesadilla ha conseguido que sus barreras cayesen como castillos de naipes colocándola en una posición vulnerable ante un hombre que parece leer la mente y en esos momentos carece del valor suficiente para confesar un secreto—. ¿Alguno de nuestros sospechosos tiene un tatuaje de serpiente? —Desvía la dirección de la conversación.

—Yo tengo una tatuada en el brazo. No estoy muy orgulloso, por eso llevo manga larga tanto en verano como en invierno —dice Sergio—. Al poco de mi separación decidí que lo mejor para olvidar era salir de copas con mis compañeros, desperté en la habitación de un motel de mala muerte, con dos morenas y este recuerdo. —Una sonrisa pícaro delata que no es del todo

sincero—. Supongo que la cobra tiene algún tipo de relación con la venganza o haga referencia a la traición de Eva que se dejó seducir por el diablo perdiendo el paraíso.

Era la primera noticia que tiene sobre tal tatuaje, pero no descarta que en algún momento lo viese. Aquello da un giro distinto a la pesadilla, ella desea tener algo más con Sergio y por eso tuvo un sueño erótico, un deseo cohibido. La cara de Agustín es una advertencia, todo lo bueno que les une se perderá por una noche de sexo.

—Sobre la pregunta, no lo sé, y no puedo pedir una orden judicial, para desnudar a cinco tíos y observar sus tatuajes. En base, ¿a qué? —*A un sueño erótico perturbador*, piensa ella—. Creo recordar que el dueño del taller tiene más de uno, en brazos y cuello. Mandaré que lo indaguen.

La doctora no conoce al cuarto amigo de Paco, por lo tanto, el sueño no advierte de él. La represión es un mecanismo por el cual el cerebro expulsa los sentimientos inadmisibles, cobrando voz a través de los sueños, *¿Estoy enamorada de Sergio o siento cierta atracción sexual por él?* Tiene lógica aquella idea, y descarta el peligro que parecía tan inminente dentro de la ducha. *La conciencia, aplicada a la luz del día ahuyenta las sombras, es un caballero que protege el castillo de todo lo nocivo, pero cuando se retira a descansar, los sentimientos, pensamientos e ideas inaceptables, avanzan a*

conquistar el torreón.

—Llamaba para otra cosa. Envié por correo electrónico todo lo que tenemos de Rafael Horcajo, el dueño del taller. Quiero su opinión. —Alguien habla a Sergio a lo lejos—. No hay nada sospechoso en el informe del forense sobre Raquel Bustos. Está muy callada esta mañana.

—Pasé mala noche, nada que no repare una buena siesta. Me pondré con lo suyo ahora mismo y le digo...

—Cuanto formalismo. ¿Qué ha sucedido para que me trates de usted?
—pregunta Sergio.

Natalia sin darse cuenta intenta aumentar la distancia como si en realidad barajara la posibilidad de acostarse con Sergio. Poner kilómetros de por medio es doloroso ahora que tienen buena sintonía, pero terminar enredados en sábanas de satén terminará con la relación.

—Lo siento, la costumbre, me puse en modo psiquiatra.

—La lista de delitos menores en el curriculum de Rafael es de las más largas que haya leído. No comprendo cómo no está encerrado en una celda desde hace años, este tipo de sujetos no saben poner el freno hasta que se les pillan con las manos ensangrentadas —dice Sergio—. Rafael tenía dos años y acababa de nacer su hermano cuando el padre desapareció sin dejar huella sobre la faz de la tierra. El progenitor de las criaturas también cuenta con un

abultado expediente, arrestos por hurtos menores y apropiación indebida de herramientas de la construcción, que luego revendía a otros del mismo gremio, todo un artista de la picaresca.

»»La madre, una adolescente con pocos medios, regresó al cobijo de su madre viuda también. Entre las dos criaron a los niños, mal que peor, pues los medios económicos eran escasos y la pensión daba para poco.

»»Las malas artes de Rafael empiezan a florecer a tierna edad. Cada cierto tiempo está expulsado del colegio por maltratar a otros compañeros o sustraer material escolar. A la edad de doce años su madre muere tras una larga agonía, un cáncer de útero. En ese momento parece que el mundo de ambos hermanos pierde la poca estabilidad que tiene. »»Preguntamos por el barrio a unos y otros, los que vivían allí desde siempre les recordaban, y nos contaron que la abuela y el hermano tenían miedo a Rafael y que al poco de morir la madre, la anciana empezó a sufrir de senilidad. En el barrio se efectuaron muchas denuncias de robos, incendios provocados, destrozos de coches y viviendas, sin acusar a nadie, pero me da, que todo era obra del mismo sujeto. —Sergio va pasando las hojas del informe y releendo por encima—. Entre los doce y catorce años empieza nuestro muchacho a ser un invitado continuo de nuestros calabozos. Tiene pequeños delitos a la propiedad, lesiones, infringidas a otros alumnos; tráfico de drogas, lo que conocemos como trapicheos; vandalismo contra la seguridad vial; altercados

domésticos...

—¿A quién pegaba? —Eso parece interesar a Natalia.

—Eran casos donde se ejerció violencia, pero sin denuncia, y por lo tanto no entra en el circuito de la justicia juvenil, pero hubo muchas llamadas de vecinos que advertían de violencia intrafamiliar: palizas a la abuela y al hermano. —Natalia apunta aquel detalle mentalmente—. La buena mujer murió cuando Rafael acababa de cumplir los dieciocho años y el hermano tenía unos quince. Sigue dando muestras de violencia, llegan las peleas entre bandas y a la par, con grupos juveniles en torno al ocio, enmascarado como hincha de futbol, da rienda suelta a toda esa violencia, destrozos de material urbano y agresión con arma blanca.

—El anonimato que ofrece este tipo de masas, hace al sujeto más propenso a la violencia, lo que sucede en estos casos es que la conciencia disminuye la capacidad de prudencia, ya que es el grupo el responsable de los actos y no el individuo, que se deja arrastrar.

—Lo que nosotros llamamos «la manada». Solos son corderos, en grupo, lobos. —Se acomoda el teléfono para pasar la página del informe—. Estuvo un mes en la cárcel por estos altercados y después hubo una única discusión familiar. Dio una patada al hermano en todos los huevos, estuvo ingresado en el hospital en un tris de morir. Luego desaparece hasta que su

nombre surge en los papeles incautados a un conocido narcotraficante. Se realizó una investigación minuciosa de él, pero no encontraron nada de nada.

—*Es muy raro*, piensa Natalia.

—¿A quién conoció en la cárcel? Quizá se volvió más discreto. Las cárceles según están pensadas, hoy por hoy, no corrigen. Se ha demostrado que hay una especialización en el delito.

—Yo siempre he defendido que la cárcel es como un congreso donde se ponen todos al día, el que no sabía robar una caja fuerte y se dedicaba al alunizaje, ahora es un experto y te abre la de JP Morgan con los ojos cerrados —añade Sergio irritado—. Estoy seguro que cambió de modos operandi, se volvió más sutil y sigiloso. Pero entre la lista de los compañeros de prisión no hay nadie que destaque como un cerebritito, todos eran chusma de poca monta.

—¿Qué sucedió con el hermano?

—Por él no tenemos que preocuparnos, hubiera sido un gran secuaz, su mano derecha en todos los negocios, pero se suicidó hace cinco años. Se voló la tapa de los sesos en la oficina del taller que regentaban. Según los agentes, aquello era un estropicio, irreconocible, sin rostro. Rafael aseguró que era él.

—¿Por qué estaba tan seguro si no tenía rostro? ¿Por qué se suicidó?

—pregunta Natalia.

—No lo dice. Tampoco podemos perder el tiempo en algo que sucedió

hace tantos años. Poca luz arrojará a nuestro caso.

—Puede ayudarnos a entender mejor a este sujeto tan cuidadoso.

—Confió en ese sexto sentido que tiene doctora, pondré a trabajar en ello a Marta, siempre disfruta con tus aportaciones. —Ambos rieron de su observación irónica y tras unos segundos más dilatando una conversación ya zanjada, Natalia regresa al baño para secarse el pelo antes de enfrentarse al quinto sospechoso.

Capítulo 24

Cierra el correo tras leer el informe sobre Rafael y se asoma por la ventana. El móvil repiquetea sobre la mesa. La segunda llamada del día requiere de su presencia en el hospital del Clínico, donde el estado de Iris ha cambiado, «¡Doctora, está despierta!».

María, la enfermera, en un estado de aparente agitación, relata los hechos a Natalia que entra en la planta media hora más tarde. Rozó la mejilla de Iris como todas las mañanas, la respuesta a aquel estímulo fue un leve parpadeo, la primera señal de que despertaba del coma. Fue en busca del médico de guardia que evaluó las secuelas de tan largo letargo. «Siente, escucha, huele y habla», había en el tono de la enfermera una sensación agrídulce, «Iris demuestra una agitación... normal en estos casos donde el tiempo ha transcurrido y se siente desubicada, pero...». *El eterno, pero*, piensa Natalia. Escucha con atención a María y termina suspirando, Iris continúa narrando una fantástica historia. Ahora asegura saber quién es y dónde tiene que ir.

—El médico de guardia dice que la recuperación es milagrosa. Es consciente de todo, está como si tal cosa, esperándola —dice María.

Iris, presa de la agitación, intenta arrancarse las vías cuando ve entrar a la doctora. Navarro toma asiento en una esquina de la cama y amenaza con

irse si no disminuye el tono de voz. Durante unos segundos, Iris sopesa las palabras. Se da cuenta que permanecerá encerrada en la planta de psiquiatría si no demuestra cordura, los gritos y las brazadas en el aire solo sirven para inquietar al personal sanitario.

Iris narra durante dos horas su vida, con gran convicción, no se deja engañar por los argumentos razonables de Navarro, cuyo diagnóstico es delirio. «Carece de lógica», dice la doctora en un punto de la conversación. «¿Por qué no me cree? Usted misma comprobó que no me invento las cosas». En todos esos meses que su cuerpo yació en una cama, ella mantiene que vivió con un matrimonio que regenta una panadería en la calle Monforte de Lemos. No puede explicar por qué médicos y enfermeras aseguran que estaba allí, pero mienten. «Pregúnteles a los vecinos del barrio si no me cree».

Natalia escucha para evitar que aquella agitación que muestra cuando la contradicen vaya en aumento. «Soy un ángel de la guarda», dice en un punto de la conversación. La doctora se frota la frente resignada mientras toma notas en el cuaderno. «En realidad, soy un ser legendario. No pertenezco a este mundo. Viajeros del espacio. Mis antepasados venían regularmente a la Tierra para ver los progresos del hombre, criaturas creadas a imagen y semejanza de Dios. Sin pretenderlo, despertamos las envidias de los ángeles. Una noche la tierra se tiñó con la sangre de mi pueblo, cuando las Legiones de Dios cayeron sobre los míos que se negaron a defenderse. Yo, como única

heredera recibí todos los dones de mi raza. Pero era una niña, sin un lugar dónde ir. No todos los ángeles eran malos, algunos juraron protegerme, y me escondieron en el Cielo bajo la apariencia de uno de ellos».

Natalia no es muy asidua al cine, pero en aquel argumento ve un filón para una película cinematográfica. Iris está convencida que tiene que irse a Estado Unidos, a Las Vegas, al Hotel Casino Valhala. «Necesito su ayuda. Debo coger un avión y reunirme con Erick ¡Por favor! Se darán cuenta que nunca fui una de ellos, que soy la última de mi raza y vendrán. Acabarán con todos los que se pongan en su camino», suplica Iris.

Su conversación acaba en una histeria incontrolada. Mientras la doctora Navarro inyecta un tranquilizante a Iris esta sigue hablando de falsas verdades, de la credulidad de la gente, de cómo se defiende desde el pulpito la mentira y castigan a los que intentan abrir los ojos, supuso que se refería a la Iglesia, porque seguir el hilo del delirio era complicado.

—Iris, siempre creemos como cierto lo que nos es más familiar — explica Navarro—. Göbbels dijo: «Una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad».

—¡No estoy loca, por decir algo diferente a lo establecido...!

Sobre aquello, la doctora puede abrir los libros de historia y contar cuántos murieron por decir algo distinto a las creencias arraigadas desde

tiempos inmemorables. Creeremos en una idea o en una forma de pensar si esta nos resulta familiar y coincide con nuestras vivencias. Lo que observa en Iris, es que, a diferencia de otros pacientes con delirio donde consigue tras varias charlas que ellos mismos entiendan el error de sus conclusiones, con ella el razonamiento lógico está inhibido.

Prescribe un tranquilizante ante la agitación incontrolada. Duda que tales delirios se esfumen con el paso de las horas, no cree que sean consecuencia del desconcierto al despertar, ni del largo tiempo en coma, no parecen los retazos de un sueño del que termina de salir.

Con las horas de la mañana, y parte de la tarde zanjadas, decide cambiar la comida del domingo con su madre por la cena del sábado. Natalia se ve como un animal de costumbres. Descubrió que la rutina y la vida monótona proporcionaban seguridad cuando la enfermedad de su padre sumió el día a día en una desesperanza que giró en torno al color de una bolsa. Un orden de actividades que repite diariamente de una forma invariable. No piensa, ni toma decisiones precipitadas, no quiere caminar por el límite del abismo donde las medidas tomadas te arrojan al vacío si eliges mal. Nadie sabe lo que se siente cuando hay que optar en décimas de segundo sobre la vida y la muerte, hasta que te enfrentas a ello.

Hubo un momento, tras la muerte de su padre, donde juzgó si la

existencia que llevaba era la correcta, no arriesgaba en la vida por miedo a equivocarse. Entonces apareció de nuevo Sergio en el portal de su casa. Natalia salió de la zona de confort cuando aceptó asesorar en el caso. Desapareció el cansancio, la falta de motivación, la nostalgia constante por el padre ausente, y el desencanto que sentía por ella misma, pero se agarró a la rutina de los fines de semana.

Sentada en la cocina, observa el ir y venir de su madre, y se pregunta cómo sobrelleva el vacío diario. Parece tan fuerte, pero sabe que no lo es. Tres años sin pisar la casa, Rosa Llorente tiene miedo al miedo. «Padeces de agorafobia», dijo Natalia tras aquel primer ataque. Un fácil diagnóstico, pero con todos los años de estudio y experiencia con otros pacientes en igualdad de condiciones, no era capaz de ayudarla, *¿por qué?* Natalia hacía veraz aquel refrán que reza, «En casa de herrero cuchillo de palo». Era una paradoja que dónde debía abundar los conocimientos careciera de la ayuda necesaria.

Mientras Rosa va dando pelos y señales de la nueva vecina: hermosa, elegante y sociable, la mente de Natalia divaga de un parloteo incesante a un conjunto de ideas inconexas. En su cabeza hay una charla interior con matices negativos que sumen aún más en la desesperanza; nada puede hacer por Inés Soto, tampoco por Iris y aún menos por Sonia y Clementina, ve el fracaso revolotear por encima de ella, toda la seguridad se desmoronaba, y ni la rutina sustenta tal caída.

Pone el agua a hervir, como un autómatas que tiene mecanizado cada movimiento, prepara la tetera y llena la bola metálica con las hojas del té negro, algas y hongo, *¡cafeína en vena!*, piensa mientras llega lejana la voz de su madre. Quizá no sea lo más aconsejable, al fin y al cabo, es una droga que estimula el sistema nervioso, aumentando el nivel de alerta y ella se siente como ratón en un laberinto observado por un gato astuto. Pero aquella bebida que trajo su padre de un viaje a Japón se convirtió en uno de los pocos placeres que encuentra en la comida. «Es un antibiótico natural, bueno para el tránsito intestinal, desintoxica el organismo y reduce el colesterol», fueron sus palabras el primer día que lo preparó, olía a fermento.

Rosa sigue con el parloteo, «sabe exactamente como me gusta la fruta... Devoramos juntas la caja de pastas de té, esas que tú aborreces...». Natalia no presta atención porque la mente está activa. Entonces el silencio invade su cabeza, profundo e intenso, escucha los latidos fuertes y rítmicos del corazón, y en la quietud del subconsciente alcanza a entender las últimas palabras de su madre, «aprendió a paladear el té kombucha». Las ideas se alinean cobrando sentido, se reprocha en alto, tiene que escuchar su voz interna, allí está lo que tanto le inquieta, no es otra cosa que la caja metálica sobre la encimera de la cocina lo que desató la agitación mental, la que contiene los ingredientes para la infusión.

Tira el taburete al suelo y corre al salón, sobre la mesa está su bolso y

dentro busca el móvil.

—¿Hola?! —dice Natalia.

—¿Qué sucede, doctora? —pregunta Sergio.

—Dijo que me invitaría a un té de kombucha. Yo no caí en ello porque me descolocó su visita, quería que se fuese, me estaba poniendo nerviosa. Por eso cuando se marchó no pensé en ello, era más el alivio que la sorpresa de que conociese ese detalle de mí.

—¿Quién quiso invitarte a un té?

—La primera vez que Agustín vino a la consulta, cuando se despidió, dijo que me invitaría a un té. —Su voz suena irritada.

—En mi vida he oído hablar de esa infusión.

—No es nada común, es de origen japonés. La bebo en casa de mi madre, es como nuestro pequeño ritual después de comer. —Natalia se enfada con Sergio que parece distraído en detalles irrelevantes—. Nunca lo tomo fuera de estas paredes.

Rosa niega con la cabeza.

—¿Alguien extrañó ha podido entrar con cualquier excusa?

—La vecina de enfrente es nueva y parece que se han hecho inseparables. —Natalia se censura por el tono empleado, parecen celos contra

alguien que no conoce—. ¿Cómo pudo averiguarlo?

Sergio no parece interesado en el vecindario, no pregunta más, solo guarda silencio. Rosa salta inquieta, tiene la respuesta, pero Natalia la ignora una y otra vez, hasta que es tal la insistencia que quita el móvil del oído para escuchar las últimas palabras de su madre.

—...te llevabas el termo...—dice Rosa.

—¿El termo? —pregunta sin saber de qué está hablando.

—El primer año de carrera tomabas a media mañana dos tazas para aguantar las clases, las noches de insomnio por el estudio y los nervios, ¿recuerdas? Estabas agotada. —Natalia asiente.

—Cierto, pero me dañaba el intestino, abusar de todo es contraproducente, y dejé de llevarlo.

—Ahí tienes la respuesta —dice Sergio atento a lo que sucede al otro lado de la línea—. Tu amigo Paco se lo diría.

—Los primeros meses de facultad Paco y yo no nos conocíamos. Poco le importa lo que yo tomara o dejase de beber. Siempre fue un narcisista. Tampoco hablo del té de kombucha, tienes que dar cientos de explicaciones porque no es comercial, que se trata de un hongo fermentado que se mezcla con algas, que su sabor es amargo, bla, bla, bla...

—Dame unos minutos y ahora te llamo. Por cierto, antes de colgar, el hermano de Rafael, el tal Álvaro que se levantó la tapa de los sesos, hemos encontrado a un viejo conocido de ambos que cumple condena por tráfico de estupefacientes. Nos dijo que era como una soga rígida y sofocante que coarta la libertad, todo sujeto a un mando excesivo. Hablaba del pequeño, pero suponemos que se refiere a Rafael. No es un testigo muy creíble, se ha metido cocaína hasta por los oídos.

—Leí el informe. Rafael no me parece un hombre con carencia de autonomía emocional. Estos sujetos controlan y roban los sentimientos de otros, al ser incapaces de gestionar los suyos. No empatizan con las penurias ajenas; no piden, exigen; son como vampiros, necesitan la satisfacción inmediata; que la gente esté postrada a sus pies, cual siervos de un dios; dispuestos en todo momento a su ego, a ofrecer el cuello para que chupe pasión, alegría, felicidad...

—¿Doctora?! —Sergio también pierde el control con Natalia, es complicado seguirla— Según este testigo, no sabe lo que fue, pero Rafael empezó a enviar al hermano para realizar los trabajos chungos —continúa—. No termina de cuadrar, Álvaro golpea, soborna, encubre, y se rumorea, que mata en nombre del mayor.

Natalia colgó el teléfono con el corazón encogido en un puño. Nada

sucede por casualidad.

Capítulo 25

«El nuevo día», es una terapia que la doctora inculca a cada paciente, *Intenta siempre afrontar con optimismo cada mañana. ¿Qué sentido quieres darle?, son veinticuatro horas que nos dan la esperanza de reconducir nuestra vida. Una oportunidad.* Los rayos de sol que se filtran por la persiana entreabierta no consiguen el efecto balsámico, ni siquiera repetir varias veces *¡Tú puedes!* Se metió directa en la cama al llegar a casa, como si la almohada pudiese borrar todos los problemas, pero los hizo más grandes y peligrosos.

Cuando uno traslada la felicidad a una fecha concreta del calendario, mantiene el aire retenido en los pulmones y la esperanza encerrada en las manos crispadas, se deja de vivir. Lo veía en cientos de mujeres que pasaban por la consulta, cada una de ellas repetía su propia letanía: todo se arreglará, va a dejar de beber; cuando termine este proyecto, retomaré mis relaciones sociales; él me engaña porque está estresado, cuando encuentre trabajo todo será como antes, y un largo etcétera que corean cada mañana antes de salir de la cama. Todo relegado a un futuro tan incierto como el presente que se niegan a afrontar. Un pensamiento negativo que condiciona el día a día, dejando la solución de los problemas en una fecha concreta, asumiendo que en este preciso instante no tienen recursos para solucionarlo. Eso mismo le sucede a Natalia, tendrá el control de su vida cuando Sergio atrape a Paco y sus amigos. Mientras tanto se autoconviene que no puede hacer nada, más que esperar.

La visita prometida a Iris no mejoró en nada el estado de ánimo alicaído de Natalia. La historia rocambolesca que sigue manteniendo con fervor confirma que aquella mujer de apariencia frágil camina por el sendero de la locura. Ahora habla de Erick, un maravilloso vikingo que vendió su alma al diablo por un segundo más de vida al lado de ella. Pero todo resultó ser una trampa del mismísimo Lucifer para captar siervos, se apropia de su espíritu y les obliga, a cambio de cierta libertad, a cazar almas negras, corruptas. Lucifer borró la memoria de Erick. No la recuerda ni la ama, pero está convencida que un amor como el suyo nadie lo puede aniquilar.

No hay una fisura en la trama, cada pregunta que realiza Navarro para sembrar la duda enfrentando a Iris a la realidad, es resuelta con maestría. Salió de la habitación con un grave conflicto interno, no podía dar crédito a la historia, el diagnóstico era esquizofrenia, aunque tendría que valorar otros puntos, pero Iris estaba completamente convencida. En los años de MIR, leyó un estudio tachado de ciencia ficción, donde se demostraba que muchos pacientes en coma tenían una actividad cerebral tan elevada como cualquier persona en la vida diaria. En todas las épocas se ha mirado al cielo buscando agujeros negros que llevaran al hombre a una dimensión paralela, quizá la mente fuera esa puerta a otros mundos.

Es cierto que entre la gente de a pie circula el mito de que solo usamos el diez por ciento de nuestro cerebro, una idea atractiva que dota de

esperanza a la raza humana. Más inteligencia para el bien, o quizá para ponerla al servicio del mal como los amigos de Paco, duro dilema. Natalia camina distraída mientras se dirige al aparcamiento. ¿Cómo podía una idea cobrar tanta fuerza entre la población?, en este hilo de pensamiento está cuando choca con la figura de un hombre.

—Doctora, debe mirar por dónde camina —dice Sergio.

—No sé por qué pensaba en algo que se conoce como el «Efecto Mandela». Pero he sentido como que iba bien hilado mi pensamiento, hasta que se ha desvanecido.

—¿Soy yo el culpable? —Puso un mohín de disgusto que le pareció a Natalia una bella expresión de cariño—. Veamos si puedo arreglar tal desatino, ¿de qué se trata?

—El «Efecto Mandela» es una distorsión de la memoria que lleva a creer algo que no sucedió. Nelson Mandela murió en su casa por una infección respiratoria, —Sergio asiente—, pues cientos de personas te pueden decir con todo lujo de detalles que no fue así, que falleció en la prisión de Robben Island mucho antes.

—¿Por qué sucede esto, fármacos, hipnotismo...?

—Bueno, en este punto nadie se pone de acuerdo. Hay teorías inverosímiles como que los mundos paralelos se doblan coincidiendo en un

punto, las personas más sensibles a estos pliegues espacio-tiempo captan las diferencias más significativas en los otros mundos. En otra dimensión Mandela jamás salió de prisión con vida, fue un mártir —explica Natalia—. Otros piensan que es toda una manipulación mental de los gobiernos, pues solo se da con acontecimientos muy marcados de la historia. Muchos psicólogos confirman que es el resultado de rellenar lagunas mentales mezclando acontecimientos. Algunos, aunque estos son los menos, que es efecto de la hipnosis, ya que se ha demostrado que se puede modificar los recuerdos de las personas.

—¿Qué crees tú?

—«Criptomnesia». Hay recuerdos que fueron olvidados para aparecer confundidos poco después. Es un proceso psicológico, donde momentos del pasado se viven por primera vez en el presente, pero han sido creados en el pensamiento de la persona que lo experimenta. —Sergio no comprende nada—. Veamos, «Déjà vu» es revivir un instante tal y como sucedió hace tiempo, este concepto es más sencillo de entender. «Criptomnesia» es un recuerdo real que pasa por nuestra mente sin pena ni gloria, del que tenemos vagos matices, pero alguien nos lo refresca modificando ciertos detalles sin que seamos conscientes, porque en el fondo no nos resulta descabellado esos cambios realizados.

—Manipular a la gente.

—No, seguro que, si sometes a un detector de mentiras a esas personas que cambiaron los detalles, el resultado será que no te engaña, pues creen a pies juntillas todo lo que dicen. Estas personas reescriben su vida basándose en la existencia de otras a las que idolatran, por ejemplo: porque han conseguido los logros que ellos buscan, suplantando su identidad en una forma metafórica. —Natalia abre el coche y Sergio sube pensativo.

—Me trajo Marta —explica Sergio—. Llevamos toda la noche avanzando a buen ritmo en el caso. Nos hemos tomado unas horas para dormir. ¿Qué te llevó a este fenómeno psicológico, el Efecto Mandela? —pregunta mientras Natalia arranca—. Todos estos devaneos mentales son un método para despejar la incógnita de la ecuación. Son estas ideas que invaden la cabeza las que debemos interpretar, son como el sexto sentido del criminólogo.

—Es importante ir hacia atrás en el hilo del pensamiento, lo sé. Puede resultar una pérdida de tiempo —dice Natalia—. Mi paciente me contaba su delirio. Luego le concedí el beneficio de la duda, ¿por qué no puede ser que al estar en coma haya viajado a otro mundo paralelo donde sea cierto esa supuesta vida? Y sobre esto apareció el Efecto Mandela.

—Me quedo con alguien que dice ser lo que no es. —Sonríe divertido

—. No menees tanto la cabeza, déjame que haga unas averiguaciones. Tienes un sexto sentido maravilloso. —Sergio observa el ir y venir de los peatones a través de la ventanilla—. Voy a desvelar lo que me trajo a verte. —Se palmea las rodillas satisfecho—. Puse en marcha mis neuronas, ¿cómo conocía ese pequeño detalle Agustín de ti?, y doctora fue tan sencillo que estoy molesto por no hacer bien mi trabajo. Comenzó los estudios de medicina el año 1997 en la Complutense.

—¿Qué?! —Frena en seco en la calle Antonio Machado—. Ese fue mi año. Es una facultad grande, puede ser que nunca coincidiéramos, pero claro, eso es imposible porque conoce cosas de mí.

—He comprobado que el primer curso estuvisteis juntos.

Natalia inicia la marcha, tras los pitidos insistentes de otros conductores, sin dejar de dar vueltas, en qué momento borró de la mente la figura de Agustín y por qué. Siempre aconseja a los pacientes que no se deshagan de los recuerdos negativos, sino que aprendan a vivir con ellos, son los cimientos donde se sustenta su equilibrio. Pero en muchas ocasiones es la propia mente la que hace una selección de los sucesos vividos, quedándose con unos y desechando otros, como en el caso de su paciente 1324.

Un silencio plomizo se adueña de ella mientras sube los peldaños que la llevan a casa. El mutismo no solo es una ausencia de palabras, en el caso de

Natalia es la presencia de una sombra alargada que se cierne sobre ella. Nace del miedo, pero en ese momento es desconcierto. La puerta del domicilio se abre cuando intenta meter la llave y la figura de un hombre al que nunca ha visto la recibe con una sonrisa natural nada forzada. Dentro aguarda una mujer menuda de una belleza algo turbadora y la figura descolocada de su secretaria Loreto, que parece absorta en el imponente desconocido.

—¡Joder! No me lo puedo creer, pero ¿eres tú, viejo sinvergüenza? — dice Sergio apartando con delicadeza a Natalia y fundiéndose en un abrazo con el hombre de casi dos metros, ojos azules y pelo rubio—. Doctora, le presento a Daniel, compañero y gran amigo de los años de militar. —Natalia no sabía que fue militar, apenas conoce detalles de su vida—. El mejor francotirador que ha tenido un grupo de élite del ejército, ¿sigues con los muchachos?

—Nada fue lo mismo cuando tú lo dejaste, ¡viejo zorro! Me dejaste tirado por una mujer, ¿os casasteis?

—Y nos divorciamos. Pero qué haces aquí, ¿os conocéis? —pregunta Sergio. Natalia tiene interés en la mujer morena de ojos verdes que mira sin emoción palpable a los dos viejos amigos.

—La doctora Navarro no sabe quiénes somos. Nosotros por el contrario hemos hecho nuestros deberes —dice Daniel. Aquella frase tiene un

fondo oscuro y Sergio achina los ojos—. Os presento a Alejandra Casado.

—He odio hablar de usted cientos de veces por los pasillos de la Guardia Civil y en los juzgados. Es un verdadero placer conocerla. —Sergio estrecha la mano que le tiende Alejandra.

Alejandra se acerca despacio a Natalia como lo haría un gato a un ratón. Busca las faltas, fallos y pecados, se lo dicen esos ojos verdes que escrutan con desvergüenza.

—Su nombre sale en los diversos papeles de «El Profesor». Llamó mi atención que en el margen hay anotaciones sobre sus progresos en la tesis. La tacha de mequetrefe, lo cual me sorprende porque conocía muy bien a Alberth Levitt y no perdía el tiempo con descerebrados.

—Fue mi director de tesis. Nuestro trabajo juntos estuvo cargado de tensión. Discrepé en muchos de los puntos, o, mejor dicho, no creí que los métodos de investigación fueran muy ortodoxos.

—He tenido el placer de leer ese estudio sobre la manipulación de la mente y puedo asegurar que es impresionante. Tras terminar la lectura comprendí por qué «El Profesor» la envidiaba —dice Alejandra.

—Fue solo una teoría que como puede suponer no se puede demostrar —Alejandra arquea una ceja incrédula—, no sería ético, aunque encuentre sujetos dispuestos a ello. Demostré sobre el papel que manipular la mente es

posible con sencillos métodos y dos punciones en puntos concretos del cerebro. Pero luego no es posible resetear este órgano tan preciso para restablecer los valores de fábrica. —Alejandra echa una mirada a Daniel cargada de significado que se escapa a la comprensión de Natalia.

—Necesito que se plantee el supuesto de tener que revertir los efectos de esa investigación. —La doctora la mira con estupor.

—Como le digo es imposible.

—No hay nada imposible, usted me lo demostró hace diez años. Veinticuatro mujeres fueron sometidas sin su consentimiento a un experimento en unas condiciones inhumanas. Solo una de ellas sobrevivió. No sé si considerarla un genio, por su tesis, o una psicópata que ayudó a Albert Levitt en su delirio. —La mirada gélida y las palabras lanzadas como puñales, hacían de Alejandra una copia perfecta de «El Profesor». Ese fue el pensamiento de Natalia que sintió un escalofrío recorriendo la espalda.

Capítulo 26

Entre ambas mujeres se instala una barrera de hielo. Natalia desconfía de Alejandra, hay algo que le recuerda demasiado al antiguo profesor de Facultad, prefiere ser cauta a diferencia de su actitud con otras personas a las que da el beneficio de la duda. Durante muchos años la vocecilla interior advirtió que, a pesar de la mirada cordial y la disposición a ayudarla, Alberth Levitt era peligroso. Algo en él no le agradó, justo como le sucede ahora. El tiempo reveló que no se confundió al mantener la distancia. Cuando leyó en la prensa las barbaridades que había realizado con aquellas mujeres comprendió que ella hubiera sido una víctima si no hubiese aprendido a lidiar con él.

Se asfixiaba cuando coincidían en la sala de estudios o en los pasillos de la biblioteca. Ella se sentía incómoda y aliviada cuando le veía alejarse. Comprendió que tenía que aprender a vivir bajo su sombra si deseaba terminar los estudios. Era una eminencia en el campo de la psiquiatría y reconocido en todo el mundo por sus estudios y avances, no podía permitirse el lujo de recelar solo porque se sentía insegura.

Aplicó todos los conocimientos sobre las «personas tóxicas» que sabía, le dejó de alabar y mostró el interés justo en los proyectos que iniciaba. La cautela fue su estandarte. Desde la distancia, Natalia observó que fingía disfrutar en cualquier debate, pero detrás de esa afabilidad descubrió cierto

control, conocer los secretos de la gente, los miedos e incluso los puntos débiles, le daba poder. No hablaba jamás de «El Profesor», ni con compañeros ni con familiares ni amigos, no quería darle en su vida una notoriedad que no tenía y tampoco que nadie fuese con el cuento a Albert Levitt para ganarse sus favores. Aprendió a distanciarse mentalmente de la gente.

Daniel y Sergio reviven cada año juntos en el ejército: «con los ojos vendados y la boca amordazada teníamos que reconocernos por el olor, algunos era sencillo, ¡vaya peste!», las risas de ambos sobresaltaron a Natalia que se quedó atrapada en la mirada fría de Alejandra. Entonces una idea se enlaza con otra, se puso en pie y camina de un lado a otro de la habitación.

—No puede ser tan sencillo. Sigue el mismo patrón —dice Natalia—. Se trataba de observar a los pacientes padeciendo los síntomas en directo, según el profesor Levitt no había mejor enseñanza que la práctica. — Alejandra se mueve incómoda en el asiento, al reconocer las palabras—. Decía que las normas que delimitaban la ciencia de la investigación ponían cadenas al avance de la medicina en todos los campos. Ensayar con personas era un adelanto científico. Se tenía que pensar en las generaciones futuras, en nuestros hijos y en un mundo libre de enfermedades. «El ser humano es un diseño mediocre, está en nuestra mano, es nuestro deber, convertirlo en un organismo perfecto y único», palabras textuales de Albert Levitt.

»En aquel proyecto que nos propuso, no contaríamos con la financiación de la universidad, de esta forma no tendríamos que dar cuenta a nadie de lo que descubriésemos. Cansado de la mediocridad y los remilgos de los gestores, no estaba dispuesto a contestar más preguntas de unos descerebrados que no veían la magnitud de su obra.

»Eran quince pacientes con epilepsia de los que desconocíamos todo: sus nombres, sus direcciones, nada que nos permitiera localizarlos después de los ensayos. Según «El Profesor», era para proteger su intimidad y que ninguno de nosotros decidiera airear los experimentos a la luz pública, además todos eran menores.

—¿Por qué menores? —pregunta Sergio horrorizado, sin dar crédito a que Natalia formase parte de tal atrocidad.

—La epilepsia aparece a cualquier edad, aunque suele ser más frecuente en los dos extremos de la vida. Experimentar con ancianos suele acarrear más problemas porque se ven afectados otros órganos por el desgaste del cuerpo. Los niños son máquinas nuevas. Nos lo vendió como una ayuda indispensable que otorgábamos a aquellas familias torturadas por una enfermedad que parte de la sociedad rechaza por falsos prejuicios. —Natalia ve reproche en los ojos de Sergio.

—¿Cuántos futuros médicos participasteis? — pregunta Sergio.

—Veintiocho estudiantes. Ninguno sabría quién formaba parte del estudio y no podíamos hablar con otros estudiantes de lo que hacíamos en aquellas salas. —La mirada de Natalia evita al responder la de Sergio—. Me llamó a su despacho, y supongo que lo mismo hizo con el resto de alumnos. No éramos todos del mismo curso, lo sé porque según avanzaba la investigación recibíamos un sobre con las notas de otros participantes, y algunas denotaban conocimientos médicos elevados.

»En un principio me negué. Una de las cosas que tenía claras cuando comencé la carrera es que no quería tratar con niños —continúa Natalia—. Días después me ofreció buenas razones para hacerlo. Conocí a tres de las niñas y me di cuenta del valor de aquella investigación.

—¿Conocisteis a sus familias? — pregunta Sergio. Natalia niega.

Ahora cobra sentido la frase de Agustín, llegaba tarde por segunda vez. Sonia fue uno de los sujetos de investigación.

—Todas nuestras pacientes tenían un dintel muy bajo, es decir, eran muy sensibles a los estímulos y entraban enseguida en crisis, lo que dificultaba su vida convirtiéndola en un infierno. Generalmente esta facilidad o resistencia a los ataques suele ser un factor genético, pero «El Profesor» no quiso que tuviésemos contacto con los progenitores. —Se frota las manos nerviosas—. Aquello me convenció. Eran niñas que sufrían discriminación y rechazo por

parte de profesores y compañeros. Muchas personas ven en estas convulsiones la mano del diablo, como una posesión que necesita de un exorcismo, causan terror. En el colegio estaban apartadas.

»Se trataron diversos factores: el abuso de drogas, la falta de sueño, incumplimiento del tratamiento, la ingesta de alcohol y drogas, los destellos de luz o sonidos estresantes, y someter a los pacientes a estrés. Y comenzamos en el más absoluto de los anonimatos.

—¿En todo el tiempo que duró no conocisteis el nombre de ningún paciente? Me resulta extraño que a nadie se le escapara nada —pregunta Sergio con disgusto.

—Tenía dos días a la semana con mis pacientes, y no quería quebrantar ninguna norma... Me echaría y entonces, los estudios eran de vital importancia para mí.

—Llámalos conejillos de indias. No eras doctora, no tenías los conocimientos. —Natalia baja la mirada avergonzada. Por muchas horas que dedicase en la biblioteca a estudiar la epilepsia, no estaba capacitada. Hoy con la experiencia que la respalda, sabe que aquello careció de toda ética y erró en muchas de las decisiones tomadas.

—Es cierto. Para mí siempre fueron Sujeto A, B y C —dice Natalia con hilo de voz.

—¿A qué tortura les sometiste? —interroga Sergio. Daniel y Alejandra eran meros observadores.

—Por los trabajos de mis otros compañeros, llegué a la conclusión que no vimos a los mismos Sujetos. Escribieron sobre el abuso de sustancias ilegales durante el embarazo y cómo las niñas nacieron con síndrome de abstinencia. En algunos casos, la madre siguió con el consumo, algunas de aquellas pacientes consumían drogas a pesar de la corta edad. —Traga saliva. La garganta está seca y áspera, tiene miedo de perder la confianza de Sergio —. El Sujeto A era una niña con trastorno del sueño, padecía una epilepsia generalizada idiopática. Una noche sin dormir o un periodo prolongado de insomnio lleva a la crisis. Se la privó del sueño para aumentar la rentabilidad de los registros de EEG.

—Es la prueba básica y más específica para el diagnóstico de la epilepsia. No solo sirve para los periodos de sueño, también para la hiperventilación y los efectos luminosos intermitentes —apunta Alejandra cuando Sergio resopla asqueado de tanta terminología. La figura tímida de Natalia se encorva en una postura vulnerable.

Alejandra, comprende ahora por qué «El Profesor» describía como pusilánime a Natalia, esa debilidad que muestra en ese momento ante el ataque de Sergio, nunca le generó compasión, más bien desprecio. Veía en la doctora

una inteligencia parecida a la suya, incluso a la de Albert Levitt, pero la mantenía sujeta por fuertes cadenas a la moralidad y la ética. Natalia volvía a estar ausente de espíritu, allí plantado ante ellos tenía la mirada fija en un punto cualquiera de la alfombra.

—Ahora estoy segura que esa niña era nuestra primera víctima, la que la prensa apodó como «la novia» —dice Natalia. Si aquello era cierto, Sergio conocía por Clementina que Sonia salió de aquel infierno por la doctora—. Sufría de crisis cuando el sueño se alteraba lo más mínimo. Era la pescadilla que se come la cola, el estrés le provocaba el insomnio, en aquel entonces era el miedo al colegio, enfrentarse a compañeros y profesores que la miraba de reojo y la mantenían a distancia.

»En las imágenes que vimos de ella en la cámara de la tienda, se va deteriorando su físico según avanzan los días. Algo o alguien la angustiaba, esto la privaría de las horas de sueño necesarias, y comenzaron los ataques, de ahí su estado ojeroso y demacrado. —Guarda silencio unos segundos—. Siempre tuve la sensación viendo las imágenes de Sonia, de que algo se me escapaba. Mi subconsciente reconoció rasgos de la niña en la mujer adulta con la mirada ausente.

—¿Guardas los resultados de aquello? —Sergio continúa con su tono frío y distante. Natalia niega.

—Puede que nosotros tengamos ese estudio en una de tantas cajas que almacenamos en nuestra sala de pruebas —dice Daniel—. Pongo ahora mismo a alguien a trabajar sobre ello y te envié todo lo que encuentre.

—Seguro que el nombre de Agustín sale en ellos. Empezar la facultad saltándose todo los límites debe ser el mejor aliciente para un psicópata, me apuesto lo que quieras —dice mirando a Natalia, como si ella también fuera responsable de aquello—. Pensó que todo el campo era orégano, y por eso le echaron. Creyó que todo era válido en nombre de la ciencia, pero chocó, ¡gracias a Dios!, con otros profesores con mejor juicio y con un rector que no dudó ni un segundo.

—No podrás relacionar a Paco, se odiaban, el profesor Levitt le ridiculizaba en sus clases. «No soporto a los pelotas, vulgares y descarados. Sobre todo, cuando carecen de materia gris, más cerca del homo sapiens que del hombre moderno», decía «El Profesor».

—No necesito el vínculo de tu amigo en todo este embrollo. Ese lo tengo desde el principio, —La señala con el dedo índice—, eres tú.

Capítulo 27

Dos días después Natalia no sabe nada de Sergio, tampoco si Daniel hizo justicia a su palabra y encontró los documentos del experimento. Está segura que continúa enfadado, vio decepción en sus ojos cuando se despidieron en la puerta. Como profesional, conoce que aquellas sensaciones negativas pueden ser irreversibles. La integridad de la que Natalia siempre hace gala se vino abajo tras recordar los experimentos a los que sometió aquellas niñas, eso traicionó la confianza de Sergio, que creía ciegamente en ella.

Quizá nada de todo aquello pase por la cabeza de él, eso se dice ella concediéndose unos segundos de tregua, pero la ausencia hace volar la imaginación de Natalia, que es el único enemigo con poder. El sonido del móvil rasga el silencio de la consulta, anuló todas las citas del día, excusándose en un resfriado molesto, dio el día libre a Loreto, por lo que esa llamada turba su estado alicaído.

—¡Buenos días, Sergio! —dice Natalia temerosa.

—Cuanto formalismo, doctora. Sé que no me he portado muy bien contigo estos días —dice Sergio—, me fui de tu consulta muy molesto. Quiero pedir disculpas.

—No tienes de que disculparte. No era una niña cuando tomé aquella decisión, sabía con perfección discernir entre lo bueno y lo malo, no es perdonable.

—No seas tan dura contigo misma. Pero vamos al verdadero motivo de mi llamada, porque el tiempo apremia y estamos cada vez más cerca. ¿Sabe algo de alguno de los sospechosos?

—Tengo llamadas perdidas de Agustín y Paco, pero no me encuentro con ganas de hablar con nadie.

—Seguro es por mi culpa, y vuelvo a disculparme. Quise que sufriera un poco y no tenía ningún derecho a tratarla mal. —Sergio camina por una calle transitada, se escucha el ruido de los coches, el murmullo de las voces—. Estamos apretando las clavijas un poco a todos, antes o después acudirán a tu consulta para sonsacarte. ¡Eso esperamos! Escúchame bien, no tienes nada que temer, tengo la casa vigilada y estoy muy cerca. —Un portazo suena en el auricular y la puerta del domicilio de Natalia se sacude—. En tu correo tienes toda la documentación recabada hasta ahora, incluso lo que me mandó mi amigo Daniel. —Un silencio esperanzado se adueña de ella—. Lo siento doctora, «El Profesor» era un viejo muy listo, los nombres están encriptados y todavía no hemos resuelto el enigma. Siento decir que se lo propuso a veintiocho alumnos, pero solo eligió a cinco, y cada uno tuvo tres pacientes.

»Te envío también las autopsias realizadas a las víctimas. Sonia formó parte del experimento del profesor Levitt, y luego Agustín la reclutó para el suyo propio, que vete tú a saber de qué se trataba. —Aquella idea es demasiado terrible para Natalia—. Doctora, estuviste allí, muchas veces vemos más de lo que creemos, pero no somos conscientes del valor de los detalles. Deje de bloquear ese momento de su vida, vuelva a aquellas sesiones y fíjese bien en cada niña.

—Ya conoces sus rostros, están en los selfis de Raquel. —Sergio hace una mueca de disgusto.

—Tengo rostros. No están fichadas, ni figuran en desaparecidos. Pero Marta y yo no dejamos de dar vueltas a una pregunta, ¿Qué posibilidad hay de que quince niñas de diferentes rincones de España, terminen siendo modelos y acudan todas a un anuncio para un casting, quince años más tarde?

La taza de té que Natalia sostenía con fuerza se quiebra en sus manos.

—¡Doctora, está bien! ¿Qué ha sido ese ruido?

—«Mensajes implantados».

—¿Cómo dices?

—Mi tesis desarrolló la modificación de los cerebros, ¿recuerdas que te hablé de ello? No todos los sujetos son válidos, aquellos que tienen altos niveles de actividad en los lóbulos occipitales y en el lóbulo temporal

izquierdo son descartados. Los primeros ensayos que se hicieron trataron solo de alterar la capacidad de atención, concentrando ésta en puntos muy concretos y dejando de apreciar aspectos más relevantes que nos rodean — dice Natalia—. Incrustamos una palabra clave que recuperase esos recuerdos al sujeto.

—¿Hipnosis? —pregunta Sergio.

—Algo más complejo, pero ese sería el principio básico. El profesor Levitt estaba obsesionado con este tema, quería dominar el cerebro controlando los recuerdos que son la base de cualquier ser humano, lo que define la personalidad. —Natalia se apoya en la pared dejando caer su cuerpo hacia el suelo—. De tanto escucharle, me sentí seducida por aquella idea y desarrollé mi tesis.

—¿Entiendo que aquellas niñas fueron hipnotizadas para convertirse en modelos y años después respondieran a un anuncio? Eso es demasiada planificación, pero después de hablar con Alejandra, creo que no es descabellado. ¿Sabías que el padre de Albert Levitt fue un prestigioso psiquiatra alemán que colaboró con los nazis?

—Sabía que era alemán. Pero era muy celoso de su intimidad.

—El nivel de maldad que puede llegar a alcanzar el hombre se demostró en el holocausto —dice Sergio

—En la Segunda Guerra Mundial, los experimentos fueron muchos y diversos. En el campo de la psiquiatría se realizaron varios, uno de ellos fue la manipulación de la mente, convertir a las personas en herramientas para objetivos muy concretos, como soldados perfectos. —Sergio hubiese interrumpido para corregir a Natalia, aquello no fueron experimentos, era tortura—. Recuerdo por las anotaciones de otros compañeros, que algunos pacientes fueron tratados con cirugía, entonces no me extraño, es el último recurso, pero hoy en día se usa con resultados satisfactorios. Poniéndome al servicio del mal, quizá aquellas intervenciones no estuviesen justificadas y solo querían manipular los cerebros, implantando órdenes subliminales.

—Sí, lo veo rocambolesco, pero a estas alturas de la profesión nada me sorprende. Hemos hablado con la familia de Belén, estuvo en Madrid en un estudio de epilepsia.

—Yo tuve una paciente sevillana con epilepsia fotosensitiva. Por el contrario que a Sonia, vivía en un entorno protegido, cuidada como una frágil muñeca de porcelana, familiares, profesores y amigos la vigilaban. Esta paciente no hubiera sido apta para la manipulación cerebral, porque uno de las fases es el bombardeo con imágenes. —Natalia tiene ganas de volver a la cama y cubrirse con las mantas. Quiere despertar de aquella locura—. Si acudió al anuncio del casting quince años después, es porque entre ellas se estableció un vínculo de amistad. Descubrí que se conocían, pero no las

delaté, eran niñas y saltarse las normas es un principio básico de la infancia, les venía bien para la terapia saber que no estaban solas ni eran únicas.

—Por eso fue a la cita, pero no la cogieron. Acudieron a ella cuando algo se les torció, era lo más a mano que tenían.

—¿Averiguasteis si Vanesa y Raquel tenían epilepsia?

—La primera viene de una familia desestructurada, la madre tenía trece años y el padre catorce. Creció con la abuela materna que según recuerdan los vecinos estaba algo desequilibrada desde que el marido la abandonó por otra mujer. Madre e hija quedaron solas hasta que llegó la desdichada nieta. — Sergio menea con pesar la cabeza.

—¿Qué le sucedió a la madre?

—Estaba fichada por prostituta y drogadicta, murió con veinte años de sobredosis. Vanesa con diecisiete años, se escapó una noche y nunca más supieron de ella. No hay registro en desaparecidos, me imagino que la abuela sintió un alivio inmenso al levantarse y no encontrarla en la cama, pero nunca lo sabremos con certeza. La policía encontró a la anciana muerta en la cama, un infarto. No sabemos mucho más.

—Vivir sin una familia te convierte en un ser vulnerable —dice Natalia.

—Según la madre de Raquel, su hija no hablaba mucho de su

compañera de piso, y cuando ella iba de visita, desaparecía. Vanesa no estaba muy orgullosa de su profesión, seguro era prostituta, la muchacha es hermosa, incluso ahora con esa expresión lánguida y esa mirada vacía.

—Porque la madre fuera prostituta no significa que la hija heredase... —dice molesta Natalia.

—Estoy especulando. Raquel y su madre no tenían secretos, ¿por qué nunca le dijo a qué se dedicaba Vanesa? Porque sabía que su madre no lo vería con buenos ojos. Raquel intentó que dejase la calle por la pasarela, por eso la llevó al casting de Manant.

»»Contó que se conocieron en una fiesta. Un evento donde se contratan modelos y prostitutas. No era de ninguna otra agencia porque no hay ni una sola foto de Vanesa en ningún sitio, ¿qué joven modelo no se hace publicidad? —Sergio bebe el café que llevaba en un termo—. Hemos mirado cientos de perfiles en Instagram de modelos, todas muestran un despliegue de fotos en diversas poses en los lugares que frecuentan. Vanesa diez escasas imágenes: una calle del barrio de Salamanca a altas horas de la noche, pensamos en Paco, pero nada les relaciona; otra a pájaros y perros en el Retiro. Seguimos moviéndonos en círculo por la zona, y luego cuatro con Raquel. Creo que se puede interpretar como un cambio en su vida, empezar de cero.

—¿Y sobre la epilepsia y el motivo que llevó a Vanesa al hospital 12

de Octubre?

—Voy primero por la respuesta más corta, no hay registro en el hospital, la interceptaron antes de llegar a recepción. Y ahora doctora, preste atención sobre lo que nos contó la madre de Raquel sobre la epilepsia.

Capítulo 28

Despierta de forma repentina con el corazón a punto de salir del pecho, sudorosa y con las manos encrespadas agarrando con fuerza el edredón. La pesadilla recurrente donde es forzada por Agustín, le provoca miedo y ansiedad. El temor persiste hasta varias horas después de despertar, se siente confusa por tan horrible sueño. Todas las noches, más o menos iguales, exceptuando en esta ocasión. Natalia repasa la pesadilla a pesar de lo atemorizada que está y lo incómodo que resulta verse tan desprotegida, atrapada bajo el cuerpo de Agustín. Es una diferencia tan nimia, la serpiente no entra en el interior de su cuerpo, sibilante y amenazadora, sube rectando por las piernas, llega al pecho y acerca la lengua bípida a los pezones, unos segundos que parecen horas, luego alcanza el cuello y se enrosca, quedando congelada cual sogas, estrangulando.

—Ya sé lo que significa la imagen de la víbora. —Se abraza el cuerpo bajo el edredón mientras busca una respuesta lógica a la angustia—. Está en mi cuello y me asfixia, el ahogo significa un desbordamiento de los sentimientos. ¡No entiendo lo que me quieres decir! —grita en el silencio del amanecer—. Emociones. ¿Qué sucede con estas?

Con la mano derecha toca la línea de su cuello donde reposó la sogas. Va pasando los dedos suavemente por las marcas invisibles en la piel y

entonces un torrente de imágenes inunda su mente.

Se levanta de la cama y corre hacia la consulta. Busca una carpeta, sin nombre, con letra de imprenta, escribió en la solapa lo único que supo de ella «Sin identificar». Lee ávida de encontrar lo que cree casi la solución de una parte del enigma, y allí está.

Recuerda el día que aquel hombre entró en la consulta, sin cita, de malos modos solicitó a Aurora ver a la doctora con urgencia. No rellenó el formulario ni dijo por qué esa imperiosa necesidad. Natalia le tendió la mano, pero rehusó estrecharla, se sentó en el sofá, tendió un papel arrugado y aguardó a que ella lo leyera. Reconoció la letra al instante, la escritura era precipitada y se notaba un ligero temblor en la mano, pero era la misma caligrafía, redondeada y clara.

Estudió un año de grafología para poder conocer mejor a los pacientes. Cuando uno escribe deja abierto una vía de comunicación directa con el subconsciente. Había prestado atención a las letras “i”, “t”, “o” y “s”. Las “i” con un gran círculo sobre ellas era señal de una mente infantil o añorada, la “o” cerrada significa introvertida, “t” con el rabito corto, falta de determinación; los mismos rasgos significativos que vio en el formulario plagado de mentiras, desde el nombre hasta el estado civil, puso soltera y aquel hombre que la escruta con descaro, era el marido. El tamaño de la letra

era pequeño, Natalia a pesar de las gafas se acercó el papel, padece de vista cansada desde los treinta años, «Prematura hasta para los signos de vejez», dijo Rosa cuando la vio con las lentes puestas leyendo el periódico. Esos rasgos en las dimensiones de las palabras denotan timidez e introversión. Natalia recuerda con claridad a la mujer, estuvo sentada durante más de veinte minutos con las manos entre las piernas y la vista clavada en el suelo sin decir nada.

Aquella carta explica a quién pueda interesar por qué se suicida. El texto corrobora lo que Natalia intuyó de la personalidad de la desconocida, era cerrada con la gente, prefería estar en las sombras y no llamar la atención. En el último párrafo, se despedía de todos aquellos a los que amaba, la letra se inclina hacia la izquierda.

Natalia se lleva la carpeta a la cara y grita con todas sus fuerzas, después lloró sin consuelo. El timbre de la puerta suena varias veces, seguido de fuertes golpes. Se enjuaga con la manga del pijama las lágrimas que caen por las mejillas y pregunta con la frente apoyada en la puerta. La voz de Sergio se oye apremiante al otro lado. Descorre los dos cerrojos y gira la llave. Natalia se arroja a los brazos abiertos de Sergio, hunde la cabeza en su pecho, y descarga toda la tensión acumulada, «Todo está bien doctora, ya estoy aquí». El consuelo siempre es un bálsamo para el alma. El abrazo, un alivio para tanto dolor.

—¿Qué sucede doctora?

—He sufrido una catarsis emocional —dice ella. Sergio cuenta hasta diez.

—¡Doctora! —No busca el nombre técnico, sino la razón de tanto dolor, pero con ella la paciencia se pone siempre a prueba.

—Sé cuál es el nexo de unión de Rafael Horcajo conmigo.

La expresión de Sergio se debate entre la alegría y el miedo. Natalia le toma de la mano y guio hasta la consulta. Las notas están esparramadas por el suelo. Las recopila con brusquedad y se las pasa mientras ella camina inquieta de un lado a otro.

—¿Quieres café? — pregunta de súbito como si estuviese saliendo de un trance—. Dicen que el café con amigos hace los problemas más livianos, prepararé una gran cafetera —Sergio asiente sin dejar de leer el informe.

Natalia anda por la cocina como si fuera la primera vez que la pisa. Abre y cierra armarios y cajones una y otra vez, da la impresión de ser una mujer que roza el abismo de la locura. Está sorprendida de su propia reacción, y la respuesta que da ante aquella situación, en lugar de alegrarse por descubrir un hilo de investigación para Sergio, se siente asustada como un conejo ante el lobo.

—He tenido unos sueños recurrentes. Estuve malinterpretando todas

las señales. Agustín es nuestro cerebro en todo este embrollo, no tengo ninguna duda —Hilvana las ideas—. El profesor Levitt encontró un buen discípulo en la facultad. Agustín, como la mayoría de las personas con altas capacidades, sufrió fracaso escolar. Son niños que con poco esfuerzo logran grandes resultados, y se acostumbran, no adquieren una rutina. Se aburren, necesitan estímulos constantes. No terminó la carrera porque quería correr demasiado, exponiendo teorías y ensayos que solo se permite a las grandes eminencias de la psiquiatría o quizá molestó a más de uno y les puso en evidencia. Recuerdo que Albert Levitt llevaba mal la competencia.

—Se reveló contra «el maestro». Encontramos el informe de la expulsión, escrito y firmado por el profesor Alberth Levitt, pero tenía una nota adjunta del profesor Vicente Serrano, que añadía a todo lo expuesto, que el joven Agustín tenía una «ética» que no correspondía con un buen médico. — Toma la taza de café que le tiende Natalia— La madre de Raquel nos contó que echaron a su hija del estudio.

—Yo finalicé con las tres. Eso significa que la implantación de la orden la hicieron posterior. Tiene lógica, aquella idea surgió mientras observaba la evolución de las niñas. —Los efectos de aquel líquido negro eran increíbles, un beneficio directo al cerebro—. ¿No podemos cambiar nuestro destino?

—Supongo que está escrito, por mucho que nos vendan que somos dueños de él. Terminó como sus compañeras, en manos de un sádico. —Sergio ni siquiera cree que el hombre sea dueño de sus elecciones—. La madre de Raquel reconoció la foto de Agustín sin ninguna duda, era el muchacho que hablaba con el profesor Levitt en aquella cafetería veinte años atrás. La conversación era bastante acalorada. Según ella, cree que discutían sobre el estudio. Esto revela que Agustín no era un alumno más, sino una persona muy activa dentro de él, quizá la mano derecha del profesor. —Acaricia el borde de la taza con su dedo índice mientras encuentra las palabras que explican lo que Marta y él creen—. Te conoce bien porque vio los vídeos de las sesiones, estudió tus costumbres: como el termo de té, el método y la forma de tratar a las niñas; tuvo acceso a toda la documentación y seguro vio lo mismo que «El Profesor», que serías una increíble psiquiatra.

Natalia levanta la mirada del fondo de su taza vacía y esboza una sonrisa cariñosa.

—Es curioso cómo con el tiempo te das cuenta que seguimos un sendero trazado. Lo que pareció salvar la vida de Raquel, al reconocer entre la gente del metro la figura de Agustín; que su madre tuviera el valor de seguirlo, incumpliendo una de las cláusulas del contrato que firmó; a priori fue la salvación, pero no sirvió de nada —dice Natalia. Daba miedo poner voz a aquel pensamiento—. Se expulsó a Raquel del programa sin conocer el

peligro que corría permaneciendo en él. Seguro que la madre suplicó para que la admitieran y se culpó todo este tiempo. Y aquí viene la pregunta, ¿Por qué se hizo modelo?

—Según la madre, siguió en contacto con dos de aquellas niñas. En la adolescencia esta relación se intensificó, las amigas se hicieron modelos y ella también, era muy guapa. Tengo a varias personas estudiando las fotos que publicaba en las redes, la pena es que no existiera el Facebook, el Instagram y el Twitter mucho antes, tendríamos el problema resuelto. Buscan publicaciones en revistas y en archivos de modistos. —Apura la última gota de café—. Doctora, continúa con tu sueño.

—Agustín tiene un tatuaje de serpiente, esto no deja de martillar mi cabeza una y otra vez. —Natalia es incapaz de dar coherencia a todo lo que se revela, se agolpa en su cabeza y se enreda en la lengua—. El nombre de Álvaro cuando lo leí en el expediente de Rafael no me aportó nada, hay tantos nombres iguales que es muy difícil..., no caí en ello, pero mi subconsciente sí. Te dije que no conocía a Rafael, y es cierto, pero cuando miré su fotografía en el informe algo me resultó familiar. El día que comimos en el restaurante Fairuz no fue la primera vez que coincidimos, en aquella cena malograda por mis nervios con Manolo, le vi. —Sergio pone cara de incredulidad— Sí, era la segunda vez que Rafael y yo cruzamos las miradas.

»Verás, está demostrado que mucha de la información que captamos está registrada en nuestro subconsciente, pero no somos consciente de ello, valga la redundancia. Cuando le vi aquel día me quedé observando su gorro negro de lana, pero retuve una imagen de ese instante en mi mente. Cuando he unido los puntos he comprendido todo. Al bajarse el gorro, echó hacia arriba el cuello y vi un cordón que podía ser perfectamente una serpiente o una soga.

»Hace unos días, después de unas cuantas copas de más, me vino a la cabeza el caso de una paciente que se suicidó. Cuando se marchó llevaba una receta para hacer frente a la depresión, Fluoxetina. Como no acudió a la siguiente cita, intenté contactar con ella. Todos los datos del impreso eran falsos, nombre, teléfono y dirección, no pude localizarla.

—Doctora, ¿me estás insinuando...? —Una pregunta retórica. Sergio necesita datos concretos, pero Natalia se pierde en una verborrea psiquiátrica que crispa— ¡La mujer de Álvaro se suicidó ingiriendo pastillas!, lo intentó otras veces, tenía cicatrices en las muñecas. La encontró el marido tumbada en la cama de matrimonio con el vestido de novia, que, por cierto, cuyo diseñador fue nuestro amigo Antonio porque este era muy parecido al que vestía Sonia cuando la encontramos. Él lo niega, pero con la boca chica. Marta vapuleó su ego y no pudo resistirse, la llamó «mequetrefe sin gusto». — Ambos rieron—. Se llamaba Gala y era la hermana pequeña de Manolo.

Los ojos de Natalia se abren con desmesura. Ahora pone, no solo la cara, también el gesto y la pose a Álvaro.

—Yo no receto la cantidad suficiente para sufrir una sobredosis. ¿Qué significa el cordón alrededor el cuello? —pregunta Natalia.

—Le trasladaré la pregunta a Rafael cuando le tenga en la sala de interrogatorio. Según narcóticos, suministra anfetis a todos los locales de alterne de la ciudad y tiene un amplio catálogo de pastillas para pasar un buen rato, aunque todo es un suponer porque nunca le han trincado. Según el informe forense de Gala había restos de todo un cóctel y según el estudio de un pelo de su cabello, eran meses los que llevaba consumiendo. —Se encoge de hombros—. Entiendo por qué se suicidó Álvaro, fue un acto de rebeldía hacia quien dominó toda su vida. Este muchacho sin la sombra de Rafael hubiese sido un tipo normal, con una vida familiar, además todo el mundo habla de él con respeto, pero del otro...

—¿Por qué un informe tan detallado?

—Lo pidió el señor Horcajo, pero no sé cuál de los dos, supongo que Álvaro.

—Gala —dice Natalia—, vivía atormentada. No habló mucho, tenía un conflicto interno, dejó caer algo sobre la infidelidad y se reprochó no ser más fuerte. Pero en la nota de suicidio reveló una idea algo turbadora, «alguien

vestido con la piel de mi marido»». —Natalia tiene dudas—. Los sujetos que llevan una vida desordenada, con dificultad dejan de hacerlo, y teniendo en cuenta la personalidad absorbente y tirana de Rafael, seguro arrastró a su terreno a todo aquel que se acerca a él. No soportó la felicidad de Álvaro con su mujer, puede incluso que vislumbrase un futuro más halagüeño que el que jamás tendría él —*Hay algo que no termina de encajar*, piensa ella—. Gala mencionó que el amor se volvió un vicio insano, una perversión.

—¿Qué quieres decir doctora?

—Bueno, lo más lógico es pensar que Rafael drogaba a su cuñada para abusar de ella, se metía a hurtadillas en la cama y fingía ser Álvaro, aunque no todo se puede someter al engaño. —*¿Por qué no destapó la verdad?*—. La infidelidad no es responsabilidad de una tercera persona, es nuestra, nos dejamos llevar. Gala conocía las caricias y besos de su esposo, seguro que al poseerla recibía un trato dulce y cariñoso, mientras que al cuñado todos los describen como un ser violento. —No termina de cuadrar aquella idea—. Ella se sentía culpable.

—Me gusta que te dejes llevar y no tanto rollo de diván. —Natalia no está segura de lo que hace—. Álvaro desconoce esto, me imagino que lo descubrió cuando el médico forense le entregó el informe y leyó que estaba embarazada. —Sergio vuelve a ver la sorpresa en el rostro de ella—.

Recuerdas que te conté que estuvo ingresado por una patada en los testículos, pues tuvo una torsión, le aplastó los huevos contra el hueso púbico, causando un sangrado dentro del escroto y fue necesario operar, quedando estéril. Nuestro Rafael es un verdadero angelito.

—La esperanza de un hijo, la ilusión de una vida que crece dentro, la oportunidad de encontrar la felicidad, pero de repente eres consciente de que no es del hombre correcto, descubres el engaño.

El círculo se cierra, pero a qué precio.

Capítulo 29

Todo antes o después tiene un final. «No hay mal que cien años dure», a lo que su madre añade, «Ni cuerpo que lo aguante». Con este hilo de pensamientos pasa a limpio todas las notas extraídas de la conversación con Sergio. Pero los últimos quince minutos fueron los más difíciles de asumir.

—Doctora, tengo tantas pruebas que podría empapelar estas paredes. Tu amigo Paco jamás terminó los estudios de medicina —dice Sergio—. Le recordarás el día de la graduación paseando por el salón de actos o festejando con unos y otros el final de tantos esfuerzos. Pero él tenía un periódico enrollado en la mano y no un título firmado por el Rey.

—Tienes que estar equivocado. Le vi en el examen del MIR, coincidimos de nuevo mirando las listas, recuerdo que dijo que sacó la nota necesaria para neurocirugía, es más, le vi cientos de veces por los pasillos del hospital. Además —añade Natalia—, cómo iba el doctor Serrano a admitir en su equipo a alguien sin licenciatura. Dio conferencias con él por todo el mundo.

—¿Estás segura de todo eso? Quizá sea un recuerdo que has rellenado con la ayuda de Paco y no pusiste en tela de juicio porque era lo más lógico. Efecto Mandela. ¿Sabes qué te llamó la atención? —Niega Natalia—. Cuando nos despedíamos del doctor Serrano, en aquella primera visita tan favorable

para todos, Paco insistió en que entrásemos en su despacho, porque deseaba deslumbrarte con todo aquel despliegue de lujo y pomposidad, a la que siempre fuiste inmune, ¡gracias al cielo! Te vi mirar con detenimiento los títulos que decoraban las paredes y he de reconocer que no se cortó ni un pelo, eran muchos y todos y cada uno de ellos más falsos que Judas. Estoy seguro que en ese momento te diste cuenta, quizá el color de la tinta o la firma del Rector o yo qué sé, pero no lo expusiste por lo ilógico que parecía. Me arriesgo a decir que lo confundiste con envidia.

»»Paco es el eco de todo pensamiento, no aportó ni una idea original. Recuerda a un bufón representando el papel de señor, que como nunca lo fue solo puede imitarlo. Cuando dijiste aquello, «hacer creer lo que no es», pensé en él.

»»Vicente Serrano es lo que yo llamo un hombre medroso y pusilánime, aquel que, por su temperamento, piensa que es incapaz de llevar a cabo cualquier empresa si está solo, necesita de una persona que agite los pompones dando el ánimo y el valor del que carece.

—Recuerdo de los años de facultad que era muy dependiente de su mujer. Todos lo somos de alguien a lo largo de nuestra vida: de familia, amigos, y luego, por qué no, de nuestra pareja, es bueno para el desarrollo de la persona, siempre y cuando no supere los límites. Eran muchos los

comentarios que corrían, pero yo no soy amiga de rumores —dice Natalia.

—Seguro los mismos que escuchamos nosotros. La mujer se cansó de tanta docilidad al poco de nacer el hijo, me imagino que es entonces cuando te das cuenta de las carencias de la otra persona. Le largó de la casa conyugal, el buen doctor tuvo que buscar a otro que tirase de él: llegó Paco. Una relación simbiótica. —Sergio se recuesta satisfecho.

—Entonces, ¿en qué año dejó la Facultad?

—En cuarto, aunque arrastraba algo de todos los cursos.

—Cuando nuestra relación se enfrió, nos limitábamos a cabecear si coincidíamos en los pasillos y muchas veces fingía no verme. Di por hecho que le iba bien. —Suena el móvil de Sergio, sin terminar la conversación sale de casa de Natalia.

Han transcurrido tres horas, las mismas que ella lleva pasando a limpio las notas y haciendo enrevesadas telas de araña uniendo con trazos gruesos las relaciones que tienen los cinco hombres con las víctimas. Después quiere unir con una línea fina su relación con todos ellos. El resultado será desolador, ya que el nexo que lo relaciona todo, no es otro que: ella.

El interfono de la mesa suena interrumpiendo la tarea.

—Doctora, hay aquí un caballero que quiere hablar con usted. Se llama Rafael Horcajo —La voz de Loreto suena distorsionada y metálica, *Se supone*

que era un día de papeleo y no de pacientes.

Su corazón da un vuelco y mira la pantalla inerte de su móvil, duda si llamar a Sergio. Entonces recuerda las cámaras de vigilancia de la sala de espera, los micrófonos y aunque sea poco el apoyo, piensa en la figura de Loreto al otro lado de la puerta, da cierto valor a la acción arriesgada que está a punto de asumir. «Que pase».

Antes de llegar a su altura, Rafael ya la observa con curiosidad desde el umbral. Es un hombre alto, moreno y bien parecido, su mirada oscura no revela nada en absoluto, está vacía de sentimientos, ni odio, ni ira, ni desprecio como se espera en alguien con su perfil psicológico.

—Doctora, encantado de conocerla —dice mientras le tiende la mano. Su tacto es delicado y suave, esperaba más rudeza en los gestos, incluso unos dedos callosos manchados de aceite de coche y no una manicura perfecta. Es un galán de telenovela.

—Igualmente —tartamudea Natalia, no por el miedo que le tiene, a pesar de su gesto sereno, sino por el desconcierto que genera la idea preconcebida tan errada.

—Usted sabe quién soy yo, y yo quién es usted. Esto facilita mucho las cosas, ¿no le parece? —Natalia asiente sin estar muy segura que fuera lo correcto—. Me sorprende descubrir que Gala vino a su consulta, aquel día era

feliz. ¿Qué le dijo para desconcertarla tanto que decidiera quitarse la vida?

—Directo al grano —contesta ella—. Puedo revelar lo que su cuñada me confió porque ella está muerta. Pero las verdaderas conclusiones las tuve hace escasas horas hablando con el teniente Fernández

—Yo nunca le hice daño. La traté como a una reina y la amé como a ninguna otra —O era un formidable actor o decía la verdad.

—Dudo de eso, recordando la ansiedad y tristeza que traía consigo. Descubrir que estaba embarazada fue una revelación casi divina, teniendo en cuenta la incapacidad de su marido. Imagino, que tardó poco en atar cabos. Cada mañana despertaría sumida en tinieblas, con una vaga imagen de ella misma haciendo el amor con Álvaro, pero este más brusco y posesivo. ¿Es de los que disfrutan dejando huella en la piel suave de una mujer?

—Soy de los que demora el tiempo contemplando cómo la dama gime de placer, cómo se corre entre mis dedos y me suplica que la posea una y otra vez. El amante que satisface los deseos, y cuando le ordenan que embista con fuerza, cumple al pie de la letra. No soy de los que abandonan la cama porque no se le levanta, ni la deja llorando entre las sábanas, no hago oídos sordos a las súplicas, ni me escondo cuando me imploran besos y caricias.

—¿Me está diciendo que así actuaba su hermano?

—Antes o después ella buscaría las manos de otro hombre y yo dejaría

de verla.

—¿Por qué la drogó si lo tenía tan fácil? —pregunta.

—Me odiaba. Uno de los dos tenía que ser fuerte para sobrevivir. — Hay desorden en los pensamientos, sentimientos atropellados que se agolpan en la cabeza, todos queriendo salir aligerando la carga—. La vida nos mostró la cara más amarga. Yo siempre cuidé de él, aunque para ello tuve que sacrificar todo, incluso vender mi alma al diablo. —Se abre el botón de la chaqueta del traje azul oscuro, mostrando una camisa blanca que trasparenta el tatuaje de una serpiente cayendo por el pecho. El cuerpo de la inmensa víbora permanecía enrollado en el cuello, como una soga—. Deseé a Gala la primera vez que mi hermano la llevó a casa, pero le pertenecía y yo nunca hubiese levantado un dedo para hacerle daño —*Ya le destrozaste la vida demasiadas veces, piensa Natalia*—. Ella estaba planeando divorciarse. Nunca se lo permitiría. —*¿de quién estaba hablando, de su hermano o de él?*

—¿Qué cambió en ellos?

—Decía que era como, «una llamada insistente». Yo creo que se sentía sola. Pero mi hermano no quería tener a nadie bajo su responsabilidad, más de los mismo —dice Rafael con resignación—, dejar que otros corran con los gastos de vivir la vida. Un hijo supone decisiones, asumir riesgos y afrontar consecuencias. —Se acerca a la ventana para mirar distraído a los

transeúntes—. Todo hubiera sido diferente sin aquella patada.

—Suya.

—Sí. Por eso asumí el papel que tengo. No fui un adolescente dócil, todo lo prohibido me atraía como un imán: drogas, alcohol, prostitutas y carreras de coches ilegales. —El tono de su voz o la expresión lastimera del rostro hace que Natalia se compadezca de él—. Discutimos y le di una patada con tanta fuerza... no esperaba que el muy gilipollas se abriera de piernas en lugar de cubrirse. ¡¿Qué tipo hace eso?!

—Era solo un niño. —Rafael asiente—. Entonces decide ocupar cada noche el puesto de su hermano.

—Sí. —Rafael calla con la mirada perdida. Natalia en aquel silencio encuentra una comunicación muy reveladora. Es un mensaje sin florituras, sin engaños, es un claro sí o un rotundo no, tiene sentimientos conflictivos simultáneos. Es una sentencia firme, culpable, a una fuerte emoción que él no puede gestionar mientras habla. No es la ausencia de palabras, son las barreras que se levantan para proteger un alma herida—. Disfrutaba con todo aquello. —¿quién *«disfrutaba»*? Ambivalencia, es lo que capta Navarro—. Yo deseaba a Gala, pero no de aquella forma. Tenía que protegerla.

—Pura nobleza.

—Crea lo que quiera, está en su derecho. Pero yo la amaba y estoy

seguro que ella, llegó a quererme. —Natalia tiene dudas. Son muchos los años escuchando a mentirosos patológicos, y algo en aquel hombre le dice que se olvide de prejuicios preconcebidos.

Álvaro sentía rencor por Rafael, no era para menos, sumió su infancia en un infierno, le destrozó la vida con aquella patada. Un enfado profundo y resistente nace desde ese día; a pesar de que su hermano mayor cambió tras aquel accidente, él cruzó una línea invisible e irreversible. Rafael encauzó el futuro. Pero para Álvaro todo aquello llegó tarde, no hubo perdón. Tenía un sentimiento arraigado que desequilibró su mente, convirtiéndole en lo que había temido y odiado, una versión de Rafael, mejorada.

—Ha venido a mi consulta pidiendo respuestas que no tengo. Si Gala era feliz tras el descubrimiento de su embarazo, ¿Con quién habló que tuvo la necesidad de buscar a una desconocida? —pregunta Natalia— ¿Por qué la drogaba? —En el rostro de Rafael, se dibuja la culpa—. Usted es alfa, no omega.

La doctora realiza constantes preguntas a los pacientes para que ellos mismos lleguen a las respuestas que buscan, pero nunca imaginó tal respuesta. El semblante de Rafael mudó de la culpa a la rabia. Cogió la chaqueta y salió de la consulta dando un portazo. Ella quedó en la misma posición durante unos minutos, hilando una relación que explicase el deseo de venganza que Rafael

dejó suspendido en el aire. *Álvaro odia a Rafael. Álvaro conoce a Gala. —* Apunta en un trocito de papel: «dónde, cómo y por qué»— *Comienzan una relación. Rafael se enamora de ella en cuanto la ve. Álvaro sigue alimentando al lobo malo que todos encerramos en nuestro interior, este crece hasta hacerse insoportable. Aquella amargura no desaparecía. Se casa con Gala por despecho, venganza o ambos. Ella se transforma en el instrumento de tortura.*

Capítulo 30

Cuando Natalia llamó «alfa» a Rafael regresó esa sensación de que algo queda incompleto en el pensamiento. Y sobre aquella idea la figura de un lobo invadió la mente. Recuerda un congreso donde se trató la sociabilidad de esta especie: «El hombre siente admiración por este animal, esto es incuestionable. Son seres solitarios, pero les gusta vivir en manada, pueden recorrer kilómetros y explorar un territorio sin compañía, pero siempre regresan con la familia. Leales, protectores y la capacidad de amar envidiable. El macho alfa nunca encabeza la manada, siempre los ancianos y los enfermos, para protegerles. Se respeta el conocimiento y la experiencia. El macho dominante jamás es agresivo ni autoritario, no lo temen, lo respetan». Continuó el ponente con leyendas, fábulas y cuentos populares que hablan de esta atracción amor-odio que une al hombre con la naturaleza. Luego llegaron las bromas y alguien dijo de tatuarse un lobo en el brazo. «Si alguien se tatúa este animal salvaje, nos trasmite poder, respeto, libertad y fidelidad a la familia». Y aquí la mente de Natalia se vacía del resto de sensaciones. «Después de casi cinco años Rafael se presenta en mi consulta exigiendo respuestas». Tiene que llamar a Sergio, pues ella se da cuenta de las limitaciones que sufre para comprender al ser humano cuando Navarro se repliega en el interior.

—Siento molestarte, pero me dijiste que te expusiera cada reflexión por muy absurda que me parezca —dice Natalia tras escuchar el gruñido de Sergio a modo de saludo.

—Si supieras lo valiosa que eres, me exigirías un sueldo. —Está contento, animado casi eufórico—. ¡Dispare doctora! En el buen sentido, claro.

—Vino a verme Rafael Horcajo...

—Lo sé. He visto el vídeo de la grabación. Lástima que solo cubra la sala de espera —No parece estar interesado en la conversación que mantuvieron—. Cuéntame qué te inquieta. —El móvil de Natalia suena, pero guarda este en el fondo de su cajón—. Conteste doctora, yo espero.

—Saltará el contestador, tranquilo. Rafael vino a exigirme explicaciones por la muerte de Gala. No comprendo por qué tardó cinco años en reclamármelas. —Sigue durante los siguientes cinco minutos contando cada detalle de la entrevista—. No dejo de pensar que ella se enamoró de Rafael. Incliné la balanza del lado de Álvaro y no termina de encajar el perfil de ninguno. Pero fue al llamarle «alfa» cuando lo pensé. ¿Qué papel jugó el hermano pequeño en la organización? Todos lo describen como un tipo bueno, afable y extrovertido.

»El lobo siempre será el malo, si solo escuchas a Caperucita. Yo oí

con detalle su confesión y hay algo detrás. Álvaro podía ser un manipulador sagaz, no lo sabremos con certeza. Me dijo: «Por eso, asumí el papel que tengo».

—¿No creerá en la palabra de ese bastardo? Tiene en jaque a todo la Guardia Civil de narcóticos y trata de blancas, se sabe que es él, pero no hay forma de pillarle, es listo, más astuto que la comadreja. No podemos culpar a Álvaro de lo que está haciendo en este preciso instante, te recuerdo que lleva muerto cinco años.

—¡Ya!, pero ¿por qué no averiguas más de su hermano?

—Doctora ganas. Pondré a Marta a investigar, aunque si todo sigue como espero, caerán en muy poco tiempo.

Cuelga sin despedirse. Sergio no cree en la hipótesis de un lobo con piel de cordero; piensa que Natalia se dejó seducir por un hombre atractivo. Ella, por el contrario, sigue dando forma al nuevo perfil de Álvaro: «Estos seres son peligrosos, pues debajo de una fachada frágil e inofensiva, suele ocultarse un depredador». Idéntico a Agustín, despreocupado, seguro de sí mismo. El problema de aquel planteamiento: el suicidio de Álvaro.

En el buzón del móvil aguarda el mensaje del doctor Vicente Serrano. Dos horas más tarde Natalia lo escucha: «¡¡Necesito verla urgentemente!!», la angustia en la voz denota miedo, una sensación de peligro inminente. Devuelve

la llamada sin éxito, salta el contestador, «Siento mucho la demora. Estoy en estos momentos en mi consulta, aunque si lo prefiere me desplazo dónde me indique».

Las horas trascurren sin respuesta y la sensación de que algo malo está sucediendo no deja de revolotear por la consulta. Que Vicente no hubiese respondido, cuando parecía tan desesperado, no es buena señal. Nuestro destino es incierto y nunca estamos seguros de por dónde soplará el viento, ese vaticinio se hará material en cuanto Natalia reciba la llamada de Sergio y escuche que el doctor Serrano apareció muerto en su consulta.

—Fuiste la última persona con la que quiso hablar, sabes ¿por qué? — Sergio está irritado.

—No tengo ni idea, me dejó un mensaje en el contestador —Natalia se siente culpable.

—¿Era esa llamada que escuché mientras hablábamos?, ¡Joder, maldita mi estampa! ¿Qué puñetas querría? Estábamos apretándole las clavijas.

—Somos producto de nuestras circunstancias y deseos. ¿Al final sospechabais de él? —Sergio pone los ojos en blanco al escuchar a Natalia y su verborrea filosófica o de manual de primero de psicología.

—Lo teníamos descartado pero el otro día dos compañeros se acusaban mutuamente de la pérdida de unas pruebas, ambos eran culpables,

pero terminaron divagando sobre el exceso de trabajo, la falta de horas de sueño, justificando su ineptitud... Y recordé la discusión que se entabló entre Paco y Vicente sobre si era ético o no los experimentos con humanos. Se acusaban de no hacer lo correcto. Marta coincide, le parecieron dos trastornados. —Toda la euforia de la mañana ha desaparecido, ahora conoce la gran baza—. Le puse un agente las veinticuatro horas y ayer nos dio resultado. Operó en la misma clínica privada donde trabaja Agustín. Lo hacía bajo cuerda. Según la directora son acuerdos entre cirujanos cuando es una intervención complicada. No queda registro en el hospital. Por eso su nombre no consta en los expedientes del personal.

»Palideció cuando le soltamos lo que teníamos sobre todos ellos. Todo paja y aire, pero él no lo sabía, y resultamos muy convincentes. Nos amenazó con una demanda a través de su abogado, pero con un ligero temblor en la voz y la frente sudorosa. —Alguien le pasa alguna nota porque escucha un susurro y luego abre un papel doblado y lee con los labios entreabiertos—. Se pinchó alguna sustancia en el brazo, perdió el conocimiento y calló hacia atrás golpeándose con un radiador, traumatismo craneal severo. El forense nos dará el informe.

—Para qué iba a llamarme si tenía pensado suicidarse. No tiene mucho sentido.

—Doctora, quería poner sus pecados en orden antes de presentarse ante el Señor.

—¿Escribió alguna nota?

—No, que hayamos encontrado, pero seguimos buscando. Nos hemos llevado su ordenador. ¡Espera doctora! —El auricular se tapa durante unos segundos—. Me dice Marta que Álvaro estudió hasta tercero de Químicas, era un excelente alumno, pero dejó la carrera sin más, seguro que su hermanito no soportó la idea de que fuera más inteligente que él. —*¿Por qué iba a esperar hasta finalizar la carrera para obligarle a dejarla?*, no tenía sentido—. Le necesitaba en el negocio de coches. Te dejo. La jodimos bien no contestando esa llamada.

Natalia está deshecha, si hubiese cogido aquella llamada quizá todo en ese momento estaría llegando a su fin. Pero tomamos decisiones, sin contemplaciones y sin cabida para los arrepentimientos. Ella no se puede permitir caer en ningún pozo por la culpa, ya que está en juego la vida de las muchachas. Las últimas palabras de Sergio han ido directas como puñales, aunque sabe que no es su intención. Si el tiempo pudiera retrocederse cogería esa llamada, pero tenían ambos que vivir con ello.

Ella vivió bajo el suplicio de los remordimientos y con el tiempo aprendió a coexistir con ellos, «cada uno forja mi carácter», dice en voz alta.

Por segunda vez una decisión suya trajo consecuencias para terceras personas.

Cuando su padre murió, la sensación de orfandad fue sobrecogedora. Era una mujer adulta, independiente, que se quedó sin confidente y confesor. La voz de su conciencia, más racional y experimentada, enmudeció. «Cuida mucho de tu madre, ya solo te tiene a ti», apretó con fuerza la mano huesuda y traslúcida de su padre y juró no dejarla sola nunca. Al abandonar el cementerio tras enterrarle en el panteón familiar, Rosa se abrazó con fuerza al pecho de su hija y entre sollozos dijo, «¡Qué va a ser de mí sin él!». Natalia acarició su melena canosa y apresó el aroma de la Toja que desprendía su cuerpo, prometió que velaría por ella hasta el último día. ¿Cuánto valor tiene la palabra dada cuando se puede romper por un interés propio?

Pero no fue así. El primer día que acudió al hogar familiar no pudo cruzar el umbral de la puerta, salió corriendo. Se ocultó en su coche y lloró durante horas, no podía ver el sillón vacío, ni las gafas de lectura sobre el periódico que jamás terminaría, ni la taza de té arrinconada en el estante cogiendo polvo. No estaba preparada para enfrentarse a la muerte, tuvo dos años para asumirlo, pero no lo hizo. Le quedaban las palabras, los gestos, los recuerdos vividos, los consejos escuchados desde niñas, y las manías heredadas que tan iguales les hacían, pero dolían más que aliviaban.

Decidió engañarse por un tiempo, fingiría, *Corazón que no ve*,

corazón que no siente. Así que zanjó aquella desazón que la impedía entrar en casa de sus padres quedando en la puerta principal del centro comercial de la Vaguada con su madre. No hay duelo que se cure cuando no se acepta la muerte por miedo al dolor que esta produce. Es una caída libre a un pozo donde nos aguardan nuestros sentimientos.

Pero el demonio tiene un juego cruel y despiadado con el que sabe martirizar a los débiles de espíritu. Cuando terminaron de comer y hacer compras, de disfrutar sin recordar el vacío que aguardaba fuera, se despidieron en la entrada del centro comercial. No acompañó a Rosa, ni se lo ofreció ni ella lo pidió. Rosa veía más allá del dolor que reflejaban los ojos enrojecidos e hinchados de su hija. Se dieron un fuerte beso en la mejilla, y Natalia aguardó a que tomase asiento en el autobús antes de coger su propio camino. No había llegado cuando la policía llamó para informar que su madre había sufrido una violenta agresión y que se encontraba en el hospital de la Paz en cuidados intensivos. El mundo se vino abajo.

Capítulo 31

No le gustan las sesiones conjuntas, pero el marido de Eva Luján, Tomás Soriano, se niega a dejarla sola. Él se considera una parte importante de la terapia pues cada día afronta con su esposa la enfermedad.

—¿Cómo es posible que vea sin comprender lo que está observando, antes podía? —dice Tomás. Natalia alcanza a entender el nerviosismo del marido, pero poco ayuda esa actitud a una mujer que se siente engañada por los ojos.

—Es un trastorno perceptivo adquirido por la lesión cerebral tras el accidente, una agnosia visual, más concretamente la prosopagnosia. —No le gusta mencionar una y otra vez el diagnóstico, porque conoce las razones que llevaron al vehículo familiar a salirse de la carretera y empotrarse en aquel árbol. El exceso de alcohol por parte de Tomás, la negativa a dejar conducir a Eva su nuevo coche y la disputa que los llevó a abandonar la fiesta antes de tiempo cuando Tomás se excedió en los halagos hacia la mujer del jefe. Todo eso provocó la situación

—¿No sabe quién es la gente?! ¿Acaso se hace una idea de lo que eso supone?! Seguro se puede operar, algo está suelto, el oculista dice que no tiene nada en los ojos, no ve borrones, ni sombras, es la cabeza que no lo ajusta. —
¿Pensaba que el cerebro era una CPU donde se pudiese ajustar chip y

cables?

—Tomás, hemos hablado muchas veces de esto. Es un fallo del sistema nervioso, ve perfectamente pero no reconoce a las personas. A usted sí, ayúdela diciendo a sus amigos que se pongan algo muy concreto, un sombrero.

—Es una broma que nunca llegará a entender, solo aquellos que estudien psiquiatría o psicología, «El hombre que se enamoró de un sombrero», *un caso muy interesante podía recomendarle su lectura.*

—Lo que faltaba es que después de casi treinta años juntos no supiera quién soy. —Eva reconoce a su esposo por la cicatriz que cubre su frente tras el accidente, por la manera de andar, el pelo pelirrojo y la ropa de colorines chillones. Pero Tomás escucha lo que quiere y comprende lo que le interesa.

El sonido del reloj avisa del fin de la consulta. Eva se acerca a la doctora y deposita un suave beso en la mejilla, muchas veces le ha confesado que lo que más duele no es la enfermedad sino la necesidad de su marido de solucionarlo todo y no aceptarla. Tomás sale como siempre, maldiciendo en varias lenguas muertas.

—¿Una dura mañana? —dice Sergio. Natalia se sorprende al verle apoyado en el marco de la puerta.

—Como cualquier otra. ¿Qué te trae por mi humilde hogar? —Apunta las notas en el expediente de Eva y lo coloca sobre la bandeja que luego

archivará Loreto.

—¿Por qué está tan enfadada tu secretaria? Ni una sonrisa, ni un café me ha ofrecido, ¿Qué la hiciste doctora?

—¡Líbreme Dios! Esta mañana antes de salir de casa recibió un wasap de una amiga. Este fin de semana van de boda, ambas han comprado idéntico vestido. Un modelo de lo más exclusivo y me dice, «¿cuál es la posibilidad de tal cosa?». ».

—Las mujeres hablan por los codos. Su amiga se adelantó y le pisó la idea, a buscar otro, fin del problema.

—Quedan menos de dos horas para que cierren las tiendas, no es tan sencillo. Tiene los zapatos a juego y el bolso. —Sergio encoge los hombros, quitando valor a tales detalles—. Eso le sucede al pobre hombre de a pie que compra ropa de mercadillo.

Sergio se calla con la mirada puesta en un lugar lejano al otro lado de la ventana. Lleva tiempo dando vueltas a los vestidos, a las dos fotografías que tiene pinchadas en su tablón de corcho, una era la figura sin vida de Gala sobre la cama con su vestido de novia y la otra la que tomaron a Sonia en el hospital con idéntica prenda.

—¿¡Hola!?! —dice Natalia, ante la ausencia de Sergio.

—No dejo de dar vueltas a una pregunta ¿por qué dos diseños

idénticos? Y la otra: ¿qué necesidad hay de vestirlas tan elegantes?

—Vistiéndolas de gala, tienen la curiosidad de la gente, los medios y de vosotros.

—El caso es tan macabro que la atención la tienen sin necesidad de tales florituras. Pensemos por unos minutos —dice Sergio. Pasea nervioso por la consulta—. Los asesinos en serie no se hacen de la noche a la mañana. Nuestro hombre, no le pondremos por ahora nombre, lleva un tiempo matando chicas, pero no consigue la notoriedad que espera, es más, nadie encuentra los cadáveres. Frustrado decide cambiar de táctica, no las va a enterrar en mitad de la nada, las dejará en pleno centro de Madrid en hora punta, a la vista de todo el mundo.

—Tiene mucho sentido. Si el aburrimiento hizo mella en él, cambiaría las reglas de su propio juego, añadiendo más riesgo.

—Marta investigó al famoso diseñador Prieto Aaton, —Natalia escucha interesada—, más conocido por nosotros como Antonio. Sus vestidos los lucen modelos en fiestas privadas de la alta sociedad, son muy demandados, pero su nombre no figura entre los grandes diseñadores y nadie los compra para eventos como por ejemplo los Goya. Y, sobre todo, ¿Por qué dos iguales? —Sergio no deja de pensar que algo se escapa, clave del enigma—. Según figura en los registros de ventas, el vestido de Gala costó un pastón,

y lo pagó Rafael, ¿Cómo permitió que se hicieran dos iguales?

—¿Por qué los de narcóticos vigilan a Rafael, parece interesarle los coches y sus locales de alterne? —Sergio se sorprende ante el quiebro que da la conversación, pero para eso expone las dudas en alto, para que ella arroje otro punto de vista.

—Mata el tiempo en el taller y en los clubs que tiene. Le hacen redadas casi semanales y está limpio. Sí, se encuentran papelinas en los vestuarios de las chicas, pero de uso propio, cantidades irrisorias. Sale un vehículo de lujo de su almacén y lo desmontan los compañeros casi por completo, y nada. Ya ningún juez firma una orden judicial, alegan que acusará a la Guardia Civil de acoso, y la prensa caerá sobre todos como carroñeros. —Aquella es otra idea que ronda la cabeza de Sergio, *¿quién le filtra la droga?*—. En los registros contables de un narcotraficante colombiano que detuvieron hace diez años, aparecían varios apuntes con las iniciales H.H.

—¿Eso es todo? Con solo dos iniciales llegaron a «Hermanos Horcajo». —Natalia no da crédito a tal simpleza.

—No doctora. Este amigo colombiano era un asiduo a los negocios de Rafael Horcajo —Se quita la chaqueta dejando a la vista la pistola, un escalofrío recorrió la espalda de Natalia, aborrece las armas—. «Bonitas mujeres y lujosos vehículos, dos buenas razones por los que la vida merece la

pena», palabras textuales del mayor narco del mundo, conocido como «El Colombiano». Están seguros que la droga la pasa por los coches, pero no encuentran nada.

—Si está entre rejas, ¿con quién hace negocios? Además: ¿es hermanos o hermano?

—Pura semántica. Desde la cárcel, estos cacos de la droga gestionan todo, no necesitan estar libres. Ahí dentro viven como reyes, ¡son los putos dioses! —Hace una pausa que aprovecha para llenar un vaso de papel con agua de una jarra de cristal que está sobre el escritorio de Natalia—. Es cierto que el comadreo con España tuvo un paréntesis, ya no podía venir de putas ni comprar coches europeos. «Le gusta probar lo que compra», es otra de sus frases. —Sergio carraspea antes de continuar—. Salió hace cinco años, más o menos. El tipo estaba moribundo, pero fue poner un pie en la calle y se recuperó del todo.

—¿Cinco años? —Natalia muestra una sonrisa triunfal—. Verás, en psicología hay algo que se conoce como las «casualidades significativas», — Sergio quiere protestar, no soporta las pequeñas lecciones, pero ella razona así—, aquellas a las que no solemos dar importancia: soñar con algo y que se cumpla, pensar en alguien y encontrarlo, conocer en un lugar remoto al primo de tu vecino; son cosas del azar o eso parecen a simple vista. El psiquiatra

Carl Gustav Jung, dio importancia a este fenómeno y le llamó «sincronidad». Hace cinco años se suicida Gala y Álvaro, y empieza de nuevo el negocio con Colombia, ¿estoy equivocada?

—No. Salió de la cárcel y restablecieron los lazos afectivos. Volvieron las fiestas, las modelos y los coches de lujo —dice Sergio—. Creo qué sé el motivo de los vestidos. Es un mensaje: «Soy más listo que vosotros». No se trata de Antonio: de darle fama ni publicidad; tampoco de llamar la atención de la chiscas, tú mismo lo has dicho, es tan macabro el hecho que ya tenía vuestro interés y el de la prensa. Son los negocios de Rafael.

—¿Cómo? —pregunta Natalia.

—A la vista de todos, dos prendas iguales. La modelo va con él cargado de coca y en la fiesta se cambia por la copia, pero sin droga. Sencillo. —Saca su móvil y envía un breve mensaje, dos segundos después la respuesta—. ¡Claro que me debes una y de las gordas! —dice mirando la pantalla cuando su compañero de narcóticos agradece el chivatazo.

—Es perverso. Para Agustín es solo un juego, ¿quién es más inteligente?

—Veo la relación entre Manolo, Antonio y Rafael, pero no puedo unirlos con Vicente y Paco —dijo Sergio.

—Son dos ecuaciones con un solo elemento en común, Agustín. Los intentamos relacionar y no salen las cuentas —dice Natalia—. Llevo unos días repasando la prensa, todo lo que publicaron sobre «El Profesor» y las veintitantas mujeres que torturó en nombre de la ciencia. Alejandra fue valiente al enfrentarse a la verdad, la única superviviente, yo estaría destrozada si descubriese que el mejor amigo de mi padre, que cuidó de mí en la infancia y guio mis estudios académicos, me secuestró y torturó durante un año, por unos fines que no tienen lógica alguna. Albert Levitt marcó una trayectoria sangrienta en la vida de ella. Esperó años para ponerla a prueba en un plan estructurado con maestría. Es tal, que todavía no saben dónde enterró los cuerpos. ¡Aterrador! —Se inclina hacia delante para acortar la distancia con Sergio— ¿Qué caracteriza a «El Profesor»? La paciencia. El plan estaba trazado a largo plazo. Entonces pensé en nuestro caso. Agustín, alumno aventajado, conocía cada detalle del estudio y el verdadero alcance, seguro que cuando vio en la prensa la muerte del profesor, dio por arruinado el resultado de aquellos experimentos.

—Pero olvidas...—Quiso interrumpir Sergio.

—Déjame terminar. Una segunda fecha regresa a nuestros calendarios con fuerza, hace dieciséis meses. —prosigue Natalia—. Salgo en la prensa aclamada como el nuevo «Sherlock Holmes», ya no es un detective, ni un forense, ahora es una psiquiatra la que destaca en el mundo criminal. Escasos

días después se crea una agencia de modelos fantasma llamada Manant, interesante acrónimo, Manolo y Antonio.

—No se me escapó el detalle. Pero no arañamos mucho más. Son dos borregos con una suerte increíble.

—Son dos títeres con un director de orquesta muy listo, Agustín maneja los hilos desde las sombras. Pero sigamos. Coincido con Paco en un congreso que versa sobre la manipulación mental, mi tesis, no directamente, pero sí un vago recuerdo. Y tras años sin intercambiar más que un saludo tiene ganas de retomar nuestra amistad en el punto donde se quedó. Como poco, raro. —Natalia aprieta la cola de caballo de su melena negra—. Se publica un anuncio donde buscan modelos para un pase que organiza un diseñador de cierto prestigio en fiestas privadas, Prieto Aaton. Acuden nuestras chicas a leer una serie de palabras claves. El resto más o menos lo que conocemos o creemos.

—Vanesa tenía una relación sentimental con Vicente, fue lo único que pudimos sonsacarle. Con este dato llamé al médico que la atiende y le pregunté si había sido madre o tuvo en los últimos meses algún aborto.

—Aborto —dice Natalia. Sergio aplaude—. Paco no vio con buenos ojos la relación de este con Vanesa, y embarazada, era un lastre incómodo para sus planes. Conocemos la debilidad de espíritu de Vicente, un hijo

conseguiría que se replanteara los valores morales del supuesto experimento y decidiera confesar para empezar de cero. —Se frota la frente nerviosa—. En este mundo hay personas que caminan por una frontera muy fina entre el bien y el mal. Carl Gustav Jung dijo: «Un hombre que no ha pasado a través del infierno de sus pasiones, no las ha superado nunca». Agustín mostró las puertas del averno a Paco y Vicente, ambos la cruzaron y solo el segundo fue consciente del error que había cometido.

—Un pacto con el diablo, uno por fama y el otro por una cura para su hijo.

—Vicente se derrumbaba y ella era el nuevo paño de lágrimas...— dice Natalia.

—¿Por qué Vicente no buscó a Vanesa, sabiendo que esperaba un hijo suyo? —pregunta Sergio.

—Paco pudo decirle que podía ser de cualquiera, al fin y al cabo, ella era prostituta.

—Tienes una habilidad innata para conocer, percibir y comprender los hechos de las personas sin una base.

—Son intuiciones. No me gusta trabajar con ellas porque no se mantienen ni en la razón ni en la lógica —asegura Natalia.

Todo aquel caso se sustentaba en una serie de sueños y recuerdos que

abrían un camino de investigación, más o menos, acertado. Todas las decisiones y planteamientos tenían una base inconsciente, lo cual no parecía, para ella, muy profesional. Carl Gustav Jung dijo: «Hasta que hagas consciente el inconsciente, dirigirá tu vida y lo llamarás destino». Natalia conoce aquella frase del gran psicólogo suizo, pero no sabe cómo profundizar dentro de ella, además tiene miedo de encontrar su propia alma allí encerrada.

Capítulo 32

Ser como el bambú, cuando su padre regresó de Japón no solo se trajo un té, también una planta que formaría parte de la decoración de la consulta, años después. Un símbolo de espiritualidad.

«—Es una maravilla de la naturaleza, mírala con detalle Natalia. El cultivador japonés tiene paciencia con la semilla del bambú, pues durante los siete primeros años riega y abona una tierra que parece muerta. Una mañana sale el primer brote y en siete semanas crece treinta metros. Si en ese tiempo de preparación el hombre deja de regar la planta, esta muere —dice el padre, acariciando la cabeza de Natalia que observa el macetero cubierto de tierra negra y esponjosa—. ¿No te parece muy similar a la vida? —Ella niega—. El hombre por naturaleza es un ser ansioso, si no logra pronto los objetivos se desanima abandonando la tarea frustrado e irritado, pensando que no era lo suyo. El escritor deja de escribir porque no triunfa con su primera novela.

»Lo que realmente importa requiere: tiempo y dedicación. Paciencia y perseverancia es la clave de todo en este mundo.

—¿Entonces tengo que ser paciente como el jardinero del bambú? —pregunta la pequeña Natalia.

—No hija, tienes que ser bambú. Fortalece tu «yo interno», hazlo

que hagas, prepárate para los retos que te pondrá la vida. Cuando tus cimientos sean fuertes, elévate, no te des por satisfecha jamás y mucho menos por vencida. Se flexible, adáptate sin quebrarte».

Ahora espera la llamada de Sergio, reconoce que está nerviosa por saber si aportó tanta intuición algo de luz en la investigación. La puerta se abre de golpe y Loreto entra con cientos de hojas de papel del fax.

—¡Siento molestar! Pero estoy desbordada, no sé si apagar el maldito aparato. Empezó hace una hora a escupir papel tras papel. Parece una novela —Deja sobre la mesa el revoltijo de hojas.

Natalia coge la primera y lee en alto.

—«La loca más cuerda. Los relatos de Jainis. Dedicado a mi frígida preferida: la doctora Navarro».

—Cuenta su vida o algo parecido. Narra anécdotas con sus amigas, y habla de un jefe al que odia y llama «el amarillo» porque es chino o japonés. Creo que se ha equivocado —dice Loreto.

—¡Qué va! Es paciente mía, lo que sucede es que dejó de asistir a las sesiones porque es cabezota y obstinada. Se llama Inés Soto.

—¿La llamo y concreto una cita?

—Si te coge el teléfono Inés, lo apuntará con la intención de venir,

siempre y cuando, ese día no domine su otro yo. Pero si quien contesta es Jainis, te mandará a freír espárragos en una versión grosera y blasfema —dice Natalia—. Y viendo todas estas hojas, hoy tenemos a Jainis controlando el cuerpo de Inés.

—Doble personalidad, como doctor Jekyll y Mr. Hyde —dice Loreto.

—Cuando termines la carrera de psicología, te darás cuenta que no todo es como lo narran los novelistas. Es mucho más que eso, pero sintetizando es un trastorno de la personalidad inducido por el consumo de alcohol y pastillas. Es el bien y el mal, dentro de una persona. Jainis es mala: bebe, blasfema y se acuesta con todo lo que lleve pantalones, sin responsabilidad ni miedo a las consecuencias, no se arrepiente de nada. Para eso tiene a Inés, responsable, segura de sí misma, triunfadora y muy correcta en formas y estilo, el bien.

—Lo que pienso es que Inés es una reprimida, si no bebe, ni va con hombres, ¿qué diversión tiene esta vida? —*Lo dijo una veinteañera, piensa Natalia. La vida es para vivirla.*

—Dejó de disfrutar por miedo a que la hiciesen daño, todo en base a los sufrimientos que padecían otros. Por eso creó a Jainis, para acudir a los placeres y deseos que ella misma juzga como prohibidos. Apareció una mujer salvaje, desagradable y alocada —Coloca por orden todos aquellos papeles,

pensamientos escritos bajo los efectos del alcohol, y los guarda en su cajón—. Si recibes algo más, guárdalo, los leeré con detenimiento.

—Dice que cada palabra la ha registrado —Natalia ríe con ganas, en el fondo Jainis es una loca a la que se toma cariño.

Loreto se despidió algo más pronto de lo habitual, tenía que ir a la peluquería para los últimos retoques antes del acontecimiento más importante del año. «De una boda sale otra», gritó antes de dejar a Natalia sumida en el silencio.

O un negocio succulento, pensó Natalia. Como seguro resultó el enlace matrimonial de Gala y Álvaro. Estaba casi segura de que aquel primer vestido de novia fue una prueba en una puesta en escena de lo más llamativa. Miles de ojos pendientes de la boda del hermano pequeño de Rafael Horcajo, socio de un famoso narcotraficante, ¿estaría entre el público los compañeros de narcóticos de Sergio? Si fuese así, se estaría desternillando en su propia cara. Y en esos pensamientos continuaba unas horas después, en el silencio de la noche, y sentada en la misma posición en la que despidió a Loreto.

La relación entre este capo y Rafael Horcajo era conocida por los de narcóticos. «El Colombiano» sabía que vigilaban sus pasos: las visitas a España, dónde mataba las horas y con quién. ¿Por qué no poner en el apunte R.H.? Álvaro, la figura del hermano pequeño revolotea pesada como

una mosca en los días de calor sobre la cabeza de Natalia. *Cambiamos el planteamiento*. Ella toma un bolígrafo y un par de folios y apunta un hilo cronológico que no difiere mucho a lo que sucedió en realidad, sabe fechas y lugares por el informe de la Guardia Civil de narcóticos, ellos no tenían el motivo, pero ella cree conocerlo.

«Rafael presentó a ambos en febrero de 2009 en una carrera ilegal en Marbella. Álvaro tiene un plan que les puede hacer de oro, pero carece de material y recursos para llevarlo a cabo. Le explica que ha creado una red de distribución hace dos años, sencilla e invisible, pero quiere llegar más lejos. «El Colombiano» conoce a los hombres como él, insaciables, que vive en una espiral sin salida, siempre desean más, pero también ve en los ojos de Álvaro algo que le recuerda así mismo: venganza».

«El Colombiano» se crio en las calles de Medellín, rodeado de miseria y violencia. Aprendió a ver el aura de las personas. Las encontró de todo tipo, y aunque el párroco del orfanato donde le metieron con diez años predicaba que el bien abunda, descubrió de la peor forma que la gente cruel se disfraza de buenas personas. Y sentado delante de él había un hombre lastimado que respiraba maldad, le faltaba empatía y aunque en sociedad era cercano, pendiente de dar halagos y atenciones, tenía una sombra alargada y oscura cargada de agresividad.

Le presentó a Antonio y Manolo en la siguiente visita que realizó a Madrid, tiempo en el que fingió meditar sobre el negocio propuesto. Álvaro controlaba los vicios y la compulsión de ambos. Vio el potencial de aquel joven, había convertido a dos tipos consumidores ocasionales de sexo, en dependientes psicológicos. En una cena descubre a la prometida de Álvaro, adivina inmediatamente el papel que juega. Es una mujer frágil y hermosa, que retiene a su lado sin amarla solo por el interés que despierta en Rafael, ella es un instrumento.

Y acepta sin reservas, socios a partes iguales, porque en realidad «El Colombiano» tiene un proyecto a largo plazo con Álvaro, que por ahora mantiene en secreto. Es detenido y durante un tiempo los negocios funcionan por inercia. Momento que el hermano pequeño de Rafael aprovecha para hacerse con todas las redes de Europa. Desde la cárcel vigila los pasos de este, y lejos de irritarse, se siente orgulloso como un padre, está actuando tal y como lo haría él.

Natalia escribe una teoría, sin conocer del todo la verdadera historia. «" El Colombiano" quiere recuperar el control tras salir de la cárcel, pero Álvaro se niega. Mata a Gala y la viste con el traje de novia, es un mensaje encubierto que pocas personas entenderán. Álvaro tiene muchos defectos, pero no es tonto y decide quitarse de en medio, finge su muerte y deja a Rafael los platos sucios». Relee el texto, pero no está satisfecha, algo sigue sin cuadrar

en ese perfil nuevo de Álvaro. Gira sobre la silla mientras imagina toda aquella secuencia de sucesos desafortunados. *El muerto de la oficina del taller podía ser un desdichado cualquiera, colocado con la intención de que los de narcóticos no busquen a Álvaro. «El Colombiano» se lleva a su tierra al genio de la química y obliga a Rafael a continuar con el negocio.*

La nota, ¿por qué deja una carta de suicidio?, los pensamientos de Natalia se amontonan. Conoció por Sergio que Gala se intentó suicidar en ocasiones anteriores. Una idea cruza su mente como un relámpago, si acepta ese planteamiento, entonces Álvaro es el que movía los hilos y todos eran pobres títeres. Aquella carta de suicidio la guardó alguien presente en el momento. «El Colombiano» ¿qué interés podía tener en la nota de una mujer desdichada? Entonces comprende que solo dos personas pueden ser: Rafael o Álvaro. El primero estaba ilusionado con el nacimiento del bebé, imposible que se le pasase por la cabeza asesinar a Gala. En aquel planteamiento queda una sola pieza sobre el tablero: Álvaro, La venganza y el cangrejo de río, se sirven en plato frío.

«El Colombiano» se reunió con Álvaro dos meses después de salir de la cárcel. No hay constancia, usó un doble que se paseó por Medellín y mantuvo a la policía entretenida. Le propuso dirigir desde su país el negocio, heredar todas las propiedades y continuar con un legado, se muere. Álvaro no pudo rechazar tal oferta, es lo que siempre había soñado, dominar el mundo

desde las sombras. No soportaba la idea de que Rafael, al saberlo lejos, rehiciera su vida con Gala, y lo que tiene claro es que no piensa seguir acarreado con ella. Le odia demasiado, aunque Rafael haya cambiado, y sigue culpándole, es como es por él, no tuvo otra opción. Llegó su venganza. Asesina a Gala y le hace creer que fue «El Colombiano». No entiende ni él mismo por qué culpa a otro, pero le resulta divertido ver el dolor de su hermano, y las pocas agallas que le quedan, en ningún momento piensa en quitarse la vida, tanto que dice que la amaba, ni en salir a vengarla. No queda nada de aquel adolescente violento.

Natalia subraya la conclusión final, que no dista mucho de la realidad. «Con aquella patada Rafael abrió los ojos, creó una deuda de por vida con su hermano pequeño, y Álvaro los achinó para siempre, convirtiéndole en un criminal. Rafael dejó las drogas y emprendió un camino recto y sin tachaduras, buscó trabajo en un taller e intentó arreglar las cosas, pero ya era tarde».

Lo irónico de la vida es que ya nadie apreció los cambios, seguían viendo a Rafael como un pendenciero y a Álvaro como a un mártir. En la sombra creció un depredador. Sentó, con engaños, a un mendigo con las mismas hechuras que las suyas en el despacho de su hermano, dijo que era una broma y pagaría bien. Un mes antes, le dio dos mil euros por hacerse un tatuaje, una soga alrededor del cuello. El hombre pensó que era dinero fácil y aquel un rico excéntrico como otro muchos que por menos le obligaron a cosas

peores. Y le voló la tapa de los sesos.

Capítulo 33

Un día y medio después, Natalia no sabe nada de Sergio. La incertidumbre es una tortura constante. *Qué está pasando*, se pregunta mientras los pensamientos bombardean su cabeza, necesita conocer si son ciertos, si las ideas que aportó estaban bien planteadas. Sergio estaría poniendo patas arriba los locales de Rafael y la clínica donde trabaja Agustín, así como el taller de costura de Antonio y la consulta de Paco.

Todo son imaginaciones suyas, desconoce si Sergio leyó su correo sobre las últimas especulaciones que dan por vivo a Álvaro. Tampoco puede asegurar que él las creyese y pusiera en marcha los dispositivos de la Guardia Civil. *Debe solicitar órdenes de registro, ¿con qué base*, se pregunta Natalia, *al juez le valdrán las sensaciones de una psiquiatra?*

Natalia cada hora que pasa está más convencida que Agustín y Álvaro son dos psicópatas. Resulta complicado ponerse en la piel de este tipo de personas, entrar en su mente y razonar como ellos. Lleva un rato buscando conexiones y motivos lógicos y razonables, como si fuera posible.

Duele aceptar que un ser humano sea capaz de tal horror sin enmarcarlo dentro de algún trastorno mental, esto muestra al hombre como un demonio por sí mismo. El psicópata es consciente del bien y del mal, sabe lo que hace, nadie le susurra al oído ni le manipula, como en el caso de los

esquizofrénicos. Piensan que vale la pena por lograr sus propósitos, sean cuales sean, a cada uno de ellos le mueve un interés, cualquier acción sin límites. Natalia tiembla solo con pensar que volvió a tener cerca a este tipo de sujetos.

Recostada en la silla da vueltas sobre los tres hombres que siguen sin tener una historia. Natalia recuerda aquella primera visita al doctor Serrano. Congela la imagen en el preciso momento que Vicente observa las imágenes de las víctimas. Tiene la mandíbula apretada, este gesto revela hostilidad, tensión, incomodidad, ansiedad, en definitiva, una represión emocional. Algo le preocupaba sobre manera, o enfadaba, difícil de saber a simple vista.

La primera impresión que sacó del rostro de Vicente, en aquel preciso instante, mientras este pasaba con lentitud las fotografías, fue de asombro. Si él era la mano ejecutora, el asombro solo cabe en el caso de los vestidos, una humillación más a la víctima, algo que no encaja en la personalidad del buen doctor, por lo tanto, aquel detalle macabro obra de otra persona. Agustín, con ese afán de demostrar su intelecto superior, es el causante de tal desatino, que le pone en el punto de mira de toda sospecha, pero se siente muy seguro de sí mismo, intocable o inalcanzable, hasta el punto que comparte información, incluso señala otras vías de investigación. Agustín es el responsable de vestir a las muchachas así, sin duda. No quiere volver sobre este punto, porque es descorazonador.

El informe recibido en la bandeja del correo electrónico de Natalia, minutos después de la última conversación con Sergio, tiene escaneadas las notas a mano de este. «El doctor Serrano mostró repugnancia al ver las fotografías de Vanesa». La palabra «repugnancia» está rodeada varias veces por un trazo grueso y rojo, buscando sentido a tal impresión. Un reflejo que todos comparten, pero inquieta al teniente verlo en el rostro de Vicente. «El estupor le impidió hablar durante unos minutos», escribió. Natalia piensa sobre esto, y entiende lo que inquietó a Sergio. El asco es una sensación desagradable que precede al miedo. Con esta idea tan básica, ella encaja la pieza en el puzle.

Él no hizo daño a Vanesa, jamás sometería a tal intervención a la mujer que ama y de la que espera un hijo. Pero al ver la mirada sin vida de ella, aquella que Sergio le obliga una y otra vez a observar, todas las cuestiones morales que debate en su interior encuentran la luz. Jugó a ser Dios y fue castigado, se dejó manipular por su propio interés, aunque de esto también es culpable, pues miró hacia otro lado sabiendo que nada de todo aquello era correcto. Destrozó la vida de aquellas muchachas, convencido de un bien social que no existía. Mira por última vez la fotografía de Vanesa, ya no se cumplirán los sueños que cada mañana al despertar construían bajo las sábanas. Hasta el rostro del hijo que nacería en junio, fue arrebatado, y no puede acusar al Cielo, pues sabe que solo una persona conocía aquella

relación. Entrega la carpeta a Sergio, que le acusa con la mirada y aconseja que confiese. Pero él solo puede pensar en otra mujer, en la doctora Navarro, es a ella a la que debe advertir, no confía en el hombre que tiene ante él con placa y pistola, puede ser otro títere. Se niega a seguir hablando, amenaza con llamar a su abogado, quiere que esos dos agentes de la Guardia Civil se vayan de la consulta.

Natalia no se quita de la cabeza al profesor que fue Vicente. Le recuerda en el congreso, habló sobre la medicina, su desarrollo y avance, sujeta siempre a la moralidad y la ética, también de la gente con poca visión de futuro. «A los alquimistas se les acusó de brujería», gritaba a un público dormido y aburrido tras seis horas continuas de clases. «El hombre teme al progreso, a los cambios y a rectificar en las creencias y pensamientos. Cuando se pone en tela de juicio todo aquello que desde niños creemos como verdad, se tambalea nuestro mundo».

Aquel congreso, que supuso el principio de toda esta locura, era la clave para comprender la historia de Paco y Vicente. Natalia hace memoria, pero está cansada de tanto escudriñar el pasado para dar sentido al presente. *¿Qué fue lo que dijo el doctor Serrano cuando cedió la palabra a Paco?*, buscó en el cajón del escritorio hasta que encontró las notas arrugadas tras dejárselas a Sergio.

«Newton, al que todos reconocemos como un genio, experimentó con su propio cuerpo. Llegó a clavarse una aguja en el ojo tratando de determinar la curvatura en la perfección del color. ¿Un loco o un científico? Hay una línea muy sutil que separa la genialidad de la falta de cordura, y el que se dedica a nuestra profesión conoce cuándo debe cruzarla. Desafiar todos los conocimientos que hasta ese momento consideramos veraces, por el bien de nuestra especie», estaba dispuesto a experimentar en sí mismo, veía lo más lógico a tal práctica. Seguido entró Paco, con aquella seguridad sobre el escenario nadie creería que no era neurocirujano.

Él tomó una línea algo turbadora, una larga lista de científicos que pasaron a la historia por sus majaderías, pero Paco los consideró como visionarios. Destacó a Giovanni Aldini, que pretendió curar los desórdenes mentales con descargas eléctricas; Sidney Gottlieb, responsable de muchos experimentos que rozaron la tortura, quiso dominar la psique humana hasta que esta admitiera cualquier cosa; Robert J. White, obsesionado con el trasplante de cerebro. Era inquietante, Natalia iba anotando en el margen derecho la lista de los supuesto científicos, esperaba que el público se escandalizara como ella, pero siguió en un absoluto silencio cada palabra.

El rostro de Albert Levitt la hizo regresar de nuevo al presente. *¿Cómo no vio la similitud entonces?* Aquellos eran sus pensamientos, deseando dominar la mente, controlando los recuerdos y manipulando los conocimientos

y sentimientos. Al girar la hoja leyó el nombre de dos hombres que pasaron a la historia por las atrocidades realizadas en nombre de la ciencia: el japonés Shiro Ishii, que infectó a cientos de prisioneros para el estudio de enfermedades; y Joseph Mengele, del que no dejaba de hablar el profesor Levitt, a pesar del rechazo que mostraba a sus estudios y experimento, siempre notó en la voz de este, cierta admiración.

Quizá fuese una paranoia suya pero detrás de aquellas palabras veía la mano de Albert Levitt. *¿Serían Agustín, Vicente y Paco, a su vez, víctimas de la sombra alargada de «El Profesor»?*

Agustín era discípulo de Albert Levitt, en toda la extensión de la palabra. Natalia tenía cientos de preguntas. Pensó en una persona. Buscó la tarjeta que le entregó Daniel el guardaespaldas de Alejandra Casado.

—¡Buenos día doctora Navarro! —dice Alejandra—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¡Buenos días! En los papeles que tiene del profesor Levitt, ¿aparece el nombre de Agustín Nevado?

—No.

En su profesión acostumbra a preguntar, dejando que el paciente encuentre la respuesta, que por otro lado conoce. Natalia está sentada en el diván y necesita que alguien la ayude, *por qué lo hicieron*, para ella escapa a

toda lógica, necesita responder una cuestión filosófica: el ser humano es bueno o malo por naturaleza.

—Para atrapar a un psicópata —dice Alejandra, consciente del bloqueo de Natalia—, hay que convertirse en uno de ellos: pensar, decidir, y dejar a un lado las emociones, pues carecen de ellas, aunque aprenden a fingirlas. Un depredador reconoce a otro. ¿Ha leído algo sobre el experimento que realizó el doctor Kevin Dutton? —Continúa sin esperar respuesta—. Estando en un aeropuerto se dio cuenta de lo nerviosa que se pone la gente cuando pasa por los detectores, aun sin esconder nada. Entonces, observando este trámite engorroso se le ocurrió una idea, ¿podría un psicópata reconocer la mentira? Los resultados fueron apabullantes, el noventa por ciento de los sujetos en estudio acertó el cien por cien.

»El profesor Levitt dijo antes de morir que yo era su mayor creación. Camino por la cuerda floja, temo caer en cualquier momento, convirtiéndome en uno de ellos. Que una imagen, un sonido o una palabra saque al depredador que hay en mí y dañe a las personas que quiero. Por eso la necesito. No voy a apelar a la responsabilidad que tiene, por ahora, pero no dude que si me veo obligada lo haré.

Ahora comprendía a qué nivel había llevado su tesis con aquella mujer. Penetrar en el mal, comprenderlo y, ¿por qué no?, dejarse seducir por

él, solo lo puede hacer un híbrido de Albert Levitt. Alejandra es consciente que por ahora es una cazadora de psicópatas, pero ¿hasta cuanto podrá resistirse?

—Lo siento tanto, cuando escribí mi tesis, basada en mis propios estudios y experimentos personales, no creí...

—Anton Kollisc creó el «Éxtasis» cuando buscaba un medicamento para controlar el sangrado excesivo; Frederick Roberts construyó campos de refugiados para los civiles que se desplazaron por la guerra de Boer, pero luego se convirtieron en campos de concentración para las peores barbaries; Dr. Gerhard Schrader investigaba sobre un insecticida para el beneficio de la humanidad cuando creó el Gas Sarin; Joseph Wilbrand inventó un tinte en 1863, no fue hasta 1902 cuando se descubrió su capacidad destructiva, se llama TNT; y ya para terminar un caso que me recuerda un poco a usted, no pretendo ofenderla, jamás desearía tal final, Fritz Haber, judío y ganador del premio Nobel, creó el abono de nitrógeno, indispensable para la alta producción de cultivos, y por ende, fue conocido como el padre de la guerra química, con su invento millones de judíos murieron en las cámaras de gas. Doctora Navarro pretendía ayudar a pacientes que sufren estrés postraumático y descubrió la clave para el control mental. Como todo hallazgo, en malas manos, resulta letal.

Un manto oscuro cayó sobre Natalia ahogando su voluntad, convirtiéndola en un ser vulnerable y frágil. Alejandra creaba respuestas emocionales devastadoras con sus palabras. El miedo irrumpió en todo el cuerpo de la doctora, nunca había sentido tanto temor ni culpa.

—¿Sigue ahí, doctora? —Un débil «sí» sale de los labios temblorosos de Natalia—. Si dentro de sus lucubraciones baraja la posibilidad de que Albert Levitt tuviera algo que ver en «el caso de la novia», le diré lo mismo que al teniente Fernández, «no». Aquellas muchachas fueron los primeros conejillos de indias, es cierto. «El Profesor» quiso recrear esa idea que, sin madurar, usted escribió en el margen de las hojas, pero no logró los resultados esperados, tenía que aguardar a que germinase en su cabeza. Colocó en las niñas una orden básica, sin más interés por ella que comprobar en el tiempo el efecto. Agustín es su hombre, como bien sabe. Aproveche el mayor defecto que tiene para atraparlo: su ego.

Natalia descubrió en el año que investigó para desarrollar su tesis, que la mente humana era maleable como la arcilla, se podían borrar recuerdos, implantar momentos, ocultar conocimientos, pero, sobre todo, crear otra personalidad dentro de un individuo para un fin concreto. Buscaba corregir las secuelas que dejan los efectos de la guerra en los niños, las violaciones reiteradas a menores, los abusos a cientos de criaturas que no conocen otra cosa, borrar cada uno de esos momentos, introducir vivencias felices para

afrontar la vida desde otra perspectiva. Encontrar una cura al trastorno de estrés postraumático.

Tras colgar con un nudo en la garganta, el estómago encogido y una opresión en el pecho, se siente paralizada. La incomodidad y la angustia bloquean cualquier intento de moverse y tomar la rienda de su cuerpo. Alejandra la dejó colgada en el abismo.

Capítulo 34

Si todo va mal, el hogar será un refugio, la voz de su padre es un susurro dentro de su cabeza, Un lugar donde las puertas siempre estarán abiertas, sin restricciones, sin juicios ni sanciones. Toma el móvil con la mano temblorosa. Cuando era niña lo fácil que resultaba pedir ayuda, bastaba con gritar, ¡mamá, papá! Ahora siente que tal hecho muestra debilidad, *era una adulta, ¡por Dios!* No era orgullo ni vergüenza, quizá miedo a que Rosa descubriera el peligro en el que está metida, miedo a involucrar a su madre que nunca le negará la ayuda.

La nostalgia, esa sensación agridulce de dos momentos: la tristeza por no sentir el beso en la mejilla en ese preciso momento donde cae al abismo y la alegría por llegar a casa y dejarse mecer en los brazos de Rosa cual niña. Invariable eran las palabras reconfortantes de Rosa, nunca un mal gesto; la alegría en el tono de la voz al recibir la llamada de Natalia, un bálsamo para ella; los preparativos que cambiaban un día normal en un festejo, una tirita. Necesitaba sentir el calor maternal y envolverse en el aroma a la Toja mientras sostuviera el abrazo de su madre. Por eso dilata la llamada en el tiempo, podía correr a ese hogar que siempre la espera, pero necesita sentirla cerca ahora, cuando se cae a un agujero negro y profundo.

El ladrido de un perro tras el sonido del timbre de la puerta desvanece

la añoranza del abrazo y el candor de la mirada, por cientos de preguntas que requieren una respuesta inmediata.

—¿De quién es el perro? —pregunta Natalia, apretando el auricular al oído, como si tal cosa le revelase el secreto, olvidando el timbre, la puerta y la visita que interrumpe la conversación.

—De mi vecina. Te hablé mucho de ella estas últimas semanas. Se ha ido con su novio y no tenían dónde dejar al animalillo. Me ofrecí. —No daba crédito— Es un pastor alemán, ¡te va a encantar! Es educado y limpio. Está sentado delante de la puerta, ¡impones muchísimo!

Escucha la voz pausada de Rosa hablando con el perro: feliz y distraída, agradecida por la compañía. Se hace el silencio. Natalia imagina que mira por la mirilla, que descorre los cerrojos y pregunta, amparada por la cadena, «¿quién es?». El sonido de la voz de su madre llega lejana, envuelta en un ruido, como un televisor sin sintonizar. Una risa tímida ante el halago, cambia la escena en la mente de Natalia, es alguien conocido, su madre nunca es tan cercano con extraños. La conoce bien, tras la carcajada se ruboriza, dándole ese aspecto juvenil del que siempre presume. Rosa continúa absorta en la conversación, olvidando al otro lado de la línea a su hija que pregunta con insistencia, «¿Quién es?». No queda más remedio que agudizar el oído para averiguar quién ha llegado y mantiene tan ensimismada a su madre. El

tono, sin ninguna duda, es varonil, le resulta familiar. Algo empieza a ir mal, odia la sensación que nace en el estómago y sube hasta la boca convirtiendo la saliva en bilis.

—¡Mamá, ¿con quién estás hablando?! —grita desesperada.

—Pasa por favor. Justo en este momento hablaba con ella. En unos minutos podrás verla. —Rosa se aleja unos pasos para continuar hablando con Natalia—. ¡Es guapísimo! ¿No lo recordaba tan atractivo? —susurra—. Cómo ha cambiado este mozo con lo simplón que era.

—¿Qué amigo?

—Aquel que venía a casa a copiar tus apuntes porque era algo lentito.

—¿Me estás hablando de Paco? ¿Qué está haciendo ahí?

—Paco, ¿quién es? Te hablo de Agustín —contesta Rosa resuelta.

Su madre volvió a reír ante el comentario lejano de Agustín. La distancia es un obstáculo insalvable, si pretendía dañarla, nadie se lo podía impedir. Cuelga sin pensarlo. Natalia coge la gabardina, colocándola sobre el pijama, baja las escaleras sin pisar casi el suelo. Marca el número de Sergio, mortificada por el temor a perder a la única persona que le queda en esta vida, y deja un recado atropellado en el buzón de voz. El resto fue una carrera contrarreloj que no es consciente de hacer, es como si un portal mágico se abriera ante ella y el siguiente recuerdo fuese la puerta de su madre.

Natalia no teme a la muerte, está en paz con el Señor, si sobre la tierra ha errado como persona, nunca por mala fe, y está dispuesta a cumplir con la pena allí donde terminen sus restos, y eso lo supo Agustín nada más verla. Descubrió lo que le aterraba. En el bar de copas los ojos de ella se volvieron acuosos cuando Paco dijo, «La muerte es el comienzo de la inmortalidad», y aunque Agustín reconoció la frase célebre de Maximilian Robespierre, le interesó más Natalia. Durante la noche dejó caer frases sueltas, casi inconexas, y obtuvo su talón de Aquiles: su madre.

Conocía por Paco el fallecimiento del padre unos años antes, este mandó recuerdos, recordando las tardes de estudios y apuntes, y la cercana convivencia que tuvieron durante aquellos años, entonces ella le reveló lo sucedido. Natalia no deseaba enfrentarse de nuevo a la muerte, pero la pregunta que no tenía respuesta, por ahora, es, *¿por ella o por su madre?* Y Agustín esa mañana se ha levantado como tantas otras en los últimos meses, hastiado de la monotonía.

Por alguna extraña razón que ella no llega a entender, cinco minutos antes de aparcar el coche sobre el paso de peatones, el historial de Conchita Ramírez le vino a la cabeza. Conchita, de padre sudamericano y madre española, menuda y morena con una cara redonda y unas mejillas siempre sonrosadas, mirada afable y voz suave. Tenía miedo a perder a su hija, el fallecimiento de sus padres fue el detonante. La distancia marcada por el

océano Atlántico supuso un impedimento para no estar en los últimos minutos. Entonces nació dentro de ella un desasosiego por su hija, que solo calmaba cuando estaba cerca. Dejó de trabajar para poder dedicarle todo el tiempo del mundo. Le costaba despedirse en la puerta del colegio alargando el momento, beso tras beso, luego paseaba durante las horas del patio por la valla, observando a la pequeña jugar. Jamás la dejaba ir a casa de amiguitas, siempre vigilando. El temor aumentó, no confiaba en que su marido pusiera el mismo empeño que ella en proteger a la niña, y cuando Conchita atendía otros recados, las pulsaciones aumentaban y los ojos se llenaban de lágrimas, imaginando a su hija muerta sobre la alfombra, mientras el marido miraba indiferente.

Y aquella espiral de miedo fue creciendo, enturbiando la noche, la muerte súbita acechaba mientras ella dormía, tenía que ahuyentarla. Metió a la pequeña en la cama de matrimonio, alejando aún más al marido de su vida. Terminó con la relación sin darse cuenta. Con el divorcio los problemas aumentaron, la disputa por la custodia acabó en las manos de un juez. La sobreprotección fue la baza que usó el exmarido, su abogado alegó, «Tiene miedo al cáncer y a cualquier dolor por insignificante que sea. Somete a la niña a un ir venir de consultas: especialistas, solicitando revisiones completas, pruebas médicas costosas e innecesarias, pues hasta los pediatras lo ven así». El juicio concluyó con que la locura de Conchita sumiría a la hija

en un trauma de por vida.

La muerte es el desenlace de una vida, no teme ese final, ni Conchita ni ella, es a vivir lo que resta sin esa persona que la llena. Aprender a disfrutar de los momentos que nos quedan con intensidad, ver cada día como un regalo que nos ofrece el tiempo, esa era la conclusión de cada sesión con Conchita. Navarro arañó la superficie, para que aquella madre llegara al verdadero problema. Dependía mucho de la hija, estaba vacía sin ella porque perdió la autonomía como persona, se centró en la muerte, dejando a un lado lo que verdaderamente le sumía en la desesperanza como individuo. El trabajo no la llenaba y la relación con su entonces marido estaba sumida en una rutina aburrida. La doctora la enfrentó cara a cara a la pérdida de su hija, para demostrar que ese día no había llegado, que malgastaba el tiempo con un duelo inexistente, perdiendo momentos que con los años no se recuperaban.

Que sencillo era aconsejar a los demás y que difícil aplicar los propios remedios. Natalia metió la llave en el bombín de la puerta. Los latidos del corazón los sentía en los oídos, el miedo hizo vacilar el paso, cientos de escenarios aterradores pasaron en segundo por su mente. El ladrido de un perro la sacó de aquel sufrimiento.

Rosa se sobresaltó al ver el rostro descompuesto de su hija, abrigada con una sencilla gabardina que cubría el pijama de felpa. Natalia abrazó con

fuerza a su madre, reteniéndola durante unos minutos. El perro emitía un gruñido ondulante, irregular y con diferente intensidad. Agustín aparece sonriente en el umbral de la puerta del salón.

—Creo que ese animal huele tu miedo —dice Agustín con una sonrisa desafiante.

—Has dado un susto a Sultán —añade Rosa, acariciando la oreja tiesa del perro.

La entrada en el piso de su madre fue más atropellada de lo que recuerda. Siguió a Agustín hacia el salón y este tomó asiento en la butaca de su padre, le veía cómodo en aquella posición de seguridad. Sultán se tumba en la alfombra a los pies de Rosa. Toda la escena se desarrolla a cámara lenta. Natalia mantenía el cuerpo tensionado y los instintos alertas, se pierde la cháchara de su madre, solo le interesa él. Rosa se levanta tras escuchar los pitidos de la lavadora, avisando del fin del programa, se disculpa entre sonrisas, dejándoles solos. El perro aguarda en su puesto indiferente a la ausencia de su dueña temporal.

—¿Qué haces en mi casa? —pregunta Natalia.

—Una visita de cortesía. Era nuestro destino —responde divertido.

—Desde cuándo el destino hace visitas a domicilio.

—Es cierto, siempre hay que buscarlo, pero en tu caso se hace una

excepción. Me reconocerás que no has dejado de pensar en mí ni un solo segundo. —Pone un mohín triste que le resulta repulsivo—. Tú nunca me buscarías.

—No necesito hacerlo, de eso se encarga el teniente Fernández.

—¿Por qué? ¿Acaso, hay algo reprochable en mi conducta?

—Todas esas chicas que habéis torturado. —Agustín se carcajea, empujando a Natalia que jamás tiene la respuesta inteligente hasta veinte minutos después de terminar la discusión.

—Nunca te has preguntado, ¿quién puso en tu vida al inspector Fernández? —Natalia tiene curiosidad, pero no puede permitir que guíe la conversación—. Una decepción. Convertida en una psiquiatra simplona. Puedo imaginar su rostro cuando descubrió tu trayectoria, un momento que me privó la vida. Yo, era un discípulo fiel, y como Dios hizo con Belcebú, me expulsó del reino de los Cielos sin contemplación. En cambio, tú, negándote a crecer bajo su manto, fuiste perdonada. Ordenó al ministro de Justicia que impusiera tu presencia en el grupo del teniente, ¿por qué él? No lo sé, yo no descansaría hasta averiguarlo. —Una mueca demoníaca esboza los labios de Agustín mientras observa el efecto de sus palabras en ella.

—No te va el papel de esquizofrénico —dice Navarro.

Capítulo 35

No podía perder las formas delante de él, es más sagaz y astuto. Natalia conserva la calma, no demuestra el desconocimiento que tiene ante las verdaderas razones de Albert Levitt, y, sobre todo, no será impulsiva en las respuestas o ataques. Mantiene a Navarro sujeta en la frontera de esa fortaleza, aunque insiste en replegarse ante la fuerza de Natalia. La duda que Agustín termina de sembrar en ella es una cuestión que encontrará respuesta en el futuro, ahora lo primordial: *averiguar si hay más muchachas secuestradas*. Este es el razonamiento al que llega tras unos segundos de reflexión.

No es la situación lo que desquicia a Natalia, sino la intromisión en su intimidad. La visita inapropiada, incluso invasiva, pero en ella no hay una amenaza velada, Agustín se dejó llevar por una emoción del presente, el aburrimiento, pero ella solo piensa en su madre, y el miedo impide apreciar los detalles en la postura, en los gestos y en la mirada que él la dedica.

—Cuando conocí al profesor Levitt reconocí a alguien como yo, cuarenta años después. Él buscaba un discípulo, yo un maestro. Durante aquel curso me enseñó lo básico, era receloso, pero yo veo donde otros no lo hacen. Observar a las personas es una habilidad increíblemente útil. Atender a los detalles —dice Agustín—. Siempre me pregunté, por qué ese interés en ti. Cuando leí cómo acabó con su vida y la trayectoria que todos desconocíamos,

pensé que eras un objetivo más. —Aquella idea puso el vello erizado a Natalia.

»Puedo especular, como hace el teniente Fernández, lo qué sucedió. —*Un paciente no cuenta todo, se trabaja con la información que da.* Natalia mantiene aquella postura descolocada y vulnerable, pero intenta recuperar a la doctora Navarro, ella entiende a las personas—. Voy a narrar una historia más cerca de la ficción que de la realidad, aunque esta en infinidad de ocasiones supera la pluma de cualquier escritor de novela negra.

»Todo empezó como un ensayo donde se intentó acercar la enfermedad a los futuros médicos: Observar y deducir. Pero una persona en el margen de una hoja apuntó, distraída, una idea estudiada y experimentada por otros neurólogos sin ningún éxito, cómo borrar recuerdos turbadores con dos simples punzadas en puntos concretos del cerebro.

Natalia siente en la mano aquel lapicero desgastado con el que tomaba notas. Mira sus dedos sujetando un espacio vacío, pero las yemas sienten la rugosidad de la madera mordida, hábito del que se deshizo unos cuantos años más tarde, por aquel entonces un acto que descargaba la ansiedad.

Ahora podía dejar de llamarla Sujeto A: Sonia Santos era su nombre. La primera víctima de aquella historia. De nuevo delante de ella, a aquella niña con la mirada perdida, un balbuceo que se mezclaba con sollozos

ahogados, los hombros caídos y las piernas inquietas. Los primeros días observó cierta dificultad en el habla, no correspondía con la dislexia que padecía, incluida en el informe como dato a tener en cuenta, ni por la epilepsia por la que estaba en el estudio. Algo más escondían aquellos ojos escurridizos y asustados. Le gustaba dibujar, eso creyó cuando sorprendió a Sonia manoseando las pinturas una y otra vez. Le entregó un folio, pero en aquella primera sesión no estaba dispuesta a hacer concesiones a ninguna desconocida por muy amable y complaciente que fuese, era momento de marcar límites.

La siguiente sesión se desarrolló en silencio, no tocó nada ni levantó la mirada de los pliegues de su falda. En la tercera, Natalia montó una mesa con cartulinas, lienzos, blogs, acuarelas, temperas, lapiceros y rotuladores de colores, y esperó impaciente la reacción de la pequeña. Durante unos segundos un destello de ilusión cubrió el rostro de la niña, había ganado esa escaramuza, pero estaba dispuesta a vencer en la batalla. Los últimos diez minutos la mano de Sonia sostuvo con fuerza la pintura negra, dibujando trazos sobre el papel blanco. Un breve momento que salvó la resistencia y el bloqueo, donde los problemas emocionales quedaron libres. Esperaba el día que dejase la pintura para iniciar un diálogo, pero se dio cuenta que nunca llegaría. Todo explicado en aquellos dibujos oscuros, llenos de rayas y óvalos, pero estaba ciega, carecía de la experiencia que ahora tenía, no entendía qué le contaba.

Un día cobró forma. Al iniciar la sesión, regaló a Sonia una libélula de bellos colores, «Es una criatura del viento», dijo Natalia, «relacionada con el subconsciente y los sueños». La vio en un mercadillo y no se resistió, la compró, algo en aquella horquilla le recordaba a la niña. Entonces comenzó la rutina mientras ella observaba. Asió con fuerza la pintura negra y diseñó sobre la cartulina blanca los tradicionales trazos negros. Un círculo y cuatro líneas, en una esquina, pero sobre aquella esfera perfecta, una libélula de diversos colores. Las lágrimas asaltaron sus ojos. Era Sonia, pequeña e insignificante, sin manos ni pies, todo ese tiempo dibujándose a sí misma, junto a un gran objeto puntiagudo que proyectaba una sombra oscura. Le desconcertó. Sonia encogió los hombros cuando le preguntó, pero era evidente, que fuera lo que fuese, tenía un significado importante para la pequeña. Repasó el blog de dibujo y comprendió la secuencia, maldijo la falta de intuición y conocimiento. Lloró cuando Sonia abandonó la consulta y cuando se serenó escribió una idea en un margen del informe, casi promesa. «Los niños no deben sufrir estos horrores. Debemos ser capaces como médicos de curar el alma», debajo dibujo un cerebro, señalando dos diminutos orificios; cómo llegó a esos dos puntos, era algo de difícil explicación y comprensión. Leyendo cientos de tomos de neurocirugía, se podría resumir.

—Natalia, ¿castigándote? —pregunta Agustín.

—No —dice tajante.

—Da lo mismo, lo hecho, hecho está. —Por un instante cree que Agustín sabe lo que está pensando, pero es imposible, nunca se lo contó a nadie—. Aquella idea tuya, de las punzadas en el cerebro, pudo desatar en el profesor un anhelo, continuar con ciertos experimentos llevados a cabo por su padre. Cada niña tuvo una sesión donde se manipuló su mente, con repetición de imágenes que colocaban un mensaje subliminar. Algunas tomaron fármacos experimentales, que desarrollaba el doctor Serrano en un laboratorio privado, con el mismo fin. No puedo asegurar que esto sea cierto, estamos especulando, pero aquellos cerebros jóvenes y dañados eran muy maleables. Podías convertir a alguna en puta, drogadicta, modelo o incluso asesina.

Natalia escucha mientras un nudo oprime la boca del estómago. Son los delirios de un loco. Aquellas niñas fueron los primeros experimentos de Albert Levitt.

—Pero el destino quiso que un joven con una visión mucho más amplia que el maestro cuestionara algunos puntos, y este, hundiera su carrera por miedo a verse eclipsado. No quedó otra que seguir solo. Durante unos años dio rienda suelta a sus ideas, placeres y gustos, sin encontrar nada que le sedujera. Hasta que un día la suerte le llegó envuelto en vendas. —Una pausa prolongada hace creer a Natalia que ha concluido, pero espera al ver una mueca de asco en el rostro de Agustín.

»»Odio a los tipejos como él. —*¿de quién habla?*—. Se operan, se retocan, aquí y allá, una y otra vez, pero quieren estar naturales porque saben que lo artificial no se valora positivamente y no pueden mostrar debilidad ante los demás. Aquel sujeto, abusaba de los calmantes, tenía un parloteo incesante y aburrido. Todo giraba a su alrededor, qué esperaba quitándose las patas de gallo, qué sus inseguridades desaparecieran. El bisturí no corta la línea temporal congelando nuestra imagen en el tiempo, pero daba igual lo que le dijese. Con la excusa de la operación ingería pastillas como un niño gominolas. Allí estaba sujetando en la mano un periódico manoseado y contando una historia lacrimógena sobre las desdichas de su hermana y cómo aquella psiquiatra fue incapaz de ayudarla. —Natalia no siente alivio al reconocer a Manolo, más bien aumenta el miedo.

»»Fue una señal ver tu fotografía en primera plana de aquel periódico. «El Profesor» estaba muerto, —Se golpea la rodilla con júbilo—, ¡Sabía que era un puto psicópata! El mejor, no lo pillaron hasta que él lo decidió. Se paseó por la facultad enseñando a futuros psiquiatras, por los hospitales tratando pacientes y en su consulta creando secuaces. ¡Era un dios! Decidí, allí mismo, sobre la marcha, apropiarme de aquel experimento, del que me echaron. Solo yo conocía los verdaderos planes de Albert Levitt.

»»Aquel tipo era tan estúpido que me contó, no solo lo de su hermana, sino los negocios del cuñado. —Hace una pausa como organizando los

acontecimientos—. ¿Qué posibilidad existe de que ese tipejo sea amigo de otros con los que yo ya tenía tratos? Parece increíble, pero así era. Por llamarles de alguna forma, que no todo sea descalificativo, les bautizo como: Manolo al primero y los dos amigos: Antonio y Miguel. —Aquello sorprende a Natalia, espera que su inseguridad no la delatase—. Y por rizar un poco más la madeja del destino te diré que Antonio mantenía una relación algo turbia con Sonia, Sujeto A. El destino a veces es muy jodido. Me sentía iluminado por una fuerza superior, guiado de la mano para que no me desviase del camino trazado.

»»Perdón, me dejé llevar por la pasión, todo esto es una idea para una novela. Creo que me haré escritor. —Sonríe divertido. Ambos saben que nada de todo aquello puede demostrarse ante un juez—. Antonio, ya lo conoces, de Miguel poco puedo decir, fotógrafo y pederasta... —Pone un mohín de repugnancia. — Miguel, Miguel... un tipo mezquino, zalamero y ofensivo. Requería de control y aleccionamiento, no tenía tiempo para malgastarlo. En mi mente, había otros planes y se convirtió en un estorbo que ponía en peligro toda la operación. Lo castigué.

El silencio regresa al salón. Sultán parece dormido pero las orejas se mueven ligeramente cuando Agustín modula el tono de voz, que va del monótono, al excitado, y regresaba de nuevo al primero. Natalia observa, que como la mayoría de los superdotados pasa de un recuerdo, de una idea, de un

pensamiento, a otro. Ahora tiene la mirada perdida en un punto del pasado.

El cerebro de Agustín realiza complicados entramados de neuronas, una ruta adecuada para llegar a un momento concreto anterior al asesinato de Miguel. Revivir un instante con la mayor fidelidad, recuperando los recuerdos en el orden exacto. Es viajar en el tiempo, algo que el cerebro hace constantemente.

Mamen lo engañó. No le gustaba que la gente le tomase por tonto, que lo manipularan como a un pelele. Por eso la ira que sintió no encontraba sosiego ni en las súplicas ni en los sollozos de ella, estaba ofendido y agredido. Él se conocía y aquello resultó ser la mecha de una bomba. Cogió el teléfono y llamó a los dos tipos del bar, sabía que eran ruines y mezquinos, no tendría problemas en convencerles. Antonio disfrutaba infringiendo dolor, Miguel se excitaba observando a través de la lente de la cámara. El castigo se fue de las manos, el cuerpo sin vida de ella no causó ningún efecto en Agustín, no así el vídeo que durante unos días aplacó ese vacío que le carcomía por dentro. El agravio que le pareció imperdonable, le descubrió un nuevo placer. Tensar el ambiente, intoxicar a la víctima haciéndola vulnerable, castigar con desmesura, ver el reflejo del miedo en los ojos y por último quitar la esperanza.

Lo que sería el trabajo de una noche, se convirtió en una relación de

meses. Las piezas se movieron por el tablero como dispuso. Los cadáveres de las chicas llegaban al vertedero sin levantar sospechas. Las películas hacían llevadero ese vacío que todo lo inunda. Pero Miguel y su constante insatisfacción, acercaron el fatal desenlace. Agustín no tenía miedo ni se acobardaba ante el castigo. Cuando el fotógrafo le amenazó con mostrar aquel primer vídeo que le incriminaba directamente en la muerte de Mamen, no ocultó ni aplacó la rabia. Cerró las manos sobre el cuello de este y apretó con fuerza hasta que la vida desapareció de los ojos de Miguel. Nadie le relacionaría con su muerte. La escena del crimen, manipulada para parecer un suicidio, se vendió a una pareja recién casada, que se encargó de vender muebles, acuchillar suelos y pintar paredes.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta, regresando al presente—. «El Profesor» convencido de que los niños son más maleables, implantó en las últimas sesiones estos mensajes. Consistía en mandar una carta con tres palabras, ellas tendrían que acudir a un lugar concreto. Nada más, solo ver quién se presentaba. Pero supongo que otros proyectos, más prioritarios para Albert Levitt, sepultaron este. —Se encoge de hombros—. Yo, por el contrario, vi las enormes posibilidades que ofrecía. Llevo muchos años estudiando al ser humano. Joseph Fouché dijo: «Todo hombre tiene su precio, lo que hace falta es saber cuál es», independientemente de la edad, educación, posición social, he descubierto que puedes corromper cualquier alma con los

elementos adecuados. Me dispuse a destrozarse la vida de aquel que me echó de la facultad alegando que yo no tenía principios adecuados para la medicina.

»Me desviaría del plan trazado por «El Profesor», pero estaba muerto, y sinceramente, creo que mejoré la idea inicial.

Los motivos de Agustín sobrecogen a Natalia, hacer que otros seres sucumbieran ante su poder, manipulando, explorando la psicología de cada sujeto observado. Un líder psicopático, que controla a otros para cumplir sus deseos. «No encontrarán ninguna pista incriminatoria», susurró al oído de cada uno de ellos, cual vocecilla diabólica, el camino del mal inhibiendo el miedo a las consecuencias.

—¡Pero que aburrido y predecible fue todo! —exclama con un suspiro—. Tuve que hacer más entretenido el juego.

Natalia está convencida que nada puede contra él. «Los estúpidos siempre están seguros de sí mismos, los inteligentes dudan de todo», dijo Bertrand Russell. Podía utilizar esa baza contra Agustín, poner en su contra esa seguridad. Ante ella tiene un psicópata que relata toda una trayectoria de crímenes que seguían sepultados bajo kilos de basura y que nadie había descubierto. Pero no se siente capaz. *Entre las tinieblas no hay luz. Se tú la vela que alumbra el camino*, Natalia recuerda las palabras de su padre cuando estuvo dispuesta a dejar los estudios. Iguales dudas la asaltan, quiere huir y

escondese, que otro solucione el entuerto. Ella vive en un mundo de reflexión, le falta esa acción compulsiva. Pero por alguna razón, él la eligió para confesarse, eso significa algo y aunque no logra saber qué, no vale rendirse.

—... no gustó nada al socio de Rafael —dice Agustín. Ha perdido el hilo de la conversación, pero es el momento de mover pieza.

—Se trata de su hermano Álvaro. —Aquella información le sorprende.

Debe ver a Agustín como a un paciente. *De qué adolece*, se pregunta. Es un hombre que tiene exceso de confianza, orgulloso de sí mismo, sobre todo, por el poder que ostenta. Para la doctora Navarro, su nuevo paciente sufre del «síndrome de Hubris», aunque ninguna manual de psiquiatría reconoce tal enfermedad. Si continúa pensando que es un psicópata, no encontrará armas para combatir. El tratamiento es darle un baño de realidad, como hace siempre, mostrar la respuesta antes de plantear la pregunta.

—¿El fallecido? —Agustín mantiene una mirada penetrante con el entrecejo fruncido.

—El teniente Fernández no es de narcóticos. —No está del todo segura, atacar la vanidad podía desatar la ira, pero debe intentarlo. Con aquella sencilla frase marca el primer límite. Si Sergio fuera tras la droga, Álvaro estaría en la cárcel, pues la ruta para mover la mercancía ya la sabe.

—Me sorprendió que no reconocieras a Sonia. —*Intenta*

manipularme, ataca mi autoestima. ¡Bien, bien! Ahora no puedo hundirme.

—No fui yo la que saltó sus alarmas. Ella te descubrió detrás de la pantomima de las modelos. —Va a especular como ve cientos de veces hacer a Sergio—. Cuando vi las imágenes de Sonia captadas por la cámara de vigilancia de la tienda, me pregunté: a qué teme. Fue al falso casting, conocía Manolo y a Miguel de trabajar otras veces juntos, por supuesto a Antonio, ¿entonces? Solo cabía una posibilidad, y era que reconociera al enfermero que le realizó las pruebas médicas. Paco nunca hubiera levantado suspicacias, solo encajabas en la ecuación, tú.

Agustín mira como si la viese por primera vez. Cuando crees que conoces a alguien te sorprende, eso le sucede en ese preciso instante. Ha infravalorado a la doctora Navarro, quizá fuese lo que descubrió Alberth Levitt en ella. Mejoraba muchísimo las perspectivas del juego si tenía una digna rival. Pero la pregunta que premia es descubrir hasta dónde ha llegado en sus pesquisas.

—Sonia, Belén, Vanesa, Raquel...—dice cada nombre dilatando las sílabas.

Cada una de ellas cae sobre Natalia como palas de arena sobre un féretro. Una imagen sombría que vuelve a acelerar su pulso al saber que nada puede hacer por ellas, solo mantenerse fuerte.

—Sonia y Belén fueron intervenidas por el doctor Serrano. Quiero pensar, de él, que, por un bien común para la sociedad, perdió de vista la realidad y cayó en la locura. Vanesa era un riesgo para las pretensiones de Paco. Fue al hospital 12 de Octubre porque tenía dolores en el abdomen, sabemos que estaba embarazada. Dejó un recado a Vicente, pero lo interceptó el fiel ayudante, que aprovechó la ocasión, aunque no creo que supiera qué iba hacer con ella. —Natalia suplica que no le fallase la intuición.

»»Abortó. Si en algún momento pensó en dejarla marchar con la promesa de no ver nunca más al doctor Serrano, se dio cuenta que no era factible, antes o después le acusaría. Paco no ve su mediocridad, realizó él mismo la intervención. La cicatriz muestra un trazo vacilante y tembloroso. — Ninguna de sus conjeturas parece alterar el pulso de Agustín—. Raquel por desgracia fue un daño colateral. Hace años se escapó de ser manipulada, por segunda vez fue rechazada para el experimento, imagino que el doctor Serrano eligió a los sujetos y ella no era acta para la prueba. Pero el destino está ahí esperándonos. Como buena compañera de piso, ella sí que conocía la figura del amante. Cuando su amiga desaparece, va al único sitio donde puede hallar respuestas, pero en su camino se cruza nuestro fiel ayudante. Tras escuchar las acusaciones la mata a golpes, algo que nos dice que no fue premeditado. La viste y tira, como han acordado hacer con todas las muchachas.

—¿Crees que las personas son libres? —Eleva en un arco las cejas y

mantiene fruncido el ceño. Una mirada inquietante cargada de ira.

El instinto de supervivencia de Natalia le advierte que acaba de perder el control. El gasto emocional para dominar la situación le genera ansiedad, detrás una serie de imágenes de peligros y consecuencias negativas. La última pregunta queda suspendida en el aire, tiene un efecto demoledor en ella, es una amenaza velada, lo sabe y siente de esa forma. Es consciente de que Agustín se marcha molesto, durante unos minutos ella ha puesto sobre la mesa detalles claves, alguno los desconocía y otros no esperaba que ella los supiese. Sin olvidar que es un psicópata, necesitará desquitarse para aliviar la tensión, y esto hace que Natalia caiga en una espiral de angustia.

Es sorprendente las curiosidades de la vida. Al abrir la puerta, la figura mal humorada de Marta queda congelada con el dedo suspendido a escasos milímetros del timbre, ante la figura de él que le dedica una sonrisa socarrona antes de alejarse. Las coincidencias en este caso empiezan a llamar la atención de Natalia, y recordando esa pregunta que sigue sin respuesta, se atrevería asegurar que el hombre no es libre. «El destino de un individuo se ajusta invariablemente al destino de otro», la frase célebre de Arthur Schopenhauer cobra sentido. Agustín y ella quedaron ligados hace tiempo por «El Profesor», incluso Sergio fue un peón colocado en su tablero, para un fin que desconoce.

Capítulo 36

Las siguientes horas Natalia las tiene borrosas. Recuerda hablar con Sergio y Marta, quedarse dormida en la casa de su madre, incluso despertar en mitad de la noche gritando asustada y la figura de su padre sujetando con fuerza la mano, inerte y temblorosa. Pero nada de todo aquello es real. La memoria engaña, creemos conocer la mente porque nos pertenece, y esta es ingobernable y libre. Considera todos aquellos recuerdos reales, más incluso que la vida cotidiana.

Despierta en un hospital, al que no recuerda haber llegado. En el sillón a los pies de la cama dormita Sergio en una postura imposible. Natalia carraspea suavemente. Él despierta y esboza una sonrisa cariñosa mientras se pone en pie y se acerca a su lado.

—Menudo susto nos diste ayer, doctora —dice Sergio sentándose en el borde de la cama.

—No recuerdo nada. Vi a Marta en la puerta y después todo es oscuridad. —Se frota la frente dolorida.

—Sufriste un ataque de ansiedad, seguido de una parada cardiorrespiratoria. Tu madre nos contó que cuando se fue Agustín empezaste a sentirte mal, náuseas, mareos, palpitaciones y dificultad para respirar.

Natalia comprende que durante unos segundos estuvo muerta, pero el «yo interno» no estaba dispuesto a cerrar ese capítulo, dejando sin final aquella historia. Sergio y Marta son para ella como el oasis para el moribundo del desierto, una esperanza, un motivo para arrastrarse unos cuantos metros más. Atrapar a Paco y sus amigos es el agua que necesita para cobrar fuerzas. Su padre siempre será esa luz que indique el camino correcto, y rendirse no es una opción por mucho miedo que se le tenga a la incertidumbre.

—¿Y Marta? Entonces, ¿no hablamos?

Ella es lo que muchos consideran «no creyente», si no lo ve, duda. Lo somete todo al análisis y al raciocinio. Pero ahora comprende cómo se siente Iris. Empeñaría la palabra y todo lo que tenía, asegurando que vio llegar a Marta a casa de su madre, que después vino Sergio y que los tres en el salón conversaron durante horas.

—No, tu madre avisó a urgencias y te trajeron aquí.

—¿Cómo se encuentra mi madre? —Intenta levantarse, pero todo empieza a girar a su alrededor.

—Está con Marta. Todo bajo control. ¡Tranquila! —dice Sergio.

—Hay decenas de chicas sepultadas en el basurero municipal, lo confesó sin ningún pudor, sabe que no podremos acusarle de nada. Aunque creo que en algún lugar hay algo que le señala, una amenaza.

—¿El qué? —pregunta Sergio.

—Me habló de Miguel, con odio y desprecio. Sus palabras fueron más o menos, «ponía en peligro la operación», pero para Agustín todo esto es un juego para ahuyentar el aburrimiento, le gusta manipular y controlar a las personas, si este tipo hizo algo que se saliese del plan, le hubiese amonestado, pero sabemos que está muerto. Por lo tanto, fue más grave que un simple error, algo que le incrimina directamente —dice Natalia.

—Pensemos. Miguel es fotógrafo. Dejemos de lado que era pederasta, no creo que le matase por esto. —Natalia coincide—. Las fotografías requisadas a Antonio de las ferias de moda, las pasarelas y álbumes de los vestidos, llevan su sello.

—Conoció primero a Antonio y Miguel, meses después, coincidió con Manolo en la clínica. Aquello para él fue una revelación, iba por el buen camino.

—¡Vaya! Siempre he pensado que Manolo era el nexo de unión entre ellos. ¿Qué sacaría de un fotógrafo-pederasta y un diseñador-masquista?

—Dijo que durante un tiempo desató «sus pasiones». —Natalia entrecomilla la palabra con los dedos—. Tres cosas a valorar: primera, no podemos entender éstas como las que tendríamos nosotros; segunda, él necesita satisfacer ese vacío que le invade y domina; tercera, hay que tener en

cuenta, la relación que existe entre inteligencia y aburrimiento, a más capacidad intelectual, más hastío por lo que rodea al sujeto.

—De acuerdo, entablaba relaciones con mujeres, por seguir el hilo de las comillas, de ellas obtenía alguna satisfacción, sin tardanza se cansaba, y buscaba a otra. Pero sabiendo cómo piensa y actúa, llega un punto que se aburre de la monotonía e introduce un elemento nuevo, así vamos sumando hasta que mata a la primera. —Llevaba diez años en el cuerpo vistiendo la piel de muchos criminales para poder darles caza, no era el primer psicópata, pero sí el más inteligente.

—Sabemos que le gusta manipular, ¿y si, convenció a Antonio para que asesinara a alguien? Habló de mujeres, por lo tanto, Miguel tuvo un papel diferente, él prefería a los niños.

—¡Joder! En algún lugar hay un vídeo o fotografías que lo incriminan.

—¿Cómo sabes que no lo destruyó?

—Un rasgo característico de este tipo de sujetos es el profundo nivel de enfado que alcanzan. La gente que les rodea aprende a temerlos por estos arranques de ira incontrolada, seguidos de violencia. Si Agustín descubrió que tenía esta prueba que le ponía en el punto de mira, la rabia sería descomunal. Miguel, por el contrario, pensó que mantenerlo en su poder era un salvoconducto. —Sergio encaja con rapidez las piezas—. Disfrutan mirando a

los ojos de sus víctimas, les gusta ver reflejado el miedo en ellos. Cuando estrangulas a alguien hay una unión directa entre las miradas, la vida se escapa y el asesino es un espectador sentado en primera fila.

—Son impulsivos en ese estado. ¿Dónde puede estar la cinta o el archivo con las fotografías?

—El hermano heredó todo. El piso donde encontraron el cadáver, lo vendió a una pareja que se deshizo de los muebles, tiraron paredes y suelos, por lo tanto, allí no encontraremos nada. Tenemos que dar con este, y cruzar los dedos, ¡ojalá guarde en algún trastero los enseres de Miguel! No vendría mal un poco de suerte.

—¿Qué vas a hacer con las chicas del basurero?

—Ya estamos en ello. Lo único que repetías, una y otra vez, a los camilleros y enfermeros era: «los cuerpos sin vida están entre la basura». Teníamos la posición de los coches de Rafael, siempre sospeché que usaban el taller para estos fines. Los vehículos cuentan con GPS y la orden judicial nos dio acceso a esta información, pero cómo emplearla. Sabemos dónde estuvieron aparcados y cuánto tiempo. Hemos trazado la ruta de los camiones de basura, cada uno tiene una zona de descarga.

—Y ahora, ¿qué?

—Paco mató a Vanesa y Raquel, estamos buscando algo que lo delate

en su despacho. Rafael está con los compañeros de narcóticos, le pondrán en antecedentes sobre Álvaro y la muerte de Gala, esperamos que confiese todo lo que sabe. Antonio será detenido en unas horas por posesión de drogas, todos los trajes muestras restos de cocaína en estado puro, esto no se sustenta ante un juez, pues puede alegar que los manipularon después, pero queremos ponerle un ratito a la sombra y apretar las clavijas. Manolo está esperándome en mi despacho, le estoy dando tiempo para que piense, por qué le levanté de la cama y arrastré al cuartel sin explicación alguna.

—No hay nada sólido —dice Natalia.

—No. Pero así trabajamos siempre, nadie deja su tarjeta de visita en un crimen. No sufras doctora, tenemos mucho, solo nos falta un poquito de suerte.

Capítulo 37

Le dieron el alta veinticuatro horas más tarde. En ese tiempo no supo nada de Sergio. La vida tiene un ritmo propio, aunque en ese momento Natalia se niega a aceptarlo, pues es lento y desquiciante. Todo a su alrededor permanece congelado, Rosa se mueve con lentitud en la cocina preparando la cena. La desidia se apodera de ella, así como el aburrimiento por la espera prolongada, por la falta de información.

La prensa especulaba con el motivo que tiene la Guardia Civil para el despliegue que ha levantado en el basurero municipal de Madrid, decenas de bomberos y sanitarios rebuscan entre los desperdicios. Los perros de rescate llevan horas trabajando sin descanso, entre ellos se encuentra Sultán, guiado por Marta que siente las piernas flaquear por el agotamiento y la desesperanza. «No podemos tirar la toalla», le dice mientras acaricia su cabeza. Sultán pertenece al proyecto Aurora, desde hace unos meses convive con ella, es su adiestradora y la adoptante oficial. Una petición que pasó antes por la valoración de Sergio, que vio de buen grado incluir en el grupo a un agente tan especial. El imponente pastor alemán no solo busca cuerpos humanos, vivos o muertos, entre los escombros y desperdicios, también está adiestrado para atacar en caso de enfrentarse a situaciones con individuos armados o agresivos.

«¿A quién buscan?» se preguntan periodistas y curiosos. Nadie parece relacionar «el caso de la novia»», con la carrera contrarreloj que lleva a cabo las fuerzas del orden.

Seis horas más tarde Sultán capta un rastro. Se pone nervioso, mueve las orejas y pasa incesantemente la mirada de los ojos de Marta a la montaña de residuos, moviendo el rabo a gran velocidad. Ha encontrado el cuerpo, el juego para él ha terminado, en breve será recompensado con un juguete. Ella extrae de la parte trasera de su pantalón una cuerda anudada de colores chillones que entrega al perro que ladra feliz al verlo. Marta da la voz de alarma.

—¿Estás segura? —pregunta Sergio mientras escala la montaña mal oliente.

—Ya estás aquí. ¿Se quedó tranquila la loquera? —dice Marta mordaz.

—No me gusta el tono. Gracias a ella quizá tengamos una pista. —Mira alrededor. Eran kilos de basura embolsada. —Recojan todas las bolsas que rodeen al cadáver.

—¿Estás loco! Aquí hay cientos. ¿Dónde meterás tanta mierda para analizar?

—Donde haga falta. Tenemos cientos de naves. Pondré a trabajar a todo el personal día y noche, pero es lo único que tenemos.

Dos horas más tarde el cadáver de una mujer morena, menuda y semidesnuda, descansa sobre una lona de aluminio. Dos forenses observaban con minuciosidad el cuerpo, embolsando manos y pies para no perder los restos de residuos entre las uñas. Sergio aguarda a escasos metros con una mueca de triunfo, tiene un pálpito.

—¿Por qué sonrías? —pregunta Marta.

—Solo viste sujetador y braga. —dice como si aquello fuera aclaratorio sin más. Marta palmea para animarle a seguir—. Es anterior a los crímenes de «la novia», no viste de gala.

—Puede ser otro asesino.

—No lo creo. Procede de un contenedor situado a las afueras de una zona residencial que está rodeada de campo. Un lugar apartado e inhóspito. Sabemos que los coches de Rafael en los últimos seis meses han estado por la zona cuatro veces. Lo único, —Sergio muestra un mohín de disgusto—, el cuerpo está en avanzado estado de putrefacción. Lleva aquí un año, más o menos.

Los forenses se ponen en pie, dando por terminado la recopilación de las primeras pruebas.

—¿Qué podemos saber, por ahora? —pregunta nervioso Sergio.

—Hay que descartar que el fallecimiento se produjera por el

tratamiento de la basura en el camión. —Sergio no valora en ningún momento tal posibilidad, está seguro que ese cadáver es el golpe de suerte que estaba pidiendo—. Estaba muerta cuando la arrojaron al contenedor. Presenta golpes, laceraciones y magulladuras por todo el cuerpo. Muestra marcas en el cuello por estrangulamiento. La presión impidió que la sangre llegara al cerebro y que el oxígeno alcanzase los pulmones. La víctima primero quedó inconsciente y segundo después murió. No lo hizo ella misma. —Marta arquea una ceja mostrando una sonrisa irónica que el forense ignora—. Las marcas no son de lazo, sino de manos. —El hombre coloca sus manos sobre su cuello—. Si intento estrangularme con mis propias manos, la presión disminuye a medida que pierdo el sentido.

—¿Asfixia erótica? Busquen restos de semen —añade Sergio cuando ve que los hombres cogen sus cajas de herramientas y se encaminan al todoterreno negro aparcado a seis metros.

—Es posible que los restos de los muslos lo sean, pero tenemos que analizarlos. Morir en pleno clímax. ¡¡Uff!!

Los operarios del Instituto Anatómico Forense de Madrid cierran el furgón que transporta el cuerpo sin vida. El teniente Fernández se contiene en dar saltos de alegría, *no sería adecuado, valga las circunstancias*, piensa tras mesar su pelo oscuro. No puede evitar estar contento. Antonio mató a la

muchacha, no le cabe ninguna duda, es el único sadomasoquista del grupo. Y algo le dice que esa mujer está íntimamente ligada con Agustín. Todo parece difícil antes de volverse sencillo. Nunca la suerte estuvo de su lado, pero por una vez, así es. Crímenes más complicados se han resultado con detalles insignificantes. Marta no comparte esa excitación.

—Anthony García, fue detenido cuatro años más tarde por el crimen que realizó en una licorería cuando unos agentes de tráfico le detuvieron y vieron su tatuaje. El tipo se dibujó la escena con todo lujo de detalles. ¿Qué posibilidades hay de que un agente reconozca tal crimen? —Levanta la mano cuando ella intenta interrumpirle—. David Hilder, fue detenido porque tenía un solo pelo del gato del hombre al que asesinó. Otro caso insólito: un robo casi perfecto en un cibercafé, se dejó el asaltante abierto su perfil de Facebook. —Marta ante este ejemplo se echa a reír— ¿Qué me dices de Richard Loeb y Nathan Leopold? Cuatro meses para planear el asesinato perfecto, tiran el cuerpo en un desagüe, descubren el cadáver y una lente entre más residuos, ¡Bingo! Son caras, solo se vendieron seis en toda la ciudad. Encuentran al asesino, y el resto de pruebas en su casa.

—Tenemos suerte —dice Marta.

—Eso espero y no se torne en nuestra contra. Pensaba en el cuento que me contó Natalia hace tiempo.

—Esa mujer es insufrible.

—Más o menos era algo así. Un campesino y su hijo trabajan la tierra. El joven según van sucediendo los acontecimientos, maldice la desgracia o bendice la suerte, el padre pide prudencia. Se pierde el caballo, pero al poco este regresa con una yegua. El hijo intenta montarla y cae rompiéndose una pierna, no puede ayudar al padre y se lamenta, pero días después el ejército del rey pasa buscando jóvenes para la guerra.

«La vida es paradójica, mi querido Sergio. Nunca se puede dar nada ni por bueno ni por malo». Sabe que esas serán sus palabras en cuanto le ponga al día de los avances.

Capítulo 38

—¡No te gusta nada la exposición mediática, doctora! —Sergio ríe mientras mira la cara de fastidio de Natalia. En la primera plana de los periódicos de tirada nacional la imagen de ella cubre la noticia «La Sherlock Holmes española vuelve hacerlo»—. No tengo nada que ver con todo esto, — Imagina que el verdadero artífice es Agustín, que continúa suelto—, creo que la gente disfruta más viendo a alguien normal marcando la diferencia que a un par de agentes que se dedican a esto. Además, ya sabes cómo funciona, en un par de días nadie se acordará de ti.

—«El mundo está lleno de villanos, pero también gente extraordinaria, personas anónimas que realizan acciones valientes, como la doctora Navarro que no dudó en sentarse frente a un psicópata para descubrir dónde estaban las muchachas asesinadas». Nada de esto es cierto, me lo encontré en casa de *mi* madre, en el sillón de *mi* padre —dice Natalia agitando el periódico en el aire.

—No estoy de acuerdo contigo, y sí con la periodista. Desafortunadamente los medios de comunicación se hacen constante eco de los asesinos en serie, se escriben novelas con las vidas de estos sujetos y se ruedan películas. Gente que fantasea con mantener una relación romántica con estos psicópatas encerrados de por vida en prisiones de alta seguridad, ahí

tienes a Paco, y es un mindundi, mira el revuelo que ha levantado. Recibe cientos de solicitudes de muchachas que quieren conocerle en persona. Provocan fascinación, curiosidad, para mí todo esto es impensable, pero los datos lo dicen, y no yo. —Sergio coge el periódico de entre las manos de Natalia y mira la fotografía—. Cada noche cientos de buenas personas piensan viendo el telediario: « El mundo es una gran cloaca. Todo es pura maldad ».

»Pero no es cierto, es mucha la gente anónima que cada día marca la diferencia en pequeños detalles que cambian la vida de otros muchos.

—Son más espectaculares los hechos perversos, impactan más en las personas de a pie. Retenemos mejor el mal que el bien en nuestra memoria — Sergio sonríe al escucharla.

—Del bien, doctora, no nos tenemos que proteger, del mal siempre hay que estar alerta. No podemos olvidar que no se puede caminar a altas horas de la noche por callejones oscuros, ni subir a coches de desconocidos, ni aceptar una bebida de un extraño en un pub cualquiera.

—Quiero agradecerte la protección que pusiste a mi madre: Sultán.

—No tienes de qué, aunque quiero ser sincero contigo. —Levanta las manos en son de paz—. Sospechábamos de ti, sobre todo Marta. Llegó a ser tan convincente, que la noche que vine a tu casa, borracho, intenté acallar esa voz dentro de mi cabeza que aseguraba que eras una demente, salí de aquí

destrozado por tal idea. —Se siente ridículo—. Cuando estaba perdido, arrojabas luz. La cita con el doctor Serrano, un punto de partida, y presentarnos a tu amigo Paco, fue tan evidente, que juro que estuve a punto de ponerte las esposas, pero en el fondo, no tenía ningún sentido, ¿por qué ibas a tirar piedras contra tu tejado?

—¿Por qué sospechaba Marta de mí?

—Dejando de lado que no te soporta porque eres una prepotente. — Vuelve a reír divertido—. El día que viste a Sonia, creyó atisbar una pizca de reconocimiento en tu mirada. Que decidieras hacerle un escáner cuando nadie sospechaba nada, y otros colegas tuyos decían que era un estrés postraumático, levantó suspicacias.

—No es una práctica descabellada, soy meticulosa en lo que hago.

Era cierto, y Sergio ahora lo sabía. Lo primero que hizo tras salir del hospital y antes de acercarse al basurero, fui ir a ver a Rosa. La encontró arropada por una psicóloga y dos agentes femeninos de la Guardia Civil. Al entrar en el salón la mujer se arrojó a sus brazos relatando entre sollozos el estado agitado de Natalia. «¡Creí que la perdía a ella también!». Ambos tomaron asiento en el sofá, mientras él sujetaba con fuerza las manos de ella. «Soy una vieja inútil. No pude cruzar el umbral de la puerta para pedir ayuda. Sultán con sus ladridos alertó a los vecinos y al conserje». Y en ese instante

de confianza, ella dio sentido a los comportamientos extraños de Natalia, y las dificultades sociales que tiene. «Trastorno de identidad disociativa, grado leve».

—Y ahora qué —dice Natalia reclamando la atención de Sergio.

—Como bien intuiste, eran dos casos diferentes. —Se frota el flequillo dejándolo revuelto—. Aquella cena tuvo el efecto que buscaba Agustín, desviar mi atención. Se abre el telón, cinco hombres te miran desde el escenario, los actores de una obra de teatro bien estructurada, todos protagonistas, no puede ser de otra forma, no tendría sentido y no miras otras opciones. Faltaba el doctor Serrano. Iba a asistir, pero su exmujer tuvo un compromiso ineludible y se quedó al cargo del niño. Él mismo nos lo confirmó. ¿Cómo lo descubriste?

—Fue el vestido de Gala.

Natalia está destrozada tras los acontecimientos vividos, la detención de su antiguo compañero, Paco, y el desenlace, frustrante y deprimente, de una trama creada para el divertimento de un hombre que se aburría.

—Doctora, ¿qué ronda esa cabecita?

—El otro día visité a Paco, —Sergio controla las visitas de los detenidos. Conoce tal reunión—, por los viejos tiempos, por los nuevos, no sé por qué lo hice, quizá porque quería ver en sus ojos al monstruo que clama la

prensa. Cada noche repaso una y otra vez los recuerdos que tengo, y no doy crédito a lo que se le imputa, que él mismo ha declarado. ¡Todos esos crímenes! —dice Natalia con hilo de voz—. Sé que has comprobado todos y cada uno de los asesinatos de las cuatro mujeres que hallasteis, dónde las conoció y la razón que le llevó a matarlas. Pero tengo mis dudas sobre este punto, por mucho detalle que dé.

—Vi desconcierto en los ojos de Paco cuando repasamos una a una las fotografías tomadas en la morgue, tras las autopsias realizadas a los cuerpos del basurero municipal. No es sencillo reconocer un cadáver en descomposición, desprendido de todo su ser y pertenencias —dice Sergio—. Agustín le enseñó las imágenes de las muchachas muertas, sabemos que Miguel hizo varios reportajes, que quizá quemó o guarde bajo llave, vete tú a saber dónde. Le iría narrando cada historia sin omitir detalle, los cuales me recitó sin salirse del guion.

—Pero no tiene sentido, ¿solo por ese deseo loco de pasar a la historia?

—¿No hay un trastorno para eso o un síndrome?

—Sí, «síndrome de Eróstrato», hacer cualquier cosa por extrema que sea para ser famoso.

—¿Eróstrato? Suena a filósofo griego.

—Fue un pastor griego de la ciudad de Éfeso, no fue político, ni filósofo, ni militar o comerciante, pero quiso que la gente hablase de él, y para ello quemó el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. Tras el agravio se prohibió totalmente que se diera notoriedad al hecho para evitar sucesos parecidos, pero como puedes ver, lejos de conseguir que su nombre se perdiera en el olvido, llegó a nosotros como la descripción de un acto poco cuerdo. —Posa la mano sobre la frente dolorida—. Paco vivía siempre buscando destacar, era consciente de las limitaciones que tenía académicamente, y decidió que el reconocimiento social era lo máximo a lo que debía aspirar. A la sombra del doctor Serrano, comprendió que nunca destacaría, pues este no tenía ni sangre ni agallas para emprender proyectos.

»Supongo que las redes sociales haciéndose eco de tanto fenómeno viral mostró un camino.

—Sí, pero como bien hemos dicho hace unos segundos solo unos permanecen durante tiempo en nuestras retinas. Primero llega la noticia, escalofriante y descarnizada, las redes sociales arden con imágenes de las chicas caminando vestidas con maravillosos trajes de noche. Los periódicos, telediarios y los programas sensacionalistas llenan páginas y horas. Después llegan las historias personales, el drama de cada una de ellas, los sueños truncados, las ilusiones pisoteadas. —Suspira resignado Sergio—. Y la gente habla en la calle, en el autobús, en la oficina y en el médico. El boca a boca

llega a los oídos del que alimenta su ego con el horror de ellos. Se cree una leyenda.

—Es como un poco de todos los asesinos en serie. Unas gotas de «el asesino del Zodiaco», que enviaba misivas con enigmas y criptogramas, el nuestro las vistió de gala y las dejó en las calles más transitadas de Madrid, expuestas a las redes sociales. Otras poquitas de «Jack el Destripador», que mutiló a sus víctimas, Paco les quitó parte del cerebro. «El asesino del baño de ácido», aquí no hubo tal baño, pero manchó con la sangre del resto, las manos y pies de las que encontramos, llamando más la atención de la gente. — Guarda silencio. Un escalofrío recorre su espalda, se abraza con fuerza como si sus brazos pudiesen ahuyentar lo que realmente teme—. Todo esto me ha tocado seriamente cuando he visto mi entorno salpicado de tanto horror. Paco fue un amigo del pasado, estuvo en mi casa, comió en mi mesa y estudió en mi cuarto, ahora se presenta como un psicópata, meticuloso, frío y despiadado.

—Doctora, todos pensamos que es un muñeco de paja. En el cuerpo de Raquel hay indicios de que fue él: chapucero y descuidado. Encontramos el objeto rombo con el que la golpeó, estaba en el despacho del doctor Serrano, un trofeo de pádel que tenía restos del cráneo de la pobre muchacha y las huellas de Paco —aclara Sergio—. Mientras que el resto, se los imputamos porque se declaró culpable. Agustín es quien tendría que estar entre rejas o pudriéndose en el infierno, por el asesinato de Mamen Gutiérrez, Olga Tizón,

Ana Molinero y Mar Sancho, pero no hay nada que le señale, ni sus propios socios lo hacen. Además, ellas fueron anteriores a esta trama de modelos y experimentos, ninguna tiene el cráneo abierto, muestran abusos sexuales y un sinfín de agresiones físicas, golpes, quemaduras, rotura de huesos y un largo etcétera. Universitarias de primero, recién llegadas a Madrid, sin familia ni amigos. Según las familias, buenas chicas, estudiantes destacadas, tímidas y sin novios reconocidos. Bueno, una de ellas no encaja en este perfil. Mamen se vino a estudiar a la gran ciudad porque Badajoz se le quedó pequeña.

—Yo, en la mente de Agustín, no soy más que un testigo clave de su ingenio. Divulgaré a quién quiera oírme sus atrocidades sin pistas, elevándolo a la figura de genio del crimen. Un Moriarty, el archienemigo de Holmes, que, como este, controla una vasta red criminal, donde deja a cada psicópata dar rienda suelta a su maldad, empleando el prodigioso intelecto que posee para permanecer invisible en el centro de toda esta locura, libre de toda sospecha.

—Lo sabemos. Se mueve por diversión, pero no es prueba suficiente.

—Sí. Se cansó de que no viéramos lo que ocurría con las chicas desde hacía un año, que la desesperación de unos padres no fuera suficiente para nadie.

—Dos de ellas venían de familias desestructuradas, Olga y Mar, no tenían a nadie que se preocupase por su estado. Mamen era independientes y

con muy poco contacto familiar. Ana tenía denuncia por desaparición y su foto se movió por las redes, pero su pista se perdió en una fiesta, nadie la vio ni entrar ni salir. Luego fueron sepultadas bajo kilos y kilos de desecho. —Sergio no pretende disculpar ni a sus compañeros ni a él mismo, pero el trabajo que realizan diariamente no es tan fácil como se juzga desde fuera—. Nada las relaciona, o por lo menos con lo que tenemos, imposible de hallar el nexo que las une.

»»Paco declaró ser el autor de todo. Y la gente de a pie necesita saber que velamos por ellos. —Guarda silencio, sabe que no es suficiente—. Manolo se deshizo de estos primeros cadáveres, aunque sabemos que nada tuvo que ver, pero es simple y servicial. En el último año Paco tomó el relevo en estos menesteres. Estamos seguros al cien por cien. Rafael tiene una memoria increíble y tomó nota de los kilómetros que recorrían y dónde estuvieron los vehículos. Nunca se fio de Manolo ni de ninguno de sus amigos, antes o después, los chanchullos de estos le traerían consecuencias y se preparaba para ello.

—¿Por qué no les denunció?

—No sabía qué hacían... Impresionaban a mujeres. Cogían los coches del garaje y al día siguiente los tenía allí, limpios y sin un rasguño, el resto no le importaba. Le creemos. Tras descubrir la verdad sobre Gala, ha confesado

los chanchullos de sus negocios, le importa todo bien poco. —Sergio siente el cansancio en el cuerpo, lleva tres días sin dormir más de dos horas seguidas, cabezadas robadas a la investigación en momentos de espera, y ahora le vence el sueño—. Hemos encontrado en la ropa de la última víctima fibras del maletero del Volvo que llamó tu atención, creo que aquel día... —Natalia se cubre la cara, no desea saber más. Todo aquello es imposible de asumir. Treinta minutos antes de recogerla, Paco abandonó a Vanesa González drogada en un callejón—. Todavía queda mucho trabajo por hacer, ¡no me rindo! De la basura que tengo en la nave, encontraré el resto de una foto o una cinta de vídeo, algo que inculpe a Agustín.

Epílogo

«El desenlace de aquel enrevesado caso no fue el esperado, la frustración de no encontrar nada inculpatario contra Agustín y que sus socios no declarasen en su contra, nos hizo lidiar con la incomodidad de la incertidumbre. Una ansiedad que durante la noche asalta privando del sueño y durante el día juzga el esfuerzo.

»Un psicópata anda suelto por la calle, con nombre y apellidos. Que confesó a la doctora Navarro que todo aquello había comenzado porque estaba aburrido, necesitado de emociones, de adrenalina que calmase su propia ansiedad, a través del drama y el horror que infringía a otros. En cuanto volviese ese vacío interior buscaría nuevas víctimas con las que llenar sus oscuros deseos.

»Natalia necesita respuestas, cerrar el círculo. Nunca encontramos ninguna otra muchacha que padeciese el mismo horror que Sonia, Belén y Vanesa; peinamos el basurero y seguimos el recorrido de los vehículos de Rafael, centímetro a centímetro, sin hallar nada. Intentamos apretar las clavijas a Paco, que parece seguir disfrutando con todo lo sucedido y con su estancia en prisión, pero se encoge de hombros, riéndose en nuestra cara, a modo de respuesta.

»Estoy casi seguro, al 90%, que no hay más víctimas enterradas bajo

toneladas de desperdicios, ni encerradas en ninguna clínica clandestina, pero ella sigue sin dormir por las noches. Reconoce que no le gusta la ambivalencia, yo he aprendido a vivir en situaciones donde las reglas y los resultados no están del todo definidos, en mi profesión estoy sujeto a ello, no puedo detenerme, quedarme estancado porque no tengo los hilos bien cogidos; además con los rayos de sol de cada mañana, nace un nuevo asesino.

»Antonio entró en prisión como el que va temporalmente de retiro al Himalaya con los monjes budistas. Parecía no darse cuenta que dormía en una celda de trece metros cuadrados, compartiendo alojamiento con un cocainómano que robaba para su chute diario.

»Los primeros días estaba embriagado por la fama adquirida y el auge de las ventas. Era toda una celebridad en las redes sociales, “El diseñador que mataba a sus modelos”. La gente adquiría sus vestidos para luego posar en lugares emblemáticos con los pies descalzos, la cara sin expresión alguno y las manos cubiertas de pintura roja. Ofreció entrevistas, llamó a programas para ser un tertuliano más, hablando de los asesinos seriales, como personaje experto en el tema. Aquello era un sin sentido. La prensa alimenta al “lobo malo” de otros cientos de psicópatas que miran la televisión desde sus casas fantaseando con matar a alguien.

»Cuando los medios de comunicación se cansaron, así como los

numerosos fans, que se movían según la dirección del viento, intentó en vano llamar su atención, pero la audiencia reclamaba una carnaza diferente, esa olía a podrido. Su autoestima cayó en picado, como nos dijo que sucedería la doctora Navarro, y ahí estábamos Marta y yo esperando para aprovecharnos de ese bajón y poder obtener algo con lo que encerrar a Agustín, que seguía vigilado, pero no a nivel oficial.

»Antonio comprendió que estaría entre rejas muchos años, que cuando saliese tendría que empezar de cero. Se dio cuenta que no podía controlar nada de lo que hacía, el horario era rígido y la rutina una losa que cada día pesaba más. La ansiedad hizo acto de presencia. Las ventajas carcelarias que disfrutó los primeros meses fue una idea que la doctora Navarro dejó caer sobre el tapete, “Alimentar su ego para luego privarle de todo”. Hundirle hasta que la posibilidad del indulto se deslice sobre la mesa a cambio de una confesión inculpatoria contra el hombre que orquestó todo el plan.

»No estaba dispuesto a delatar a Agustín. Lo que nos llevó a la segunda fase del plan de la doctora, “Despersonalizarle”.

»Se le privó del nombre, no era el famoso Prieto Aaton, ni Antonio Fernández siquiera, sino el recluso de la celda 227. Lo primero rebajarle el ego, “Es importante que comprenda que forma parte de un colectivo que rechaza la sociedad, no es el diseñador admirado, sino el asesino de

muchachas hermosas que tenían una vida por delante. Mencionando siempre sus nombres, Sonia, Belén, Vanesa y Raquel”. La contundencia de las palabras de Navarro en aquella primera reunión con el personal de prisiones, hizo que hubiese un ligero acercamiento entre Marta y la doctora, algo muy efímero porque en los siguientes casos sus discrepancias volvieron a salir a la luz.

»»La convivencia con su compañero de celda había sido mínima, pues durante largos periodos de tiempo le dejaban solo con el propósito de que preparase las conferencias o entrevistas, instantes para sí mismo, que fueron borrados de un plumazo. Veinticuatro horas diarias durante semanas enteras, estuvo acompañado de aquel drogadicto que disfrutaba usando el set de aseo de Antonio y tomando prestado los bocetos para escribir cartas de amor a una prostituta con la que compartía piso cuando contaba con dinero.

»»Y la frustración aumentó cuando el tiempo para el aseo personal se limitó a minutos y no horas como él reclamaba. Cuando las cremas faciales, aftersave y el perfume empezó a escasear, tuvo que conformarse con la pastilla de sosa que proporcionaba la prisión, aquella que agrietó y enrojeció su piel.

»»Una mañana exigió hablar conmigo, necesitaba salir de allí inmediatamente. Pero llegué tarde.

»»Entré a la cárcel acompañado de Marta, el cuerpo sin vida de Antonio seguía colgado del barrote de la ventana y como soga la sábana de su

cama. Le faltaban cinco centímetros para alcanzar la silla, lo que ponía en duda la observación del forense: “suicidio”. Pero dejó muy clara su postura cuando respondía ante tal observación “Encogió la tela”. “Menguó el cadáver”, me atreví a espetarle.

»»Su compañero de celda estaba chutado hasta las cejas. “¿De dónde sacó la cocaína?”, preguntó Marta. Los funcionarios de prisión no sabían nada. Si fue el responsable del asesinato era imposible demostrarlo por el estado de semiinconsciencia, tampoco se encontraron fibras en sus manos, ni epiteliales suyas en la tela. Algo muy planeado para un tipo con tan pocas entendederas.

»»No se me ha olvidado Manolo, pero este no llegó a estar encerrado. Se suicidó en los baños de los tribunales de justicia, justo después de escuchar el veredicto. Aquello resultó una metedura de pata de todos nosotros que le dejamos entrar solo y sin vigilancia. Se colgó con el cinturón del pantalón. Natalia nos advirtió que nunca podría vivir entre rejas, a lo que yo le respondí, “a todo se acostumbra el ser humano”.

»»Sobre Rafael, poco se puede añadir. Está en la cárcel por tráfico de drogas. Recibe correspondencia de Álvaro desde distintas ciudades del mundo. Todas son una provocación, se preocupa por él y le confiesa que reza cada noche por su alma y la de Gala. El odio le mantiene con vida ahí dentro.

»»No descansaré hasta que meta entre rejas a Agustín. Esta promesa no

parece calmar la angustia de Natalia, me asegura que no le teme, a pesar de saber que él tiene cierta fijación con ella, lo que la atormenta, es saber que en cuanto se aburra, volverá a matar»».

La puerta del despacho de Sergio se abre de golpe interrumpiendo lo que pretende ser la primera novela policiaca que relata sus casos. Está dispuesto a asumir el papel del doctor Watson narrando las aventuras de la doctora Navarro y de Agustín, convertido en el perverso James Moriarty. La figura airada de Marta toma asiento en una silla junto al escritorio.

—Nuestro superior insiste en que me disculpe con Natalia.

—Insinuaste ante la prensa que Antonio murió porque sus pautas fueron erróneas. —Sergio cierra su portátil—. Estuvimos a punto de cazar a Agustín, pensamos que no tenía los tentáculos tan largos y nos descuidamos.

—¿Por qué tanta admiración por ella? —pregunta Marta—. ¿Cuál fue ese caso que le valió el título de Holmes?

—Ni siquiera contaba con su ayuda. —Sergio sonrío con gratitud—. Un año después de lo sucedido con mi anterior compañero, mi vida era una mierda y nuestro superior me obligó a acudir a la consulta de la doctora Navarro. Como paciente. Las primeras sesiones me las salté, y ella no me delató. Una mañana recibo una llamada suya y me dice que le exigen un informe. No está dispuesta a falsear mi valoración y necesita verme. Yo estaba

investigando la muerte de cinco periodistas, tenían en común todo: se movían en los mismos círculos, vivían relativamente cerca unas de otras, acudían al mismo gimnasio y compartían idéntica agenda. Mi lista de sospechosos era infinita.

»—Tras poner al día nuestra desavenencia, le relaté mi nuevo quebradero de cabeza, no omití nada. El único detalle que llamó su atención fue que todas las víctimas tenían rasgado el rostro con un bisturí, ninguna otra agresión. Guardó silencio durante buen rato, entonces levantó la mirada y me dijo que tenía que encontrar a alguien que sufriera de delirios de falsa identidad. Uno de mis sospechosos sufría, o “el síndrome de Capgras”, estos enfermos alegan que alguien cercano a ellos ha sido sustituido por un doble idéntico; o “el síndrome de Frégoli”, el paciente piensa que hay gente que se disfraza como personas de su entorno para hacerle daño.

»—Natalia me acompañó a la grabación de un programa de televisión. Yo tenía la sospecha que la presentadora era la siguiente víctima. Mientras deambulaba entre realizadores, cámaras y maquilladores, ella se colocó junto a la mesa de catering a tomar té y escuchar. A los pocos minutos se acercó a mí y me señaló una mujer que miraba fijamente a la presentadora.

»— Se llama Virtudes, según sus compañeras tienen unas ideas algo “raras”. Definidas como delirantes. Está casada y tiene una hija de seis meses,

pero tuvo un hijo anterior que falleció por muerte súbita. Y antes de este, una niña, que murió a las pocas horas de nacer.

»—¿Te parece pocas desgracias que quieres acusarla de asesina? — pregunté anonadado.

»Entonces, me sucedía como a ti. No creía en ella. Pero siguió hablando sin importarle mi falta de fe en su juicio.

»—Hace unos meses vino el marido a buscarla y montó un espectáculo diciendo que él era un farsante. Días más tarde regresó al trabajo contando que su primogénita fue secuestrada, que nunca murió como le hacían creer familiares y amigos. —Nuestros ojos estaban fijos en aquella mujer de apariencia normal—. Estoy segura que la muerte de sus dos hijos en tan corto periodo de tiempo dio lugar al “síndrome de Capgras”. No creo que superase la pérdida del primero cuando se produjo la del segundo.

»En cuanto se dio cuenta que estaba siendo observada, no dudó en correr hacia el plato empuñando un objeto en la mano, que resultó ser el bisturí con el que agredió a las víctimas anteriores. Uno espera que el culpable huya, pero aquella mujer quería arrancarle la cara. Para ella era un malvado que se disfrazaba de compañeras y amigas para torturarla, convencida de que raptó a sus dos hijos. Era su propio monstruo del saco, calmaba la angustia, una manipulación de la mente. —Toma unos minutos para

cambiar de tema—. Está muy agradecida por todo lo que hiciste por su madre.

—Alquilé el piso contiguo al de Rosa, con el fin de estrechar lazos y averiguar más sobre la hija, sospechaba de Natalia, y lo sabes. Pero terminó cayéndome bien la madre y cuando cercábamos a nuestros sospechosos temí por su vida, por eso solicité a los compañeros de adiestramiento de la Guardia Civil un perro guardaespaldas. No creo que Agustín acudiese con buenas intenciones, pero Sultán disipó tales ideas. —Marta se pone en pie—. No confío en ella, pero sí en ti. Le daré una oportunidad.

El sonido del teléfono interrumpe el alegato final de Sergio. En la pantalla de su móvil aparece el número del sargento Ignacio Angulo, encargado de analizar las toneladas de basura recogidas alrededor de los cadáveres de Mamen, Olga, Ana y Mar.

—Dígame sargento. ¿Está usted seguro? ¿No hay ningún error?

Marta se aproxima a la mesa y coloca las manos sobre la superficie metálica fría y llena de huellas de todos ellos. A los pocos minutos Sergio cuelga con una amplia sonrisa.

—Le tenemos Marta. Cursa inmediatamente la orden de detención. Han hallado una bolsa con carretes gastados, botes de líquidos de revelado y trozos de fotografías pasadas por una destructora. Han conseguido juntar algunos y se ve la imagen de Agustín sentado en una silla en la esquina de una

habitación, mirando hacia el cuerpo sin vida de Mamen, que yace en una cama. Sobre este, se encuentra desnudo Antonio, con un látigo en la mano. ¡Tenemos a ese hijo de puta!

AGRADECIMIENTO

El agradecimiento va mucho más allá del simple «gracias», la palabra está sobreutilizada y manoseada, ha perdido el valor; es una respuesta automática que damos a todo sin efecto alguno.

En el caso de un escritor independiente, se establece un vínculo invisible de gratitud que nos une al lector. Este trabajo creativo, que es el arte de la palabra, necesita del consejo, valoración o crítica, cuya finalidad nos facilita la ayuda para mejorar. No solo es información, es motivación y una comunicación directa que no tiene precio.

Dejo mi correo electrónico para cualquier duda o sugerencia. Aquellos que hallan buscado mi nombre, habrán descubierto que tengo otra novela publicada, pongo también su enlace, aunque tiene los errores del hijo primogénito, muchas expectativas cuando la madre carece de experiencia.

Gemmagarciaveiga.autora@gmail.com

Entre tus sombras: <https://www.amazon.es/Entre-sombras-Gemma-Garc%C3%ADa-Veiga-ebook/dp/B07D1CVHZ7>